

Anna
Funder
Todo lo
que soy



Lectulandia

¿Qué sientes cuando tratas de avisar de un peligro y nadie te escucha?

¿Qué sientes al recordar un amor que te volvió ciega a la realidad?

¿Qué sientes frente al miedo?

«Cuando Hitler llegó al poder, yo estaba en la bañera...» comenta Ruth Wesemann, sentada en el sillón de su casa en Sidney. Esta mujer de más de ochenta años tiene mucho que recordar, y su mente vuelve una y otra vez a los años treinta del siglo pasado, cuando Ruth, su prima Dora y los hombres que ellas amaban tuvieron que dejar Alemania, exiliarse en Londres y desde allí luchar para mostrar al mundo entero cuáles eran las intenciones reales del Führer.

En ese intento lo arriesgaron todo, y Dora, la querida Dora, una mujer menuda y fuerte, apasionada a la hora de actuar y generosa en los juegos del amor, está más presente que nunca en la memoria de Ruth, la única que ha tenido la ocasión de sobrevivir y ahora tiene el deber de recordar, de contar su verdad, de asumir culpas y desengaños.

La memoria, llena de rabia y teñida de ironía, es la protagonista de *Todo lo que soy*, una espléndida novela que nos lleva a *Austerlitz* o *Los emigrados*, de W. G. Sebald.

Lectulandia

Anna Funder

Todo lo que soy

ePub r1.0

Rob_Cole 17.11.14

Título original: *All that I am*
Anna Funder, 2011
Traducción: Gemma Rovira Ortega
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de Ruth Blatt
(de soltera Koplowitz)

Querido Ernst, descansa sin sombras, por fin, entre los otros veteranos que
vivieron hasta haber hecho algo que sirviera de ejemplo a los jóvenes.

W. H. AUDEN, «En memoria de Ernst Toller», mayo de 1939

Detrás de mi ventana el mundo está en guerra.
¿Eres tú a quien yo esperaba?

NICK CAVE, «(Are You) the One That I've Been Waiting For?»

Las naciones más civilizadas están tan cerca de la barbarie como el hierro
más bruñido lo está de la herrumbre. Las naciones, como los metales, solo
brillan en la superficie.

ANTOINE DE RIVAROL

Cuando Hitler llegó al poder, yo estaba en la bañera. Teníamos un apartamento en el Schiffbauerdamm, junto al río, en pleno centro de Berlín. Desde nuestras ventanas se veía la cúpula del edificio del Parlamento. La radio del salón estaba encendida con el volumen alto para que Hans pudiera oírla desde la cocina, pero a mí solo me llegaban oleadas de alegres vítores, como los de un partido de fútbol. Era un lunes por la tarde.

Hans exprimía limas y preparaba almíbar con la atención concentrada de un químico, procurando que el azúcar no se convirtiera en caramelo. Esa mañana había comprado una mano de almirez sudamericana especial para coctelería en los almacenes KaDeWe. La dependienta llevaba los labios perfilados en forma de arco morado. Yo me había reído de nuestra ocurrencia; me parecía vergonzoso comprar semejante fruslería, aquel macillo de madera con la cabeza redondeada que seguramente costaba lo que aquella chica ganaba en un día.

—¡Es una locura tener un utensilio solo para los mojitos! —protesté.

Hans me puso un brazo alrededor de los hombros y me besó en la frente.

—No es ninguna locura. —Le guiñó el ojo a la chica, que envolvía cuidadosamente el macillo en papel de seda dorado mientras escuchaba con atención—. Se llama ci-vi-li-za-ción.

Por un instante lo vi con los ojos de la dependienta: un hombre guapísimo, con el pelo lacio y brillante peinado hacia atrás, ojos azul Prusia y la nariz más recta que se haya visto jamás. Un hombre que seguramente había luchado por su país en las trincheras y que ahora se merecía todos los pequeños lujos que la vida pudiera ofrecerle. La chica respiraba por la boca. Un hombre así podía llenar tu vida de detalles bonitos, como un macillo sudamericano.

Nos habíamos acostado por la tarde y cuando nos levantábamos de la cama, ya de noche, empezó la transmisión. Entre las ovaciones oía a Hans machacar las pieles de lima; se me antojó que los golpes seguían el ritmo de los latidos de su corazón. Sentía mi cuerpo flotar, suelto y relajado después de hacer el amor.

Hans apareció en la puerta del cuarto de baño, con un mechón tapándole la cara y las manos, mojadas, en los costados.

—Hindenburg ha cedido. Han formado una coalición y todos han prestado juramento. ¡Han nombrado a Hitler canciller! —Volvió corriendo al pasillo para seguir escuchando las noticias.

Parecía increíble. Cogí el albornoz y me dirigí al salón dejando un reguero de agua. La voz del locutor temblaba de emoción. «¡Nos comunican que el nuevo canciller hará una aparición pública esta misma tarde y que en este momento se encuentra en el edificio! La multitud espera. Empieza a nevar débilmente, pero no parece que la gente tenga intención de marcharse...». Oía la cadencia de los cánticos en las calles alrededor del edificio, y por la radio, lo que gritaba la gente: «¡Que salga el canciller! ¡Que salga el canciller!». El locutor continuó: «... se está abriendo la puerta del balcón..., no..., solo es un subalterno, pero... ¡sí! Está poniendo un

micrófono junto a la barandilla..., escuchen a la muchedumbre...».

Me acerqué a las ventanas. Todo el lado sur del apartamento era una pared curva de ventanas de dos hojas orientadas hacia el río. Abrí una. Entró una ráfaga de viento, frío y cargado de bramidos. Miré hacia la cúpula del Reichstag. El barullo provenía de la Cancillería, situada justo detrás de aquel.

—¡Ruth! —dijo Hans desde el centro de la habitación—. ¡Está nevando!

—Quiero oírlo desde aquí.

Se puso detrás de mí y deslizó las manos, húmedas y ácidas, por mi vientre. Una avanzadilla de copos de nieve revoloteó ante nosotros revelando los invisibles remolinos de viento. Los reflectores acariciaban la panza de las nubes. Oímos pasos justo debajo de nuestra ventana. Cuatro hombres corrían por la calle sosteniendo en alto antorchas que dejaban una estela de fuego. Olía a queroseno.

«¡Que salga el canciller!». Gritaba la masa para salvarse. A nuestras espaldas, el eco de aquel cántico brotaba de la radio del aparador, metálico y amansado y con un retraso de tres segundos.

De pronto, una ovación inmensa. Era la voz de su líder, estentórea. «La tarea a que nos enfrentamos. Es la más difícil que jamás se haya impuesto. A los políticos alemanes desde tiempos inmemoriales. Todas las clases, todos los individuos deben ayudarnos. A formar. El nuevo Reich. Alemania no debe hundirse, no se hundirá, en el caos del comunismo».

—No —dije, con la mejilla apoyada en el hombro de Hans—. Nos hundiremos como lo hace un pueblo sano y de manera ordenada.

—No nos hundiremos, Ruthie —me susurró Hans al oído—. Hitler no podrá hacer nada. Los nacionalistas y el gabinete lo atarán corto. Solo lo quieren como figura decorativa.

En las calles se apiñaban grupitos de jóvenes, muchos de uniforme: pardo el de las tropas del propio partido, las SA, y negro el de la guardia personal de Hitler, las SS. Otros eran simples entusiastas; vestían de paisano y llevaban brazaletes negros. Un par de chicos lucían brazaletes hechos en casa, con la esvástica torcida. Agitaban banderines y cantaban *Deutschland, Deutschland über alles*. Oí el grito de «La república es una mierda» y distinguí, por la entonación, la vieja pulla de patio de colegio: «¡Rásgale la falda al judío! / La falda le he rasgado / y el judío se ha cagado». Los vapores del queroseno formaban ondulaciones en el aire. En la acera de enfrente estaban montando un puesto donde los jóvenes podían cambiar sus antorchas parpadeantes por otras recién encendidas.

Hans volvió a la cocina, pero yo no podía apartarme de la ventana. Al cabo de media hora volví a ver en el puesto los chapuceros brazaletes caseros.

—¡Les mandan circular! —exclamé—. Para que parezca que hay más gente.

—Ven aquí —me gritó Hans desde la cocina.

—¿No es increíble?

—En serio, Ruthie. —Se apoyó en la jamba de la puerta, sonriendo—. Tener

público solo sirve para animarlos.

—Enseguida voy. —Fui al armario del pasillo, que había convertido en cuarto oscuro. Todavía había unas escobas y otros objetos alargados (unos esquíes, un estandarte universitario) en un rincón. Cogí la bandera roja del movimiento izquierdista y volví al salón.

—¿Qué vas a hacer con eso? —Hans se llevó las manos a la cara fingiéndose horrorizado mientras yo desenrollaba la bandera.

La colgué en la ventana. Era pequeña.

PRIMERA PARTE

Ruth

—Me temo, señora Becker, que no tengo muy buenas noticias.

Estoy en una clínica privada y pija de Bondi Junction, con vistas al puerto. El profesor Melnikoff tiene el pelo entrecano y lleva gafas de media luna y una corbata de seda azul celeste. Entrelaza las largas manos sobre la mesa y se frota un pulgar con el otro, con aspereza. Me pregunto si a este hombre lo habrán preparado para tratar con el ser humano que envuelve el órgano del cuerpo que a él le interesa; en mi caso, el cerebro. Seguramente no. Melnikoff tiene la actitud sosegada de quien agradece que haya una gran tumba nuclear blanca entre su paciente y él.

Y ha visto el interior de mi mente; está preparándose para describirme su forma, su peso y sus inminentes y sigilosas traiciones. La semana pasada me metieron en el aparato de resonancia magnética, tendida con una de esas *verdammten* batas que quedan abiertas por detrás: concebidas para recordarnos la fragilidad de la dignidad humana, para asegurar la obediencia a las instrucciones y para evitar huidas en el último momento. Oía unas fuertes percusiones mientras los rayos penetraban en mi cráneo. Me había dejado puesta la peluca.

—Doctora Becker —digo. Antes nunca insistía en que me llamaran por el título fuera de la escuela, pero con los años he comprobado que la humildad no es mi fuerte. Hace diez decidí que no me gustaba que me trataran como a una anciana, así que recuperé con ímpetu el recurso al título. Y al fin y al cabo no estoy aquí para que me consuelen. Quiero información.

Melnikoff sonrío, se levanta y pone las transparencias de mi cerebro, unas secciones fotográficas en blanco y negro, bajo los clips de una pantalla luminosa. Veo un Miró auténtico —no una reproducción— en la pared. Aquí se nacionalizó el sistema sanitario hace mucho tiempo, ¿y todavía puede permitirse un cuadro así? Eso significa que no había nada que temer, ¿no?

—Verá, doctora Becker —dice—, estas zonas azuladas indican la formación incipiente de placas.

—Soy doctora en letras —aclaro—. En lengua y literatura inglesas. Perdone que se lo diga.

—La verdad es que está usted muy bien. Para la edad que tiene.

Adopto un gesto inexpresivo. Un neurólogo debería saber, como mínimo, que la edad no nos vuelve más sensibles a los pequeños cumplidos. Me siento lo bastante cuerda —lo bastante joven— para enfrentarme a la decadencia. Además, nada ni nadie ha conseguido matarme todavía.

Melnikoff me mira con gentileza y junta las manos uniendo la yema de los dedos. Se muestra paciente y apacible al tratar conmigo. ¿Será que le gusto? La idea me produce un pequeño sobresalto.

—Es el principio de una acumulación de deficiencias: afasia, pérdida de memoria reciente, tal vez defectos en algunos aspectos de la percepción espacial, a juzgar por

la localización de las placas. —Señala unas zonas borrosas de la parte superior frontal de mi cerebro—. Seguramente le afectará a la vista, pero esperemos que no en esta fase.

Encima de su mesa hay un calendario de rueda, un objeto que remite a una época en que los días se volcaban uno sobre otro interminablemente. A su espalda, el puerto vibra y centellea, el gran pulmón verde de esta ciudad.

—De hecho recuerdo más, no menos, profesor.

Se quita las gafas. Tiene los ojos pequeños y acuosos; da la impresión de que el iris no está bien centrado en el blanco. Es mayor de lo que me había parecido.

—Ah, ¿sí?

—Cosas que pasaron. Con mucha claridad.

Una vaharada de queroseno, inconfundible. Pero no puede ser.

Melnikoff se sujeta la barbilla con el pulgar y el índice y me observa.

—Eso podría tener una explicación clínica —afirma—. Hay estudios que sostienen que, a medida que se deteriora la memoria reciente, los recuerdos de hechos remotos cobran mayor nitidez. A veces las personas que corren el peligro de perder la vista experimentan unos intensos epifenómenos. Aunque eso solo son hipótesis.

—Entonces usted no puede ayudarme.

Compone su blanda sonrisa.

—¿Necesita ayuda?

Me marchó con una cita para dentro de seis meses, en febrero de 2002. No las dan muy seguidas para no desalentar a los ancianos, pero tampoco las dan demasiado espaciadas.

Después cojo el autobús para ir a hidroterapia. Es un autobús adaptado, de esos que despliegan una plataforma hasta el suelo para ayudar a subir a los inválidos como yo. Voy desde las torres de color rosa de la clínica de Bondi Junction hasta el centro por el puente que asemeja un espinazo tendido sobre el agua. Al otro lado de la ventana, un perico australiano se da un festín en una *Nuytsia floribunda* y de unos cables de electricidad cuelgan unas zapatillas deportivas. Más allá la tierra se pliega en colinas que descienden hasta besar el puerto, perezoso y vivo.

«Que corren el peligro de perder la vista». Yo tenía muy buena vista; otra cosa es decir qué vi. La experiencia me ha demostrado que es posible mirar cómo sucede algo y no verlo.

La sesión de hidroterapia tiene lugar en la espectacular piscina nueva de la ciudad. Como la mayoría de las cosas, la hidroterapia solo funciona si crees en ella.

El agua está caliente; gradúan con precisión la temperatura pensando en los diabéticos y en los que llevamos desfibriladores. Yo me pongo un parche en el pecho todos los días. Envía una corriente eléctrica a mi corazón para espolearlo si flaquea. Por experimentos anteriores, silenciosos desafíos a la muerte, sé que sigue

funcionando bajo el agua.

Hoy somos siete en la piscina, cuatro mujeres y tres hombres. Bajan a dos de los hombres hasta el agua por la rampa en silla de ruedas, como si botaran una embarcación. Sus ayudantes no se separan de ellos; las ruedas de las sillas no sirven de mucho una vez en el agua. Yo estoy en el otro extremo, detrás de una mujer con un gorro de baño amarillo antiguo del que brotan unas asombrosas flores de goma. Levantamos obedientemente las manos.

Me fijo en la carne flácida de nuestros brazos. Es como si el cuerpo, al envejecer, se anticipara a la descomposición y se derritiera poco a poco dentro de su envoltura de piel.

—Las manos por encima de la cabeza. Inspiramos. Ahora bajamos las manos. Espiramos. Empujamos hasta llevar las manos a la espalda. ¡Inspiramos!

Por lo visto necesitamos que nos recuerden que tenemos que respirar.

La joven instructora, de pie en el borde de la piscina, tiene una media luna de pelo blanco y erizado alrededor de la cabeza y un micrófono delante de la boca. La miramos como si ya se hubiera salvado. Es amable y respetuosa, pero no cabe duda de que es una emisaria que trae la noticia —un poco tarde para nosotros— de que el bienestar físico puede conducir a la vida eterna.

Intento creer en la hidroterapia, aunque bien sabe Dios que fracasé cuando intenté creer en Él. Cuando yo era joven, durante la Primera Guerra Mundial, mi hermano Oskar escondía una novela —*El idiota* o *Los Buddenbrook*— bajo el libro de oraciones en la sinagoga para que no la viera nuestro padre. Al final declaré, con la bochornosa certeza de una niña de trece años: «El amor obligado ofende a Dios», y me negué a ir. A posteriori veo que discutía según Sus propios términos, porque ¿cómo se puede ofender a alguien que no existe?

Y ahora, millones de años más tarde, si no tengo cuidado me sorprendo pensando: ¿Por qué Dios me salvó a mí y no a toda aquella gente, a los que creían en él? En el fondo, mi fuerza y mi suerte solo tienen sentido si formo parte del Pueblo Elegido. Inmerecidamente, pero Elegido al fin y al cabo; soy una longeva prueba de Su irracionalidad. Bien mirado, ni Dios ni yo merecemos existir.

—Ahora nos concentraremos en las piernas, así que pueden utilizar los brazos como quieran para ayudarse a mantener el equilibrio —dice la chica. ¿Jody? ¿Mandy? He dejado mi audífono en el vestuario. Me pregunto si estará captando todo esto y transmitiéndolo a las madres que lidian con sus hijos para quitarles los bañadores mojados, al moho y al vello púbico y al misterioso mantillo de papel higiénico sin usar que hay en el suelo.

—Levantamos la pierna izquierda y trazamos círculos a partir de la rodilla.

Suena el gemido intermitente de una sirena. En la piscina grande van a empezar las olas. Los niños intentan correr por el agua con las manos en alto; quieren estar delante, donde las olas serán más altas. Las adolescentes comprueban con disimulo que llevan bien abrochada la parte superior del biquini; las madres se ponen a los

pequeños en la cadera y también se apuntan a la diversión. Un chiquillo con gafas de natación rojas se mete en el agua hasta que le llega a la barbilla. Detrás de él, una joven delgada con una media melena lacia camina con calma; sus omóplatos se mueven bajo la piel como esbozos de alas. Me da un vuelco el corazón: ¡Dora!

No es ella, desde luego —mi prima sería aún mayor que yo—, pero no importa. Casi todos los días mi mente encuentra la manera de recordármela. Me pregunto qué opinaría de eso el profesor Melnikoff.

Llega la ola y el niño de las gafas rojas asciende por ella orientando la boca hacia el techo en busca de aire, pero la ola se lo traga entero. Pasa la ola y no hay ni rastro del niño. Luego emerge más hacia el fondo de la piscina, boqueando y eufórico.

—¿Doctora Becker? —Es la chica, que me habla desde arriba—. Ya nos vamos.

Los otros ya están cerca de los peldaños, esperando a que coloquen a los hombres de las sillas de ruedas en la rampa. La miro y veo que sonrío. Quizá el micrófono le proporcione línea directa con Dios.

—Aún faltan diez minutos para la próxima clase —añade—. Así que no hay prisa.

Alguien distribuye el tiempo en cuotas desiguales. ¿Por qué no elegir a una mensajera de pelo blanco, ceceante y benévola?

Bev me ha dejado un tarrito de pastel de carne en la nevera, bien tapado con filme transparente. Tiene una pizca de pimienta en la capa superior de puré de patata y, en su aislamiento de ración individual perfectamente medida, también tiene un aire coercitivo. Descongelo un pedazo de pastel de queso para cenar —es una de las ventajas de vivir sola— y me preparo un complemento vitamínico Berocca en un vaso alto para compensarlo. Mañana, cuando venga Bev, tendré que darle explicaciones.

Una vez en la cama, las cigarras me hacen compañía; todavía es pronto. Su coro anima a la noche a venir, como si sin sus gritos de aliento esta no se atreviera a aventurarse en un sitio tan luminoso. «¡Noche, noche, noche!», parecen chillar. Y de pronto callan todas a la vez.

Toller

Dos golpes rápidos en la puerta: Clara y yo mantenemos las formas, porque son necesarias entre un hombre y una mujer que trabajan solos en una habitación de hotel, como lo son entre un médico y un paciente en una exploración muy íntima. Nuestras formalidades transforman este escenario de sueños arrugados —las cortinas de color verde césped, la bandeja del desayuno sin recoger, la cama que hago a toda prisa— en un lugar de trabajo.

—Buenos días. —Una sonrisa franca en sus labios pintados de rojo, unos labios que de pronto expresan intimidad. Es la sonrisa de una joven cuya llama no mengua por el exilio racial; una joven a la que seguramente han hecho el amor esta mañana.

—Buenos días, Clara.

Hoy lleva una blusa de falsa seda de color albaricoque, con mangas anchas y tres botones en los puños, una copia barata del lujo que no dura más de una temporada y que podría ser la esencia de la democracia. *Peachy*, como dirían aquí, en Estados Unidos, aunque en inglés no distingo la poesía de los juegos de palabras. Trae consigo el aire de la mañana, recién acuñado para este día, 16 de mayo de 1939.

Clara observa la habitación evaluando los daños de la noche pasada. Sabe que no duermo. Su mirada se detiene en mí. Sentado en el sillón, jugueteo con un cordón adornado con borlas en cuyos hilos verdes y dorados se refleja la luz.

—Ya lo hago yo —dice Clara, y viene hacia mí. Coge el cordón y ata con él las cortinas.

Pero ese cordón no es el de las cortinas. Es el cinturón de la bata de mi mujer, Christiane. Cuando me dejó, hace seis semanas, me lo quedé como recuerdo. O como acto de sabotaje.

—¿No hay correo?

Clara lo recoge todos los días del buzón.

—No —responde mirando por la ventana. Inspira hondo, se da la vuelta y camina resueltamente hacia la mesa. Todavía de pie, hurga en su bolso y saca un bloc de taquigrafía—. ¿Terminamos la carta para la señora Roosevelt? —me pregunta.

—Ahora no. Quizá más tarde.

Hoy tengo otros planes. Cojo mi autobiografía de la mesa. Mi editor estadounidense quiere publicarla en inglés. Cree que, después del éxito de mis obras teatrales en Gran Bretaña y de mis conferencias por Estados Unidos, se venderá bien. Intenta ayudarme, que Dios lo bendiga, porque doné todo mi dinero a los niños hambrientos de España.

Ya no necesito dinero, pero sí poner las cosas en su sitio. Hitler pronto tendrá la guerra que quería; de eso estoy tan seguro como de que estoy aquí sentado. (Aunque en este país no parece importarle a nadie: su descarga inicial, la invasión de Checoslovaquia, hace solo unas semanas, ya ha descendido hasta la página trece del *New York Times*). Pero la gente no sabe que Hitler lleva años en guerra contra

nosotros. Ya ha habido víctimas. Alguien tiene que escribir sus nombres.

Clara contempla Central Park por la ventana a la espera de que ponga en orden mis ideas. Mientras todavía me da la espalda, le pregunto:

—¿Ha leído *Una juventud en Alemania*?

—No. No, no la he leído. —Se vuelve y se recoge un rizo de pelo negro detrás de la oreja.

—Bien. Bien, bien.

Se ríe. Clara tiene un doctorado por la universidad de Frankfurt, es inteligente y puede permitirse la autocrítica.

—¡No está nada bien!

—Claro que sí.

Me mira ladeando la cabeza; las pecas siembran su cara al azar, perfectas como una constelación.

—Porque voy a introducir algunos cambios.

Clara espera.

—Está incompleta.

—Ya me lo imagino.

—No. No me refiero a actualizaciones. No mencioné a una persona.

Mi autobiografía destila un sutil y vergonzoso autobombo. Me coloqué en el centro de todo; no admití dudas ni temores. (Sin embargo fui muy astuto al referir ejemplos aislados de crueldad infantil e impetuosidad adulta para crear la ilusión —a los lectores y sobre todo a mí mismo— de una confesión completa). No mencioné al amor de mi vida y ahora ella no está en ninguna parte. Quiero comprobar si, a estas alturas del juego, todavía puedo ser sincero.

Cuando abro el libro por la mitad en mi regazo, las páginas se mantienen tiasas formando un abanico. Los nacionalsocialistas se llevaron mis diarios; seguramente los quemaron en sus piras. Debo recurrir a la memoria para trabajar.

La chica se sienta a la mesa, de costado. Clara Bergdorf lleva cinco semanas trabajando para mí. Es una persona singular, con quien los silencios de varios minutos transcurren serenos. El tiempo no está ni vacío ni lleno de tensión expectante. Se expande. Deja espacio para que vuelvan las cosas, para que llenen mi corazón vacío.

Enciendo un puro y lo dejo en el cenicero.

—Empezaremos por la introducción. Añada esta dedicatoria al final. —Carraspeo—. Traigo a la memoria a una mujer a cuyo acto de valentía debo la salvación de estos manuscritos. —Respiro hondo y miro el cielo, que hoy tiene un color pálido e indeciso.

»En enero de 1933, cuando el dictador de Braunau recibió el poder para actuar contra el pueblo alemán, Dora Fabian, cuya vida acabó...

Me interrumpo. Clara cree que es el dolor lo que me paraliza, pero se equivoca. Lo que pasa es que no sé cómo describir ese fin. En el parque, el viento juega con los

árboles moviendo las hojas y las ramas solo un poquito en cada dirección, como si la música hubiera dejado de sonar pero ellas no pudieran quedarse completamente quietas de tanta vida como contienen. Clara se aventura a mirarme; siente alivio al ver que no lloro. (Sé guardar las formas).

—Perdone. —Me vuelvo hacia ella—. ¿Por dónde iba?

—«Dora Fabian —lee—, cuya vida acabó».

—Gracias. —Vuelvo a mirar por la ventana y busco la palabra—. Tristemente —digo, y es la pura verdad—. Cuya vida acabó tristemente en el exilio, fue a mi piso y se llevó un montón de manuscritos para salvarlos.

Clara no levanta la cabeza. Su mano se mueve con decisión por la hoja y solo se detiene momentos después de que yo haya dejado de hablar.

—La policía descubrió lo que había hecho y la encarceló. Ella dijo que había destruido los manuscritos. Cuando la pusieron en libertad, huyó de Alemania y, poco antes de su muerte, consiguió sacarlos del país con la ayuda de un nazi desencantado. Punto.

Clara deja el lápiz.

¿Nada más? Cierro los ojos.

El rastro de las correcciones de Dora está presente en todo mi libro: el enfoque preciso, el humor. Al final de la vida son nuestros amores lo que más recordamos, porque son los que nos dieron forma. Acabamos siendo quienes somos alrededor de ellos, como alrededor de una estaca.

¿Y cuando la estaca desaparece?

—¿Todo bien? —me pregunta Clara en voz baja al cabo de unos minutos. Cree que me he quedado traspuesto, que he aprovechado su dulce presencia para adormilarme. Acaricia el borde del bloc que tiene delante.

—Sí, sí. —Vuelvo a sentarme bien.

Lo contaré todo. Traeré de vuelta a Dora y la haré vivir en esta habitación.

Ruth

Llaman a la puerta.

No hago caso. Sin abrir los ojos sé que es de día.

Ring ring ring ring ring ring...

Verdammtes timbre. Puto timbre, como dicen aquí. Ha envejecido conmigo y se atasca. Desplazo la pierna mala ayudándome con la otra hasta bajar las dos de la cama y deslizo los pies, nudosos como una raíz de eucalipto, en los zapatos de piel de borrego, uno provisto de un alza, el otro con suela de plástico. Dejo la peluca en el tocador.

Ring ring...

Abro la puerta. La furgoneta arranca y acelera; solo me da tiempo a ver, escrito con letras moradas en un costado; «El mundo a tiempo». ¡Pero si son las siete de la mañana! Un pelín pronto, diría yo.

Hay un paquete de FedEx en el felpudo. Me agacho para recogerlo, y al hacerlo extendiendo la pierna rígida; soy una jirafa calva con una bata traicionera y no quisiera imponer a los pobres transeúntes la deshonrosa imagen de mis maltrechas partes íntimas. Eso me produce una emoción perversa, hasta que pienso que quizá haya entre ellos niños, a los que en general no tengo intención de horrorizar.

Entro en el salón, mi habitación favorita. Huele a cera para muebles; Bev debió de limpiarlo ayer cuando yo no estaba. La cera, junto con el Vicks VapoRub y las pulseras de cobre, forma parte de su arsenal contra el deterioro y el tiempo; asfixia al mundo con una capa de PVC para dejarlo brillante y conservarlo eternamente, como la comida de plástico de los escaparates de los restaurantes japoneses. Rocía las librerías con puertas de cristal, los brazos de madera de las butacas, incluso las hojas del ficus (lo he visto con mis propios ojos). Algún día me quedaré demasiado rato sentada y me rociará a mí también, conservándome para la eternidad como un objeto en exposición: «Refugiada europea de mediados del siglo xx». Pero yo no necesito que me conserven. *Unkraut vergeht nicht*, decía mi madre: bicho malo nunca muere.

En el reverso del paquete pone: «Universidad de Columbia en Nueva York, Departamento de Lenguas Germánicas». Aquí, en Sidney, los sucesos del mundo llegan más tarde, como traídos por la corriente, lisos y desvaídos cual fragmentos de cristal en la arena. ¿Qué será?

Querida doctora Becker:

Nos remitimos a nuestra correspondencia anterior sobre este asunto. Como ya sabe, a finales de 2001 demolerán el hotel Mayflower, motivo por el cual se está vaciando el edificio.

Um Gottes willen! ¿Cómo iba a saberlo yo? ¿Aquí sentada, en Bondi? ¿Y qué

significa eso de la correspondencia anterior? Sí, claro, puede que se me haya olvidado.

Los documentos adjuntos, pertenecientes al señor Ernst Toller, fueron hallados en una caja fuerte del sótano. El material consta de una primera edición de la autobiografía del señor Toller, Una juventud en Alemania, junto con una serie de hojas con correcciones mecanografiadas. Encima de esos documentos se encontró una nota manuscrita que reza: «Para Ruth Wesemann». La Comisión de Restitución de Bienes Judíos ha confirmado que su nombre de casada era Ruth Wesemann.

Si usted así lo decidiera, la biblioteca Butler de nuestra universidad se sentiría honrada de albergar este material para las generaciones futuras. Ya tenemos primeras ediciones de todas las obras teatrales de Toller, así como su correspondencia de los años que pasó en Estados Unidos. Nos hemos tomado la libertad de hacer copias por seguridad.

Si yo o algún otro miembro de la facultad podemos ayudarla en algo, estaremos encantados de tener esa oportunidad.

Atentamente,

MARY E. CUNNILIFFE

Directora

Colecciones Especiales Brooke Russell Astor

¡Toller!

Su libro está tan quebradizo como la piel vieja, o como un montón de hojas secas. El lomo está roto y se ha desprendido de la cubierta de tela por culpa de las hojas de papel intercaladas en las páginas. Algo suyo para mí; solo puede estar relacionado con ella.

Me inclino para dejarlo un momento en la mesita del salón, pero me tiemblan las manos y algunas hojas de papel caen sobre el cristal y resbalan hasta el suelo. Noto un pinchazo y me llevo una mano al pecho para comprobar que llevo puesto el parche.

En presencia de Toller, y en la de ella, vuelvo a ser mi verdadero yo. Mi ironía defensiva, mi caparazón de mordacidad ganado a pulso, no son nada. Me duele pensar en mi vulnerabilidad de otros tiempos. La habitación se desdibuja.

Cuando cojo el libro otra vez, se abre por la primera inserción mecanografiada:

Traigo a la memoria a una mujer a cuyo acto de valentía debo la salvación de estos manuscritos. En enero de 1933, cuando el dictador de Braunau recibió el poder contra el pueblo alemán, Dora Fabian, cuya vida acabó tristemente en el exilio, fue a mi piso y se llevó un montón de

manuscritos para salvarlos. La policía descubrió lo que había hecho y la encarceló. Ella dijo que había destruido los manuscritos. Cuando la pusieron en libertad, huyó de Alemania y, poco antes de su muerte, consiguió sacarlos del país con la ayuda de un nazi desencantado.

ERNST TOLLER

Nueva York, mayo de 1939

Toller siempre fue un maestro de la síntesis.

Me echo una manta sobre las rodillas. Me gustaría volver a meterme en la noche, tal vez soñar con Dora. Pero los sueños son lo que menos podemos controlar de nuestra vida, es decir, no podemos controlarlos en absoluto.

Toller

Estoy tan a gusto aquí que bien podría no salir nunca de esta habitación. El hotel Mayflower, en Central Park West, es un buen hotel, aunque no el mejor, desde luego. Sin embargo, para ser sincero, es mejor que los que yo podría pagar. Pero es difícil ser sincero. Si mirara la verdad muy de cerca, quizá me trastornara el pesar y perdiera la esperanza en el mundo.

De todas formas, quizá ya esté completamente trastornado. La semana pasada, en el metro, se me quedó mirando un hombre abstraído que iba asido a la agarradera de cuero. Sin proponérmelo, le lancé lo que Dora llamaba mi «sonrisa de personaje famoso». El pobre hombre desvió la mirada como quien evita observar a alguien con un tic nervioso.

Huí de Europa hacia la tierra de la libertad, pero no contaba con la invisibilidad. En Berlín y en París, en Londres, Moscú y Dubrovnik, no podía dar dos pasos sin que me asaltaran los cazadores de autógrafos. Una vez, en un momento de ternura, Dora dijo que era bueno que supiera que la gente valoraba mi trabajo. Pero ya hacía mucho tiempo que era famoso; me tuteaba con el Toller fantasma que había creado la prensa. Aunque necesitaba los aplausos como el oxígeno, nunca creí que el amor y los elogios fueran para mi verdadero yo, que, a causa de mis momentos de negrura, tenía muy bien escondido.

Clara ha ido a buscar café. Estamos en un paréntesis; el hotel sabe que no puedo pagar la cuenta, pero no me echa. En compensación, no utilizamos el servicio de habitaciones para no abusar.

Me encanta Central Park. Ahora hay un hombre subido a un cajón que trata de atraer a los transeúntes y retenerlos como si fueran hojas de papel arrastradas por el viento. Conozco esa sensación: tus ojos proclaman que el mundo te pertenece y que puedes revelarlo por completo con solo que la gente se pare a escucharte. Es esa perspectiva de algo recién imaginado, una nueva posibilidad de fe, lo que Estados Unidos ofrece en cada esquina.

Tengo el libro en el regazo. ¡Vaya *chutzpah*, escribir la historia de mi vida a los cuarenta! O un mal presagio. Quizá por haberla escrito ahora siento que la vida ha terminado. Dora me habría obligado a animarme. Hay personas que al recordarlas hacen que nos comportemos mejor.

Ya han pasado seis años desde que trabajamos juntos en el libro. En Berlín, en mi pequeño y estrecho estudio de Wilmersdorferstrasse. La mesa de Dora estaba detrás de la puerta, que casi la ocultaba cuando alguien la abría. Se sentaba en la penumbra, con los pies enfundados en medias y apoyados en dos diccionarios puestos uno sobre otro en el suelo. Mi mesa, más grande, estaba debajo de la ventana. Dora escribía lo que yo dictaba y, si me desviaba del tema, me hacía parar y me corregía. Dora creía que yo dejaba fuera del libro las emociones más amargas y primarias en favor de «todas esas hazañas», como ella las llamaba. Yo me resistía a escribir sobre lo que

pasaba en mi interior.

Nuestra peor discusión se produjo cuando escribía sobre mí..., ¿cómo decirlo?, sobre mi crisis después de que me retiraran del frente. Cuando Dora quería interrumpirme, dejaba el bloc de taquigrafía sobre su regazo. Si tenía algo importante que decir, giraba el cuerpo hacia la mesa con parsimonia, dejaba el bloc y el lápiz y se volvía hacia mí con las manos vacías. Aquel fue un momento de manos vacías.

Juntó las palmas y deslizó las manos entre los muslos.

—Creo... —dijo, y se detuvo. Se pasó las manos por su media melena morena, que al cabo de un momento volvió a taparle la cara. Lo intentó de nuevo—. Acabas de hacer una descripción impactante de los horrores de las trincheras. Y de cómo intentaste salvar a tus hombres. —Su voz, etérea y grave, se hizo aún más grave—. Necesitamos saber qué precio pagaste por ese valor.

—¿Me lo lees? —El ritmo de mi corazón se ralentizó.

Dora cogió el bloc de la mesa y leyó en voz alta:

—«Caí enfermo. Me fallaron el corazón y el estómago y me enviaron a un hospital de Estrasburgo. Unos monjes amables y silenciosos me cuidaron en un tranquilo monasterio franciscano. Tras varias semanas me dieron de baja del ejército y me declararon no apto para el servicio». Y ya está. —Tendió una mano con las uñas mordidas—. Nada más.

Me crucé de brazos.

—Pasé trece meses en el frente occidental —dije—. Y seis semanas en el sanatorio. Fue un período negro. No hay nada más que añadir.

Dora se frotó la cara con las manos.

—Está bien, dejémoslo de momento. —Se volvió hacia la mesa.

Lo daría todo por tenerla aquí ahora, aunque solo fuera para oírla discutir conmigo, para verla volverse y darme la espalda.

—Bueno. —La voz de Clara corta el aire. Pone dos vasos de cartón en la mesa delante de mí y sonrío como si quisiera señalar un nuevo y mejor comienzo de lo que sea que tiene lugar en esta habitación—. ¿Sabe qué es lo más curioso de esto?

Tardo un momento en asimilar la pregunta.

—¿La magia de poner líquido en un papel? —Adoro esta clase de descubrimientos desde que llegué: la mera ingeniosidad práctica e inesperada de Estados Unidos.

—No. —Niega con la cabeza—. Estos vasos son infinitos. —Dice «infinitos» en inglés—. ¡Vasos eternos! Podemos volver y nos los llenarán de nuevo, eternamente.

Debo de parecer poco convencido, o no debidamente maravillado.

—O quizá no. —Se encoge de hombros y ríe un poco; se sienta—. Tendré que averiguar cómo funciona.

Pasa las hojas del bloc, más contenta ahora, después de su contacto con el mundo exterior y su descubrimiento del vaso sin fondo. Clara ni siquiera es mi secretaria, sino la secretaria de Sidney Kaufman, de la oficina neoyorquina de MGM. Sid se

compadeció de mí al ver que mis guiones no llegaban a ningún sitio (según Hollywood, no había suficientes «finales felices»), y por eso me la ha prestado.

Clara encuentra dónde nos habíamos quedado.

Pero estoy paralizado. Sé hacer caricaturas. Puedo crear estereotipos en una obra teatral —la viuda, el veterano, el industrial—, pero no a alguien tan importante para mí. ¿Y si solo tengo talento para la simplificación?

—Para entenderla —digo—, tiene que entender qué intentaba hacer. Dora era... un verbo.

Clara sonrío.

—Todo fue consecuencia de la guerra: nuestro partido pacifista, los Independientes, y, siento decirlo, también Hitler y esta otra guerra que está librando ahora.

Hojeo el libro que tengo en el regazo y busco el pasaje sobre mi crisis nerviosa. Ahora me parece asombroso: el engaño de las palabras, cómo diciéndolo todo podemos no revelar absolutamente nada. Empezaré por hacer lo que me aconsejó Dora.

—¿Lista?

—Sí. —Clara coge el lápiz.

—Muy bien. El título es «Sanatorio». —Y continúo a ritmo de dictado.

El que se levanta a cantar es prácticamente un niño: fino vello rubio en las mejillas y unos pelos más gruesos y rebeldes en el mentón. Verlo en este estado de transformación —ni niño ni hombre— se antoja un acto de intimidad que no debería estar permitido. Si no se encontrara aquí ya habría empezado a afeitarse. Con una sacudida de los hombros oculta las muñecas en la túnica, como si fueran demasiado tiernas para exponerlas a las miradas de extraños. Pero no puede evitarlo y mueve las manos al ritmo de las notas, que salen de él para llenar la habitación y elevarse dentro de nosotros.

En Bois-le-Prête había un chico de su edad sentado en la cuneta, con lágrimas y mocos resbalándole por la cara. El uniforme que llevaba no era de su talla, y no me saludó.

—¿Qué pasa, soldado?

—Mi amigo —dijo entre sollozos. Detrás de él había otro muchacho, también de dieciséis o diecisiete años, tendido en la hierba. Todavía tenía los ojos abiertos. Tenía la parte posterior del cráneo y la oreja izquierda reventadas. Las moscas habían empezado a acudir a la carne.

—¿Qué haces aquí solo? —le pregunté al chico. Era consciente de la crueldad de la pregunta: hasta el inicio del bombardeo, veinte minutos atrás, no estaba solo. No quería abandonar a su amigo. No quería que lo abandonaran.

—Yo... Yo...

—Vuelve al campamento.

El chico se levantó y echó a andar por la carretera sin asfaltar, entre dos hileras de delgados álamos.

—¡Soldado!

—¿Señor? —Se volvió.

—Has olvidado coger sus botas.

Me lanzó una mirada del odio más puro, y eso me confirmó que aquel muchacho podía seguir luchando.

Tal era la brutalidad que se había instalado en nuestro interior.

En el sanatorio nos sentamos a una mesa alargada; los monjes, con hábito marrón, en la cabecera, los soldados en los demás asientos hasta el otro extremo. Los pacientes llevamos restos del uniforme —los sobretodos son muy preciados— o una mezcolanza de prendas civiles si nuestros parientes han conseguido enviárnoslas. Solo se oye el chancleteo de las sandalias de cuero de los novicios en el suelo de piedra cuando traen la comida. Todo es serenidad, con excepción del Cristo colgado al fondo de la habitación, desnudo y moribundo. Me recuerda a alguien. ¿A algún pariente? Que yo sepa, él y yo somos los únicos judíos que hay aquí. La luz que entra por una hilera de ventanas altas estría la estancia e ilumina las diminutas partículas de polvo en suspensión.

Llevo siete semanas y media sin hablar. En el hospital militar de Verdún me pusieron electrodos en la lengua para estimularla, como si el fallo fuera mecánico. Cuando grité, determinaron que a mi cuerpo no le pasaba nada y me enviaron aquí, donde el tiempo, regido tan solo por lentas campanadas, se prolonga para curarnos.

El silencio era un alivio.

Lipp saluda con una cabezada al sentarse a mi lado, se mete una esquina de la servilleta en el cuello y la despliega sobre su pecho. Es un médico que viste ropa elegante, pero además es socialista; se empeña en vivir en una celda de piedra como todos los demás. Lipp es parlanchín y muy diligente en los cuidados que nos dispensa. Nada lo impresiona. Durante el día lo veo ir de un hombre a otro como si pasara visita en un hospital normal, hablando en voz baja y mesándose la perilla. Cuando se dirige a mí no espera respuesta, como si quedarse mudo fuera una reacción totalmente apropiada a esta situación.

En el verano de 1914 todos querían que hubiera una guerra, incluido yo. Nos dijeron que los franceses ya habían atacado y que los rusos estaban concentrando tropas en nuestra frontera. El káiser nos instó a defender la nación, fueran cuales fuesen nuestras ideas políticas y nuestra religión. Dijo: «No conozco ningún partido, solo conozco a alemanes...». Y luego dijo: «Mis queridos judíos...». ¡Mis queridos judíos! Nos entusiasmó que nos invitara personalmente a combatir. La guerra parecía santa y heroica, como nos habían enseñado en el colegio; era algo que daba sentido a nuestra vida y nos hacía puros.

¿Qué podíamos haber hecho para necesitar semejante purificación?

El doctor Lipp agacha la cabeza y cierra los ojos, luego se santigua y dirige su atención hacia su cuenco, donde la cebada y unos pedazos de zanahoria flotan en un caldo claro. Pese a ser socialista, también es un católico ferviente. Está convencido de que todo forma parte de un plan, aunque los mortales no lo sepamos.

Algunos excombatientes tienen heridas espantosas, curadas como mejor se pudo en los hospitales de campaña antes de que los trajeran aquí para que les curaran otros daños, invisibles. A cuatro les faltan las piernas, o partes de ellas. Cada uno tiene derecho a dos piernas ortopédicas suministradas por el Ministerio de la Guerra de Berlín, pero no han llegado. El hombre sentado enfrente de nosotros ha perdido ambos brazos, uno desde el hombro y el otro desde el codo. Sus prótesis ya han llegado. Son de metal y se sujetan mediante correas de cuero con hebillas metálicas como las de las carteras de colegial, una al pecho, en el lado donde no queda brazo, y la segunda al resto del otro brazo. Debe de necesitar ayuda para ponérselas por las mañanas. Cuando se ha sentado he visto que llevaba sin abrochar los botones de la bragueta; ¿será un descuido o una necesidad? En un mundo sin brazos es difícil conservar la dignidad. ¿Podrá sujetarse el pene con el gancho?

El hombre sentado a su lado alarga un brazo para cogerle la cuchara y, sin preguntar nada, empieza a darle de comer. Antes, cuando por las calles de Munich o Berlín pasaba al lado de algún soldado devuelto del frente —los que habían perdido las piernas y se desplazaban sobre unas tablas con ruedas, impulsándose con las manos vendadas con trapos; los que vendían cerillas sentados encima de sus muñones sobre mantas grises del ejército; los cientos y cientos de «hombres cigüeña» con muletas—, admiraba su habilidad. Me permitía fantasear con que aquellos tullidos, a juzgar por su maña con la tabla, las muletas o el bastón, habían aceptado su situación. Aquí nos caemos de las muletas y de las sillas, nos ensuciamos encima y lloramos de rabia. Esto también es un estado de transición que debe ocultarse. Y se oculta aquí.

Hoy nos dan un caldo de pollo bastante bueno. Los monjes crían gallinas y no se les exige que las entreguen como contribución de la población civil durante la guerra: solo tienen que enviar después los huesos para hacer pienso para ganado, como todo el mundo. Theo, que está a mi izquierda, era aprendiz de camarero en un restaurante de Berlín, el Aschinger. Una granada le ha destrozado la nariz y la mandíbula superior. Un parche de tela oscura le tapa el centro de la cara; debajo tiene un agujero rojizo por el que respira. El parche carece de utilidad práctica; lo lleva para ahorrar a los demás la vista de su rostro. Tiene los ojos azul claro y resulta duro mirarlos.

Theo empieza a comer, él solo: se mete la cuchara en el fondo de la garganta y traga lo mejor que puede. Hace un ruido muy desagradable. Theo nunca besaré a ninguna chica. Nunca trabajará. No puede hablar. Fuera, a los muertos se los honra como a héroes, pero aquí dentro los lisiados sienten vergüenza.

Lipp se vuelve hacia él y mueve la cabeza en señal de aprobación.

—Muy bien —dice—. Así se hace.

El siguiente plato es arenque con patatas. Theo tritura el pescado, aceitoso,

mezclándolo con las patatas y hace lo que puede.

Cuando terminamos de comer, suena otra campana. Dejamos las cucharas en los cuencos, sobre la brillante filigrana de los restos del jarabe de albaricoque. Al salir los hombres vuelven a charlar. Encienden cigarrillos. Voy detrás de Lipp, que le habla a Theo de una mandíbula ortopédica metálica, «ingeniosamente atornillada al hueso que queda». Se han llevado las sábanas de Theo.

Cuando Lipp se acerca a otro interno, Theo se queda a mi lado. Arquea las cejas y un bufido atraviesa el parche de tela. Es valiente, pero tiene la misma mirada que muchos de nosotros: Esto no puede ser mi vida; tiene que haber un error.

Me parece que a Theo le gusta nuestro silencio compartido. Sabe tan bien como yo que los médicos del gobierno no han venido para ofrecerle una mandíbula mecánica (o, si así es, será solo de pasada). Han venido a evaluar si él, Theo Poepke, puede incorporarse a la vida civil o si en un futuro inmediato lo enviarán a uno de esos hospitales militares secretos. No es un tema de salud, sino de moral: las autoridades no quieren que aquellos con heridas espeluznantes saboteen el apoyo a la guerra, que asusten a las mujeres en los tranvías.

Theo acaba de instalarse en mi celda para leer cuando el doctor Lipp irrumpe blandiendo el periódico.

—¡Están cambiando las tornas! —grita, y añade aún más fuerte—: ¡El fin está cerca!

Theo me mira arqueando las cejas con afabilidad. Nos hemos quedado mudos, pero no sordos.

Unas burbujas blancas de baba se acumulan en las comisuras de los labios de Lipp, y el forro color rosa claro del bolsillo del pantalón cuelga de su cadera.

—¡Los socialdemócratas se han dividido! ¡Un grupo votará a favor de poner fin a la guerra! ¡De retirar la financiación! Van a fundar un nuevo partido antibelicista, el... —Entrecierra el ojo izquierdo para sujetar mejor el monóculo—. El «Partido Socialdemócrata Independiente». ¡Esto se acaba, chicos! —Da un fuerte manotazo al periódico con el dorso de la mano.

—Déjame ver —le digo.

—¡Y esta vez no los van a encerrar! —concluye Lipp, y entonces una gran sonrisa ilumina su cara—. Ha hablado —dice.

Theo me mira y las comisuras de sus ojos se alzan un poco. Podría ser una sonrisa.

No tardaron en soltarme una vez que empecé a hablar. Al principio me sentí desorientado. Era el año 1917 y, si bien el fin de la guerra podía estar más próximo que el principio, todavía quedaba demasiado lejos. Fui a Munich y me matriculé en la universidad; tuve un lío con una chica cuyo novio estaba en el frente. Cuando lo mataron, ella perdió el interés por mí.

Aquel año y el siguiente continuaron muriendo muchos amigos míos. Yo me había salvado, pero no creía merecerlo. Me afilié al nuevo partido —los

Independientes— y empecé a hacer campaña a favor de la paz. Comencé a recuperar las fuerzas. Las autoridades nos llamaban traidores, saboteadores del esfuerzo solidario de la población civil. Disolvían nuestras reuniones y nos arrestaban. Pero nosotros estábamos tan dispuestos como ellos a dar la vida por nuestro país; algunos de los nuestros ya habían muerto. Tan solo queríamos salvarlo antes de morir.

Creía que en el monasterio los átomos se habían reestructurado para formarme de nuevo, que las notas de los cánticos y una gracia invisible los habían devuelto a su sitio. Pero ahora veo que lo sólido estaba fuera de mí; había amarrado mis esperanzas a la historia.

En Rusia estalló la revolución y nosotros esperábamos la nuestra.

Clara mueve los hombros y el cuello de un lado a otro. Es como si ambos hubiéramos vuelto al monasterio, con los heridos y los monjes.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta.

—Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquella gente. —Tengo la voz ronca.

Aparece una arruga entre sus cejas y me mira con ojos escrutadores. Es una cara arrasada por la perplejidad, en la que la compasión casi aflora a la superficie. Clara la ahuyenta parpadeando.

—¿Y si voy a buscar unos bocadillos?

—Sí, gracias.

Se lleva las manos a la parte baja de la espalda, se arquea como un gato y se levanta de la silla. Va hacia la puerta a buscar su chaqueta, pero antes de llegar se vuelve hacia mí.

—He pensado que después de comer podríamos trabajar un rato en el parque. — Abre los brazos y apunta con ellos al mundo exterior, abandonado—. Para que nos dé un poco el aire. Para ver si todavía hay flores en los cere...

Niego con la cabeza. Me quedaré en esta habitación. Siempre he trabajado mejor en cautividad.

Clara se pone la chaqueta.

—¿Por qué no va a comer el bocadillo al parque?

Vacila un momento; luego su expresión refleja alivio.

—De acuerdo... —Se cuelga el bolso al hombro.

—De hecho podría tomarse la tarde libre. Ya hemos trabajado bastante por hoy.

Me mira con escepticismo. Para ella es inconcebible que alguien se quede voluntariamente en una habitación día y noche cuando esta gran ciudad brilla y tiente como un parque de atracciones, una tómbola para adultos. Además, sospecha que no comeré nada.

—Primero le traeré el bocadillo.

—No hace falta.

—¿Lo de siempre? —Clara hace caso omiso de mis palabras así: con ternura, sin

aspereza. Es una domadora encerrada en una habitación con un león viejo y cansado. No necesita ni silla ni látigo; le basta con el tono de voz.

—Sí, gracias.

—¿Con alcaparras?

—Sí, por favor. —Le sonrío—. Y gracias, Clara.

Ruth

Saco la leche de la nevera y la huelo. Está buena. Hiervo agua y pongo cuidado en verterla en la taza y no en el bote de café instantáneo. La semana pasada, en un breve momento de distracción humeante, acabé con un bote de café lleno de agua. Me pongo un paquete de galletas Scotch Finger bajo el brazo y voy por el pasillo con la taza en la mano hasta el salón. Estoy convencida de que la mayoría de los ancianos viven a base de galletas Scotch Finger.

Cuando vuelvo a sentarme delante del Toller lo dejo todo lleno de migas. ¡Es el big bang de las galletas! Hay más migas que galletas había en la caja, y eso es algo que nunca entenderé. Bev vendrá más tarde a limpiar. Claro que se enfada cuando ve que el piso no está limpio. Hace ya mucho que decidí tomarme sus bufidos y suspiros, los reproches malignos que lanza al aire, como un juego, como algo que ha creado un vínculo entre las dos. Ella puede burlarse de mi desaliño (¡y eso que dejé los puritos!) mientras finjo gratitud por sus cuidados. Mediante ese ritual reconocemos en silencio que ella me supera en virtud, aunque, por casualidad y sin que sea mérito mío, yo tenga más dinero.

Así que Toller estuvo en un sanatorio. Me cuesta imaginarme mudo a semejante agitador. Dora nunca lo mencionó; quizá no supiera mucho al respecto. Sin embargo, sí me contó otras cosas de la guerra de Toller, asuntos de los que él no hablaba en público. Me comentó que se había alistado porque quería «demostrar con su vida» su amor a Alemania. Su coraje físico asustaba a quienes lo rodeaban. Una vez, al ver tendido en tierra de nadie a un soldado herido, Toller salió corriendo para rescatarlo, pero una lluvia de fuego de artillería lo obligó a retroceder y refugiarse en la trinchera. El chico se pasó tres días y tres noches llamándolos por sus nombres, al principio a gritos, con desesperación, luego con voz más débil y triste. Cuando murió, el entusiasmo de Toller por la guerra ya se había transformado en una temeridad suicida respecto a la protección de sus hombres. Dora decía que Toller se sentía responsable del lío en que estaban metidos, como si todo aquello fuera, en cierto modo, culpa suya.

Nuestro querido Toller. ¿Por qué será que los famosos son mucho más bajos al natural? La primera vez que Dora lo trajo a mi estudio de Berlín —estaba en Nollendorfplatz, así que debía de ser el año 1926 o 1927—, abrí la puerta y al mirar hacia abajo solo vi dos gramófonos con sendos altavoces enormes y un par de piernas debajo de cada uno. Detrás de un aparato se oyó la voz de Dora:

—Ha comprado seis, imagínate. Para los amigos. Uno es para ti.

—¡Pero si no nos conocemos! —Me avergoncé nada más pronunciar esas palabras, como si las hubiera dicho delante de un miembro de la realeza. Pero me sorprendió aquel despilfarro.

—No te lo tomes al pie de la letra, Ruthie —dijo la voz de Dora—. ¿Piensas dejarnos entrar?

Los pusieron encima de una mesa. Toller se volvió hacia mí, sonriente. Por un instante me encontré ante un personaje de ficción, alguien salido de las páginas que contaban la revolución de Munich, de un anuncio de «SE BUSCA», del cartel de una obra de teatro, que cobraba vida. Y luego lo vi a él, un hombre tirando a joven con una camisa de seda arrugada, el pelo entrecano despeinado y caído sobre la frente, estrechándome enérgicamente la mano. Me sostuvo la mirada.

Toller no sabía conversar sobre temas triviales, no tenía un registro para los *Bekannten*, los conocidos. Te taladraba con aquellos ojos oscuros y se detenía un poco más de la cuenta. Su única actitud con todo el mundo era la intimidad. Las mujeres lo adoraban por eso. Se saltaba las penosas réplicas ocurrentes, las negociaciones inciertas del flirteo, y les hablaba como si las conociera, como si ya hubiera estado dentro de ellas. ¿Quién no se entregaría en cuerpo y alma a un hombre que en cualquier momento podía sacrificarse para salvar el mundo?

Todavía sonreía, sin soltarme la mano.

—Podría mirarte a los ojos —me soltó, e hizo un amplio ademán señalando sus piernas arqueadas—, si tuviera las malditas piernas rectas.

Me reí.

—Dora me ha hablado mucho de ti.

—¿En serio? —Eso me pareció inverosímil. Dora estaba junto a mi mesa de luz mirando unos negativos. Sin embargo, su quietud me reveló que nos estaba escuchando. Como si todo lo que él decía estuviera pensado para que lo oyera ella.

Dora se volvió y contuvo una sonrisa.

—Exagera —afirmó mirándolo a los ojos—. No le he contado casi nada.

—¿Te ha dicho que necesitaba un gramófono? —Miré primero a uno y luego al otro. Se echaron a reír—. Eres muy amable, pero no puedo...

—Por favor —dijo el gran hombre mostrándome la palma de las manos—, no he podido resistirme. Me gustaría mucho que te lo quedaras, de verdad. —Empezó a toser y se llevó un puño a los labios.

Comprendí que poner objeciones equivaldría a insinuar que había algo anormal en comprar seis gramófonos por puro capricho y regalar al menos uno a alguien a quien no se conocía de nada.

—Bueno —dije—. Gracias.

Me pareció que Toller se sentía aliviado. Dejó de toser.

—Lo siento. —Se llevó el puño al pecho—. Un viejo problema pulmonar.

Dora rio.

—Esa era la *malaise du jour* de tu generación, ¿verdad? —dijo—. El problema pulmonar. —Siempre hablaba con franqueza, aunque sin un ápice de malicia. La gente raramente se ofendía, pero vi que Toller daba un respingo. Mi prima llevaba dos semanas trabajando para él.

—¿Y cuál es la vuestra?

—Pues... —Pensó deprisa—. La nuestra sería... algún tipo de complejo.

Complejo del padre, complejo de la madre, complejo de inseguridad, complejo de autoridad...

—Todas esas también las tengo yo —dijo Toller sonriendo—, pero no me producen tos. Además, no te sacó ni diez años.

Dora asintió con la cabeza como diciendo *touché* y se volvió hacia mi mesa de luz. Había entre ambos una tensión que casi alcanzaba a ver, como una cuerda tendida de una punta a otra de la habitación, tirante, floja, tirante otra vez. Me di cuenta de que eran amantes.

Le señalé un taburete a Toller.

—¿Empezamos?

Dora me había encargado que lo fotografiara para un cartel promocional de *Entfesselte Wotan* (*Wotan desencadenado*), su nueva obra de teatro. Me había contado lo mordaz que era: una comedia sobre un barbero megalómano llamado Wotan que pretende salvar a la Alemania de la posguerra de los comunistas y los judíos, mediante una astuta combinación de demagogia y carnicería. (¡Y pensarlo ahora! Debía de ser francamente terrible para Toller ver con tanta claridad lo que se avecinaba).

Le enderecé un poco los hombros para colocarlo de frente a mí. La pantalla que había detrás de él era blanca como su camisa; sería bonito plasmar aquella gran cabeza oscura saliendo del resplandor.

—Sé tú mismo —dije, y me coloqué detrás de la cámara.

—Para ti es muy fácil decirlo. —Miró la cámara montada sobre el trípode—. Tú puedes esconderte detrás de ese trasto.

Dejé de pasar la película. Toller me sonreía de tal forma que de pronto me sentí traspasada, observada por completo.

Seguí con lo mío.

—Lo peor que se le puede decir a un actor es «Actúa con naturalidad» —continuó—. Se les olvida cómo ser naturales. Adoptan unos andares lentos y arrogantes. —Cambió de postura en el taburete. Cuando volví a mirarlo estaba posando: la barbilla apoyada en un puño y el entrecejo fruncido, como *El pensador* de Rodin.

—Deja de interpretarte a ti mismo —le dijo Dora desde el otro lado de la habitación.

—Ya te he dicho que es muy difícil —me susurró Toller, y empezó a hacer el payaso, adoptando diferentes poses: de pensador a boxeador, y luego a gorila rascándose los costados, como un actor que hace ejercicios de calentamiento o que busca su personaje. Y no funcionaba.

—Dee, ¿puedes venir a echarme una mano? —dije.

Dora vino. Le di un fotómetro para que lo sostuviera detrás de mí. En realidad era una tarea inútil: quería que Dora estuviera en el campo de visión de Toller para calmarlo.

Esa fotografía se hizo famosa. A partir de entonces apareció en los carteles de sus

montajes teatrales y a veces también en los periódicos. Es un primer plano en el que dominan los ojos. Unos ojos grandes, bondadosos y, en cierto modo, desnudos. La boca, curva y de labios carnosos, está cerrada. Tiene la frente un poco arrugada y un hoyuelo a juego en la barbilla. Es como si acabara de pedirte a ti, una persona amada, que te unieras a una de sus causas: alimentar a los rusos hambrientos, revocar las leyes de censura o liberar a prisioneros políticos. Toller es el emblema del nuevo mundo de la posguerra y, aunque sabe el precio que quizá habrás de pagar, te quiere a ti. Lo rodea un halo de luz frágil como el cristal, como una pompa de jabón.

Parece que el sol, que entra a raudales por la ventana, haya dejado una calva en mi cabeza; ¡las ventajas térmicas de la alopecia femenina! No siempre he tenido el pelo tan ralo. Pero he de admitir que, en general, ha sido de gran ayuda no ser una mujer hermosa. Como apenas me miraban, tenía libertad para mirar.

El libro de Toller está encima de la mesa. Algunas de sus correcciones siguen metidas entre las páginas, donde él quería que se incluyeran. Me agacho para recoger las que se han desparramado.

Por el barrio se extienden los pitidos de un camión que efectúa extrañas maniobras para entrar marcha atrás en un parque. Las nubes retroceden por encima de la calle y el jardín delantero, se alejan de mí, sentada en bata en mi casa, hacia el mar. En Sidney, en primavera, hacen lo mismo todas las mañanas: se retiran de nosotros como la tapa de una lata de sardinas. Se oye el canto de los pájaros. Decido creer que cantan de alegría ante el nuevo día, pero sé que en realidad están comprobando quién ha sobrevivido a la noche.

Desde donde estoy sentada, veré cómo esas nubes se enganchan en el franchipán del patio, ese árbol que parece un coral gigantesco y cuyas ramas desnudas exploran el aire. Si no las detiene, las nubes seguirán hasta cubrir los dos cables eléctricos que conectan esta casa al poste de la calle. «No hay que mezclar el agua y la electricidad». Me llegan voces; a veces, solo órdenes.

La mente es un órgano interesante. Se enrolla y se desenrolla por sí sola. ¿O el órgano es el cerebro y la mente algo completamente diferente, un efecto del cerebro, una *Scheinbild*? El profesor Melnikoff dice que los enfermos de Alzheimer experimentan una regresión progresiva y que las primeras cosas que aprendieron son las últimas que olvidan: «por favor» y «gracias», las cortesías residuales del ser humano, integradas en el hipocampo. Uno acaba usando pañales, pero educadamente. «Gracias por pasarme la toallita».

Pero lo que yo tengo no es Alzheimer, *Gott sei dank*. Lo que me pasa es que de vez en cuando, como ocurre cuando estamos a punto de quedarnos dormidos, brota un recuerdo lejano, como una diapositiva que salta del carrusel del proyector. Mis amigos y los otros se deslizan y aparecen en la habitación, respiran, se mueven, abren la boca.

Algunos recuerdos ni siquiera son míos. Escuché las historias tantas veces que acabé por hacerlas mías, las bruñí y las envolví como haría una ostra con un grano de

arena, y ahora, más o no, son mi yo más brillante.

Yo también oí hablar por primera vez del Partido Socialdemócrata Independiente en 1917. Cuando Toller estaba en el sanatorio, yo tenía once años y, como él, estaba en tratamiento. Pero lo que tengo grabado en la memoria no es la enfermedad, sino la recuperación. Fue entonces cuando pasé una temporada en casa de Dora y empezó mi vida como observadora y como público. Y como prima.

Ese año hubo una epidemia de escarlatina en nuestro pueblo de la remota Silesia. Murieron cuatro niños. Todos los médicos estaban en el frente, al igual que mi padre. Mi padre se había alistado en el ejército, como muchos judíos. No le habían dejado cursar derecho —no se permitió estudiar a los judíos hasta la época de su hermano pequeño, Hugo—, pero la guerra los recibía con las fauces abiertas. Con mi mentalidad infantil, yo creía que a mi padre no podía pasarle nada habiendo allí tantos médicos.

Cuando ya llevaba tres días sudando, mi madre envió a Marta a buscar al *Sanitätsrat*, el practicante del pueblo. Era un carnicero retirado con unas manos enormes y con un aliento que olía a levadura. Por influencia de su oficio, tenía debilidad por las articulaciones; me hincó los pulgares en un hombro, un tobillo, una rodilla, una cadera, hasta que grité.

—¡Aquí! —declaró señalando la piel que cubría el hueso de mi cadera como si fuera una pequeña tienda de campaña—. ¡La fiebre se ha instalado aquí!

El hombre abrió un estuche parecido al de los instrumentos musicales y sacó un largo cilindro de cristal. Le enroscó la aguja mientras ellas me sujetaban: Marta y mi madre por los hombros; la cocinera por los pies. El *Sanitätsrat* me puso una mano sobre el muslo. La cocinera apretó con fuerza los labios.

Cuando terminó, vi la jeringuilla llena de un líquido veteadado, rojo y amarillo verdoso.

—Hay que colgarle la pierna —anunció el *Sanitätsrat*. Se marchó y volvió con un armazón de su tienda, un triángulo de metal del que todavía pendían los ganchos para la carne. Utilizando el armazón, unió mi pie vendado a un sistema de pesos y poleas cuyo objetivo era estirar la pierna infectada para que no quedara más corta que la otra. Me pasé dos meses en cama, y desde entonces ando con una leve cojera que jamás me ha importado lo más mínimo.

Poco después mi padre volvió a casa. Tenía un brazo inutilizado; era una herida de la que estaba tan orgulloso como lo habría estado de las cicatrices de un duelo en una hermandad universitaria. Tuvo que aprender a hacerlo todo con la mano izquierda. Una vez, durante la comida, mi madre creyó que me estaba riendo de su torpeza y me regañó severamente.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no te hemos enseñado buenos modales? Se te cae la mitad de la sopa en el plato con cada cucharada.

Yo no podía abrir del todo la boca. El pus también se había instalado en mi mandíbula y me la había cerrado.

—Vaya con nuestra Loquax —dijo mi madre—. Por lo visto has estropeado el mecanismo de tanto usarlo.

Una muestra de la ironía familiar: llamar Loquax a la más callada. Mi madre tenía ciertas reservas de ternura y extravagancia: cuidaba a los animales enfermos, le gustaban las letras de las operetas más absurdas, hacía regalos caros a los criados y llevaba adornos complicados en el sombrero (recuerdo un pájaro de juguete y —¿no me lo habré inventado?— un barco de tres mástiles en miniatura), pero en el fondo era espartana. Mi hermano y yo no merecíamos nuestra salud ni nuestra riqueza, pero en cambio éramos los responsables directos de nuestras desgracias. (Y he comprobado que eso es una carga difícil de llevar).

Un médico de Beuthen se ofreció a operarme las mejillas para cortar el tendón y liberar la mandíbula.

—¡Pero tendrá cicatrices para toda la vida! —exclamó mi padre. En el coche de caballos, de regreso a casa, expresó sus preocupaciones en voz alta—. Solo falta que encima tenga cicatrices en la cara. —«Encima» quería decir «además de coja».

En Berlín, el tío Hugo, el padre de Dora, encontró a un cirujano que tuvo una idea mejor. Me practicaría la incisión detrás de las orejas y así no se me verían las cicatrices.

Después de la operación mis padres me dejaron seis semanas en casa del tío Hugo y la tía Else, para que el profesor pudiera visitarme y comprobar el éxito de su obra. Era la primera vez que pasaba una temporada sola fuera de mi casa.

Llevaba la cabeza afeitada y envuelta en vendas de gasa desde la coronilla hasta la parte inferior del mentón, donde estaban tirantes. El profesor había dejado unas rendijas para los ojos, los agujeros de la nariz, la boca y las orejas. La gente me ignoraba, como si yo fuera sordomuda o una mascota; discutían y hablaban de asuntos personales delante de mí.

Los niños son los únicos que pueden ver a los adultos desde dentro de sus vidas, los únicos a los que se permite observar cada pequeño detalle, como si sus mentes en formación fueran incapaces de juzgar lo que ven o como si lo que ven no se alojara permanentemente en ellas.

Vi a Paula, la criada del antojo en la cara, besando una cuchara de madera para ensayar, largamente y con vivo anhelo, con los ojos cerrados. Mientras Dora estaba en el colegio, yo examinaba los misteriosos ligeros y broches que usaba cuando tenía la menstruación y que dejaba colgados en el respaldo de una silla. Vi a la cocinera acaparar huevos durante cinco días con el fin de preparar un pastel para el décimo noveno cumpleaños de su hijo, pese a que su querido Michael había muerto el año anterior en la batalla del Somme.

El piso de Chamissoplatz era muy grande, y ellos tres —Hugo, Else y Dora— parecían llevar vidas independientes y adultas allí, unidos por lazos de afecto racional

y consideración mutua más que por lazos de sangre. Que yo supiera, nunca dormían. Podía recorrer los pasillos a cualquier hora del día o de la noche sin que nadie me regañara ni me mandara a la cama; todos confiaban plenamente en que la razón y la naturaleza acabarían conduciéndome allí.

Si encontraba a Else en su estudio, ella se volvía hacia mí —el pelo se le soltaba del moño, flotante y vivo— y me enseñaba una de sus ecuaciones químicas. Me explicaba la belleza de las letras, los paréntesis y los números, de los elementos y las leyes a las que obedecían. Podía contemplar a Hugo mientras se paseaba por su habitación murmurando el discurso que tenía que pronunciar en el tribunal al día siguiente —¿o era en el Parlamento en esa época?—; se paraba a media frase y se acercaba al atril para corregirlo. Si me veía en el umbral decía: «¡Precisamente a ti quería verte!», y me invitaba a entrar y a llenarle la pipa, o a jugar con Kit, el setter rojo, blandito y tontorrón, que se pasaba el día durmiendo allí. Hugo no tenía una voz especial para dirigirse a los niños. Cuando hablaba contigo, sacaba lo mejor de ti.

Hugo y Dora se marchaban temprano, de modo que por las mañanas iba a ver a Else. Me sentaba en su habitación mientras Paula la ayudaba a vestirse y le abrochaba los botones forrados, uno a uno, a lo largo de la espalda. Recuerdo que una vez volvió hacia mí la cabeza, inclinada como una flor en su tallo. Paula siguió con su trabajo.

—Muy poco práctico, ¿no te parece? —La voz de Else sonó grave, inesperada, como la de Dora—. Deberían estar en la parte delantera.

Asentí con la cabeza. Cuando Paula se marchó, Else se inclinó hacia mí.

—Esos botones —dijo arqueando las cejas, como si se riera de la palabra— sirven para que los demás sepan que tengo una criada.

Volví a asentir.

—Vamos, cotorra. Necesitas tu huevo.

Después de desayunar Else se marchaba al laboratorio de la universidad y yo me pasaba el día deambulando por el piso. A veces tomaba fotografías.

A Dora le habían regalado una cámara de cajón Schulprämie por haber aprobado el curso. Estaba en uno de los estantes más altos de su habitación. A Dora no le interesaba, pero a mí me fascinaba: una caja con un ojo. Me la acercaba al pecho y miraba por el pequeño cristal. Estaba todo contenido allí, en una miniatura redondeada: su cama de acero con la colcha blanca y al lado, en el suelo, un montón de libros en equilibrio precario. Percibía la instantánea capa de protección entre el mundo y yo; miraba hacia abajo y, en cambio, veía lo que tenía delante. Lo que más me gustaba era que aquella cámara me proporcionaba una razón para mirar. Dora me dejó utilizarla mientras estuve en su casa.

Empecé tomando fotografías de objetos inanimados. Romboïdes de luz que la tarde arrojaba sobre la alfombra. Los timbales de las cacerolas de cobre colgadas en la cocina y sus sombras en la pared terrosa. Mi imagen reflejada en el espejo, la cabeza de momia inclinada hacia la caja, las pestañas oscuras bordeando las vendas. El obturador de la cámara era una palanca situada en un lado de la caja. Producía un

ruido metálico largo y débil, el sonido de la captura y el robo. Esos momentos eran lo único que me pertenecía.

Después me volví más osada y pedía a mis modelos que se quedaran quietos. Fotografié las manos enharinadas de la cocinera en el cuenco de cerámica para mezclar y, en una ocasión, la cara de Dora tan de cerca que atrapé las parpadeantes luces color caoba de sus iris. Una paloma posada en el alféizar de mi ventana se convirtió en un borrón gris de velocidad en la película.

Cuando Dora volvía a casa a la hora del almuerzo, comíamos juntas, sentadas las dos solas a la mesa. Yo comía lo mismo todos los días, con una pajita: caldo y arroz con leche. Al cabo de un par de semanas ya no podía más.

—Vamos, Ruthie, solo un poco —me dijo Dora—. Ya falta menos.

Miré su plato. Una chuleta rebozada con patatas fritas y col rizada.

—Además, ¿por qué hay que abrir tanto la boca? —reflexionó mientras masticaba—. Debe de ser algo residual. Como un apéndice. Algo que desarrollamos antes de que se inventaran los cuchillos —agitó el que tenía en la mano—, cuando los humanos tenían que arrancar con los dientes pedazos enormes de antílope. O algo así.

A Dora no le interesaba la comida. Prefería hablar hasta que se le enfriaba y luego la dejaba, con toda razón, solidificada e incomedible en el plato.

—No puedo más de esta papilla —dije.

Me miró. Yo tenía la vista clavada en su comida. Cogió su plato, lo llevó a la cocina y regresó con un cuenco de caldo para ella.

—¿Sonríes, Loquax?

Asentí. Dora parecía indecisa. De repente adoptó una expresión traviesa.

—Voy a enseñarte una cosa. —Volvió a levantarse, apoyó un codo en la mesa y cerró la mano. Creí que iba a enseñarme una nueva forma de echar un pulso.

»Mira esto.

Abrió mucho la boca y la acercó al puño. Sin dejar de mirarme, introdujo el dedo meñique entre los labios y a continuación, uno a uno, los otros nudillos. Se paró al llegar al pulgar. Inspiró por la nariz. Dolía solo de verlo, pero Dora me sostuvo la mirada todo el rato. Un giro, un desagradable gruñido, y entró también el pulgar.

Yo estaba horrorizada, embelesada. Mi prima, que ya era casi una mujer, con un intenso dolor reflejado en los ojos, se metía un puño, un puño entero en la boca.

—¡Aaarrggg! —Agachó la cabeza y el puño salió de su boca como una pelota mojada. Le habían quedado unas líneas blancas en los labios de tanto forzarlos.

»¿Lo ves? —Rio y se frotó la boca—. ¡Para qué necesitas una mandíbula tan grande! ¿Por qué iba a hacer algo así alguien que esté en su sano juicio?

Yo tenía once años y no había nada que jamás hubiera deseado tanto.

Una tarde no vino a casa. Era el mes de abril. Me senté en la repisa de la ventana y me quedé contemplando la calle. Los árboles retenían su verde secreto, poco

convencidos de que hubiera llegado la primavera. Las puertas de la habitación contigua estaban abiertas. Por el hueco se colaban un murmullo de voces masculinas y los golpecitos de una pipa contra un zapato. Yo no escuchaba. Hugo estaba allí con su amigo Erwin Thomas, un colega del Ministerio de Justicia. Yo miraba la calle: el ir y venir de los tranvías por las vías y los sombreros que pasaban.

Cuando por fin llegó Dora, la vi por el hueco entre las puertas; tenía las mejillas coloradas de frío. No fui con ellos, sino que me senté en el diván, en la habitación en penumbra. Como todos los niños, sabía que la conversación de los adultos sería más interesante si yo no estaba presente. Dora tenía en la mano izquierda unos panfletos desplegados en abanico.

—¡Tío Erwin! —Le estrechó la mano—. Hola, padre.

Hugo la sujetó por los hombros un momento.

—¿Cómo has ido? —Se volvió hacia Erwin—. Dora ha ido a la fábrica Krupp. A repartir folletos a las mujeres.

Dora se había afiliado a las Juventudes Socialistas a los catorce años, y hacía poco al recién creado partido antibelicista, el Socialdemócrata Independiente. Hugo y ella habían pasado todas las tardes de esa semana redactando el panfleto, y yo los había observado desde un segundo plano y les había oído debatir cada palabra y cada idea. Entendía muy poco de lo que oía, pero me gustaba la determinación que compartían. La especialidad de Hugo, que había afinado defendiendo a los sindicalistas, eran los procesos penales.

—Es legal —me había comentado hablando del panfleto—, pero me temo que eso no es ninguna garantía.

Percibí la seriedad de su voz.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Hoy día, que algo sea legal no garantiza que no te detengan. —La guerra no había terminado, me contó Hugo, así que protestar contra ella podía considerarse sedición, por muy cuidadosamente redactado que estuviera el panfleto. Protestar contra la guerra en una fábrica de munición como mínimo provocaría a las autoridades. Sin embargo, tanto Hugo como Dora creían que era necesario hacerlo.

Pero allí estaba ella, en casa, sana y salva, plantada en la alfombra roja con sus zapatos de cordones, mirando alternadamente a su padre y al tío Erwin.

—¿Me dejas? —preguntó el tío Erwin extendiendo una mano para coger un panfleto. Llevaba un sello en el meñique.

Sostuvo el panfleto con los brazos estirados y leyó en voz alta:

—«Cuando llegue el momento de poner fin a esta guerra criminal..., contamos con vuestro apoyo como obreros unidos en la solidaridad internacional..., en la causa de la paz...». —Levantó la cabeza, perplejo—. ¿Los llamáis a la huelga? —Miró a Hugo—. Krupp es una industria esencial según el párrafo ciento setenta y dos. ¡Esa protesta sería ilegal!

Erwin no era realmente tío, sino un amigo de la familia. Su padre, Max, un

químico galardonado con el Premio Nobel, había sido profesor de Else en la universidad. El bigote del tío Erwin era rubio rojizo, con los extremos encerados hasta formar peligrosas puntas afiladísimas. Yo siempre me preguntaba cómo se las ingeniaría para dormir con aquel bigote. Ahora que lo pienso, creo que era un hombre que consideraba importante hacer «lo que había que hacer». Esquiaba en Saint Moritz y veraneaba en la finca familiar de Prusia; leía las novedades, precisamente porque eran novedades. Para él la vida tenía un programa en el que las cosas que había que hacer las habían decidido otros. Las satisfacciones y los placeres de la vida no consistían en disfrutar de ellos, sino en tacharlos de la lista como algo ya realizado. A veces llevaba un abrigo con cuello de astracán que me fascinaba: un hombre vestido con el vientre suave y ensortijado de un cordero.

Ese día llevaba un chaleco ceñido de franela gris, con una gruesa leontina que desaparecía en el bolsillo derecho. Tenía la cara colorada.

Hugo no dijo nada y se sentó. La atención con que escuchaba se transmutó, contrapuesta a la vehemencia de Erwin, en un silencio intenso. Erwin se dirigió a Dora.

—En un sentido práctico, digamos «materialista», querida mía —se acarició la parte plana del bigote—, estáis pidiendo a esas mujeres que voten para que las despidan. —Volvió a mirar la fina hoja de papel ciclostilado. «Estáis en el centro de la maquinaria industrial —leyó—, tenéis en vuestras manos el poder para invertir la palanca de la destrucción...».

—El sindicato las respaldará mientras estén en huelga —lo interrumpió Dora—. Lo que hacemos es pensar a más largo plazo.

—En ese caso, querida mía —dijo él mirándola—, debes saber que un voto por la paz no es precisamente un voto por la industria.

Dora trasladaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Creo —repuso— que acabas de admitir que nuestra economía depende de la fabricación de maquinaria de guerra.

Dora tenía diecisiete años. Yo nunca había oído a nadie tan joven hablar así a un adulto. No era solo que le replicara, sino que además poseía una seguridad que le permitía hacerlo con calma.

Vi que a Erwin le salía un bultito en la mejilla porque apretaba las mandíbulas. Se volvió hacia Hugo.

—¿Lo has revisado? —Sostuvo el panfleto en alto como si estuviera contaminado.

—Sí. Es legal. —Sonrió a su hija y añadió—: Lo que no le resta mérito a Dora por haberlos distribuido.

—La ley es una pudorosa hoja de parra que cubre el poder —bromeó Dora en voz baja.

Hugo se desenganchó de las orejas las patillas de las gafas y empezó a limpiarlas.

—Amigo mío —dijo—, entiendo por qué te dejaste arrastrar en mil novecientos

catorce, pero ahora debes tener el valor suficiente para cambiar de opinión. Ha llegado la hora de exigir el fin de esta guerra terrible.

El tío Erwin tenía los hombros encogidos y tiesos.

—Nuestros hombres están allí. —Tendió los brazos hacia la ventana, como si los soldados estuvieran justo al otro lado—. Están en Passchendaele, en Verdún y en el frente oriental. ¡Están muriendo, y tú harías que murieran por nada!

Hugo acercó las gafas a la luz para ver si estaban limpias.

—No —repuso en voz baja—. Yo haría que no murieran más.

El tío Erwin entraba y salía de mi campo de visión a través del hueco entre las puertas. Dora hizo ademán de quitarle el panfleto de la mano, pero él se lo impidió. Ella me vio, pero no me hizo señal alguna.

El tío Erwin volvió a hablar. Esta vez se dirigió a Hugo con voz afligida.

—¿No crees en nada?

—Creo que estamos dilapidando el buen nombre de Alemania, además de su sangre —respondió Hugo con serenidad—. El hecho de que nuestra nación haya entrado en guerra no convierte en traidores a quienes se opusieron a ella al principio ni a quienes se oponen a ella ahora.

—Yo... apoyo... a mi país.

—Y mi país —dijo Hugo— se equivoca.

La mano del anillo engulló el panfleto. Vi que el tío Erwin contraía y distendía las mandíbulas.

Cuando se marchó el tío Erwin, me puse a llorar. No sé por qué; quizá fuera una reacción a la ira de los adultos. Dora y Hugo siguieron el sonido de los sollozos y me encontraron. Se rieron del pañuelo de vendas que me cubría la cara, pero a mí siempre me ha dado vergüenza llorar.

El día en que debía regresar a Silesia, Dora bajó del estante la cámara que le habían regalado.

—Te la llevas.

Yo no daba crédito a la desenvoltura de su generosidad, a la poca importancia que concedía a algo que para mí era tan valioso.

Ahora tengo casi cien años, así que solo hace veinte veces mi edad que Cristo se paseaba por la tierra. No es tanto tiempo. Aparte de hacer el pasado mucho más cercano, la vejez te permite asistir al fallecimiento de los que te rodean. Hugo murió de un infarto poco más de dos años después. Cayó redondo en un puentecito del estanque de los nenúfares de Tiergarten mientras paseaba a Kit. Lo encontraron dos mujeres que iban en bicicleta; Kit, muy angustiado, corría de un lado a otro. Hugo tenía cincuenta y seis años y la revolución con que Dora y él habían soñado estaba en pleno apogeo. El dolor es la extensión del amor, y creo que Dora, con dieciocho años, vertió en la política el dolor que sentía por la muerte de su padre.

Toller

Esta cama de hotel, con sus gruesas sábanas blancas y su colcha verde y dorada, parece muy inocente ahora, pero es un escenario de tormento. Cuando no puedo dormir, me torturan los crímenes de mi infancia. A las tres de la madrugada, una sirena en la calle Sesenta y uno Oeste puede desenmarañar mis primeros años de vida y revelar que no fueron más que una sarta de episodios imperdonables. Mi padre me trae un cachorrito marrón. Lo llamo Tobias. Pero no quiere obedecerme. ¡Y todos debemos obedecer! Lo meto en un cubo para darle una lección; lo hundo en el agua una y otra vez, hasta que queda reducido a un puñado de pelo empapado e inerte. Mi corazón se encoge y se convierte en una bola negra.

En su lecho de muerte, mi padre, destrozado por el cáncer, me hace señas para que me acerque. Su voz es terrible; no puede aspirar suficiente aire. Lo único que le queda es la ira. Acercó el oído a su boca. «Todo... es... culpa... tuya», balbucea. A propósito de nada y de todo. Entonces los reproches de negras alas agitan el aire sobre mi pecho e intentan arrancarme los ojos. A las tres de la madrugada no hay nada más cierto: me lo merezco, me lo merezco todo, me merezco algo mucho peor que esto.

Durante el día, cuando está aquí Clara, las criaturas de mi vergüenza deslizan sus sucios cuerpos por debajo de la puerta del cuarto de baño, o eso me parece. Sé interpretar la historia del cachorro: la violencia para imponer sumisión, reproducida por un niño tal como la ejercieron sobre él. Nosotros, los revolucionarios, queríamos desterrar ese autoritarismo brutal, esa terrible obediencia ciega de la cultura alemana. Yo quería desterrarla de mí.

La agresividad de mi padre en el lecho de muerte (y durante toda su vida) creó en mí una extraña patología de la responsabilidad. Aparte de los privilegios de clase, fue eso lo que me llevó a pensar que me correspondía a mí arreglar las cosas. Porque, si no, todo sería culpa mía.

Y lo intentamos con nuestra revolución. Pero mientras hojeo el libro que tengo en el regazo veo que describí los hechos de una forma extraña e impersonal. Siempre me encuentro justo en el centro de los acontecimientos, aunque no parece que sea el desencadenante de nada. Como un hombre que pedalea enérgicamente en una bicicleta sin cadena.

—No hay correo. —Clara aparece en el diminuto recibidor embaldosado de la habitación y cierra la puerta. Lleva un vestido color crema con cinturón. Hago una rápida comprobación: yo también voy vestido.

Lo que quiere decir es que no hay noticias. Ambos esperamos, todos los días, recibir noticias. Le he escrito tres veces a mi hermana Hertha, que está en Alemania, y no he tenido respuesta. Intuyo que se la han llevado, junto con su marido y mi sobrino Harry, que tiene diecisiete años. Los padres de Clara han conseguido reunir el dinero suficiente para embarcar a su hermano pequeño, Paul —pero no para embarcar

ellos—, en el *Saint Louis*, un barco cargado de judíos que huyen de Europa hacia Cuba. Y confiamos en que desde allí venga aquí. El *Saint Louis* tiene previsto llegar a La Habana la semana que viene.

Clara trae las otras cartas a la mesa y contemplo su cara, franca y transparente. No tengo la menor duda de que una parte de ella se muere de preocupación por sus padres. Pero sabe contenerla, como la mayoría.

Sin embargo, cuando se sienta y la veo más de cerca, observo que Clara se muerde el labio inferior. Han aparecido unas pequeñas sombras de color azul grisáceo bajo sus ojos y se la ve más delgada, con los pómulos más marcados. De pronto imagino cómo será a los cuarenta, cuando haya vivido media vida: una auténtica estadounidense de primera generación, con hijos de dentadura perfecta y un pasado en el que una vez, mucho tiempo atrás, escuchó a un anciano revolucionario acabado, procedente de otro mundo, que saldaba las cuentas con su vida.

Ojalá pudiera hacer algo para ayudar a sus padres, pero no puedo hacer nada. Desde aquí lo único que puedo hacer es intentar explicarlo.

—No es posible entender a Hitler —digo— a menos que se entienda su odio. Y eso empezó con nosotros. —Enciendo el primer puro del día e inhalo su negro calor—. Lo que está haciendo ahora borrará el recuerdo de la Alemania progresista durante un siglo. Conmigo incluido, estoy seguro.

Clara se ruboriza.

—Anoche empecé su libro. No me explico que no lo haya leído antes.

—No estaba en ningún plan de estudios.

Ella no tiene la culpa de no saber nada de la revolución. Aunque solo han pasado veinte años, nunca se ha incluido en las clases de historia. Nuestra revolución fue un breve flirteo de posguerra con la izquierda utópica que fue sofocado de forma sangrienta y luego, con una violencia paralela del espíritu, borrado de la memoria nacional.

Sin embargo, para los jóvenes veinte años son toda una vida. La guerra en medio de la que nació Clara es casi inconcebible, como lo era nuestra convicción de que las cosas podrían haber sido diferentes. Por eso los jóvenes siempre tienen la ventaja de la mirada retrospectiva.

—No hace falta que anote esto —digo.

Se recuesta en el respaldo, junta las manos sobre el regazo y escucha.

—Al final de la guerra, cuando quedó claro que habíamos perdido, los generales enviaron la flota naval del mar del Norte a un último ataque desesperado contra los británicos. Los marineros se dieron cuenta de que era una misión suicida y se negaron a obedecer las órdenes. Lo que empezó como un motín se extendió hasta convertirse en una revolución, algo inimaginable en nuestra nación de obedientes empecinados. Surgieron por toda Alemania consejos de obreros y soldados (en Hannover, Hamburgo, Renania y Munich) que se encargaban de la administración del gobierno local y de la repatriación de los heridos del frente. Aunque sus dirigentes eran casi

todos de nuestro partido, los Independientes (periodistas y pacifistas), nosotros no habíamos instigado el levantamiento, sino que nos limitamos a unirnos a los obreros y soldados que se habían revelado. Los rusos habían hecho su revolución comunista más de dieciocho meses atrás. La nuestra era completamente local.

»Lenin nos mandó un telegrama desde Moscú, eso es cierto —explico—, pero opinaba que los alemanes éramos incapaces de llevar a cabo una revolución. —Clara ladea la cabeza con gesto interrogante—. Porque no podíamos asaltar un tren sin antes hacer cola para comprar los billetes.

Clara se ríe, mostrando unos dientes pequeños y perfectamente alineados.

—Pero la verdad es que nuestra perdición no fue el temido orden alemán, sino nuestro pacifismo.

¡La revolución! En Munich vivíamos momentos emocionantes. Me sentía completamente recuperado de mi crisis. Me ponía tacos de papel de periódico en los zapatos para ganar un par de centímetros y me iba a las fábricas de munición a arengar a las mujeres. Distribuía mis poemas y leía fragmentos de la obra teatral sobre la guerra en la que trabajaba. Descubrí que se me saltaban las lágrimas con mis propias palabras, lágrimas que veía reflejadas seiscientas veces en los ojos de las mujeres que tenía ante mí. «La presentan como una lucha por los ideales —gritaba encaramado a una silla en las cantinas de las fábricas, en las cervecerías o desde la caja de un camión—, pero nos envían a morir por petróleo, por oro, por tierras».

Nuestra revolución cambiaría para siempre la Alemania autocrática y belicista: extendería el derecho al voto a todos los ciudadanos, quitaría a los militares y los aristócratas el control del gobierno, nacionalizaría la industria, haría que la educación fuera gratuita y estuviera al alcance de todos. Crearía un mundo nuevo y justo y no habría más guerra.

El káiser huyó a Holanda y nos dejó a nosotros al mando: a los soldados, los obreros y los escritores. Queríamos la paz, pero de pronto teníamos el poder. Y no sabíamos cómo conservarlo. «¡Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo!», gritaba, como si la poesía, y no un ejército permanente, pudiera imponer los cambios que nosotros perseguíamos. Nuestro líder, el venerado periodista Kurt Eisner, se negó por principio a censurar la prensa y a repartir armas al pueblo. Cuando nuestros representantes visitaron a la princesa en Potsdam, ella se acordó del triste destino de la familia real rusa y temió por su vida. ¡Y en cambio nuestros hombres se cuadraron en su presencia y le preguntaron si ella o sus hijos necesitaban algo! No había entre nosotros nadie que tuviera el instinto asesino necesario, ni en sentido literal ni figurado, para la política. Y no porque no hubiéramos matado nunca, sino precisamente porque habíamos matado.

Y entonces un joven aristócrata disparó contra Eisner en la calle. De pronto me vi obligado a tomar el timón de la revolución. ¿He dicho timón? La guiaba tanto como un pedazo de madera a la deriva dirige una ola. Tenía veinticinco años. Mis adversarios se burlaban de mí: «¿Quién se cree que es, el rey de Baviera?». Pero el

pueblo sabía que yo, igual que Eisner antes que yo, estaba dispuesto a entregar mi vida por ellos. En aquellos días extraños eso parecía un mérito suficiente.

En Munich convoqué el Consejo Revolucionario en el antiguo dormitorio de la reina; las botas de los obreros retumbaban sobre el suelo de parquet. Era una revolución popular: todos los utópicos y los cascarrabias chiflados se afanaban a venir a verme con su solución personal para la liberación de la raza humana tras haber identificado el origen de todos los males en la comida cocinada, la ropa interior antihigiénica, el control de la natalidad o el uso en los retretes de papel de periódico en lugar de musgo.

En comparación, me parecía que yo conservaba la cordura. No obstante, allí estaba, entronizado en el sillón de tocador tapizado con seda azul de su majestad, lanzando una proclama tras otra. Como si, en el sueño de un escritor, algo pudiera convertirse en verdad por el mero hecho de declarar que así era: «¡Nacionalización de la prensa! ¡Confiscación de viviendas! ¡Contra la adulteración de la leche!».

En Berlín, los socialdemócratas habían tomado el poder tras la huida del káiser. Odiaban nuestra revolución; la calificaban de anárquica, de antidemocrática, y por supuesto no querían ceder el control a Baviera.

Así pues, empezaron a reclutar a hombres que habían luchado en su bando durante la guerra: excombatientes desahogados que no encontraban la forma de incorporarse a la vida civil y los *Freikorps*, esos futuros nazis que se negaban a aceptar que habíamos perdido la guerra. Berlín los envió por millares a concentrarse en nuestra frontera. Se les llamaba «los blancos». Pretendían sitiarnos y matarnos de hambre.

Yo necesitaba a alguien de confianza para que dirigiera la complicada diplomacia con Berlín. Un día, aliviado al ver una cara conocida, nombré ministro de Asuntos Exteriores al doctor Lipp. Pero, en lugar de negociar con el enemigo, apeló a un poder superior: envió un telegrama al Papa revelándole todos nuestros movimientos. «Por si fuera poco, el pernicioso e indolente monarca —le confió a Su Santidad—, que se pasaba el día jugando a los barcos en la bañera, se ha fugado con la llave de mi lavabo».

Resultó que Lipp no era un médico del sanatorio, sino un interno. Mi representante, Félix Fechenbach, lo encontró danzando entre las mecanógrafas con un cesto colgado del brazo y repartiendo claveles rojos a las chicas. Cuando le entregaron la carta de dimisión que yo había redactado para que la firmara, se sacó un peine del bolsillo, se lo pasó por la barba y declaró: «También esto lo haré por la revolución».

Me invadió un desasosiego del que no podía hablar con nadie. ¿Acaso estaba tan cerca de la locura que no la reconocía? No importaba. Yo era el líder y tenía que seguir liderando.

Necesitaba urgentemente una solución pacífica. No soportaba la idea de ver nacer un estado pacifista y socialista en medio de un baño de sangre. Mientras hablaba en

una posada cerca de la frontera, llegaron rumores de un ataque. Estaba decidido a detenerlo a cualquier precio. Le requisé un caballo a un muchacho. Su hermano pequeño se empeñó en acompañarme. Cuando nos acercamos a Dachau, mataron de un disparo a mi acompañante; lo derribaron limpiamente de la montura. Seguí cabalgando hacia el lugar de donde provenían las balas, con un caballo sin jinete al lado.

En Dachau conseguí negociar un alto el fuego con las fuerzas de Berlín. Pero aquella misma tarde un saboteador empezó a disparar desde nuestro bando. Esa fue la excusa que necesitaban los blancos. Cien mil hombres irrumpieron en Munich para atacarnos. Nuestras variopintas tropas, armadas a medias, chapuceras y hambrientas, constituían a lo sumo una quinta parte del enemigo. Era el mes de mayo de 1919 y la sangre corrió por las calles. Casi todos nuestros líderes fueron asesinados. A mí también me habrían matado, pero mis amigos me convencieron para que me escondiera en sus casas.

Y por eso me hice famoso en primer lugar: ¡Toller el Rojo cabalga hacia la batalla contra los blancos! Pero yo nunca fui comunista, era un independiente, y no cabalgaba hacia la batalla, sino para hacer un llamamiento a la paz. Como todas las razones de mi fama, no encaja del todo con la verdad. Desde el momento en que me metí aquellos tacos de periódico en los zapatos, nunca he conseguido que el Toller público se corresponda fielmente a los hechos del privado.

Pegaron carteles de «SE BUSCA» con mi retrato en todos los postes, farolas y estaciones de ferrocarril de Baviera, encima de mis proclamas. Mis seguidores los pintarrajearon. Yo arrimé el hombro y me desfiguré a mí mismo: me dejé barba y me teñí el pelo de rojo con agua oxigenada para no parecerme a mi retrato. Cuando me vi reflejado en el escaparate de una tienda, vi a un Juan Bautista enloquecido y desvié la mirada.

Un pintor me ofreció refugio. Pasé tres semanas en un armario, detrás de una pared falsa, en su casa de Schwabing, mientras las fuerzas de Berlín seguían asesinando a nuestros líderes. Todo lo que había ocurrido y continuaba ocurriendo silbaba y zumbaba en mi cabeza. Un pobre detective que iba en mi busca tuvo la desgracia de parecerse a mí. Llamó al timbre de un piso y el propietario lo mató de un tiro en la cabeza sin pensárselo dos veces. Los periódicos informaron de mi defunción (mi chófer identificó mi cuerpo en el depósito de cadáveres). Cuando mi madre leyó la noticia en Samotschin, se pasó tres días sentada en un taburete, rodeada de espejos tapados con velos, llorando mi muerte.

Al final fueron a la casa del pintor, golpearon las paredes con los nudillos y me encontraron. Pero aquellas tres semanas me salvaron la vida. Me concedieron un juicio; Albert Einstein, Thomas Mann y Theodor Lessing dieron fe de los nobles objetivos de la revolución y de mi integridad, ya que no podían darla de mi aptitud para la política. Me condenaron a cinco años.

Clara lleva todo este rato sentada en la otra butaca.

—Lo que entonces ignorábamos —continúo— es que la noche en que empezó todo, cuando los obreros y los soldados eligieron líder a Eisner en la inmensa cervecería Mathäserbräu, la noche en que Eisner proclamó la República de Baviera, si hubiéramos mirado atentamente la cara de quienes ocupaban los bancos, habríamos visto en un rincón a un cabo anodino y carrilludo que había combatido en el extranjero y que observaba sin beber nada. —Le cuento que ese hombre estaba furioso por la derrota de Alemania y negaba que el káiser fuera el responsable de la guerra y de haberla perdido. Culpaba a los judíos progresistas, a los pacifistas y a los intelectuales de llevar a Alemania al borde del desastre; a nosotros, a quienes había tocado arreglar el desaguisado cuando huyó el gobierno que lo había provocado.

»En mil novecientos veintitrés, mientras yo estaba en la cárcel, ese hombre, Hitler, intentó tomar Baviera por la fuerza. Le impusieron una condena benévola con privilegios. Esto sí puede anotarlo.

Clara prepara el lápiz. Carraspeo.

—El de Alemania es un sistema de continuos vaivenes; las cárceles del siglo veinte enlazan un régimen o una revolución con los siguientes y los aplastan. Los izquierdistas y los derechistas conocen muy bien las mismas celdas y unos limpian la sangre de los otros. Podríamos dejar generaciones de frases grabadas en la cal de las paredes, argumentos y réplicas, y tal vez dentro de mil años habría allí una respuesta que todos podríamos leer.

Observo cómo los labios de Clara forman en silencio las palabras que acabo de pronunciar; las anota con sus extraños y ensortijados símbolos.

—Ahora —prosigo— Hitler está reavivando la guerra. Ansia la victoria que, según él, nosotros le robamos. Ha hecho una lista y la está siguiendo.

Clara se lleva una mano a la boca, luego la aparta. Tiene las muñecas delgadas; me recuerdan a las de alguien.

—Bueno —dice—, está usted en primera línea. Otra vez.

Miro por la ventana. En el parque hay un puesto de perritos calientes con globos atados y molinetes multicolores para los niños.

—No.

Todavía hay luz en el cielo, pero Clara ya tiene que marcharse. Su marido, Joseph, y ella viven con el primo de este en un pisito del Lower East Side. Joseph era segundo violinista de la orquesta de Colonia, pero todavía no ha encontrado trabajo y todos los días la espera en casa.

Y de pronto lo entiendo. Me levanto tan deprisa que vuelco la silla.

—¡Tengo que irme a casa!

Clara se queda perpleja.

—Me refiero a Inglaterra, no a mi país, por supuesto. ¿Puedes reservarme un pasaje? ¿Mañana?

Clara aguarda; confía en que diga algo más sensato.

—¡No, no para irme mañana! Para el viernes que viene, por ejemplo. Sí, de esa

forma tendremos una semana. Si hace la reserva, podremos pagar dentro de un par de días. Encontraré dinero en alguna parte.

—De acuerdo —dice pausadamente. No es así como ella creía que irían las cosas. Pero ahora me impulsa una intención. Sus ojos verdes me siguen por la habitación.

—Entonces debería venir esta noche. Para despedirse —añade Clara con voz comedida, la voz de alguien consciente de que sus esfuerzos, pese a ser apreciados, quizá no den resultado—. Les encantaría verlo... —cierra el bolso, levanta la cabeza y me mira— antes de que se vaya.

Desde que Christiane me abandonó, Clara ha intentado hacerme «salir de mí mismo». Yo no colaboro mucho. (No obstante, si creyera posible salir de mí mismo literalmente, haría cualquier cosa que ella me propusiera). Últimamente sus esfuerzos han consistido en animarme a ir a las reuniones que mis amigos refugiados —George Grosz, Klaus y Erika Mann, Kurt Rosenfeld— celebran los jueves en el restaurante Epstein's, en el centro.

—Buena idea —digo frotándome las manos y sonriendo.

Ruth

Este día ha decidido ser hermoso e intenso. En la calle las sombras son definidas; todo arroja su forma alrededor. Unos obreros con camiseta azul de tirantes y botas Blundstone entran y salen de la casa de al lado.

En 1952, cuando compré esta casa, Bondi Junction era barato, un barrio de perezosos bungalows, con coches aparcados en los caminos de entrada y niños jugando a criquet en las calles. Ahora están demoliendo todas las viviendas alrededor de la mía para construir edificios, aprovechando el espacio al máximo: búnkeres de cristal que permiten atisbar el océano desde balcones bordeados de acero inoxidable que hacen que mi casa parezca pequeña, una reliquia de otra época. Los enjorjados buitres de las inmobiliarias se pasean por aquí en sus BMW y dejan tarjetas y cartas en mi buzón. Repasan todos los días las notas necrológicas y las cotejan con la información que han obtenido en el registro de la propiedad, impacientes por sacar del maletero los letreros de «Se vende» que tienen preparados y plantarlos, triunfantes, por todo mi césped. ¡Consiga su pedazo de *Lebensraum!*, podrían gritar. ¡Compre un *Platz an der Sonne* a precio de ganga!

Pero no ganarán. La belleza de esta ciudad es demasiado elemental, demasiado fecunda y silvestre, para que el dinero la dome. Aunque los financieros, los banqueros y los *millonarios.com* abracen toda la costa, sus palacios con setos podados en forma de animales nunca conquistarán este paisaje. Las buganvillas y las glicinas, los ficus y las costillas de Adán lo consideran todo comida y espaldera, y si no les ponen barreras, devorarán el lugar. Y allí, justo en medio, el centelleante y ondulante puerto; aquí la tierra está viva. Esta belleza es una potencia y nunca desaparecerá.

Siempre me ha seducido la belleza. Me ha seducido y consolado, y luego me ha traicionado. Y después me ha seducido y consolado otra vez.

¡El gato está en la puerta! ¿Quién lo ha dejado salir del piso? Araña la puerta.

Mein Gott, me duele el *Arsch* de tanto estar sentada. Yo no tengo gato. Es una llave en la cerradura. Está entrando alguien.

Bev me mira. Parece enfadada, seguro que por mi culpa. Sin embargo, al examinar su cara veo que hay otras posibilidades: el pelo teñido de un naranja rosado insólito en la naturaleza y el ojo malo, que hoy tiene un pequeño tic. O también podría tratarse de su hija ladrona, Sheena, una exenfermera adicta a la heroína, cuya triste situación, según he descubierto con los años, es la única cosa terrible de la que a Bev no le complace hablar.

—Vaya —refunfuña—. Aquí sentadas sin hacer nada como una botella de leche, ¿no?

En Bloomsbury, la señora Allworth me llamaba «señora». «Si lo desea, señora —me decía—, puedo hacer las ventanas. Solo por dentro, claro». Cuando decía: «Si la señora lo prefiere», yo sabía que estaba de mal humor. No me gustaba el «señora»,

pero esta primera persona del plural australiana es aún peor; hace que me sienta como un coro griego; todas las partes de mi ser respiran y palpitan a la vez como un monstruo antiguo, inmóvil y con el trasero dolorido.

—He estado en Eastlakes con las ancianitas. —Bev no se molesta en esperar a que le conteste—. Dándoles masajes. Pobrecillas.

Eastlakes Village es una residencia para jubilados y Bev debe de ser tan vieja como los internos. Creo que va a ayudarlos para dejar bien claras las diferencias entre ellos y su persona. También va a la Cruz Roja, en parte porque quiere ser tan bondadosa como pueda, y en parte, creo, por las virtudes mágicas que tiene ayudar al prójimo. «Siempre hay alguien más desgraciado que nosotros», le gusta decir, y quiere que así siga siendo. Bev me cuenta historias de ambos sitios y de otros lugares, generalmente relacionadas con cánceres y muertes. Sus expresiones de lástima incluyen detalles macabros: una próstata «del tamaño de una sandía», el orificio de la garganta donde «se mete el aparato de la voz: muy práctico». Prefiere la muerte de personas que conoce, o que conoció, o al menos de alguien que conocía a alguien que ella conocía. Cuanto más próxima a ella sea la muerte, en mayor medida se convierte en un indulto cósmico: quiere decir que a ella la han pasado por alto. «Si no fuera por la gracia de Dios...», dice con un leve estremecimiento, y se siente bendecida.

¿Qué te pasen por alto es lo mismo que estar bendecido? Yo no me siento bendecida.

Pero hoy no les toca a las enfermedades, sino a sus vecinos de la vivienda de protección oficial.

—No se lo creerá —dice Bev—. Los vecinos de al lado siguen igual.

¿Qué son? ¿Portugueses? ¿De las islas del Pacífico? No me acuerdo, pero todavía tengo la lucidez suficiente para saber que debería acordarme, que tal vez esta conversación empezó hace semanas y se prolonga por entregas, y que Bev me abandonaría, al menos íntimamente, si se lo preguntara. De pronto me doy cuenta de que no quiero que me deje, de que ahora yo, Ruth Becker / Wesemann / Becker, con mis miles de fotografías perdidas y mi presunta valentía, necesito compañía, y esa necesidad se impone tanto a los principios como a las aversiones.

—Dejan toda su basura en el callejón los martes —va diciendo Bev—. Y saben que no pasan a recogerla hasta el jueves. Es asqueroso. ¡Y se lo he dicho a esa mujer!

Su ojo malo se ha descontrolado. Ser capaz de dejarse dominar por una ira virtuosa cuando a uno le place es, creo, una habilidad psicológica más catártica que la meditación o que respirar con la nariz y la boca metidas en una bolsa de papel. Y también es un espectáculo interesante.

Bev olisquea el aire y su pecho se expande como el de una paloma.

—Y eso que sabe que la vigilo. Desde mi ventana. —Coge un almohadón del sofá—. ¿Sabe qué hace?

No digo nada; no se me exige nada.

—Manda sacar la basura a sus hijos. —Da un puñetazo en el almohadón—.

Repugnante. Ya no se atreve a sacarla ella. —Lanza el almohadón y ve el paquete de galletas empezado encima de la mesa. De pronto me doy cuenta de que tengo el jersey cubierto de migas; también yo debo de parecerle repugnante. Me paso la lengua por los dientes en busca de restos de Scotch Finger. Pero Bev continúa—: Tiene un montón de hijos. Me parece que son cinco. Repugnante. Son como conejos.

Eso significa que son católicos. ¿Portugueses, pues? Pero no, no quiero arriesgarme. La semana pasada casi nos dijimos adiós para siempre por la convicción de Bev de que los aborígenes son unos mentirosos natos.

Pienso que Bev también debe de sentirse sola y que quizá por eso llama al ayuntamiento para quejarse de que sus vecinos dejan la basura en la calle cuando no toca. Todavía no han informatizado el servicio y le contesta algún pobre empleado al que graban todas las conversaciones como prevención contra la irascibilidad y otras reacciones humanas. Para Bev, es como si fuera una amiga íntima.

—¿Va a quedarse aquí? —me pregunta.

Muevo la cabeza afirmativamente.

—Entonces empezaré por la parte de atrás.

Camina lenta y pesadamente por el pasillo hasta el lavadero. Empieza a trajinar y a hacer ruido, y eso, curiosamente, me reconforta. Estoy lo bastante afianzada en el presente para poder mirar atrás.

Todavía podría moverme por la villa donde crecí con los ojos cerrados, si fuera necesario. Podría bajar los cuatro tramos de la escalera deslizándome por el pasamano como por un tobogán; podría arrastrar los pies enfundados en calcetines por el parquet y pasar de una habitación a otra abriendo las puertas de doble batiente. Recuerdo cada uno de los esmaltes del siglo XVIII —paisajes de las estaciones— que decoraban las estufas altas hasta el techo y revestidas de espléndidos azulejos. Nuestra casa era la más magnífica de Königsdorf, una ciudad pequeña de la zona minera de la Alta Silesia; mi padre era el dueño del aserradero. Fue una ciudad alemana hasta que tuve doce años, cuando terminó la guerra, y luego cedieron la zona a Polonia. La nueva frontera discurría a cuatro kilómetros de la villa y todos los días yo cogía el tranvía para ir a la escuela, que, de pronto, estaba en otro país. Nosotros seguimos siendo completamente alemanes.

Como Dora era hija única, nuestras familias nos habían animado a considerarnos más hermanas que primas. Después de mi operación, pasé casi todas las fiestas escolares en Berlín, y así las dos crecimos compartiendo las vacaciones y los días de asueto entre medias. Ya de niña entreveía lo afortunadas que éramos por esa circunstancia: el tiempo que pasábamos separadas nos libraba de las típicas fricciones entre hermanas. Sospechaba que, de haber convivido siempre con Dora, ella se habría cansado de mí.

Sin embargo, yo seguía sus pasos. A los dieciséis años me afilié a los

Independientes de Königsdorf. A los dieciocho, cuando terminé la escuela, estaba impaciente por ir a donde hubiera acción. En la primavera de 1923 fui a visitar a Dora a la Universidad de Munich.

Dora había terminado su tesis doctoral sobre la economía de las colonias alemanas e iba a quedarse un año más en la universidad dando clases. Me había escrito para contarme que dirigía la campaña a favor de la liberación de Toller desde su habitación del campus. Dora no lo conocía personalmente, pues Toller estaba en la cárcel desde 1919, pero era el miembro más famoso de nuestro partido. Había escrito cuatro obras teatrales en su celda, obras virulentas sobre el coste en vidas humanas de la guerra y la necesidad de una revolución pacífica, de la libertad y de la justicia. Una de esas obras había estado en cartel más de cien días. Ernst Toller era el niño prodigio del teatro alemán y la conciencia de la república. Considerábamos que, mientras estuviera encarcelado, la Alemania de Weimar era tan mala como la antigua Alemania belicista del káiser.

Dora no pudo ir a la estación de Munich a recibirme, pero me había dado la dirección de un café. Al atravesar el Englischer Garten vi a dos hermanos, un niño y una niña, que hacían volar una cometa decorada con escamas de papel verdes. Cuando me acerqué, vi que las escamas eran billetes. En sus cartas Dora me había contado que las mujeres corrían de las fábricas a las panaderías con su paga en carretillas, con la esperanza de poder comprar una hogaza de pan antes de que subieran aún más los precios. Yo sabía que el gobierno había provocado aquella hiperinflación al imprimir más dinero para saldar la deuda de la guerra, pero aun así me impresionó ver con mis propios ojos aquellos billetes sin ningún valor revoloteando en el aire.

Dora no había llegado al establecimiento donde habíamos quedado. Pedí un café y me cobraron cinco mil marcos imperiales. Cuando mi prima abrió la puerta, yo la vi primero mientras ella recorría el local con la mirada. Se había cortado el pelo y llevaba una camisa azul claro sin cuello y pantalones. Apartó una silla y se disculpó por no haber ido a la estación. No me dio ninguna explicación.

—¿Te ha costado mucho convencer a tus padres de que te dejaran venir? —Dora sonrió, sacó una petaca y empezó a liarse un cigarrillo.

—Sí —respondí—. Creen que he venido a perder la virginidad, aunque no se atreven a decirlo.

Dora se rio.

—Bueno, has venido por la causa, eso es verdad. Y eres una materialista como el resto de nosotros. —Se quitó una brizna de tabaco del labio inferior y sonrió de oreja a oreja—. Nosotros diríamos que es una tontería valorar algo por su falta de uso.

Reímos a carcajadas, hasta que Dora empezó a toser y la gente se quedó mirándonos.

Cuando nos trajeron la cuenta, vimos que teníamos que pagar catorce mil marcos imperiales: el café de Dora había costado nueve mil. La camarera se encogió de

hombros.

—Si quieren pagar lo mismo, señoritas —dijo como si explicara un fenómeno natural a dos niñas pequeñas—, tienen que pedir al mismo tiempo.

Dora me llevó a su habitación y me dijo que podía quedarme con ella. Tenía colgado sobre la cama el cartel de «SE BUSCA» de Toller que yo había visto en el dormitorio de su casa. Había pegado con cola la parte superior a una vara y atado un cordel en cada extremo de esta. Me contó que estaba prohibido clavar clavos en las paredes, así que había descolgado el crucifijo y aprovechado el clavo. Supuse que habría metido el Cristo en un cajón.

Leí la descripción policial: «Toller es de complexión delgada, entre 1,65 y 1,68 metros de estatura; tiene la cara fina, el cutis claro y va bien afeitado; grandes ojos castaños, mirada penetrante, cierra los ojos cuando piensa; pelo oscuro, casi negro, ondulado; habla alemán estándar». Miré la fotografía del cartel. Un joven con gesto serio miraba fijamente a la cámara, como si viera algo más allá. No me pareció un revolucionario peligroso. Parecía alguien que ha cogido las riendas del caballo pero que va montado de espaldas.

Dora me rodeó con los brazos por detrás y me dio un apretón. Apoyó la mejilla en mi hombro.

—Lo estamos consiguiendo —dijo—. Thomas Mann y Albert Einstein han escrito al periódico para expresar su apoyo a la campaña. —Me soltó, fue hasta su mesa y puso una hoja de papel en la máquina de escribir—. Por cierto, me alegro de que hayas venido.

Empecé a deshacer la maleta. Había esparcido todas mis cosas sobre la cama cuando un hombre alto de ojos azules y labios carnosos apareció en la puerta. Llevaba una camisa blanca desabrochada y ceñida con un cinturón, a la última moda; parecía un pirata urbano. Traía un periódico enrollado en una mano.

—¿Interrumpo? —preguntó sonriendo. Su voz era sonora, perezosa, reflexiva.

—No, qué va —contestó Dora—. Te presento a mi prima Ruth. —Hizo un ademán en mi dirección—. Ruthie, te presento a Hans.

Hans apuntó con la barbilla hacia la cama y dijo:

—Bonita ropa interior. «Koenig's: solo nos contentamos con lo mejor».

Dora puso los ojos en blanco y se rio.

—Esto no es normal, Ruthie —dijo—. ¿Conoces a algún hombre que distinga la marca de una prenda íntima de seda a quince pasos de distancia?

Hans se rio también.

—Puede ser útil saberlo —dijo mirándome a los ojos.

No me sentí ofendida, ni siquiera avergonzada. Estaba impaciente por entrar en el reino de los adultos, en el nuevo mundo que estaban construyendo, donde la gente podía hacer públicas sus intimidades y manifestar abiertamente su deseo. Sentí la emoción en el estómago.

Aparté un poco mis cosas y me senté en la cama. Hans se sentó en el suelo,

apoyado contra la cama, y desplegó el periódico. Había ido a enseñarle a Dora un artículo que hablaba de otro independiente. Yo les oía conversar, pero no me fijaba en lo que decían.

—Bertie ha empezado a atacar directamente al gobierno —dijo Hans.

Un tal Berthold Jacob había acusado públicamente al gobierno de asesinar a un pacifista. Por encima del hombro de Hans vi una fotografía del pacifista muerto, de cuya cabeza salía un líquido negro que formaba un charco en los adoquines, y al lado, una de Berthold Jacob, un individuo de rostro enjuto con gafas redondas y perilla. Los dedos de Hans, largos y finos, mantenían abierto el periódico.

—Si el ministro Von Seeckt se limita a hablar de ello en el Parlamento pero no presenta cargos contra Bertie, será la prueba de que tiene razón.

—Estoy convencida de que la tiene —dijo Dora, que se volvió y se inclinó sobre el respaldo de la silla, con la barbilla apoyada en una mano—. Se han propuesto apagar las últimas brasas de la revolución.

—¿Sabes que Bertie vendrá a vivir a Munich? El mes que viene. Quiere asistir a nuestras reuniones.

—¿En serio? —Los ojos de Dora se iluminaron. Se sacó de la boca el lápiz que estaba mordisqueando—. Eso es estupendo.

Hablaban de Bertie como si fuera un famoso o un secreto importante que ambos compartían. Yo nunca había oído hablar de él. Detecté cierta rivalidad en su admiración: cada uno exponía los detalles que conocía sobre aquel hombre, en apariencia para explicármelos a mí, pero en realidad era un juego entre ellos dos.

—Ha alquilado un apartamento en Schwabing —dijo Hans.

—Dicen que trabaja veinte horas diarias tanto en invierno como en verano —contraatacó Dora.

Hans, cuya amistad con Bertie se remontaba a la guerra, tenía fuentes mejor informadas. Esquivó el golpe.

—¿Sabías que en Mons sufrió heridas por gas mostaza?

Estaban muy concentrados discutiendo y riendo. Dejé de escucharlos. Observé el movimiento del torso de Hans bajo la camisa, el lustre de su piel. Me obligué a desviar la mirada hacia sus pies, pero mis ojos ascendieron por las piernas, largas y abiertas, y me pregunté cómo sería el resto.

Cuando Hans se disponía a marcharse, me levanté para estrecharle la mano, pero él me dio un abrazo.

—Bienvenida, camarada Becker —dijo sonriente, y me dio un beso.

La puerta se cerró detrás de él. Me toqué la mejilla.

—¿Quién era?

—Hans Wesemann. —Dora ya había empezado a teclear.

—¿El del periódico? ¿Hans Wes...?

—Ajá.

Me dejé caer en la cama. Conocía a Hans por sus «Partes desde el frente», que se

publicaban todas las semanas o cada quince días en el periódico que leíamos en casa. Sabía que cuando comandaba un pelotón cerca de las líneas enemigas se paró «con todo descaro» (él mismo lo había reconocido) para encender un cigarrillo y un fragmento de metralla le entró por el cuello y le atravesó la tráquea. Tosió y carraspeó hasta expulsarlo y luego se lo guardó de recuerdo. Sabía que otras veces, cuando el humo de la pipa se le metía en los ojos mientras apuntaba el fusil, se la guardaba en el bolsillo, encendida, para ahorrar cerillas. Y sabía que había ayudado a llevar a Alemania a su amigo Friders, que murió seis minutos antes de que se hiciera efectivo el armisticio, en una bañera de zinc. En los artículos de Hans veía una combinación de heroísmo y antiheroísmo, la voluntad de realizar las hazañas, pero también una reticencia a llevarse la gloria que resultaba increíblemente seductora. Sé que es posible enamorarse de alguien enamorándose de lo que escribe, porque a mí me ha pasado.

—Pero si es muy joven —dije.

—Fue a la guerra con diecinueve años. —Dora no levantó la cabeza—. Muchos excombatientes son jóvenes. Toller también lo es.

Así fue como, a los dieciocho años, me arrastraron Hans y el partido a la vez. Del mismo modo que el síndrome de Estocolmo describe el enamoramiento de un prisionero por su carcelero, debería haber un nombre para designar la situación en que una causa une a dos personas y enmascara sus diferencias convirtiéndolas en algo secundario al propósito que comparten. Estábamos todos subsumidos en un ambiente afrodisíaco de sacrificio. Tantos integrantes de nuestra generación habían perdido la vida por Alemania que, aunque no fuéramos plenamente conscientes de ello, lo que arriesgábamos con nuestro compromiso de impedir que volviera a suceder era nuestra vida.

Me quedé dos meses en Munich. Cuando nos reuníamos todos los independientes de la ciudad, utilizábamos una sala de la universidad. Debíamos de ser unos cincuenta. Pero más a menudo nos juntábamos unos cuantos, una especie de directiva extraoficial, en la habitación de Dora. Era como estar en el centro del mundo. Escribíamos panfletos y discutíamos sobre su redacción. Los imprimíamos en un ciclostil y preparábamos cubos de grumosa cola gris. Por la noche salíamos a pegarlos por toda la ciudad y nos asegurábamos de poner muchos alrededor de las oficinas electorales de nuestros afiliados. Hablábamos con grupos reducidos de estudiantes en habitaciones cargadas de humo y con grupos más numerosos en el patio de la universidad. La mitad de nuestra energía provenía de la causa; la otra mitad nos la transmitíamos los unos a los otros.

Con el paso de las semanas fui contagiándome del nerviosismo de mis compañeros ante la llegada de Berthold Jacob. Me enteré de que Bertie se había distinguido en el servicio en los frentes oriental y occidental, pero después de que sufriera heridas por gas mostaza su vida se centró en un empeño pacifista que, según Hans, «rayaba, sensatamente, en la obsesión». Los progresistas de todo el país lo

habían elogiado por sacar a la luz unos documentos que demostraban la responsabilidad de Alemania en el estallido de la guerra. Eso desmentía la afirmación del gobierno de que había sido una guerra defensiva.

Tras unirme a los Independientes me había acostumbrado a hablar de la oposición a las medidas del gobierno y de la propuesta de otras nuevas, pero para mí era insólito que el gobierno mintiera al pueblo, aunque fuera en asuntos de máxima gravedad como enviar hombres a combatir. Recuerdo cómo me impresionó esa revelación, el sentimiento de absoluta soledad que me invadió: si no podíamos confiar en las autoridades, ¿en quién podíamos confiar? La respuesta era: en nosotros.

Hans me contó que Bertie se había propuesto detener la nueva guerra que planeaba el gobierno. Concentraba toda su energía en revelar la creación, secreta e ilegal, del Ejército Negro y la fabricación y el almacenamiento de armas con que pertrecharlo. Bertie tenía un método ingenioso. Buscaba información que ya había salido a la luz —en boletines militares, en publicaciones oficiales del gobierno, en la prensa conservadora—, información que la mayoría no sabía cómo interpretar. Seguía muy de cerca las notas de sociedad de los periódicos locales de las aldeas en busca de aumentos repentinos de la población —más bodas, más nacimientos—, y cuando iba a visitar esas aldeas veía en el campo de fútbol a jóvenes que recibían entrenamiento «gimnástico» dos veces por semana, con bastones a modo de armas. A solas en su buhardilla, Bertie había calculado, a partir del gran número de hombres inscritos en la nómina oficial, que los militares alemanes estaban preparados para comandar a un millón de soldados.

Y no se «entrenaban para pasar el rato», como decía Hans. La misión en que se había embarcado Bertie no le dejaba tiempo para los estudios académicos, pero en nuestro círculo sus artículos le procuraban el respeto digno de un zelote o de un sabio.

La mañana que llegó, entró en la habitación de Dora y se llevó una mano al pecho.

—Berthold Jacob —dijo, como si no lo conociéramos, como si no lleváramos semanas esperándolo.

Hans se levantó de un brinco.

—¡Bertie!

Estrechó la mano de su amigo a la vez que lo sujetaba por el codo. Bertie no era como yo había imaginado que sería un famoso pacifista radical y temerario. Tenía la espalda encorvada y el cuello inclinado hacia delante. Sus ojillos castaños nos miraban a través de unas gafas redondas sin montura. La perilla le tapaba solo parcialmente las terribles quemaduras del gas mostaza, unas manchas rosadas que se extendían por el cuello. (Qué cruel era el gas mostaza. Siempre atacaba las partes más tiernas: los labios, las ingles, las orejas). Su cabello era un conjunto de mechones erizados en todas las direcciones, y llevaba demasiada ropa, como si fuera insensible al frío y al calor o como si se hubiera puesto todas las prendas que poseía. Su voz era

aguda, cordial, vacilante.

—Tú debes de ser Ruth —dijo parpadeando al tiempo que me tendía la mano—. Hans me ha hablado mucho de ti. —Le estreché la mano, que era pequeña, y asentí con la cabeza. No sé por qué, pero pensé en un hurón.

Y supongo que fue entonces cuando nos unimos los cinco —una constelación de cinco puntas cohesionada por fuerzas que no podíamos ver—: Dora, Toller, Hans, Bertie y yo.

—Sentaos —dijo Dora, enérgica como siempre. Para ella, los asuntos personales podían esperar.

Dora había asumido el papel de líder, quizá porque era la mejor oradora del grupo, o quizá sencillamente porque nos reuníamos en su habitación. No creo que a Hans le interesara ese papel, que por lo demás no casaba demasiado con él; con un gesto indicó a Bertie que tomara asiento en la butaca y él se sentó en la silla de la mesa de Dora. Yo me acomodé en la cama. Dora se quedó de pie, con las manos sobre el respaldo de una silla de madera alabeada, pasando el peso del cuerpo de una cadera a otra.

Empezó a enumerar las actividades de nuestra campaña para pedir la liberación de Toller: cartas, reuniones, carteles, discursos. Antes de que hubiera terminado, la rodilla de Hans comenzó a moverse arriba y abajo sin que él pudiera controlarla. Como muchos hombres que habían vuelto del frente, necesitaba acción; si se quedaba quieto mucho rato, podían invadirlo recuerdos en los que no quería pensar. Pero no se trataba de eso. Lo miré y yo también me di cuenta: en presencia de Bertie, nuestros esfuerzos parecían de pronto poco serios, de aficionados. Cuando le tocó hablar, Hans había pasado sutilmente de formar parte de nuestra campaña a convertirse en su crítico. Se quejó de nuestras salidas nocturnas destinadas a pegar panfletos, «solo para dar trabajo a la policía, que los arranca inmediatamente».

—Entonces, ¿qué propones, maestro? —preguntó Dora con frialdad. Las propuestas deberían haberse realizado antes de que nos encontráramos en tan ilustre compañía, evidentemente.

Hans inclinó la silla hacia atrás sobre dos patas hasta tocar la pared y empezó a jugar con un lápiz haciéndolo oscilar sobre los nudillos. Miró a Bertie.

—¿Por qué no le pedimos a Toller su opinión sobre la situación en que se encuentra y la publicamos en el periódico? —dijo—. Dejemos que hable él mismo.

Dora movió bruscamente la cabeza hacia un lado; era un gesto práctico para apartarse el pelo de la cara, pero al mismo tiempo era una señal de impaciencia.

—Dudo mucho que las autoridades penitenciarias le dejen hacer campaña por su propia liberación —expuso.

—Le permiten recibir visitas, ¿verdad? —Con un rápido movimiento Hans enderezó la silla y recogió el lápiz del suelo—. Nos bastaría con una entrevista.

Miré a Hans, luego a Dora, y levanté las manos para poner término a la disensión.

—¿Y si Toller escribiera él mismo al periódico? —apunté.

Bertie carraspeó. La discusión se interrumpió.

—No creo que funcionara —dijo despacio. Se subió las gafas empujándolas con el índice—. Los censores de la cárcel no le dejarían decir nada importante y, si lo dijera, los periódicos no lo publicarían. —Hizo una pausa—. Quizá la idea de Hans no sea tan disparatada.

Creo que nunca había habido nada entre Dora y Hans; jamás lo pregunté. Aquello era otra clase de discusión. Dora pensaba que Hans pecaba de egotismo, que se situaba en el centro de todo, empezando por sus partes de guerra. Yo le decía que Hans se había limitado a utilizar sus propias experiencias para mostrar la estupidez de la batalla y el honor de los hombres que combatían. «Sí —concedía Dora—, pero si te fijas bien, Ruthie, siempre habla de sí mismo». Supongo que eso no me importaba.

—¿Qué os parece si lo intento? —continuó Hans con su serenidad habitual—. No tenemos nada que perder.

Miré a Bertie, que permanecía callado, y luego a Dora.

Mi prima apagó el cigarrillo en el cenicero, se dio la vuelta y cogió un montón de panfletos que había en la mesa.

—Supongo que no —dijo por fin—. Te guardaremos un cubo y un montón de estos —se volvió rápidamente golpeándose la palma de la mano con los panfletos— para cuando vuelvas.

Ahora diría que Hans no volvió. O no volvió como miembro del grupo. Al día siguiente pidió prestada una moto para ir a la cárcel donde estaba encerrado Toller. Consiguió engatusar al alcaide y, flanqueado por guardias, traspuso seis puertas que le abrieron laboriosa, estúpidamente, y luego volvieron a cerrar, hasta que llegó ante el famoso prisionero. Toller estaba sentado en una silla de mimbre, arropado con una manta de crin; las paredes de su celda, forradas de libros. Las golondrinas habían construido un nido entre los barrotes de la ventana. Nuestro héroe aún no había cumplido los treinta, pero su cabello ya empezaba a encanecer.

Hans regresó a su habitación y se puso a trabajar en el artículo. Hablaba de la gran esperanza de la nación, cuyo espíritu, declaraba, «se eleva por encima del cautiverio y la soledad». El tiempo que Toller había pasado incomunicado, escribió, «ha concentrado su poesía en sus únicos compañeros libres: las golondrinas». Y concluía: «Salí de allí como un hombre libre, pero el corazón palpitante de Alemania sigue dentro».

La entrevista causó sensación. Sometidas a una presión pública enorme, las autoridades cedieron y ofrecieron a Toller liberarlo antes de haber cumplido la condena. También a Hans le sonrió la suerte: dos importantes periódicos nacionales querían que escribiera para ellos.

Pero fue una victoria inútil: Toller rechazó la libertad. Y lo hizo en una carta al periódico. «Mientras mis compañeros sigan aquí —escribió—, la libertad no tiene sentido». Incluso llegó a desvincularse de la campaña en favor de su liberación «si solo está destinada a mí».

A la siguiente reunión solo acudimos nosotros tres; Bertie había partido otra vez de viaje para recabar información. A Dora le costaba felicitar a Hans.

—Te ha salido muy bien la jugada —masculló.

—Eso es injusto, Dee —dije, pero no me hizo caso.

—¿Cómo iba a saber yo que le ofrecerían la excarcelación? —Hans se encogió de hombros.

—Ese era el objetivo, ¿no?

Hans y yo la miramos, impresionados por la amargura de su voz.

—Bueno... —Hans extendió las manos—. Yo no sabía... No sabíamos que la rechazaría.

Ninguno de nosotros había previsto la solidaridad de Toller con los otros prisioneros. Dora dirigió involuntariamente la mirada hacia el cartel de «SE BUSCA» y la desvió enseguida. Con un hilo de voz dijo:

—Pues entonces, a trabajar otra vez.

Una semana más tarde, Hitler y sus nacionalsocialistas intentaron tomar Munich con un golpe de Estado. Hitler acabó en la misma fortaleza que Toller, pero pasó mucho menos tiempo allí, por supuesto. Las autoridades siempre eran más indulgentes con los golpes de Estado de la derecha.

No mucho después me fui a Berlín con Hans. Él alquiló una habitación en un piso compartido; yo me quedé en casa de la tía Else. Me preocupaba que Dora pudiera interpretar que la traicionaba por estar con Hans. Me decía que no podía ser, que no tenía lógica. Pero el corazón tiene su propia lógica, feroz e innegable.

Antes de marcharme de Munich, Dora me sujetó por los brazos y me miró con una sonrisa irónica en los labios.

—Diría que lo único que no has aprendido aquí —dijo apartándome un rizo de la frente— es a desconfiar de los halagos.

—Supongo que no he practicado lo suficiente —repliqué. Después pasé un tiempo sin verla.

Volvimos a encontrarnos en la primavera del año siguiente, cuando Dora se trasladó a Berlín para trabajar en la oficina de la parlamentaria Mathilde Wurm. Yo había empezado a estudiar francés, historia y literatura en la Universidad Unter den Linden, y Dora alquiló un piso no lejos de allí, cerca del Reichstag.

En aquel entonces ella también tenía novio: Walter Fabian, director de un periódico sindical de Dresde. Me había hablado de él en sus cartas; lo describía como carismático, gracioso y «siempre el hombre mejor relacionado». Dora había escrito para su diario, que él dirigía, según dijo ella, «como dirige un país un rey astuto». Walter tenía un dossier con información comprometedor sobre los funcionarios del gobierno, de modo que a menudo podía publicar artículos que otros no se habrían atrevido a sacar a la luz. Yo confiaba en que el hecho de que Dora estuviera enamorada significara que me había perdonado por el disgusto que hubiera podido darle al largarme con Flans.

Cuando entré en su piso, Walter estaba sentado en el sofá, con la camisa arremangada, clasificando papeles. Tenía la cara redonda y bien afeitada, una frente bonita bajo las entradas y unos penetrantes ojos azul celeste. Se levantó de un brinco y adoptó la misma actitud cariñosa que Dora mostraba conmigo, como si yo fuera la hermana pequeña.

—Hola, Ruthie —dijo, y me dio un fuerte abrazo.

No recuerdo cuándo fue, pero un día se escaparon los dos al juzgado de Dresde con una mecanógrafa del periódico como testigo. Creo que ninguno de los dos tenía mucho empeño en casarse; lo hicieron por los requisitos de residencia en Dresde, dado que Dora deseaba conservar su piso de Berlín. Se querían, pero al mismo tiempo insistían en que el matrimonio no cambiaría nada.

Y no cambió nada. Walter era un adúltero recalcitrante (creo que llegó a tener cuatro esposas). Dora quitó importancia a sus infidelidades y dijo que el matrimonio se había marchitado tras un año de dejadez, «como una planta». Pero yo sabía que ella no quería volver a probarlo.

El día que conocí a Walter en el piso de mi prima acababan de poner en libertad a Toller. Había cumplido la totalidad de la condena. Se me rompió un vaso en la cocina y fui al armario a buscar una escoba. Algo golpeó la puerta cuando la abrí. Colgado en la parte interior estaba el cartel de «SE BUSCA». No estaba a la vista, pero tampoco podía decirse que estuviera escondido.

Toller

—Joseph me ha dicho que anoche preguntaron por usted en Epstein's.

Clara ha llegado tarde hoy porque ha pasado antes por las oficinas de la naviera. Lleva una blusa de color rosa oscuro, con el cuello abierto. Me pregunto si para un escritor una secretaria es lo mismo que una modelo para un pintor: una musa, una presencia viva que hace que sintamos nuestra propia sangre, una pequeña muestra de la belleza del mundo que nos gustaría alcanzar. Se sienta a la mesa.

—Tenía... —La miro de soslayo—. Tenía cosas que leer.

Clara sabe que no es verdad, que no leí nada.

—Y tenía que hacer el equipaje —añado. Encima de la cama hay dos maletas abiertas a medio llenar.

—Ah, claro —dice. Quiere creerse esa versión. Ahora que tengo fecha de salida, vamos mucho más al grano. Clara ya ha sacado su bloc de taquigrafía.

»Me gustaría saber —dice, y entre sus cejas aparece la habitual arruga— por qué cuando habla de la guerra, o de la revolución, utiliza el presente. —Su voz es amable, pero es evidente que ha preparado la pregunta y que insistirá hasta obtener respuesta—. ¿Acaso continúa todo aquello en su pensamiento?

—No.

¿Cómo puedo explicarle que lo que he escrito ha llegado a ser, en muchos casos, lo único que recuerdo? Solté una madeja de tinta sobre la hoja para atrapar la verdad, pero solo conseguí hacer un tamiz y la verdad se filtró por él. Necesito el tiempo presente como la magia, quiero la voz de Dora en mi oído y su aroma en mi cara. Necesito que siga viviendo, fuera de las limitaciones de mis garabatos.

—Es porque no quiero pasar estos próximos días... —digo—. No soporto decir «ella era» todo el tiempo. —Nada más pronunciar esas palabras, me arde la cara.

—Entiendo. —Clara asiente con la cabeza, como si mi explicación fuera perfectamente comprensible. Se muerde la cara interna de una mejilla—. De todas formas, si vamos a añadir esas partes al libro, el pretérito resultaría menos confuso.

—Sí —me sorprende diciendo—. Seguramente tiene razón. Lo que pasa es que...

Siempre utilicé mi vida como materia prima para alguna otra cosa. Nunca era tan real como cuando la recreaba en una obra de teatro, en un libro. Por esa razón temo que nunca le di al mundo lo que le debía. Mi psiquiatra sostenía que mi sentimiento de culpabilidad hacia el mundo es el susurro de alas negras de mi enfermedad. Pero eso no impide que mi angustioso pensamiento también sea cierto: mi vida y todas las personas que pasaron por ella eran materia prima. Y no se me escapa la gran ironía, la madre de todas las ironías: si bien metí la realidad y a todos mis seres queridos en mis obras, estas nunca llegaron a elevarse de las circunstancias en que nacieron —la guerra, la revolución, mi encarcelamiento— para devenir algo eterno. Al público le encantaban mis obras de teatro porque mostraban el caos del tiempo que les había tocado vivir, pero hoy día apenas se representan. He vivido en el espacio intermedio

entre mi ambición y mi talento, como los críticos. No quiero convertir a Dora en una versión mediocre de sí misma.

—... es que no quiero convertir a Dora en una versión mediocre de sí misma.

Clara ha enlazado las manos bajo la barbilla. En voz baja dice:

—Ahora ya no hay versión. Nada.

Asiento con la cabeza. Clara coge el bloc y empieza a tomar nota.

La mañana de mi liberación, los guardias de la cárcel me escoltaron hasta la frontera bávara. Tomé un tren a Leipzig, donde esa noche se estrenaba mi obra *Masse Mensch* (*El hombre-masa*). Recorrí las calles como un fantasma que acabara de despertar de un sueño de cinco años. Las mujeres llevaban ropa más holgada y el pelo más corto. Los niños, mejor alimentados, se entregaban a la fiebre del yoyó, y en las aceras habían aparecido cabinas telefónicas.

En la cárcel sufrí como sufren los hombres, pero pude escribir como nunca lo había hecho hasta entonces. En cinco años completé cuatro obras de teatro y un libro de poemas. Como estaba prohibido escribir, lo hacía después de que apagaran las luces, con una vela bajo una manta, en papel higiénico que me traían los amigos que venían a visitarme. Y allí mi vida acentuó aún más sus contradicciones. Mi obra *Hinkemann* trata de un hombre que regresa de la guerra emasculado, pero hizo que las mujeres quisieran curarme, amarme, llevarme a su casa. Me hice famoso en toda Alemania, y al mismo tiempo era el hombre más solitario del mundo.

En Berlín, *Masse Mensch* se había retirado del cartel la misma noche del estreno, después de que los enfrentamientos entre los antisemitas nacionalistas y los socialistas amenazaran con convertir el teatro en una carnicería. De hecho, una carnicería y una pocilga, pues los nacionalistas acudieron armados con verduras podridas y huesos mordisqueados. La revolución había terminado, pero por lo visto yo había conseguido revivir su violencia e introducirla en el teatro. El personaje femenino de mi obra cree que la revolución puede llevarse a cabo sin violencia; su tragedia consiste en que eso es imposible y en que todos nosotros —pacifistas y nacionalistas por igual— acabamos con las manos manchadas de sangre. Entretanto, los banqueros promueven la campaña solidaria de la población civil montando burdeles detrás de las líneas del frente. Un detalle verídico, por supuesto, pero innombrable, que enfureció a los derechistas. En Leipzig, el grupo de teatro del sindicato estaba dispuesto a representar la obra porque sus miembros podían montar guardia por si acudían los camorristas.

Entré en la sala cuando se apagaron las luces y busqué mi asiento. Entonces me entró pánico; ¿y si alguien me reconocía? ¿Y si mi presencia exacerbaba la violencia que yo tanto temía? ¿Y si el montaje era pésimo? Me hundí cuanto pude en la butaca. Me fui relajando poco a poco, a medida que el público daba gritos de asombro y aplaudía; la gente se reconocía en los trajes de los soldados, de los prisioneros, en las

mortajas. Era estimulante. Me arriesgué a echar un vistazo a la hilera de caras que tenía detrás, todas vueltas hacia la luz. Sentí la misma emoción que había experimentado al dirigirme a las masas en Munich desde la caja de un camión. Si he de ser sincero, lo que sentía era el poder del dictador: encontrar, asir y retorcer algo que la gente tenía dentro.

Cuando los banqueros se pusieron a danzar al son del tintineo de las monedas, comenzaron los abucheos en las filas de atrás: «¡Traidor! ¡Saboteador!».

La gente volvió la cabeza. En las cinco últimas filas, los alborotadores se habían levantado y blandían bastones y lanzaban objetos al escenario. Algo cayó en el pasillo justo a mi lado. Entonces la turba empezó a avanzar hacia el escenario, pero los guardias del sindicato corrieron hacia ellos con las porras y los obligaron a salir. Mientras tanto los actores, valientes, seguían actuando.

Hacia la mitad del segundo acto, un murmullo se extendió entre el público. El espectador sentado a mi lado me susurró:

—Dicen que Toller ha salido. ¡Dicen que está aquí!

—¿En serio? —Pegué la barbilla al pecho. El susurro fue aumentando hasta convertirse en un cántico.

—¡To-ller! ¡To-ller! ¡Sal, To-ller!

Era todo tan raro, y sucedía tan pronto. Un foco dejó de iluminar el escenario y empezó a recorrer el patio de butacas. Me encontró. Me levantaron del asiento y me vi arrastrado por un mar de brazos; creí que iban a descuartizarme. No veía nada más allá del círculo de luz. Luego vi que todos sonreían, enardecidos; aquello parecía una boda. Fui pasando de mano en mano hasta llegar al escenario. El público había empezado a patear. Los actores se apartaron para dejarme sitio, como si yo fuera una bomba, un milagro; como si necesitara más espacio que ellos. En la primera fila, una mujer gimoteaba y se tiraba de la ropa.

Levanté las manos.

—Os pido disculpas por esta interrupción —dije. Todos rompieron a reír—. Estoy muy emocionado —continué, y de pronto me di cuenta de que era verdad—. Esta obra se escribió en un aislamiento absoluto, en una especie de muerte. Sois vosotros —señalé a los actores y al público— quienes le dais vida. Gracias.

Me dirigí hacia el bastidor lateral creyendo que los actores retomarían la representación. Pero los golpes y los gritos volvieron a empezar.

—¡To-ller! ¡To-ller!

Salí de nuevo. Lanzaban objetos al escenario, pero esa vez no eran verduras, sino pañuelos, guantes, ramilletes y qué sé yo. Volví a alzar las manos.

—Lo único que puedo decir es que esta noche el espíritu de la justicia sigue vivo y lozano aquí, en Leipzig, en Alemania. Gracias.

Entre bastidores, me encontré solo y a oscuras. Los cánticos continuaban, pero no me fiaba de mis rodillas. No podía salir otra vez al escenario. Me puse un cigarrillo entre los labios y fui a encenderlo, pero me temblaban las manos y la caja de fósforos

se había atascado. Cuando conseguí abrirla y encender uno, no pude controlar la llama. Me sujeté una mano con la otra, pero juntas temblaban aún más.

Percibí un movimiento con el rabillo del ojo. Era una chica que me observaba. Una mujer.

—Bien hecho. —Lo dijo en voz baja, con naturalidad. Dio un par de pasos, puso las manos sobre las mías, cogió las cerillas y encendió una—. Me llamo Dora —añadió, mientras la llama iluminaba nuestras caras.

—Yo me llamo Ernst.

En su rostro se dibujó una sonrisa reluciente y generosa.

—Ya lo sé.

No estaba tan cerca de una mujer desde hacía cinco años. Era bajita y delgada. Me miraba con serenidad, como si me conociera.

Me tocó suavemente un brazo.

—Quédate aquí. —A continuación salió al escenario alzando las manos hacia la luz.

Un tramoyista vino a mi lado. Apuntó con la barbilla hacia el escenario y me preguntó:

—¿Quién es esa?

—Se llama Dora.

—¿Y quién es?

Me volví hacia él.

—¿No lo sabes?

Se encogió de hombros.

Nos quedamos mirándola. Cuando hubo calmado al público, la mujer anunció:

—Esta noche el mayor dramaturgo de nuestra generación nos ha honrado con su presencia. —Los espectadores volvieron a prorrumpir en vítores. La mujer sonrió y extendió las manos—. Y ahora —prosiguió, levantando la voz para hacerse oír, y el público calló— desea que siga la representación.

Después volvió a mi lado.

—Seguro que quieres verla —dijo—. Ven. —Me guio por la parte trasera del teatro, por pasillos vacíos, hasta la sala de iluminación. Al verme el técnico se levantó sonriente, me saludó con una inclinación de la cabeza y se apartó para dejarnos sitio.

Al cabo de un tiempo aprendí a ser la persona que ellos creían que era. Me reclamaban en todas partes para dar discursos, participar en comités, prestar mi nombre a diversas causas, interpretar los tiempos. Comía en los mejores restaurantes, me compraba ropa elegante. Pero sabía que dentro de mí había dos personas, el hombre público y el privado, y que nunca volverían a encajar del todo.

Ruth

Me produce una especie de vértigo mirar a Dora desde dentro de Toller. La veo, y al mismo tiempo veo el efecto que causaba en los hombres. Dora era sincera, franca y práctica; nunca coqueteaba. Como siempre actuaba sin rebozo alguno, a su lado los hombres se sentían desinhibidos, como si no hubiera diferencias entre su vida interior y la exterior.

Recuerdo que Dora fue a Leipzig para asistir al estreno de *Masse Mensch*. Me contó que había conocido a Toller, pero jamás me habría descrito la escena así. Aunque más tarde compartió muchas confidencias conmigo, en aquel entonces lo habría considerado una traición a la intimidad que deseaba obtener.

Intimidad. La primera vez que Hans y yo hicimos el amor, fuimos a un hotel a orillas de uno de los lagos de Berlín. Habíamos comprado dos anillos baratos en un rastro.

—¿Bajamos a tomar el té? —me preguntó Hans.

Estábamos en el balcón de nuestra habitación, con vistas a la terraza. El viento lo había puesto todo en movimiento; el lago, agitado, parecía tener vida propia. Hans se colocó detrás de mí y me puso las manos en las caderas. Abajo, unos empleados con guantes blancos empujaban entre las mesas, cuyos manteles se hinchaban como velas, relucientes carritos con ruedas cromadas cargados de pasteles. Los camareros encargados de las bebidas, tiesos cual alfileres, como si sujetaran toda la escena, anotaban los pedidos en una libretita. En algún sitio que no alcanzábamos a ver tocaba una banda; el viento se llevaba casi todas las notas y solo dejaba que llegara hasta nosotros algún que otro compás cercenado. Observé las bandejas relucientes, los tenedores destellantes a la luz del sol, el movimiento de las ruedas cromadas. Justo debajo de nuestro balcón, una ráfaga erizó el cabello de un hombre, desde la nuca hasta la coronilla. A su lado, una mano enjoyada salió de debajo de una pámela blanca y quitó a un niño una miga de la mejilla. Me habría gustado tener la cámara.

—No me apetece —dije. Me di la vuelta y él caminó de espaldas hacia la habitación. De pronto me vi atrapada en un torbellino de muselina y viento. Me zafé, forcejeando y riendo, de las atenciones de la cortina.

Hans, alto, de piel suave, se limitaba a mirarme con sus ojos azules. Tenía las manos en los costados. Yo sabía que había experimentado con chicos; ¿por qué no iba a hacerlo? Era lo mismo que experimentar con uno mismo, y nosotros creíamos en la libertad de elección. Sin embargo, ese día nos habíamos elegido el uno al otro.

—Eso de ahí abajo parece una escena de un cuadro de Brueghel —comenté—. Después de una boda en el campo. El banquete, la cháchara, la música.

—¿Eso crees? —Sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos, aliviado, pienso ahora, de que el momento todavía no hubiera llegado. Su timidez me sorprendió y me hizo amarlo aún más—. A mí no me lo parece. Brueghel pintaba a gente corriente. Eso recuerda más bien a la cubierta de primera de ese barco inglés, el

Titanic. Los privilegiados que no saben hacia dónde navegan.

Me quité los zapatos.

—No puede ser —prosiguió Hans, y retrocedió un poco más— que la clase privilegiada esté aquí tomando café y escuchando música cuando esos camareros viven en la pobreza. Lo que me preocupa... —Empecé a desabrocharme la blusa—. Lo que m... más me preocupa es que esos camareros organizan toda su vida para presentarse limpios, saludables y con la ropa bien planchada a fin de no molestar a la clientela. —Levantó las manos, con los dedos extendidos—. ¡Seguramente viven en habitaciones compartidas y duermen en camas con chinches, tienen forúnculos que la camisa oculta y solo comen caliente una vez por semana! Debemos poner fin a esta complicidad de los trabajadores con su propia m... miseria.

—Pero no ahora mismo —dije, y le cogí las manos.

Me desperté por la noche. La luz de la luna incidía en la superficie del lago y se reflejaba en el techo, donde una gran parra de yeso se enroscaba formando elegantes y recargadas espirales de hojas y zarcillos, con gruesos racimos de uvas a intervalos regulares, impropios de la naturaleza. Hans dormía. Conté los racimos (once), recorrí la parra con la mirada buscando el principio y el final, y luego el final y el principio.

Me puse una bata y bajé por las escaleras, crucé la terraza vacía, con las mesas ya recogidas, y el paseo; descendí por los escalones de piedra que conducían al lago. La negra agua se abrió formando ondas plateadas para dejarme entrar. Estaba fría, pero tenía el tacto de la seda. Aquella agua con luna dentro envolvió mi nuevo cuerpo hasta la barbilla. Me sentí liberada de mis remilgos, de misterios ridículos. Yo era una cantidad conocida para mí misma, y era libre de hacer con ella lo que quisiera.

Cuando Hans y yo decidimos casarnos, pasamos un largo fin de semana con mis padres en la villa de Königsdorf. Al principio mi madre se mostró recelosa. ¿Qué podía ver en mí aquel hombre tan atractivo, pensaba, aparte de mi dinero? Ella era rubia y agraciada, y yo había salido al padre: morena y con los labios gruesos. Cuando vio a Hans, ella tampoco creyó que un hombre como él pudiera amarme.

Vi cómo lo observaba con sus ojillos azul claro, cómo se fijaba en el esmero con que vestía: el jersey con rombos azules y amarillos, los zapatos de dos tonos. Convirtió todo el fin de semana en un examen. Cuando nos sirvieron alcachofas, Hans dijo: «¡Deliciosas!», pese a que dudo que jamás hubiera visto una antes. Mi madre esperó a que cogiera el tenedor y el cuchillo, y entonces entonó:

«Al-ca-chofas», y arrancó ostentadamente un pétalo con dos dedos para demostrar cómo había que comerlas. Cuando Hans tomó las tenazas y se agachó para recoger una brasa que se había salido de la chimenea, mi madre dijo: «No», como si Hans fuera chino o un perro al que estuviera enseñando, y tocó la campanilla para avisar a la criada. Hans se sintió ofendido, y mientras tanto la brasa hizo un agujero en la alfombra y la habitación se llenó del acre olor a lana quemada.

Una mañana, después de desayunar, mi madre me dijo:

—Qué pestañas tiene ese chico. Cualquiera diría que se pone alheña.

No dije nada para no darle esa satisfacción. A cierto nivel, la crueldad de una madre o un padre con su hijo —porque su desdén hacia él era un golpe contra mí— es vergonzosa para este. Deseamos que nuestra madre sea buena no solo porque nos duele que no lo sea, sino porque la desviación de lo maternal es anormal, algo que hay que ocultar. Hans se había criado en una casita de Nienburg, un pueblo del que su padre era el sacerdote. Lo que mi madre condenaba como mal gusto de nuevo rico y lo consideraba el noble esfuerzo de un joven por liberarse de unos orígenes adustos. Mi madre lo quería todo: al mismo tiempo que yo no era digna de él, él no era digno de nuestra familia.

En mi familia nadie realizaba tareas manuales de ningún tipo, nunca. Ni practicábamos religión alguna. Mi padre trabajaba de firme en el aserradero, pero allí era el dueño y señor; la ociosidad de mi madre era la prueba de su éxito. Éramos los judíos progresistas de Alemania: laicos, cultos y más prusianos que los prusianos. Yo quería huir de aquella crueldad reprimida, de aquella ensordecedora carga de abnegación.

En la familia de Hans, mientras la madre cocinaba y zurcía, el padre escribía sermones sobre el día del juicio final y el fin del mundo. «¿Qué provecho saca un hombre que construye su casa en este mundo...?», bramaba el pastor Wesemann mientras la señora Wesemann cocía fruta para hacer compota, encurtía pepinos y tapaba el cristal roto de una ventana con papel de embalar hasta que pudieran pagar a un cristalero. La vida de Hans había quedado conformada, por una parte, por la necesidad honesta y práctica del trabajo manual y, por otra, por la absoluta inutilidad de este ante la llegada del apocalipsis. Hans decía en broma que su padre rasgaba ese velo mortal todos los domingos y su madre lo zurcía el lunes. Más tarde, cuando Hitler llegó al poder, el pastor Wesemann descubrió que las ideas nacionalsocialistas sobre el advenimiento del Reich de los mil años encajaban muy bien con sus creencias milenaristas y colocó en su altar una esvástica de baquelita granate como señal de su doble devoción. Hans tenía como mínimo tantos motivos para huir como yo.

Hans se esforzó mucho, pero hacia el final de nuestra visita acabó por sentirse como el advenedizo que mi madre veía en él. «M... me odia», murmuró en el jardín. El domingo ya había empezado a hacer una larga pausa al principio de cada frase, como cuando la aguja del gramófono se encallaba en un surco del disco. Mi madre esperaba cada locución con gesto de victoria y comprensión, como si aquel retraso fuera la confesión de falsedad que aguardaba desde el viernes.

Mi padre se mostró más amable. Le habría gustado que me casara con un judío, pero aquel chico, pese a ser pacifista, era un excombatiente y tenía buen corazón; además, mi padre no veía tantas razones para que no me amaran.

Volvimos a Berlín en tren. Yo siempre había tenido la impresión de que incluso la

geografía de la parte del mundo donde vivía mi familia —aquellas montañas escabrosas, ricas en carbón y acribilladas de túneles— era misteriosamente complicada. Ya en Alemania, la tierra se alisaba, se volvía llana, despejada y tranquila, un mar de verde claro que se extendía hasta la costa.

En el vagón restaurante intenté animar a Hans con una imitación de mi madre. «Sí, soy una prusiana con un control y una sensatez infinitos. —Estiré el cuello y alcé la nariz—. Y por eso estoy per-fec-ta-men-te dispuesta a hacer un agujero en mi alfombra persa por el puro placer de enseñarte cuál es tu sitio».

Hans, hundido en el asiento, hacía girar una baraja de naipes sobre la mesita. Miró por la ventana. Era muy guapo; de hecho, era exactamente lo que yo creía que mi madre quería para mí. Con la única excepción, quizá, de que se le notaba un poco el esfuerzo: el fular excesivamente bien anudado, los pantalones un poco ostentosos. A veces la imitación reluce más que la realidad. A mí no me importaba, porque lo amaba antes incluso de conocerlo. No estaba segura de si imitando a mi madre aliviaría su humillación o la agravaría. Pero cuando volvió a mirarme, sonreía. Hans siempre evitó criticar abiertamente a mis padres.

—*Nous allons épater les bourgeois* —dijo—, pero antes tenemos que comer. —Cogió la carta del restaurante—. ¿Alguien quiere alcachofas?

Sonreí. En Hans había encontrado un aliado que me ayudaría a desdeñar los valores del deber y la obediencia, así como mi condición de privilegiada. Él se fijaba en todo eso más que yo.

Celebramos el banquete de boda en el mejor hotel de Breslau, la ciudad grande más cercana. Vinieron todos nuestros amigos: Dora con Walter, Bertie y los demás. En la escalinata del ayuntamiento nos lanzaron confeti y pétalos y gritaron el eslogan de nuestro partido: «¡Un frente rojo triple!». Quizá no fuera el «¡viva!» más romántico, pero era la alianza que más anhelábamos: entre los socialdemócratas, los comunistas y nosotros.

Hans y yo nos instalamos en el apartamento de Berlín. Mi padre lo pagó, como parte del acuerdo matrimonial, al igual que nuestras sillas cromadas, las alfombras azules y la elegante cama de matrimonio.

En la gran ciudad, la carrera periodística de Hans marchaba viento en popa. Sin embargo, aunque él nunca hablaba de ello, yo sabía que pensaba que el episodio de Toller la había empañado. Le había pedido a un hombre que traicionara a sus compañeros encarcelados y aceptara la liberación. Ninguno de nosotros había pensado en eso de antemano, pero Hans había sido el que había recibido el espaldarazo. Las críticas de Dora le habían afectado mucho.

Hans intentó compensarlo en sus columnas. Al principio eran humorísticas; pero a medida que los nazis se acercaban al poder, se volvían más amargas e incisivas. Y más valientes.

Cuando el general Ludendorff, que había dirigido la guerra —y el país, como almacén de provisiones para el ejército—, declaró en sus memorias que había «ganado la guerra», Hans bromeó: «Sí, él también la ganó; solo que el pueblo alemán la perdió porque cometió el descuido de morir de hambre antes de que se consiguiera la victoria». Hans informó sobre una encargada de unos servicios de Berlín a la que detuvieron por sustituir el papel higiénico habitual por un montón de periódicos izquierdistas para aleccionar a la clientela. Trabajó amistad con el famoso actor Edgar Reiz, un joven soltero, y juntos aceptaron el reto de una publicación inglesa: determinar si Berlín era, como afirmaba el periódico, la ciudad más «depravada y viciosa» del continente.

«A efectos únicamente de investigación», según escribió Hans, Edgar y él fueron a ligar a bares de chicas, de chicos, a coctelerías, a cabarets y a vestíbulos de hoteles elegantes. A primera hora de la mañana se encontraron en el prestigioso Instituto de Sexología de Magnus Hirschfeld, cerca del Tiergarten, donde el propio Hirschfeld, un hombre corpulento y afeminado con fular y gafitas redondas, les comentó «con su acariciador ceceo» que «la depravación no existe». «Y eso es algo —se regodeaba Hans en su artículo— que los ingleses saben desde siempre».

En 1928 fue a escuchar a Hitler, por entonces líder de un partido de la oposición, y escribió uno de sus artículos más sonados. De niño Hans había superado casi por completo la tartamudez observando atentamente cómo la gente movía los labios y pensando cada frase antes de empezar a enunciarla. Así había aprendido a ver cosas que los otros no veían, lo que resultaba muy útil para un reportero. Hans contó a sus lectores que el micrófono del Sportpalast había fallado. Tras titubear varias veces y repetirse, Hitler, furioso, lo tiró al suelo. «Y así nació —relataba Hans— la famosa técnica de bramidos del Gran Adolf. “¡Ha comenzado el envilecimiento de los pueblos!”, gritó herr Hitler. “La degradación de la cultura, de las costumbres, no solo de la sangre, avanza a grandes zancadas”». Hans escribió que el público murmuró para expresar su aprobación, sintiéndose uno con el líder contra los invisibles enemigos víricos.

A continuación narraba que había asistido a la recepción celebrada en honor de Hitler en un apartamento privado después del acto. «Al entrar nos registraron para comprobar que no íbamos armados», escribió. En el salón, encontró al líder pontificando sobre «¡este podrido parlamentarismo! Este cáncer del pueblo alemán». Y clamando contra Berlín por «la terrible promiscuidad de su población semieslava».

En el fondo de la sala, Hans tosió educadamente. «¿Está usted casado, herr Hitler?», le preguntó. El ambiente se heló. Los acólitos lo fulminaron con la mirada. Hans retrocedió. «Ya en la puerta, saludé con el brazo alzado y dije enérgicamente *Heil y Sieg* —escribió—, y cuando ya era demasiado tarde me di cuenta de que había levantado el izquierdo en lugar del derecho. Mientras me ponía el abrigo en el vestíbulo oí comentar a Adolf: “¡Qué individuo tan desagradable! Por cierto, ¿quién era?”. Nadie supo decírselo, y me escabullí antes de que alguien me lo preguntara

personalmente».

El Partido Nazi lo demandó por difamación.

En *Die Welt am Montag* hubo cierta confusión. El director de Hans juró que el artículo había sido presentado como un informe objetivo. Aseguró que nadie le había dicho que fuera una patraña.

—Era ridículo —se burló Hans cuando me lo contó—. No creí que tuviera que explicarlo todo letra por letra.

La realidad se estaba volviendo tan necia, pensábamos, que la gente inteligente ya no sabía distinguir un informe de una sátira.

Afortunadamente, el Partido Nazi perdió el juicio y tuvo que pagar las costas. Algunos de los colegas más pedestres de Hans se quejaron y hablaron de ética periodística ¡e incluso de fraude! Pero para otros Hans era un héroe: se había enfrentado a los nazis y había ganado.

A partir de entonces se sintió protegido.

Si bien Hans centraba la mayor parte de sus sátiras en Hitler, quien despertaba en él una virulencia especial y personal era Goebbels. Acosaba al ministro de Propaganda como a un oso. Tal vez fuera porque compartían el haber nacido en una ciudad pequeña, o porque la habilidad con las palabras los había ayudado a ambos a salir de allí. Hans se convirtió en el azote público de Goebbels, a quien nunca se refería por su nombre, sino solo como «ese varón de aspecto claramente semítico», que «en circunstancias normales habría sido un enérgico maestro del colegio para niñas de Euskirchen». Goebbels había escrito una novela titulada *Michael*, que Hans mencionaba siempre como *Michael el Ignorado*.

En un artículo de infausto recuerdo, Hans se inventaba una visita a la madrina de Goebbels en la ciudad natal de este, Rheydt. Rodeado de tuestos de flores artificiales, escuchaba a la anciana recordar los viejos tiempos:

Ay, señor... No sé qué problema tiene el chico con los judíos. Siempre jugaba con los hijos de los Katz, el carnicero, que vivían en la esquina... Pero no sabía tener la boca cerrada. El chico siempre tenía que decir la última palabra.

Goebbels perdió los estribos. Devolvió el golpe en el periódico del Partido Nazi, *Der Angriff*, donde arremetió contra «cierto judío de Galitzia, Hans Wesemann», quien, al serle negada una entrevista con Adolf Hitler, «pergeñó una con sus sucias zarpas. Ahora —escribió Goebbels—, ese noble escritorzuelo está ensuciando las provincias con los excrementos de su cerebro enfermo».

—No está mal —dijo Hans mientras se comía los huevos del desayuno—. «Los excrementos de su cerebro enfermo».

Nos miramos por encima de nuestros respectivos periódicos.

—Claro que, bien pensado —dijimos los dos a la vez—, es novelista.

Cuanto más aumentaba la fama de Hans, más escandalosos eran sus artículos y más lo odiaban los nazis.

Un camión entra en el camino de la casa de al lado transportando unas largas piezas de madera, cada una con un trapo rojo atado en el extremo que sobresale como señal de precaución para los demás vehículos.

Me veo con toda claridad asomada a la ventana de nuestro piso de Berlín la noche que Hitler tomó las riendas, colgando mi bandera roja. Los chicos, las antorchas y las esvásticas torcidas daban miedo, pero también eran ridículos. No nos habíamos detenido a pensar qué significaba que aquellos fanáticos hubieran hecho listas; que tuvieran a individuos en la mira de sus armas, y que esos individuos fuéramos nosotros.

Mientras Hans se hacía famoso en Berlín, yo terminaba mis estudios en la universidad. Con el tiempo escribí una tesis doctoral sobre la poesía amorosa de Goethe para obtener el título que me permitiría trabajar de profesora. Pero básicamente pasaba los días detrás de la cámara. Descubrí que las fotografías podían revelar características de los objetos en las que yo no había reparado al tomarlas. Era como si el mero volumen de mi modelo, su peso y su belleza físicos, me pasaran inadvertidos cuando lo tenía delante, permitiéndole mantener ocultas sus propiedades evocadoras. Fotografiaba cerillas desde muy poca distancia, con gruesas cabezas y esparcidas al azar. El hueco de una escalera desde abajo, replegándose en sí mismo como un abanico. Mis pies encima de la cama, con la pierna más corta cruzada sobre la otra. Fotografié un mensaje escrito a mano en un poste: ¡hambre!, con el número de un apartado de correos donde podían hacerse donativos. Capté a una mujer en nuestro patio, con un crío medio desnudo sobre la cadera, los dedos hincados en el regordete muslo como si fuera un símbolo de lujo. Plasmé a Hans, los ojos cerrados, el cuello apoyado sobre el borde de la bañera, las sombras revelando la arquitectura de su cara.

En el cuarto oscuro, las imágenes nadaban en la solución hacia mí, cada vez más claras, como si finalmente fueran a abrirse y a dar una respuesta.

Una vez fui con Dora a un mitin de Hitler para fotografiar lo que pasaba allí. Por entonces Dora ya trabajaba para Toller, pero seguía trabajando también para la parlamentaria Mathilde Wurm. Mathilde y ella investigaban la atracción apasionada e irracional que ejercía Hitler sobre las mujeres. Mathilde tenía cincuenta y tantos años y era corpulenta y prudente, con los tiernos ojos negros de un perro labrador y un finísimo bigote. Viuda y acomodada, era una política eficaz, sobre todo en temas relacionados con la mujer, aunque al mismo tiempo era tan equilibrada y sensata que parecía que cualquier idea nueva que saliera de sus labios —desde servir comidas calientes en las escuelas hasta crear centros de formación profesional para las jóvenes

y clínicas que ofrecieran gratuitamente consejos sobre anticoncepción— ya debería haberse llevado a la práctica. Mathilde no había podido tener hijos, según me contó Dora, y había transformado esa tristeza en una energía maternal dirigida al mundo entero. Dora la apreciaba mucho como mentora política, pero creo que también como tapadera de sus propias ideas políticas, más radicales.

Hitler iba a intervenir en un acto dirigido exclusivamente a mujeres en el Lustgarten de Berlín. Cuando pasó a nuestro lado por un sendero cubierto de flores, las mujeres tendieron hacia él sus manos agrietadas y castigadas como si esperaran recibir una bendición. Algunas lloraban de emoción, se mecían y saludaban con el brazo en alto. La mujer que teníamos delante levantó a su bebé hacia Hitler; fotografié al crío, que tenía la cara enrojecida y no paraba de retorcerse.

Dora sacudió la cabeza, entre compasiva y asqueada.

—Es una especie de hechizo milenarista —me susurró—. Como si solo él pudiera salvarlas.

Habíamos llegado tarde y estábamos de pie en las últimas filas. Cuando Hitler llegó a la tarima, logré verlo entre las cabezas que tenía delante, pero Dora era más baja que yo y no podía mirar por encima de los hombros de las mujeres. Detrás de ella había un guardia de las SS; la miró y debió de ver la insignia de los Independientes que Dora llevaba en la solapa, pero ella se limitó a encoger los hombros sonriendo afablemente, como si dijera: ¿Cómo se me ocurre ser tan baja?

El guardia miró alrededor y dijo:

—Vamos, camarada, seguro que tú también quieres ver al líder. —Dobló las rodillas y extendió los brazos.

Dora no vaciló: le cogió las manos y dejó que la levantara. Él la sujetó por la cintura, en alto, como el mascarón de proa de un barco.

Quiero verla.

Con los miles de fotografías que tomé a lo largo de la vida antes del exilio, y he acabado con solo dos álbumes. Las imágenes que contienen se me antojan más valiosas que nada de lo que vino después.

Abro la puerta corredera de una estantería acristalada y cojo uno de esos álbumes. Las hojas son negras y entre ellas hay finas láminas de papel de seda. Las fotografías son contactos en blanco y negro, tan pequeñas como los negativos de donde salieron. Están sujetas a las páginas por las esquinas. Aquí hay tres de Dora, ninguna de ellas del día del mitin. En una salimos las dos en una feria, de adolescentes, asomando la cabeza por los orificios de un tablero, convertidas en Rómulo y Remo. Otra es una fotografía de familia, tomada el día de mi boda. La tercera, mi favorita, es un retrato que le hice. Tiene la cara vuelta en un ángulo de tres cuartos, los labios cerrados y la mirada ligeramente baja, desviada de la cámara. La expresión de los ojos es amable, interrogante. El pelo, cortado a lo chico en la nuca, le cae sobre la mejilla. Dora no se

maquillaba ni se depilaba las cejas. Su estilo es muy actual.

Examino estas fotografías como si pudieran revelarme algo de Dora, o al menos ofrecerme un recuerdo nuevo. El sonido de su risa, el destello de sus blancos dientes (el incisivo izquierdo montado sobre los otros). Pero si cierro los ojos y me concentro, su cara se vuelve borrosa. Mi mente es caprichosa; no se abre si se lo pido directamente. Debo ser más astuta, aproximarme oblicuamente por los bordes del sueño, para que me entregue algo nuevo. Al fin y al cabo, todo lo que contiene me pertenece.

Toller

Clara se ha ido a comer con su marido al Museo de Arte Moderno. Hoy celebran su segundo aniversario de boda. Esta ciudad está llena de maravillas; se le van los ojos tras los tesoros del mundo, los afana y los expone democráticamente. Ahora le toca a Picasso. He hecho una excepción y he telefoneado al servicio de habitaciones.

Dora me llamó después del estreno de *Masse Mensch*. La siguiente vez que la vi, hablaba ante una multitud desde un estrado. Cierro los ojos.

Estoy en la tribuna de los oradores del Tiergarten de Berlín, en un mitin contra el Párrafo 218. Es el año 1925. Somos la generación que volvió de la guerra y estamos reconstruyendo el mundo —un mundo más justo, más libre— para que aquello no se repita. Dora, menuda, con el pelo corto y oscuro, sube los escalones para hablar. Mientras camina se arremanga la camisa. Lleva un reloj de oro, que le baila en la estrecha muñeca, pero ninguna otra joya. Llega al micrófono, cuyo halo metálico le tapa parcialmente la cara. Se pone de puntillas y se inclina hacia delante. Sus ojos negros miran fijamente al público por encima del micrófono. No ha traído nada escrito.

Un murmullo de incertidumbre recorre la multitud, que inspira y mueve los pies haciendo crujir la grava. Siento una punzada de remordimiento: ¿cómo pudimos pedirle a una mujer que hiciera eso, y más aún a una chiquilla como ella? Habíamos decidido protestar contra el Párrafo 218, que prohibía el aborto, y exigir la liberación sexual de todo tipo: para las mujeres, los homosexuales, los prisioneros. Yo había participado en el comité organizador del mitin, junto con Einstein y otras celebridades, y habíamos pedido a mujeres «bien situadas» que hablaran de su experiencia. «Autodenuncia por la causa», lo llamábamos. Dados el estigma social asociado al aborto y las penas con que se castigaba, lo lógico era que ninguna se ofreciera voluntaria, y ninguna se ofreció. Hasta que me llamó ella. «Soy Dora —dijo—. Nos conocimos en el teatro. En Leipzig». Como si hubiera podido olvidarla.

—Una ley... —Las primeras palabras que dirige al público no salen como ella quería. Agacha la cabeza, se lleva un puño a los labios. Los asistentes guardan silencio, en parte por educación y en parte debido al nerviosismo. Dora vuelve a empezar—. Una ley que convierte a ochocientas mil mujeres en delincuentes todos los años... —su voz, asombrosamente tranquila, se eleva— deja de ser una ley. —Se queda mirando a su auditorio—. Tenéis ante vosotros —añade— a una delincuente.

Tras un intervalo de silencio, empiezan los aplausos.

—Ningún hombre —continúa la joven antes de que cese la ovación— puede entender el sufrimiento de una mujer que lleva en su vientre a un niño al que no podrá alimentar. Es más: obligar a una mujer a tener un hijo es frustrar su actividad en la vida económica y pública. —La gente enloquece, levanta los puños y grita. Dora agarra la base del micrófono y se lo acerca a la boca—. Vuestro cuerpo —continúa—

os pertenece.

Entonces, en medio del estruendo, estira un brazo hacia la multitud. Contengo la respiración. En ese momento veo en Dora algo que reconozco como mío: la sensación de tener la vida en la palma de la mano para hacer con ella lo que uno quiera.

En el campo de batalla, yo había estado a punto de tirar mi vida por la borda muchas veces, o de dejar que me la quitaran. Percibía su escaso precio y su valor como los de una moneda pesada o un dolor. Pero ¿de dónde había sacado eso Dora? El amor es, en gran medida, curiosidad, la búsqueda de uno mismo en el interior del otro; salir de la cueva del oso con tu velita de cumpleaños y un fragmento de mineral metálico: ¡lo mismo de lo que estoy hecho yo!

Toc-toc-toc, toc, toc. El camarero debe de estar de buen humor.

—Pase —digo, y espero ver el carrito. Pero aparece una mano, seguida de un joven de rostro afable con el flequillo cruzándole la frente. ¡Auden!

—Por fin te encuentro. —Sonríe y entra de costado. Lleva americana y una corbata de estambre y, como siempre, parece que haya dormido con ellas puestas. Estoy muy contento.

Cuando vivía en Inglaterra, vi triunfar a Wystan como poeta —el mejor del siglo, según dicen— mientras trabajaba conmigo. Traducía mis obras teatrales y escribió unos espléndidos poemas líricos originales para incluirlos en ellas. Sentados en mi jardín de Hampstead, analizábamos las palabras y las tanteábamos (él domina el alemán) para ver cuánta belleza equivalente podíamos extraer de nuestros respectivos idiomas. Cuando alguien entra en tu obra, estableces una relación muy íntima con esa persona. Ella te ve mejor de lo que puedes verte tú.

—Te he buscado en todos los rincones de Nueva York, viejo amigo. —Resopla como si viniera de recorrer las calles—. Mi mujer —añade con una sonrisa; se casó con la refugiada lesbiana Erika Mann para conseguirle un pasaporte británico y ahora ella también está en Nueva York— me dijo que te encontraría en Epstein's. Como no fue así —abre las manos—, decidí iniciar una búsqueda.

—Gracias. —Wystan es el único, aparte de Dora, al que hablé de mis tres visitas semanales al psiquiatra de Londres. En parte porque debíamos tenerlas en cuenta para organizar las jornadas de trabajo, y en parte porque está convencido de que la neurosis (hasta cierto punto) constituye un estímulo para el arte. Por la forma en que me mira y luego observa la habitación, sé que está calibrando si la mía está ayudándome o devorándome vivo.

—Christopher... me ha dejado —dice al tiempo que se quita la americana y se deja caer en la silla de Clara—. Se ha marchado a California.

—Lo siento.

—Me pregunto —enciende un cigarrillo— si es posible alguna forma de

matrimonio para los homosexuales.

—Y para los que no lo somos —digo—. Christiane también me ha dejado.

—Pues yo también lo siento. —Sus eses son un poco sibilantes, como si no se molestara en pronunciarlas debidamente—. Debe de ser este sitio. —Hace un movimiento amplio con el brazo—. La tierra de la excesiva libertad.

Wystan se frota la frente y se la mancha de la tinta de periódico que tiene en el pulgar. Un cilindro de ceniza se desprende de su cigarrillo y cae en la alfombra. Ahora me doy cuenta de que lo que más me gusta de él es su capacidad para desviar las emociones señalando con un ademán hacia el mundo real y, al mismo tiempo, describirlas como nadie mediante palabras.

—Christopher me dijo que vuelco mis mejores sentimientos en mi obra y que a él solo le dejaba los restos. Y, aunque parezca horrible, quizá sea cierto. —Wystan tiene unos ojos que destilan bondad y unos párpados gruesos que recuerdan a los de un cachorro. Pasa las páginas de un bloc de caligrafía de Clara.

»Bueno, cuéntame. ¿Qué está pasando aquí?

—Intento poner mis mejores sentimientos en mi obra.

Ríe por la nariz.

—Es cierto. Intento escribir sobre Dora.

Levanta la cabeza.

—La valiente Dora —dice. Siempre le tuvo simpatía, y ella a él—. ¿No habías escrito nada sobre ella?

—No quería utilizarla.

Ya hemos hablado muchas veces de esto: de la tentación del arte de usar a las personas como el fuego la leña.

—Ya. Claro.

Siento tal alivio al saberme comprendido que las palabras salen en tropel.

—Pero ahora no tengo nada. Ni a ella —digo con voz ronca—, ni siquiera un retrato suyo.

El camarero nos interrumpe. Trae un carrito con una gran sopera de plata, un cesto con panecillos de pan blanco y moreno, rizos de mantequilla y dos cuencos. Deben de haber supuesto que pedía también para Clara. Mientras el camarero, un joven rubio y pulcro de unos diecinueve años, pone la mesa, Wystan se remete en el cuello de la camisa una servilleta; sé a ciencia cierta que, misteriosamente, la servilleta no impedirá que se manche la pechera. El camarero empieza a servir la sopa de pescado y Wystan sonríe, agradecido de que el mundo —tan considerado, francamente— se le haya anticipado. Luego se saca la cartera del bolsillo y le entrega una generosa propina.

—Gracias, señor —dice el camarero con una leve cabezada antes de dar media vuelta. Los claros ojos de Wystan siguen al chico hasta que sale de la habitación.

—Este país me va a gustar. —Arquea las cejas y parte un panecillo con los dedos—. Lo presiento. Y no me refiero solo a eso. —Señala la puerta con la cabeza.

Apoyo las muñecas sobre la mesa.

—Vuelvo a Europa.

Wystan deja el pan en el plato.

—Aquí no sirvo para nada. Nadie me escucha. Europa se derrumbará.

Asiente despacio.

—Ya lo sé —dice—. Yo ya no puedo pronunciar discursos. No creo que pueda imponerse lo mejor del ser humano. Nuestros escrúpulos liberales nos ciegan; los fascistas son demasiado seductores y demasiado poderosos.

—¿Qué vas a hacer aquí? —No sé por qué lo pregunto; sé muy bien qué va a hacer. Escribiré poemas que se leerán dentro de doscientos años, se enamorará, saldrá adelante.

—Escribir —responde, como si fuera una nimiedad—. Mientras tú vuelves a la lucha. Como siempre.

Sé que me considera valiente, pese a conocer mis flaquezas.

Es un testimonio de su bondad más que de su buen juicio, pero significa que puedo hablarle de todo.

—¿No te parece que querer ser diferente de como somos es una extraña enfermedad? —le pregunto.

Wystan se inclina y pone una mano sobre la mía. Ha visto mi necesidad y nunca hará que me avergüence de habérsela mostrado.

—Es lo de siempre, ¿no? —dice—. Todo lo que no somos vuelve la vista hacia todo lo que somos.

Coge la cuchara y sonrío como diciendo *Guten Appetit*. Pero advierte que me ha afligido lo que acaba de decir.

—No lo mires con demasiado detenimiento, viejo amigo —añade—. Haz lo que tengas que hacer. Y no lo minusvalues. —Sacude un poco la cabeza y mete la cuchara en la sopa—. La poesía no hace que suceda nada.

Cuando se marcha, la alegría que me ha procurado su compañía permanece en la habitación. Apoyo la cabeza en el respaldo de la silla y vuelvo a cerrar los ojos.

Estoy repantigado en el asiento de piel del coche, con la cabeza echada hacia atrás. Dora y yo nos encontramos en una catedral de árboles; a ambos lados de la carretera, los álamos extienden sus ramas por encima de nosotros para tocarse. Las motas de luz que dejan pasar se derraman raudas sobre el capó, el parabrisas y nuestros cuerpos, y así notamos la velocidad a la que circulamos. Dora va al volante; yo no sé conducir. Tiene los brazos desnudos, pero lleva unos guantes de cabritilla color crema que se abrochan en el dorso de las muñecas, y habla sin parar, con la vista al frente, mientras el coche avanza por la cinta de la carretera. Va contando los votos de algo —sus ideas políticas siempre fueron mucho más prácticas que las mías—, pero ya no la escucho. El viento juega con su pelo.

Ayer por la tarde firmamos como marido y mujer en el registro del hotel Schloss Eckberg de Dresde. Mientras ella escribía, tendí la mano hacia su pelo, con tanta naturalidad como pude, y le quité unas briznas de hierba. Sin dejar de sonreír gentilmente al conserje. En las orillas del Elba a su paso por Dresde, los juncos te llegan hasta el pecho. Dora me había apartado del sendero para meterme entre ellos y, riendo, me había tirado al suelo hasta que el mundo quedó reducido a un pedazo de cielo en un marco verde difuminado. Esta mañana ha tomado tres tazas de café y ha jugueteado con el huevo antes de poder fumar; ella, que siempre tiene tan buen apetito.

Nunca me había sentido tan deseado. Le pongo una mano en el cuello.

—¿Tienes hambre? —me pregunta interrumpiendo su discurso—. Nos han preparado un poco de comida.

Debajo del salpicadero hay una cesta en la que encuentro una pera estupenda. Cuando Dora la muerde, el jugo se le escurre por la barbilla.

—¡Mierda! —exclama riendo.

Cojo mi pañuelo y empiezo a limpiarle el regazo; ella me lanza una mirada y se seca el mentón con el dorso de la mano enguantada. Entonces la otra mano resbala por el volante, que gira, la pera pasa volando por delante de mi nariz y el coche chirría y no toma bien la curva. Dora pisa el pedal, pero no sirve de nada y avanzamos, más despacio de lo que parece posible, hacia el final, que llega con un grito metálico contra un álamo.

Del capó sale vapor con un silbido. Dora suelta el volante y comprueba que no me ha pasado nada. Un hombre que resulta ser el policía del pueblo corre hacia nosotros. Tras asegurarse de que estamos ilesos, sacude la cabeza mirando hacia ambos lados de la carretera vacía bajo el cielo despejado y se pregunta en voz alta cómo ha podido ocurrir el accidente.

—Agente —dice Dora, como si ofreciera una explicación detallada y definitiva—, me estaba comiendo una pera.

He dejado un cigarrillo encendido en el cenicero que hay en el otro extremo de la habitación. Voy hasta allí y me lo pongo entre los labios. Clara ha regresado y está sentada en silencio. No vuelve la cabeza para mirarme ni me azuza con preguntas; deja que el hechizo se prolongue. Mientras expulso el humo, mis ojos acarician la despeinada coronilla de su cabeza morena y me transporto a tiempos pasados.

Clara coge el lápiz y el bloc. Me estoy vaciando a pedazos en esta habitación. Luego trato de ver qué forma adquieren cuando los junto.

—¿Lista? —pregunto.

Clara asiente.

Cuando Dora vino a trabajar para mí, pasó de secretaria a caja de resonancia, luego a colaboradora y por último, tras la separación de su marido Walter, a amante.

Habían tenido una relación amistosa, incluso de camaradas, durante su matrimonio, con unas libertades que habían implicado, por parte de Walter, a demasiadas personas. Dora juraba que no volvería a casarse, como si hubiera sido la institución del matrimonio, y no la infidelidad —a la que también ella tenía derecho—, lo que había causado su dolor.

Dora poseía una determinación tan profunda que estando a su lado no podía sentirme perdido. Su presencia reducía mis demonios a seres patéticos, poco prácticos y malos compañeros que se marchaban si no les hacía caso y me concentraba en la tarea que tuviera entre manos: el libro o la obra teatral, el discurso, la causa o el viaje. Dora me decía: «Recuerda que no se trata de ti, sino del trabajo». Creía que me aferraba a mi falta de confianza y a mis concepciones, rayanas en la desesperanza, como si fueran los signos externos de mi profunda integridad artística; al fin y al cabo, la seguridad en uno mismo y la ecuanimidad no eran características del genio. Me fastidiaba un poco, pero me alegraba de que Dora me salvara. Creo que al menos la mitad de lo que denominamos esperanza es simplemente la sensación de que es posible hacer algo.

Una vez, en la playa de Rügen, nos tumbamos de costado en una arena tan pura que crujía. Dora había encontrado una piedra blanca muy bonita, del tamaño de la cabeza de un perro. Cerró los ojos y deslizó las manos por ella, como si fuera una bola de cristal, imitando a la perfección la voz monótona de una médium. «Su miedo a perder la razón, caballero, es sumamente exagerado...». Me tumbé boca arriba, riendo, y la observé con los ojos entrecerrados.

Yo intuía casi siempre cuándo iba a tener una crisis. De pronto me encontraba solo, leyendo y releendo un párrafo que había dejado de tener sentido, aunque lo había escrito el día anterior. Las proposiciones subordinadas eran demasiado pesadas, literalmente, para cambiarlas de sitio o modificarlas. Pero era imposible —¡estaba mal!— dejarlas tal cual. Mientras aquella página estuviera atascada, también lo estaría el resto de la vida. Llamar por teléfono suponía demasiado esfuerzo; cualquier compañía resultaba inútil. Cuando falla la imaginación, quedamos atrapados en un solecismo tan colosal como el mundo: el universo se reduce a un reflejo de nosotros mismos, estrecho y ya conocido, del que no podemos escapar. El cínico solo ve cinismo, el depresivo puede contaminar la creación con una sola mirada.

Cuando veía venir un ataque, buscaba a Dora. En compañía de una persona tan íntegra, inteligente y práctica, la duda parecía algo impropio. Ella también tenía que controlar sus propios demonios, como la morfina que utilizaba desde el aborto, pero siempre parecía más fuerte que yo. Si reaccionaba demasiado tarde y me vencía la apatía, me sentía demasiado avergonzado para buscarla. Hacía correr la voz de que me había ido al extranjero y pasaba los días —a veces semanas— de depresión en mi piso, casi todo el tiempo en la cama. Esperando sin esperanza a que la esperanza volviera cuando le viniera en gana.

Una vez Dora me sorprendió así. Había pasado una semana en Gran Bretaña, en

Weymouth, donde había asistido a un congreso de sindicalistas. Cuando regresó, yo no me ponía al teléfono ni abría la puerta. Decidió entrar.

—¿No te encuentras bien? —preguntó desde el recibidor. La oí dejar los zapatos en el suelo. Recorrió el pasillo sin hacer ruido, entró en mi dormitorio y se detuvo en el umbral.

—Llevas la rebeca del revés.

—Gracias. —Empezó a quitársela. Era gris claro, jaspeada, con botones de nácar—. ¿Estás bien? —me preguntó. Cogió una bola de papel que había aterrizado en el cajón de los calcetines.

Llevaba varios días sin afeitarme. La cama —de teca con columnas, de las islas de las Especias, que mi madre no había logrado vender en su tienda de muebles— se había convertido en mi arca. Más allá reinaba el caos. En todas las superficies horizontales había tazas de café y cuencos con comida solidificada de los que sobresalían mangos de tenedor. Comía sobre todo latas de carne de cerdo y de lentejas; la habitación apestaba. El suelo estaba cubierto de hojas de papel arrugadas; en la mesilla de noche se amontonaban fragmentos de pensamientos, frases garabateadas que, a la luz del día, quedaban reducidas a banalidades. Al lado tenía un gran cenicero de cristal verde lleno de colillas.

—Ya veo que te has dado la gran vida. —Sonrió y se agachó para darme un beso en la frente. Luego se sentó en la cama. Aunque su táctica para vencer a mis demonios consistía en trivializarlos, nunca daba a entender que la tarea fuera fácil.

—Estoy un poco cansado.

—¿Has trabajado hasta tarde?

—No —respondí—. Estaba demasiado ocupado agotándome a base de no dormir. Dora se rio y tiró la bola de papel a la papelera.

—Diana.

Encendió un cigarrillo y me habló de un inglés extraordinario al que había conocido, Fenner Brockway, que era amigo de Jawaharlal Nehru.

—El tipo de inglés que me encanta —dijo—, el que aparenta tomárselo todo a la ligera para poder debatir de forma civilizada..., nada que ver con las peleas a gritos de nuestros congresos. Pero debajo hay verdadera pasión por la justicia.

—Seguramente también por ti. —La miré de soslayo.

—Seguramente —admitió, y expulsó una bocanada de humo. Para ver a Dora había una condición: que no fuera algo exclusivo, que ella conservara su libertad. Yo también tenía libertad, desde luego.

Ahora no sé cuánta libertad puede soportar el corazón. Al corazón también le gusta la contención.

Volvió a besarme.

—Si me visto adecuadamente, ¿te vestirás tú también? Si quieres, podemos limitarnos a hacer correcciones.

Clara deja el lápiz. ¿Qué debe de sentir mientras yo relato mi amor por su predecesora? Tiene las piernas cruzadas y pasa el pulgar por la espiral del bloc de taquigrafía. Cuando levanta la cabeza, sus pupilas se reajustan para enfocarme y los iris forman un calidoscopio verde y marrón dorado. Tiene los labios entreabiertos. Es un gesto que dice: Ahora entiendo adónde quieres llegar.

Y dice —o eso creo yo—: Estoy contigo.

—A veces... —tiene la voz tomada; carraspea—..., limitarse a hacer correcciones es la respuesta perfecta. —Respira hondo—. Hoy deberíamos terminar la correspondencia. ¿Empezamos por la carta a la señora Roosevelt?

Voy a escribir a la primera dama para agradecerle que celebrara un acto con el fin de recaudar fondos destinados a los niños hambrientos de España y para insistir en que se mande el dinero aun cuando España esté ahora en poder de los fascistas. Tal vez Franco lo utilice para comprar armas, pero también cabe la posibilidad, aunque remota, de que lo use para alimentar al pueblo.

Hace tres meses estaba eufórico. Cuando llegué, esta habitación estaba llena de periodistas, flores, fotógrafos de prensa arrodillados que tomaban fotografías. Los telegramas iban y venían. Un aplicado estudiante de posgrado soltaba una pregunta larga cada vez que podía; alguien cogió de la cama una funda de almohada para que le firmara un autógrafo en ella. Llamaba al servicio de habitaciones y pedía comida para todos; Christiane suspiraba al firmar la cuenta. Entonces yo podía hacer cualquier cosa, podía hacerlo todo, y todo a la vez. Con la primera dama recaudé un millón de dólares.

Pero funciono con un interruptor. Los eché a todos. Ahora solo estamos Clara y yo.

—Sí —digo—, empecemos por eso.

Ruth

Me acuerdo de aquella rebeca gris jaspeado de Dora. Es curioso lo que se adhiere a la tira atrapamoscas de la mente, ¿verdad?

Más tarde oí hablar de esos episodios, pero yo nunca vi a Toller deprimido. Las dos veces que fui a su piso a recoger a Dora hablaba tan deprisa que apenas podía seguirlo; derramaba ideas a tal velocidad que ni él mismo —ni tampoco Dora— podía anotarlas. Se movía por la habitación diminuta como Superman en una trampa, encendiendo cigarrillos y apagándolos, olvidándose de ellos y encendiendo otros. En ocasiones tenía cuatro y hasta cinco encendidos e iba de un cenicero a otro. Una vez le dijo a Dora que había escrito *Masse Mensch* en tres días con sus respectivas noches, de un tirón, sin dormir. Según me contó Dora, no lo dijo para alardear; estaba perplejo.

Es verdad que Dora se enamoró de Fenner Brockway. En aquella época creíamos en la libertad de todo tipo. Habían muerto tantos chicos en la guerra que sabíamos que la vida era corta y barata. No tenía sentido no amar si surgía la oportunidad. Los hippies de los años sesenta y setenta me parecieron mansos y vanos, carentes de originalidad. Se manifestaban por la paz pero no habían conocido la guerra; confundían la libertad de tener relaciones sexuales con la libertad de no dar importancia al sexo. Dora concebía el sexo como algo que había que dar libremente, no como parte de un capital en una transacción para conseguir a una mujer. Ella vivía el presente.

Pero Dora nunca se confundió con respecto a Toller. Cuando él se marchó de mi estudio el día que lo retraté, Dora puso en el gramófono un disco de jazz que había traído e hizo girar la manivela. Me obligó a dar vueltas y más vueltas por la habitación hasta que acabamos riendo, bien mareadas. Le brillaban los ojos. «Ese tipo acomplexado y con problemas de pulmón —me dijo— es el hombre más magnífico que jamás conoceré».

Colgar la bandera roja en la ventana de nuestro piso de Berlín no tuvo consecuencias inmediatas. Luego vinieron las semanas de los mojitos, una época de falsa calma y cócteles. No quiero ni pensar de dónde traían aquellas limas. ¡Qué decadencia!

En cuanto fue nombrado canciller, Hitler convocó elecciones para cinco semanas más tarde. Pero no se prohibieron de inmediato los periódicos, así que Hans escribió unas cuantas columnas más; las mecanografiaba en la mesa del comedor y por la noche iba a entregarlas en bicicleta. En su último artículo situaba al Gran Adolf en 1942 y lo retrataba como un político de segunda fila fracasado, a punto de iniciar una gira por Estados Unidos para pronunciar conferencias ante sus menguantes bases de chiflados. «Nos sentamos en su modesta casa de doce habitaciones de las montañas bávaras —escribió Hans— e intercambiamos algunos cumplidos. Enseguida observé

que el Líder ya no llevaba su famoso bigote. Él advirtió mi sorpresa. “Alemania ha perdido mucho pelo en esta última década”, dijo, “así que pensé que debía ofrecer un ejemplo simbólico”».

Pasé aquellas extrañas semanas asistiendo a reuniones en pisos de gente por todo Berlín. Nuestro pequeño Partido Socialdemócrata Independiente había pasado a llamarse Partido de los Trabajadores Socialistas, en un intento de tender puentes entre los socialdemócratas y los comunistas. Estos dos partidos más grandes se odiaban desde que en 1919 los primeros enviaron tropas a sofocar la revolución de Munich. Nosotros queríamos que se unieran para no dividir el voto contra los nazis en las próximas elecciones. Discutíamos, redactábamos panfletos y nos asignábamos tareas unos a otros: distribuirlos, ir a hablar a los sindicatos, reclutar más miembros. Teníamos la impresión de que nuestro trabajo era importante y urgente. Las tropas de asalto también lo pensaban.

Empezaron a disolver nuestras reuniones, a arrestar a nuestros afiliados en la calle, a registrarnos los macutos. A un amigo mío que estaba pegando anuncios en una farola le dieron una paliza a plena luz del día; otro pasó dos días detenido sin que nadie conociera su paradero. Nuestro objetivo de formar un frente unido contra Hitler era sensato, pero la desconfianza entre los partidos era demasiado grande y la comprensión de la amenaza que representaban los nazis para ellos —para todos nosotros—, demasiado escasa. Lo teníamos difícil.

Una noche de finales de febrero Hans y yo fuimos, como muchas otras veces, al Romanisches Café, y luego al club TicTacToe, en Lehniner Platz. Necesitábamos borrar de la mente las discusiones, vivir un poco. Los mojitos que habíamos tomado en casa y el *Sekt* que bebimos en el café nos dejaron vacíos; estábamos llenos de burbujas y humo y ya no teníamos apetito. Habíamos quedado con Dora en el TicTacToe.

En Kurfürstenstrasse había mujeres —algunas solas, otras en pequeños grupos— entregadas a una ociosidad deliberada; entraban y salían de los charcos de luz de las farolas y hacían durar sus cigarrillos. La oscuridad disimulaba la pena que daba su ropa barata y les otorgaba la dignidad de la sinceridad: Este cuerpo es una ganga, ternura a precio de mercado.

Misteriosamente, éramos inmunes al frío. Hans llevaba floja la bufanda; mis ojos quedaban a la altura de la cicatriz que tenía en el cuello. El alcohol lo volvió generoso con su sabiduría secreta.

—Mira. —Inclinó la cabeza hacia una mujer que estaba a su izquierda—. Esa es un caballo de carreras: se ofrece para que la azoten con una fusta. —Era una mujer pelirroja, con un sombrero exageradamente ladeado y unas botas relucientes de color verde oscuro—. Y el amarillo —señaló discretamente a una criatura de aspecto maternal que parecía brotar de unas botas doradas como la masa de pastel cuando sube— significa que acepta a tullidos.

Las mujeres, que ni siquiera nos miraban, sacudían un poco las piernas para entrar

en calor. Hans se deleitaba mostrándome su ciudad nocturna.

—Allí están las *Telephone Girls*, a las que se puede contratar discretamente a través del hotel. Se disfrazan de estrellas de cine, así que el cliente puede pedir que le envíen a una Garbo o una Dietrich a la habitación. —Las miré, pero no supe distinguir cuál era cuál—. Y esas jóvenes —señaló más allá— son hijas de buenas familias de Charlottenburg y Grunewald. Salen en busca de juerga y un poco de dinero de bolsillo. —Eran altas y esbeltas; una balanceaba una raqueta de tenis.

Separada de las demás, una mujer de caderas estrechas con el rostro velado nos observaba atentamente. Llevaba una sombrilla blanca y el vestido abrochado en el abdomen con una mariposa de lentejuelas. Hans acercó los labios a mi oreja y tiró la colilla a la alcantarilla.

—Y esa, querida mía, es un hombre.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —pregunté fingiendo desconfianza.

—Edgar.

Desde que ridiculizaran juntos el concepto de depravación para aquel periódico británico, «Edgar» o «con Edgar» era la respuesta a muchas preguntas. A veces yo decía en broma que Edgar era como un amigo invisible de la infancia, el que hacía todas las travesuras para que Hans saliera siempre impune en cualquier circunstancia.

Hans se inclinó y me besó larga y apasionadamente en la boca. Cuando abrí los ojos, el chico de la mariposa seguía observándonos.

—Vamos —dije, y nos dirigimos hacia el club.

Tras las puertas del TicTacToe colgaba una larga cortina de cuero para impedir el paso del frío. La apartamos. La entrada daba a un anfiteatro desde el que se contemplaba la inmensa sala ornamentada, que ocupaba todo el piso inferior. Fui hacia la barandilla del balcón. Charcos de luz iluminaban un centenar de mesas: brillantes redondeles en los que se movían manos, con guantes o sin ellos, para coger una copa, tirar la ceniza de un cigarrillo, tocar un brazo. En el ambiente cargado de humo se oían notas de trompeta, tintineo de cubiertos, risas, el ruido de algo que se rompía en la barra de arriba. Junto a mi hombro, en un jarrón, unas azucenas respiraban con la boca abierta, la lengua fuera.

Mientras Hans buscaba al maître, traté de localizar a Dora entre las arañas de luces y los tubos cromados del sistema de ventilación que conectaba las mesas formando una especie de instalación de cañerías celestial. Colgadas también del techo, bolas de espejos atrapaban la luz y la descomponían en esquirilas de diamantes que se deslizaban por las paredes y las cortinas de los reservados. Me sujeté a la barandilla para detener todo aquel movimiento giratorio.

Contemplando aquel mar de cabezas y extremidades que se extendía bajo las esferas de metal y cristal suspendidas por debajo del nivel de la calle, de repente todos los humanos me parecieron iguales: vulnerables e inquietos, sus movimientos entrecortados por la luz fracturada. Eran insectos —éramos insectos—; las mujeres con media melena, el cuerpo enfundado en vestidos cortos de seda transparentes,

recamados de cuentas y con la espalda al aire, que dejaban ver curvas trémulas y bultos bajo la piel. Arrastraban fulares, colas o boas de color albaricoque, azul verdoso, dorado, azul cielo. Un ejemplar blandía un abanico gigantesco de plumas de avestruz teñidas de morado y, al abanicarse, los oscuros zarcillos que tenía bajo el brazo desaparecían y asomaban, desaparecían y asomaban. Los machos no tenían alas, iban bien acicalados y permanecían quietos; excepto los camareros, que serpenteaban con sus fracs sosteniendo a la altura del hombro bandejas en las que llevaban capullos plateados.

—Mesa treinta y seis.

Hans me puso una mano bajo el codo y me guió por la escalera y luego entre la multitud. Pasamos al lado del *David* de Miguel Ángel, de pie en un podio, con los nudillos apoyados en un muslo y la mirada desviada recatadamente. Su torso subía y bajaba al compás de su respiración. Miré alrededor para ver qué otras estatuas vivientes había esa noche. No muy lejos se hallaba la Justicia, desnuda, con hoyuelos en los muslos, los ojos vendados y una balanza en la mano. Cuando llegamos a nuestra mesa, vi a una mujer con peluca barroca, zapatos de raso y la mirada perdida. Solo llevaba tres lazos, uno alrededor de la cintura y los otros dos atados justo encima de las rodillas. Tenía la piel y el pubis empolvados, como si hubiera salido de una nube de ceniza.

—¿Bo Peep? —Hans arqueó una ceja mientras retiraba una silla para que me sentara.

—¿Te busca a ti, corderito mío? —Sonreí.

Hans se rio. Cuando salíamos, teníamos por costumbre intercambiar los típicos comentarios irónicos de los matrimonios que cumplen mecánicamente con las formalidades del amor. En público parecía auténtico. En privado parecía un chiste continuo que, si queríamos, podíamos abandonar en cualquier momento para ponernos serios. (Ahora pienso que era un error ocultar la intimidad bajo chistes compartidos. Como si ya nos hubiésemos quedado sin nada auténtico que decir o como si la intimidad pudiera sobrevivir desatendida).

—No estoy perdido ni mucho menos. —Hans me besó la mano—. Por lo visto, los otros han pedido que no los molesten. El camarero les avisará de que estamos aquí.

—¿Los otros?

—También ha venido Bert. Es una visita sorpresa, acabo de enterarme hoy.

—¡Bertie! —No lo veía desde que se había marchado a Francia el año anterior—. Qué alegría.

Hans miró a Bo Peep.

—Si se mueve, viola la ley.

Golpeé un cigarrillo contra mi pitillera.

—Sé cómo se siente.

La ley había dado origen a aquellas estatuas vivientes: prohibía los desnudos

completos si implicaban el menor movimiento. Pero para mí las estatuas no eran un estímulo. Eran una señal de otra cosa: de que allí las personas podían relajarse y liberarse. Podían ser cualquiera, dejar que hicieran cosquillas a su corazón y excitaran su cuerpo hasta hacerlas gritar. Por la mañana saldrían de allí para volver a un mundo que no había cambiado, pero no deberían disculpas a nadie por lo que hubiera pasado durante ese lapso.

Hans acababa de encender un puro cuando volvió a levantarse. Lo vi estrechar la mano de Rudi Formis, quien a continuación tomó la mía y me saludó con una inclinación de la cabeza. Rudi tenía el pelo castaño claro, engominado y peinado con una raya al lado más recta que el surco de un arado, y llevaba las gafas bien sujetas detrás de las orejas.

Rudolf Formis era una de nuestras pocas amistades que habían militado en el Partido Nazi. Lo había abandonado porque tenía la impresión de que buscaba ganarse el favor de las grandes empresas y ya no representaba a los ciudadanos de a pie. Era un hombre menudo, con manos de dedos finos, y muy sincero, además de un radiotécnico excelente. Ceceaba un poco, como si su lengua fuera demasiado grande para la boca. Si le hacían una pregunta, la contestaba sin escatimar detalles, pero después siempre tenía la delicadeza de encogerse de hombros tímidamente, como diciendo: «Lo siento, pero tú me lo has preguntado». Durante la guerra había servido en Palestina, donde había desarrollado su talento para los radiotransmisores de onda corta e inventado uno que era el primero de los de su clase. Yo pensaba que trabajar con filigranas de cables finísimos a fin de que las palabras volaran había aguzado su cerebro para los detalles, algo de lo que nunca podría librarse.

Hans lo estaba felicitando por su reciente ascenso a director técnico de la emisora de radio más importante del Estado.

—Gracias —dijo Rudi, radiante—. Por cierto, ahora puedo revelarte una cosa. ¿Te acuerdas de tu brillante artículo sobre Hitler en el Sportpalast?

Hans puso los ojos en blanco.

—Ya lo creo. Tuve muchos problemas por su causa —repuso.

—Sí, lo sé. Pero plasmaste los pormenores a la perfección. —Rudi inclinó la cabeza hacia Hans—. Incluso lo del fallo de los micrófonos.

—Sí —dijo Hans—, pero eso no fue lo que...

Rudi se inclinó un poco más y me miró también a mí.

—Fui yo —dijo, y se dio unos golpecitos en el pecho.

—¿Qué? ¿Cómo...? —Esbocé una sonrisa.

Rudi se acariciaba el lóbulo de una oreja, con la vista fija en la mesa.

—Yo... tiré del enchufe. —Nos quedamos mirándolo, perplejos, así que añadió—: Arranqué el enchufe de la toma de corriente.

Me reí, admirada.

—Qué gracia —dijo Hans.

—Pero no lo divulgues —se apresuró a agregar Rudi—. Perdería mi empleo.

—Claro —lo tranquilizó Hans—. No te preocupes.

—¡Rudi! ¡Eres increíble! —Le puse una mano en el brazo y él se sonrojó.

Lo vimos perderse entre la multitud y sonreímos. Nadie lo habría pensado viendo el aspecto sobrio y pulcro de Rudi, pero sus padres habían sido artistas de vodevil. En su número estrella, el padre se sentaba en el regazo de la madre, quien lo peinaba y le acercaba una taza a los labios como si sus brazos fueran los de él. Rudi se había pasado la infancia en recintos feriales, desmontando electrodomésticos y volviéndolos a montar con sumo cuidado en un rincón, como si el mundo de los adultos no fuera de fiar. Supongo que los nazis debieron de parecerle más dignos de confianza. Ahora los odiaba con el apasionamiento de un hombre que expiaba su pasado.

Un camarero trajo los manhattans que habíamos pedido y los dejó entre el letrerito de plata con el número de la mesa y el teléfono. La banda estaba subiendo al escenario: cinco músicos con sombreros de copa y disfraces de esqueleto, la cara pintada de negro y los dientes blancos como la nieve. El cantante llevaba bajo el brazo un cañón de juguete lleno de billetes. «¡Se vende democracia!», bramó, y entonces empezó a sonar la música. Saltó del escenario y empezó a avanzar entre el público: una radiografía que nos lanzaba puñados de dinero falso. «¡Se vende democracia!». Los billetes revoloteaban y flotaban entre la luz moteada. Hans cogió uno al vuelo y lo acercó a la vela. Volvió a encender el puro y dejó el billete, llameante y enroscado, en el cenicero.

Se oyó un ruido sordo en el tubo de ventilación. Abrí el compartimento, del que salió un silbido. Dentro había una tabaquera de piel con la insignia del TicTacToe. Arqueeé las cejas en un gesto interrogante.

—Yo no he sido —dijo Hans.

—Entonces habrá sido un admirador secreto.

Abrí la pitillera con los pulgares. Dentro había un frasquito de cristal sobre terciopelo verde. Quité el tapón de corcho, que llevaba clavada una diminuta cucharilla para esnifar. Le ofrecí la cocaína a Hans.

En ese momento se encendió la luz del teléfono. Descolgué el auricular.

—Un detallito para activar el cerebro —dijo Dora.

—Gracias.

—Estamos en el reservado veintisiete.

Hans se guardó el frasquito en el bolsillo. Cogimos las copas y fuimos al reservado. Cuando abrimos la cortina, vimos que Dora y Bert no estaban bebiendo. Sobre la mesa tenían mapas oficiales extendidos, una brújula, varios periódicos regionales y libretas abiertas. También había un tarro de porcelana para paté, con un cerdito risueño en la tapa, un plato bien rebañado delante de Bertie y otro con un pescado a medio comer.

—¡Bert! —exclamé—. Cuánto me alegro. ¿Cómo...?

—Corre la cortina —me ordenó Dora.

Obedecí. Dora enrolló los mapas, con un cigarrillo entre los labios y un ojo entrecerrado para evitar que le entrara el humo.

Bert y Hans se abrazaron. Luego Hans sujetó por los hombros a su amigo, mucho más bajo que él, durante un largo momento.

—Tienes muy buen aspecto —dijo.

Bert no tenía buen aspecto. Estaba más delgado, más cetrino y avejentado. Llevaba la patilla derecha de las gafas sujeta a la montura con una gasa que se había ensuciado de tocarla. Su perilla era más blanca que negra —pese a que Bert solo tenía treinta y cuatro años—, y su cabello, fino y ralo. Sonreía de felicidad.

Tras nuestra época universitaria, Bert había pasado un tiempo en la cárcel. Habían muerto ochenta y un jóvenes durante unas «maniobras» en Veltheim an der Weser, y Bert lo encontró sospechoso. Estudió las notas necrológicas de los periódicos locales, fue a los cementerios, visitó a las afligidas familias y cruzó los datos de los muertos recién enterrados con las listas oficiales del ejército. Demostró que al menos once de aquellos chicos eran «voluntarios» ilegales de los «*Kommandos* de trabajo» del Ejército Negro. El canciller negó saber nada, al igual que el ministro de Defensa. Por publicar esa verdad, Bert fue acusado de intento de traición —violación de la Ley de Secretos de Estado— y condenado a ocho meses de trabajos forzados en la cárcel de Gollnow. Cuando quedó en libertad, cruzó la frontera para ir a Estrasburgo y continuó sus investigaciones, que publicaba en un boletín al que había puesto el nombre de *Servicio de Prensa Independiente*. Pese a que todavía era ilegal, Dora le ayudaba a distribuirlo en Alemania.

La cárcel había sido terrible, sin duda, pero había transformado a Bertie, le gustara o no, en la personificación de una causa. Su fama nacional le venía grande a aquellos hombros estrechos. Bertie no se había vuelto más solemne ni había adquirido más aspecto de estadista. Más bien parecía haber desarrollado una conciencia de sí mismo como fenómeno aparte, una opinión respaldada por un solo hombre. Conservaba los hábitos del anonimato: se presentaba a quienes sabían perfectamente quién era y no sonreía a los transeúntes bienintencionados.

—¿Cómo has logrado volver a entrar? —le preguntó Hans.

—Con el interregno parlamentario hasta las elecciones, pensé que quizá no tendrían instrucciones claras. —Bertie se rascaba la nuca—. Respecto a quién no debían dejar cruzar la frontera.

«Interregno». Como todos los autodidactas, Bert siempre empleaba la palabra más grandilocuente que encontraba.

Dora sacudió la cabeza.

—Como si porque vamos a votar fueran a abrir las puertas para dejar pasar a todos los perseguidos políticos —dijo entre risas mirando con cariño a Bert—. Ya te lo he dicho: has tenido suerte.

Bert se llevó un puño a los labios y tosió. La suerte y él eran incompatibles por naturaleza; el que la suerte le sonriera habría trastocado el concepto que tenía de sí

mismo.

Más tarde Berthold Jacob fue conocido como «el hombre que intentó impedir la Segunda Guerra Mundial», pero en aquella época, mucho antes de que estallara, la gente, aunque admiraba su obstinación, decía a sus espaldas: «De todas formas, exagera». Era como si Bert no tuviera medida. Había dejado que su causa empantanara su vida, y eso constituía, incluso en nuestro comprometido círculo de amistades, cierta falta de decoro. Pese a todo lo que había hecho, seguía siendo el pobre Bertie: convencido de su superioridad moral, discutiendo y gorrón, con orejas de soplillo como dos signos de interrogación y periódicos en los bolsillos. Hans lo admiraba y apreciaba, pero cuando hablaba de él conmigo lo llamaba «la prueba palpable de que tener razón no es ningún consuelo».

Yo lo quería de una forma más sencilla, y creo que Dora también. La medida, al fin y al cabo, no era lo que requerían los tiempos.

Los bancos del TicTacToe estaban tapizados con fría piel de color verde aceituna. Estábamos los cuatro repantigados en ellos, en la comodidad de nuestra cueva con paredes forradas de terciopelo e iluminada con velas. Fuera, los aplausos se elevaban y cesaban entre canción y canción.

—¿Qué estáis tramando? —pregunté señalando los documentos.

—Bert me estaba enseñando algunas de nuestras ciudades florecientes de las zonas más remotas de Brandeburgo —respondió Dora— y su flamante industria electrónica.

—¿Una radio para cada hogar? —preguntó Hans. Casi desde el primer día Hitler había prometido que cada vivienda alemana tendría una radio.

—No —dijo Dora—. Componentes para aviones de combate. Camuflados de agujas de ferrocarril.

Hans se recostó en el asiento y puso un brazo sobre el respaldo en torno a mis hombros. Me llegó el olor a pino de su colonia.

—¿Sabéis cómo van a llamarlo? —preguntó.

—¿El avión o el aparato de radio? —preguntó Dora.

—El aparato de radio —dijo Hans con calma—. Se llama Volksempfänger, o VE 301, por la fecha en que llegó al poder: treinta de enero. —Le ofreció el frasquito a Dora, que lo cogió, se acercó la cucharilla a un orificio nasal y esnifó el polvo amargo.

»No se esfuerzan mucho por ocultar nada, ¿verdad? —continuó Hans—. Deberían llamarlo simplemente «oyehitler». —Todos nos reímos.

—El caso es que no lo ocultan bien —dijo Bert, que no era muy dado a los chistes.

—Hablando de radios —intervine—, acabamos de encontrarnos a Rudi.

Dora sonrió.

—¿Os habéis enterado de lo que hizo?

—Sí —contesté—. Magnífico, ¿no?

—Espero que tenga cuidado —murmuró Bert. Se volvió hacia mí y agregó—: *¿Et tu, Ruthie?* ¿Qué te traes entre manos?

Le conté que el día anterior los camisas pardas de las SA de Rohm habían asaltado la oficina central de los comunistas. Habían robado la lista de afiliados, cuatro mil personas en total.

—Cada vez es más difícil —dije—. En Turingia mataron al alcalde de un pueblo.

—Sí, ya lo he oído —dijo Bert.

—¿Y tú? —Le puse una mano en el brazo. Hans había descolgado el teléfono para pedir algo al bar; Dora estaba guardando los mapas y las libretas en su bolsa.

—Bien. Aparte de unos problemas en las vías urinarias. —Señaló su regazo con un ademán—. El médico me dijo que era gota. Yo le dije: «¿Cómo voy a tener gota si solo como una vez al día?». —Bert se rio, luego empezó a toser de nuevo. Aquella súbita confesión de algo íntimo me permitió hacerme una idea de lo solitaria que era su vida.

Un camarero descorrió la cortina. Detrás de él alcancé a ver el escenario, donde solo había una bañera. Entonces volvieron a aparecer los músicos y cogieron sus instrumentos. Empezaron a tocar una fúnebre melodía griega: ta-la-la-la, TA-la-la-la, TA-la-la-la. La música de la anticipación, de la locura que crece lentamente. Un par de manos mojadas salieron de la bañera y cogieron una cuerda. Tiraron de ella y levantaron a un hombre vestido con traje y corbata, cuyo cuerpo, en posición horizontal, chorreaba agua. El hombre se enroscó la cuerda alrededor de un tobillo y empezó a girar. Después hizo un lazo con la cuerda y metió la cabeza en él. Su cuerpo arrojó un fino arco de gotas hacia el público.

Cuando me volví, Dora se había quitado la chaqueta. Debajo solo llevaba una combinación; ella nunca se «vestía» para nada. Sin pretenderlo, se había convertido en una criatura más de aquel lugar, color albaricoque y marrón, con alas y piel y bultos bajo la seda. Tenía los codos apoyados en la mesa.

—No sé por qué nos tomamos tantas molestias —decía—. Estas elecciones son una farsa. No nos salvarían aunque las ganáramos.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque los nazis detestan la democracia parlamentaria tanto como los comunistas. No aceptarán la derrota.

—Entonces, ¿por qué no dan un golpe de Estado?

—¿Puedo? —Bert señalaba el plato de pescado de Dora. Empezó a deslizarlo hacia sí, se detuvo, carraspeó y se tocó las gafas—. Hitler necesita que parezca legal —afirmó—. Quiere conseguir una mayoría de dos tercios para aprobar su Ley de Habilidadación; luego se olvidará del Parlamento y gobernará por decreto. Así podrá mantener a los militares y a la industria en su bando. Me han dicho que I. G. Farben y Krupp, entre otros, van a darle tres millones de marcos imperiales, algo que no harían después de un golpe de Estado.

—Se vende democracia —dijo Dora.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Hans a Bert—. Tienes una fuente, ¿no?

Bert nunca disponía de información privilegiada porque era sumamente indiscreto respecto a cualquier cosa que creyera que la gente debía saber. Estaba tan acostumbrado a descubrir secretos a partir de información pública que la confidencialidad era inconcebible para él. Yo lo consideraba franco y valiente; otros pensaban que era imposible fiarse de él.

Vi cómo Bertie estiraba los labios sobre sus dientes manchados mientras pensaba en la respuesta. Durante aquellos tensos segundos me pregunté qué honrado rabino le habría enseñado en la infancia que la verdad era una defensa; que quien tenía razón no necesitaba caer simpático. Como si caer simpático fuera algo trivial, como el placer, la calefacción o unas vías urinarias sanas. Se oyó una salva de aplausos dirigidos al hombre giratorio.

—Yo no necesito ninguna fuente, Johannes —dijo Bertie por fin.

Hans compuso una sonrisa torcida de borracho. Empezó a dar palmas despacio.

—Tienes razón, amigo mío —repuso—. Tienes razón.

Sentí que mi amor giraba y se tambaleaba. Hablé en voz alta para hacerme oír por encima del aplauso burlón de Hans.

—Pero no conseguirá una mayoría de dos tercios —dije—. Contamos con eso.

Hans dejó de dar palmas y se sirvió otro aguardiente de una jarrita.

—Se rumorea —dijo— que podrían inventarse un intento de asesinato del Gran Adolf y escenificarlo ellos mismos. Luego lo utilizarían como excusa para reprimir a la oposición.

A diferencia de Bertie, a Hans le encantaban los rumores, tener fuentes, estar enterado de todo. Carecía de paciencia para examinar los anuncios del gobierno y revisar las nóminas de los funcionarios. Aunque en el fondo admiraba la capacidad de trabajo de Bertie y su valor para publicar información e ir a la cárcel por ello, la admiración era un sentimiento problemático para Hans: siempre corría el riesgo de salir mal parado si se comparaba. Para superar este temor, se burlaba de la meticulosidad de Bert.

Bert, por su parte, envidiaba el derroche de encanto de Hans, su capacidad para extraer tanto placer de la vida. Lo miró mientras se bebía la cerveza que Hans le había pedido.

—¿Dónde has oído eso del asesinato? —le pregunté a Hans.

Volvió la cabeza hacia mí, pero no dijo nada.

—No importa —terció Dora—. La idea general es cierta, tanto si se trata de un rumor como si no. Sería como lo de mil novecientos catorce, cuando dijeron que los franceses nos habían atacado. Necesitan una crisis de la que salvarnos.

—La crisis es él —dije. Dora se rio.

—Quizá tengas razón —dijo Bert despacio.

—Gracias —dije.

—No, me refiero a Dora.

—Ah, ¿sí? —Dora sonrió. Bert no tenía ni pizca de tacto, pero yo nunca me ofendía. Cogió una pluma y empezó a rellenar los espacios de la cuadrícula que aparecía en el posavasos del TicTacToe. Dora le ofreció la cocaína, pero él negó con la cabeza.

—¡No! —Soltó la pluma y dio una palmada en la mesa—. ¡Eso es! Hitler necesita la crisis antes de las elecciones. Así podrá gobernar por decreto de excepción, «en tiempos de terror», clausurar los periódicos e impedir que sigamos con la campaña. Tal como se presentan las elecciones, esa es la única forma de que consiga la mayoría que quiere. —Bert se llevó las manos a las sienes, como si se reprochara no haberlo pensado antes—. Después de las elecciones aprobará su Ley de Habilidadación y podrá hacer lo que desee.

Por un instante esa idea se posó sobre la mesa y se volvió sólida, patente.

Bert miró a Dora.

—¿Dónde está Toller?

—En Suiza. En una gira de conferencias.

—Mándale un telegrama. Dile que no se mueva de allí.

Dora arrugó la frente.

—Tú también tendrás que irte —continuó Bert—. Estarás entre los primeros de su lista. —Nos miró a Hans y a mí—. Y vosotros también.

—Creo que deberíamos quedarnos y seguir luchando —objeté—. Todavía no ha pasado nada.

—No seas tonta —dijo Bert. Sus predicciones casi siempre se cumplían, y por eso se tomaba la duda como una ofensa personal—. Está muy claro. Están elaborando listas. O robándolas. Yo me iré mañana mismo.

—Estoy de acuerdo —afirmó Hans, que de pronto parecía completamente sobrio—. Entre rejas no servimos de nada a nadie.

Se hizo un silencio.

—Entonces tendré que sacar sus cosas —comentó Dora sin dirigirse a nadie en concreto.

Bert acabó de acercar el plato de Dora y cogió el tenedor. Mientras comía, nadie habló. La velada había finalizado para Dora y Bert: había trabajo que hacer. Se marcharon en cuanto él terminó de comer.

Hans y yo nos quedamos. Ya de madrugada, subió al escenario una mujer con un vestido elástico rojo de manga larga, ceñido como una segunda piel. La banda empezó a tocar una lenta melodía de strip-tease. La mujer se sacó un pañuelo de la manga; la gente rio. A continuación extrajo un segundo pañuelo de la otra manga. Se agachó y halló otro en un zapato. Se dio unas palmaditas en los muslos y metió tímidamente una mano en el hueco oscuro del vestido. Tanteó. La mano salió vacía. El público se rio un poco más. La mujer se dio una palmadita en el pubis; se oyó un golpe de tambor. Otra palmadita; dos golpes de tambor. Más risas. La mujer separó las rodillas y volvió a deslizar la mano bajo el vestido. ¡Ajá! Acalló las carcajadas

con la palma de la mano. Ladeó lentamente la cabeza con gesto de sorpresa.

Adelantó un poco las caderas y empezó a tirar. Sacó un pedazo reluciente de seda amarilla, como el hilo de una marioneta. Empezó a sonar un suave redoble de tambor. Ahora con una mano, ahora con la otra, la mujer enfundada en el vestido elástico rojo tiraba con delicadeza y curiosidad. Cada pañuelo estaba anudado al siguiente: verde, azul, naranja, morado, turquesa, rojo. Seguían saliendo, como si aquella mujer estuviera hecha de seda por dentro. Dentro solo tenía seda, y se estaba vaciando para nosotros. Al final, antes de que nos diéramos cuenta de que había terminado, apareció un cascabel diminuto, como el que le pondríamos a un gato para impedir que cazara pájaros.

Después de aquel número me fui a casa a dormir, pero Hans se encontró a unos amigos del periódico y se quedó.

—¿Tiene otros guantes de goma? Estos están agujereados. —Bev está en el umbral, con las manos en alto para mostrarme los guantes rotos. Ella se encarga de hacerme casi todas las compras y sabe muy bien que no tengo ni idea del estado de los guantes de goma. Solo me lo pregunta para que admita que le he cedido el control de la casa y le rinda el debido homenaje.

—Mire debajo del fregadero —digo, porque, tal como están las cosas, mis deficiencias domésticas son lo que menos me preocupa.

Suelta un resoplido y da media vuelta.

Dora fue directamente al apartamento de Toller al salir del TicTacToe. La escalera era rosa claro, el color de la piel, con flores y plantas pintadas: hinojo y ortigas con tallos tiernos que se extendían por las paredes. Dora tenía llaves. Estaba en su perfecto derecho. Diría que había ido a entregar un paquete. Es curioso lo rápido que sabemos qué nos está prohibido. ¿Acaso nos lo indica la parte de nosotros que es como ellos?

Más tarde sellaron el apartamento de Toller con tabloncillos clavados en las jambas de la puerta, cuyas cerraduras habían destrozado, y pusieron un aviso del Ministerio de Justicia: «Zona contaminada. Prohibido pasar». La vivienda permaneció vacía los seis años y medio que transcurrieron hasta la guerra, y luego los seis que duró la guerra. Un trofeo o una trampa.

Dora tenía las llaves, pero, como se había marchado del país, Toller había echado también la de la cerradura de arriba. Dora tenía que mantener retirados ambos pestillos a la vez. Los dientes metálicos tintineaban en el llavero; hacían mucho ruido. ¿Por qué hacían tanto ruido?

Abrió la cerradura inferior y, mientras sujetaba el picaporte con la mano izquierda, alzó la otra por encima de la cabeza y tanteó con la llave en la cerradura superior para hacerla girar. La luz de la escalera se apagó automáticamente y Dora tuvo que detenerse. Antes de que llegara al interruptor de la pared, la luz se encendió sola. Dora dio un respingo. Oyó pasos y el sonido de algo que correteaba escaleras

arriba. Estaba en su perfecto derecho.

Herr Benesch, el vecino del piso de arriba, apareció en el rellano con su perro salchicha, que arrastraba el vientre por los escalones y arañaba la madera con las patas.

—Buenas noches —la saludó Benesch. Era un funcionario jubilado, Dora no sabía de qué tipo—. La salidita nocturna —dijo señalando el perro con una mano enguantada.

—Claro.

—¿Ya ha vuelto herr Toller?

—No —contestó Dora—, todavía no.

Toller no volvió nunca a Alemania. Unas semanas más tarde, retirarían sus libros de las librerías y las bibliotecas para quemarlos.

—He venido a dejar unos libros —dijo Dora. Tenía la bolsa en el suelo.

—¿Necesita que la ayude?

—No, gracias. No hace falta.

El vecino pasó a su lado y siguió subiendo por la escalera. Luego volvió la cabeza y añadió:

—Sepa que han venido. Ya me entiende.

Ella asintió con la cabeza y se volvió hacia la puerta.

Cuando Benesch desapareció de la vista, Dora se quedó contemplando el rellano. Nunca podías estar segura de si alguien te avisaba por amabilidad o representaba una especie de exculpación. ¿La había advertido Benesch antes de cubrirse las espaldas llamándolos para dar el chivatazo?

Una vez en el piso, Dora no encendió la luz. Cruzó el recibidor con la pequeña librería, donde solían dejar los zapatos, para dirigirse a la primera de las tres habitaciones que daban a la calle. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra; distinguió el diván cubierto con el sari de seda en la pared de la izquierda y la mesita de lectura cuadrada que había en el centro de la sala. Las ventanas eran ciegos cristales negros. Se agachó hasta quedar por debajo del nivel del balcón y corrió las cortinas avanzando de lado como un mono. Confió en que estuviera lo bastante oscuro para que desde fuera no se apreciara el movimiento de la tela.

Tenía la boca seca. Fue a la cocina y encendió una luz. Se rascó los antebrazos. Había ceniceros llenos de colillas y una rosa que se apergaminaba en el cuello de una botella. Cogió un vaso del estante. El grifo crepitó y las cañerías retemblaron en la pared.

Volvió al pasillo, de techo alto y con las paredes cubiertas de estantes de arriba abajo. Los libros ya publicados no podrían exterminarse por completo; en algún lugar del mundo sobreviviría un ejemplar, la huella fosilizada de aquella alma en concreto en aquel momento en concreto. El suelo crujía y gemía con sus pasos. Al final estaba la gran habitación esquinera, con dos paredes con ventanas que daban a la calle. Había esperado a Toller tantas veces por la noche, trabajando en aquella cama

mientras él se paseaba arriba y abajo, que los crujidos y gemidos del pasillo cuando él volvía a su lado tenían el mismo efecto que el tintineo de la hebilla de su cinturón al desabrocharse. Dora era práctica, hedonista y poco sentimental respecto al sexo. Decía que era «un juego muy bonito», lo que a Toller le producía asombro.

Pero aquella noche la cama vacía desató su corazón. Aquel corazón con vida propia. Toller cerraba los ojos cuando hacían el amor.

Toller decía que los hombres nunca volvían a ser los mismos cuando salían de la cárcel. Allí dentro, algunos se convertían en chicas: se ponían lazos y se volvían amanerados; ofrecían sexo a cambio de que los protegieran de las violaciones, sexo a cambio de cigarrillos. Todos se masturbaban como muchachos; algunos hacían vaginas con los panecillos. Los prisioneros entregaban a las mujeres semen en cajas de cerillas, que ellas les devolvían con vello púbico. Talismanes o símbolos de deseo, de la necesidad que un cuerpo tenía de otro. Sus sueños sobre mujeres, finamente tallados, se ceñían a aspectos prácticos, y cuando salían de la cárcel las mujeres de carne y hueso no estaban a la altura de esas fantasías. Dora sabía que Toller lo consideraba una pérdida, otro aspecto de su incapacidad para regresar a su propia vida.

—¿Por qué cierras los ojos? —le preguntó una vez después de hacer el amor. Estaba tan delgada que, cuando se encorbaba, las vértebras formaban una escalerilla de huesos desde la nuca hasta las nalgas.

—Ya sabes por qué —respondió él.

—¿Para imaginar que estás en la cárcel?

Parte del atractivo de Dora estribaba en que apuntaba con su intelecto a cualquiera, imparcialmente. Solo que a veces podía tocarte a ti.

—No, en la cárcel no —susurró él.

—Bueno —dijo Dora, y se recostó en las almohadas, con un cigarrillo entre los dedos—, pues en un sueño de la cárcel.

Él se incorporó y puso los pies en el suelo con cuidado. Fue al estudio y cerró la puerta. Ocurría a menudo: Dora presionaba para obtener la verdad y cuatro segundos más tarde se encontraba sola en la habitación. Con la respuesta que buscaba, pero sola.

Toller debía de haberse llevado la maleta de cabritilla. Dora encontró otras dos —una de cuero y una de cartón— encima del ropero. Las llevó al estudio, en el otro extremo del apartamento.

Aquella habitacioncita estrecha daba al patio. La mesa de Dora estaba detrás de la puerta. Toller se sentaba de espaldas a la ventana, con la cortina corrida para protegerse de los dolores de cabeza que a veces le daban por la tarde. Dora se sentaba en la penumbra, con los pies enfundados en calcetines encima de unos libros o en el travesaño de la silla, y él le dictaba o bien analizaban correcciones. Se nutrían la mente el uno al otro hasta que la concentración decaía a causa de su propia intensidad; entonces recorrían el pasillo para ir a la cama.

Dora miró la ventana del estudio. La cortina de hilo blanco colgaba de los aros, como siempre. Si venían por ella, podría saltar al patio desde allí.

Se dio prisa. Lo más importante era la autobiografía. Había un primer borrador casi terminado; el manuscrito estaba en dos archivadores de cartón con cierre automático colocados en el estante junto a la mesa de Dora. Abrió el primero y leyó el título que ella misma había mecanografiado: «Una juventud en Alemania».

Se pilló el dedo con el cierre y dejó una manchita roja en la hoja. Se chupó la herida. Tras meter los dos archivadores en una maleta, buscó la correspondencia, cogió las carpetas etiquetadas con letras y las puso en la alfombra. Las abrió. Cabrían más papeles en las maletas si los metía sueltos.

Desde donde estaba sentada vio los diarios en el estante inferior. Toller los utilizaba mucho; le habían servido para escribir *Cartas a la prisión*, además de la autobiografía. Ella no los había leído, pero sabía que Toller cogía uno cuando se sentía perdido, lo abría y se buscaba a sí mismo entre sus páginas. Algunos estaban encuadernados en piel, otros en papel. El más pequeño era una libretita con tapas de vitela agrietada que se había combado para adaptarse a la forma de su cuerpo en las trincheras. No cabrían todos en las maletas; tendría que regresar más tarde con otra maleta.

¡Las fotografías! Volvió al dormitorio con su bolsa y cogió la que había sobre la mesilla de noche: la madre y la hermana de Toller sonriendo delante de la casa de Samotschin. Unos pedazos de papel que había debajo cayeron al suelo. Estaban escritos por ambas caras y en diferentes ángulos, garabatos que Toller había hecho sin molestarse en encender la luz. Dora los cogió también. A continuación abrió la cómoda y buscó las otras fotografías, que estaban sueltas en el cajón: Toller con uniforme en 1914; con la actriz Tilla Durieux en Munich antes de la revolución; en el estreno de *Hoppla wirLeben!* (¡Hurra, vivimos!) en Berlín. Había recortes de periódico, críticas. En el fondo del cajón sus dedos tocaron algo duro. ¿Una moneda? ¿Una medalla? No, era la chapa del cachorro de Toller, Toby. También la cogió.

Su cuerpo reaccionó primero. Notó que se le contraía el cráneo y que un pájaro aleteaba en su pecho tratando de escapar.

El teléfono. Solo era el teléfono.

Pero todos sabían que Toller no estaba en Berlín. ¿Sería Benesch, el vecino, que llamaba para avisarla? ¿O serían ellos?

Fue hasta la puerta y se quedó mirando el aparato negro, que sonaba y sonaba sobre la mesa de Toller. Tras catorce timbrazos, dejó de sonar. Dora esperó a que se le apaciguara el pulso.

Se colgó del hombro la bolsa con las fotografías, cerró las maletas e intentó levantarlas. El papel es un misterio de la física, las palabras pesan como el oro. Fue hasta el teléfono.

—No entréis —me dijo—. Esperad en el taxi. Y traed todas vuestras llaves.

Hans todavía no había llegado, así que me vestí y fui sola. Llovía. El taxi se

detuvo enfrente del edificio de Toller; sus faros pintaban dos franjas amarillas en la calzada. Dora bajó las maletas —primero una, luego la otra—; las llevaba atravesadas sobre los brazos.

—A los huertos de Bornholmer Strasse —le indicó al taxista.

Cuando llegamos, el hombre dejó el motor en marcha. Cogimos una maleta cada una y salimos del coche.

—¿Horticultura nocturna, camaradas? —El taxista sonrió y apagó el motor—. Déjenme ayudarlas. —Parecía amable, con su gorra. Parecía uno de los nuestros.

Pero Dora dijo:

—Podemos solas, gracias.

—Al menos permítanme esperarlas.

Le dijimos que se marchara. Había sonado un agudo silbido de alarma, inaudible, y ya no confiábamos en nadie.

Esperamos hasta que las luces traseras del taxi se perdieron de vista, y entonces echamos a andar por el sendero que discurría entre los huertos junto a las vías del tren. Avanzábamos sin linterna. Las maletas nos golpeaban las piernas y los zapatos se nos hundían en el barro. Distinguíamos las vallas bajas que delimitaban las parcelas. En otros tiempos habían sido lugares de esparcimiento: la gente asaba carne en verano, obreros sin camisa se sentaban en sus sillas de jardín y niños con la dentadura mellada jugaban en columpios hechos con tablas y cuerdas. Pero desde el crac bursátil la mayoría iba allí a cultivar hortalizas.

Hans y yo nunca habíamos utilizado nuestra parcela, ni para el ocio ni por necesidad: venía con el apartamento. Entramos por la verja y fuimos al cobertizo. Dora encendió una cerilla tras otra mientras yo intentaba abrir el candado oxidado.

—Es provisional —me dijo—. Hasta que pueda sacarlo todo del país.

El candado cedió y se abrió.

—Quédatelas —dije tendiéndole las llaves—. Yo no las necesito. —La miré ladeando la cabeza; Dora tenía el pelo adherido a las mejillas, las pestañas húmedas—. ¿Adónde irás?

—A ningún sitio, Ruthie. Tengo cosas que hacer aquí.

—Pero Bert dijo...

—Me esconderé y trabajaré en la clandestinidad. No te preocupes. Me encargaré de que alguien se lleve esto.

—¿Quién?

—Todavía no lo sé.

—¿Y dónde te esconderás?

Dora empujó la puerta con el brazo y señaló el interior con un gesto solemne, como haría un ayuda de cámara.

—¡Tachán!

—¿Es una broma? —El cobertizo era oscuro y olía a cemento húmedo.

—No tiene mucha gracia, ¿verdad? —Sonrió.

—Pues no.

Hans y yo habíamos amontonado allí lo que nos estorbaba en el apartamento: cajas de documentos, un sofá Biedermeyer horrible que nos habían regalado por nuestra boda. Escondimos las dos maletas detrás del sofá y las tapamos con unas ásperas mantas grises de mudanza. Luego improvisamos una cama con otras dos mantas. Dejé a Dora en el cobertizo con dos cajas de cerillas.

A mí no irían a buscarme; podía regresar a casa. A esa hora el metro ya no circulaba. Caminé con la lluvia en la cara, como si un pequeño sufrimiento mío pudiera mitigar el de otra persona: el absurdo pacto de siempre con el universo.

Al doblar la esquina de nuestro edificio olí a humo. Hans todavía no había llegado. Me asomé a la ventana del salón y no vi ningún incendio, así que me acosté. Fuera lo que fuese, ya me enteraría por la mañana.

Toller

Llevo un rato paseándome por la habitación mientras redactamos las cartas: además de a la señora Roosevelt, tengo que contestar a Grosz, a Spender y a Hacienda. La luz va declinando poco a poco sobre el parque, reduciéndolo todo a siluetas. Oigo el chasquido cuando Clara enciende la lámpara que hay junto a su silla, en la mesita de la máquina de escribir. Cuando me siento y la miro, veo que tiene un ojo inyectado en sangre y un feo rasguño en la frente.

—¿Qué le ha pasado? —grito. Dios mío, ¿de verdad hace falta una herida física para que preste atención a alguien?

—No es nada —dice ella, pero veo que también tiene el pelo chamuscado cerca de la frente—. Queríamos recalentar la cena en el hornillo y explotó.

—¿Ha ido al médico?

—No, no. En serio, no es grave.

Claro, no tienen dinero para ir al médico.

—Lo siento, ¿he...? —Noto una sensación de mareo—. ¿Se me ha olvidado pagarle? A veces no me acuerdo de estas cosas...

—¡No, no! —Levanta las manos y ríe. El estoicismo de las mujeres siempre me ha impresionado—. Me paga MGM, ¿no se acuerda?

Muevo la cabeza afirmativamente, pero todavía siento náuseas. Una sombra se desliza en el borde de mi campo visual. Si vuelvo rápidamente la cabeza para verla, desaparece como un hilo flotante de mi cristalino. Clara se vuelve y empieza a teclear.

Una vez se me olvidó darle a mi esposa, una muchacha en un país extranjero, dinero para comprar comida.

Cuando pienso en Christiane siento venir la negrura; me asalta la nariz un hedor que no es humano, pero tampoco a azufre. Huele a carne quemada, como en las trincheras. Miro hacia el cuarto de baño y esta vez alcanzo a ver cómo las últimas plumas inmundas reptan por debajo de la puerta dejando tras de sí un rastro de suciedad. Apenas caben ahí detrás.

Hace seis semanas, Christiane me dejó por un médico de la calle Sesenta y uno Este, un refugiado como nosotros. No le reprocho nada.

Christiane Grautoff tenía quince años cuando la vi por primera vez; era la niña prodigio del teatro alemán. La cortejé dos años sin apenas tocarla; lo que había entre nosotros se mantenía prístino e irreal, como un futuro perfecto. Era una muchacha delgada, rebosante de energía, con una mata de pelo rubio y ojos verdes rasgados, poco filosófica y muy independiente. Era, como suele decirse, de buena familia, una expresión que no se refiere a la bondad, sino solo al dinero. El dinero provenía de la familia de su madre, una novelista egocéntrica de segunda fila. El padre era historiador del arte, con uno de los corazones más duros que he conocido. Cuando Christiane tenía ocho años, la enviaron a un internado, donde vivió cuatro años de

brutalidad; en parte la mandaron allí porque era «rebelde», pero sobre todo porque sus padres estaban muy ocupados. Quizá al final ella se lo agradeciera: el internado la convirtió en una observadora perspicaz, como lo son todos los buenos actores. Aprendió el *Berlinerisch* de la clase trabajadora en cuestión de días y aprendió a entretener a los niños más duros y a los supervisores. Pero, por culpa de la crueldad de su padre, su grado de exigencia respecto al trato que esperaba recibir de un hombre era demasiado modesto y no la protegía de mí.

—¡Soy veneno para ti! —le decía yo incluso al principio, cuando la cortejaba—. *Caveat emptor!*

Christiane es la única mujer con la que he vivido. Ella vio lo peor, en Londres, cuando pasé meses seguidos en una habitación a oscuras. El desprecio que sentía por mí mismo en aquella época contaminaba mis sentimientos hacia ella; mataba el amor y ocupaba su lugar.

Era normal que una joven de la extracción de Christiane no supiera cocinar, pero en Londres lo intentó; se disculpaba por cada comida que hervía, quemaba o ahogaba en mantequilla mientras yo salía tan campante por la puerta para ir a un restaurante. Tampoco sabía zurcir. Mis calcetines yacían esparcidos por nuestra habitación de Hampstead como exigencias. Cuando nos invitaban a alguna gran casa de campo, Christiane sabía que los criados desharían nuestras maletas y revisarían la ropa para ver si faltaba algún botón o había algún hilo suelto, y que la coserían antes de guardarla. Una vez que fuimos a pasar el fin de semana al campo, metió cuatro pares de calcetines medio desintegrados en la maleta creyendo que yo me alegraría del resultado. Cuando los vi todos perfectamente zurcidos, estuve tres días sin dirigirle la palabra.

Un día la llevé a hacerse la permanente. (¿Qué quería, que pareciera mayor? Qué vergüenza). Mi muchachita de cabello sedoso aguardaba confiada en la silla mientras yo charlaba con la peluquera, que dejó demasiado rato aquella solución apestosa y abrasadora. Cuando salimos, Christiane parecía un caniche. Pero decidió consolarme. «No te preocupes —me dijo—, este invierno están de moda las boinas».

Nada cambió cuando llegamos a Estados Unidos. En todas partes reconocían su talento; unos estudios importantes le ofrecieron un contrato que la habría convertido en una estrella. Le prohibí aceptarlo. También le prohibí decir que se lo había prohibido. Más tarde dijo que quería tener un hijo, y también se lo prohibí. Me doy asco a mí mismo.

Nuestros cónyuges no tienen la culpa de que no los amemos como amábamos en el pasado. Christiane me quería le hiciera lo que le hiciese, y por eso yo percibía su amor como una provocación. (¡Fíjate! ¿Será posible que incluso ahora siga culpándola?). Ella disculpaba todas mis crueldades privadas con la excusa de que era un gran hombre. Yo luchaba para salvar a la humanidad; ¿qué importancia tenía que la dejara sola en Londres para marcharme tres meses a Rusia a presentar un libro y se me olvidara, así, sin más, darle dinero? Ella tenía dieciocho años y era una refugiada

sin permiso de trabajo. ¿Qué importancia tenía que al volver la regañara porque no me había dicho que necesitaba dinero, porque había trabajado ilegalmente para poder comer y porque luego casi se había muerto de hambre para comprarme una radio de onda corta que yo quería para mi cumpleaños? ¡Eres inmadura!, le grité. ¡Una irresponsable! ¡Estás demasiado delgada!

Dora sostenía que yo podía intimar más con miles de personas que con una sola.

Voy a la mesita junto a la ventana y le escribo una nota a Christiane. En parte es una disculpa, aunque sé que ella la rechazará con un ademán. Así que le expreso sobre todo mi gratitud y mis mejores y más sinceros —de verdad— deseos para el futuro. Le auguro que se convertirá en una estrella. Cierro el sobre y vuelvo a mi butaca.

Clara me acerca las cartas para que las firme.

—Ah, y otra cosa —dice mientras le pone la funda a la máquina de escribir—. Ayer hablé por teléfono con el señor Kaufman. Dice que MGM le pagará el billete, en primera clase. Dijo que era lo mínimo que podían hacer los estudios.

Sacudo un poco la cabeza.

—Qué detalle.

—Sí, es un detalle —coincide ella.

—No, me refiero a usted. Que se le ocurriera pedírselo. —Clara quita importancia a mi cumplido con un encogimiento de hombros—. Debería ir a ver al amigo médico de Christiane. Atiende gratis a los refugiados. Está en la calle Sesenta y uno Este.

—No hace falta, de verdad —dice desde la puerta—. Intente dormir, haga el favor.

Cuando Clara se va, vuelvo a coger la nota. Podría salir a la calle, a las luces nocturnas, coger un taxi en Central Park South y entregársela a Christiane personalmente. Quizá la sorprendiera.

Miro hacia el cuarto de baño. La puerta está cerrada. Puedo dejarla así; en el vestíbulo hay unos lavabos. Saco del armario mi gabardina Burberry y me la cuelgo del brazo. No recuerdo la última vez que me la puse.

Mi habitación está en el quinto piso, pero bajo por la escalera. El vestíbulo es una inmensa extensión de alfombra con estampado de espirales y tiestos con palmeras que me separan de las puertas giratorias por las que se accede a la calle. Ayudantes de camarero con gorra zigzaguean con sus carritos y la gente se mueve en todas las direcciones: de la puerta al mostrador de recepción, del mostrador de recepción a los ascensores o a la escalerita que lleva al bar. Dispongo de unos pocos segundos antes de que se note mi parálisis.

La camisa se me pega al cuerpo y tengo la boca seca. El corazón me late muy deprisa. Quiero, de verdad que quiero, trasponer esa puerta y salir a la noche rutilante. Pero dudo que las piernas me obedezcan. Doy media vuelta y logro llegar al

lavabo de caballeros.

En el espejo, un hombre de rostro ceniciento con ondas de pelo entrecano sobre la frente me mira fijamente. Mi madre está muerta, pero intento encontrar aquí algún vestigio de lo que ella amaba.

Los grifos son iguales que los del cuarto de baño de mi habitación, con sendos botones de esmalte, uno con una H y el otro con una C. Si salgo del edificio, las alas conseguirán escapar y su negrura ensuciará esta ciudad. ¿O es al revés? Las alas son una función mía: entonces, si salgo de aquí, ¿vendrán conmigo y contaminarán la ciudad? Sea como sea, será culpa mía. Tengo que impedírselo.

Ruth

Bev está en la puerta, armada con una pistola pulverizadora y una bayeta de microfibra amarillo fluorescente. Esto es un pulso.

—Creo que saldré a dar un paseo —digo—. Hasta la biblioteca.

—¿Usted sola? Y justo ahora que iba a prepararle algo de comer. —Todo lo que dice Bev contiene un reproche.

—Ya comeré algo por ahí.

—Como quiera. —Me mira de arriba abajo, como si yo hiciera esto únicamente para fastidiarla y mi merecido castigo estuviera cada vez más próximo—. Yo en su lugar me cambiaría la chaqueta —añade. Recoge las galletas y mi taza con sus guantes de goma rosa y da media vuelta.

Cuando desaparece, me miro la rebeca. Tiene una mancha de café del tamaño de una mano en la pechera. Ya no me avergüenzo por nada; lo que no me gusta es inspirar lástima a los transeúntes. Intento levantarme de la butaca, pero tengo los brazos más débiles que de costumbre. No consigo darme suficiente impulso... para... despegarme.

Bev reaparece con las muletas, un bolso y una rebeca limpia.

—Bueno —dice—. Veo que no se ha movido.

Me ayuda a levantarme y a quitarme la rebeca sucia y a ponerme una limpia; cuando me coloco las muletas bajo los brazos —su ruido metálico suena a mis oídos como campanas de libertad—, agacho la cabeza y Bev me cuelga el bolso.

Cuando llego a la verja, no puede evitarlo y sale corriendo a abrirmela.

—¿Seguro que se las apañará bien usted sola? —me pregunta. Me endereza la peluca. Su cara es un simulacro de tragedia en el que percibo, con cierta sorpresa, una preocupación sincera.

—Creo que sí —respondo—. Gracias.

Y, ya libre en este día precioso, avanzo por la calle con su acera reventada por las raíces de las higueras de Port Jackson que no hay forma de contener. El sol está tan cerca que hace destellar el asfalto.

Después de que escondiéramos las maletas de Toller, me despertó antes del alba el estruendo de camiones sobre los adoquines de nuestra calle, seguido del chirrido de frenos en la esquina. El otro lado de la cama estaba intacto. Fui a la ventana y vi un vehículo descubierto lleno de hombres uniformados. No era la primera vez que Hans, entusiasmado con la noche, no volvía a casa. Fui a la cocina y preparé café. Nunca podía comer inmediatamente después de levantarme. Oí más camiones.

La puerta se abrió de golpe y Hans arrojó con estrépito sus zapatos en el recibidor, primero uno y luego el otro. Se apoyó en una jamba de la puerta de la cocina.

—¡Están registrando las casas! —dijo jadeante, pasándose una mano por el pelo—. He venido en cuanto me he enterado. —Olía a vodka y a tabaco.

Me quedé mirándolo.

—No me he movido de aquí —dije—. Estoy bien.

—¡Mira esto! —Me tendió el *Völkische Beobachter*. El titular era enorme: «Atentado comunista: ¡El Reichstag en llamas!».

—Pero si no... Pero si ellos no...

—Claro que no —dijo Hans—. Eso no estaba planeado.

Leí en voz alta las palabras del Líder:

—«El pueblo alemán ha sido blando durante demasiado tiempo. Todos los dirigentes comunistas deben ser ejecutados. Todos los simpatizantes de los comunistas deben ser encarcelados. ¡Y eso va también por los socialdemócratas y el Reichsbanner!». —Miré a Hans, que estaba encendiendo un cigarrillo. Seguí leyendo —: «Vamos a ser testigos del nacimiento de una gran época en la historia de Alemania. Este incendio marca su inicio».

Se oyó un frenazo, esta vez justo delante de nuestro edificio. Fuimos a la ventana. Saltaron cuatro del camión. No había nada que hacer.

Hans abrió la puerta antes de que llamaran. Allí estaban: un hombre de paisano y dos muchachos de las SA con uniforme marrón y pistolas automáticas. El de paisano hizo una seña a uno de los chicos, que pasó a nuestro lado y entró en el piso. El café se estaba quemando.

—Caballeros —dijo Hans, más erguido que sobrio. Yo me quedé detrás de él y me cerré la bata.

—¿Herr Wesemann? —El hombre era tan alto como Hans—. ¿Frau Wesemann?

—Sí —confirmó Hans.

—Disponen de veinticuatro horas, señor. Deben estar fuera de las fronteras del Reich antes de veinticuatro horas. De lo contrario se les retirará la ciudadanía.

—No he hecho nada ilegal —replicó Hans—. Soy un excombatiente condecorado. Y no soy miembro del Partido Comunista.

—Señor. —El hombre se sacó una hoja de papel del bolsillo interior de la chaqueta e hizo como si comprobara los datos—. La orden es para Johannes Alois Wesemann y Ruth Wesemann, de soltera Becker, Señor.

—¿De quién es la orden?

—Del *Reichsminister* Göring. Señor.

El chico volvió con mi bandera roja, que había sacado del armario. Se la entregó a su superior y los tres nos miraron en silencio. Luego el más bajito dijo:

—Pueden considerarse afortunados.

—¿Afortunados? —repitió Hans.

—Han recibido una advertencia. —El chico sonrió; era una sonrisa de poder, reflejo del repentino placer que sentiría cualquier mortal al comprobar que está en el bando acertado.

Cuando aquellos chicos se presentaron en nuestro piso esa mañana, ellos y sus compinches ya habían matado a cincuenta y una personas y arrestado a más de cuatro mil. Al principio trabajaron a partir de la lista de afiliados que habían robado en la oficina central del Partido Comunista, pero luego llegaron nuevas órdenes mucho más amplias: tenían que capturar o matar a cualquiera que hubiera hablado contra ellos. Si te encontraban en un bar, un café u otro local público, te detenían; si estabas en tu casa podían dispararte allí mismo por «intentar huir». A algunos ni siquiera se molestaron en arrestarlos o ejecutarlos: cuando encontraron a ocho comunistas escondidos en un sótano de Mitte, se limitaron a cegarlo con tablas. La gente que iba al trabajo los oía dar voces por la rejilla de ventilación que había al nivel de la acera, pero nadie se atrevió a ayudarlos. Los gritos tardaron dos semanas en cesar.

El 28 de febrero, antes de mediodía, Hitler presentó al Consejo de Ministros su Decreto del Incendio del Reichstag, «para la Protección del Pueblo y del Estado», en respuesta a aquel «atentado terrorista». Autorizaba los arrestos sin mandamiento judicial, los registros de viviendas, la inspección de la correspondencia; clausuraba los periódicos y prohibía las reuniones políticas. En esencia, impedía que otros partidos hicieran campaña antes de las elecciones, tal como Bertie había predicho. Al final de aquel día, miles de activistas que se oponían a Hitler se hallaban en «detención preventiva» en barracones improvisados de las SA: establecimientos vacíos, un depósito de agua de Prenzlauer Berg, hasta una fábrica de cerveza abandonada. Pronto no hubo sitio suficiente para todos. Fue entonces cuando empezaron a construir los campos de concentración.

La noche del incendio, la policía arrestó a un andrajoso albañil holandés excomunista llamado Marinus van der Lubbe, al que habían encontrado cerca del Reichstag. Van der Lubbe confesó ser el autor e insistió en que había actuado solo. Pero los hombres de Gringa aprovecharon la oportunidad para arrestar a otros que no estaban cerca del lugar de los hechos: un diputado comunista llamado Torgler y tres comunistas búlgaros que se encontraban de visita en Berlín. Nosotros nos burlábamos de la idea de que Van der Lubbe lo hubiera hecho solo. Tenía veinticuatro años, era medio ciego y retrasado mental.

No sé por qué nos avisaron aquella mañana. Quizá nos protegiera la fama de Hans: no podían verlos ejecutando a periodistas de renombre, al menos al principio. O quizá estuvieran jugando con nosotros. Pronto nos enteramos de que habían distribuido listas de nombres y fotografías de personas a las que querían capturar en las estaciones de ferrocarril y en todos los pasos fronterizos. Quizá nos detuvieran cuando intentáramos salir del país. Compramos dos billetes para el tren de las 18.04 a París.

Más tarde nuestros amigos nos contaron cómo se las habían ingeniado para cruzar la frontera. Algunos se habían disfrazado de pacientes de un psiquiátrico, habían simulado formar una comparsa de carnaval o sencillamente habían pasado a Francia esquiando. Llegaron a su destino sin documentos ni equipaje. Hans y yo también nos

disfrazamos, supongo, de turistas; llevamos una sola maleta grande y un maletín cada uno; más equipaje habría podido levantar sospechas. Cogí dos mudas de ropa y en el resto del espacio metí la cámara y los objetivos, libros y fotografías. Los álbumes no cabían, así que escogí rápidamente algunas fotos: la de nuestra boda en el hotel Majestic de Breslau, la de mis padres y Oskar en el jardín de Königsdorf, la de Dora y yo de niñas en la feria de Kleinmachnow, la de Hans dormido nuestra primera noche, las sábanas arrugadas entre las luces y las sombras como un paisaje.

Hans se llevó su máquina de escribir, su manuscrito y su ropa de etiqueta. Entró cuando yo estaba cerrando la maleta.

—¿Queda sitio para esto? —Tendió la mano. Era el tarro de porcelana para paté del TicTacToe—. Para guardar los gemelos —dijo. Debía de haberlo birlado. En la tapa había un rollizo cerdito rosa que reía feliz tumbado panza arriba.

—Eres increíble —dije.

En el andén nadie hablaba con nadie, y en nuestro compartimento del tren nadie inició una conversación. Cuando oí al revisor en el pasillo se me aceleró el corazón. Abrió la puerta de cristal y me quedé muy quieta. Mientras los otros se apresuraban a buscar los billetes en bolsos y carteras, Hans se metió tranquilamente la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una servilleta. La desplegó con parsimonia para revelar un huevo duro impecable.

—*Mahlzeit* —dijo el revisor. *Guten Appetit* en bávaro. Era un individuo fornido con pobladas patillas, para quien Berlín era, por suerte, un lugar lejano con problemas lejanos.

—Gracias —respondió Hans.

Yo no estaba segura de que fuera a salirme la voz. Entregué los billetes. El revisor los perforó y se guardó la máquina perforadora en el bolsillo del delantal de cuero.

—Tienen que bajar en Frankfurt para coger el tren a París —dijo como si fuera lo más normal del mundo—. Andén número dos. —Y se marchó.

—¡Un huevo duro! —le susurré a Hans—. ¿Cuándo lo has cocido?

—Mientras tú preparabas las maletas. —Hans sonrió, satisfecho con su truco de magia. Siempre sabía reaccionar en los momentos de peligro. Los otros pasajeros rieron y empezaron a charlar. Resultó que todos estábamos huyendo. Hans volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó un huevo para mí y una papelina con sal.

Tras cruzar la frontera francesa, fuimos al vagón restaurante. De París viajamos a Calais, donde embarcamos con destino a Dover. Luego tomamos otro tren hasta Londres.

Hans y yo debíamos de estar a salvo al otro lado de la frontera cuando Dora volvió al piso de Toller con una bolsa de lona a buscar los diarios.

Eran las tres de la tarde. Entró en el apartamento, cerró las dos cerraduras y dejó las llaves en la pequeña librería. Se quitó los zapatos.

Aquel día el dormitorio no le impresionó. El escritorio estaba tal como él lo había dejado, desordenado y con tareas pendientes: la piedra blanca de la playa de Rügen

sobre unas cartas por contestar; una caja de cerillas abierta con un marinero musculoso en la tapa, café sin beber que criaba círculos de moho azul y blanco en una taza de porcelana roja. Llevó la taza a la cocina y la lavó. Cuando la dejó en el escurrerplatos hizo ruido. Demasiado ruido. Dora se quedó inmóvil. Oyó toser a un hombre en el rellano. Llamaron a la puerta con los nudillos.

No, Dora no estaba allí. Desde el recibidor, la cocina era la primera habitación a la derecha. Quienquiera que fuera se hallaba a tres metros de ella, escuchando. Dora contuvo la respiración.

Salió al pasillo, deslizando los pies muy despacio para evitar que crujieran las tablas de madera. Era un animal o un niño: desprotegido, primario. Si conseguía llegar al estudio, podría saltar al patio por la ventana.

¿Y si solo era alguien que había ido a entregar un paquete? En ese caso, más tarde Dora se reiría de sí misma.

—Abra la puerta, por favor. —Una voz masculina.

¿Otra vez el vecino? Dora ya había llegado a la mitad del pasillo.

—¡Frau Fabian! Sabemos que está dentro, frau Fabian.

Eran ellos. Corrió hacia el estudio y pegó su mesa a la puerta. Oyó unos golpes, luego un disparo, aterrador e inconfundible. El crujido escalofriante de madera al astillarse. Curiosamente, se sintió responsable de los daños.

Y entonces se oyó un grito. Ya estaban dentro. «Abatida de un disparo cuando intentaba huir». Habría sido la gran ironía de su vida que con su muerte demostrara la veracidad de sus agresores. ¿Cómo es posible que cuando alguien está aterrorizado tenga tiempo de pensar en esas cosas?

Se arrodilló sobre la mesa de Toller para llegar hasta la ventana. Primero un puño, luego la cabeza. Desde el patio podría ir a Sächsischestrasse... No, seguro que tenían a alguien apostado allí. Al sótano... Pero había dejado las llaves en el recibidor.

Se acercaban. Iban mirando habitación por habitación.

—¡Aquí no está, señor!

—¡Vía libre!

Pues al apartamento de Benesch, por la escalera trasera; era arriesgado, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Apartó unos papeles para tener sitio donde poner los pies y entonces vio la piedra blanca. ¡Sí! La sopesó en la palma de la mano derecha y descorrió la fina cortina...

¡Maldita sea, Toller!

Barrotes. Negros barrotes de hierro, separados entre sí por menos de un palmo.

No se oía nada.

Debían de estar detrás de la puerta.

El tiempo transcurre despacio para quien está atrapado en una habitación, esperando el final.

Un golpe en la puerta.

—Frau Fabian. Soy Wieland, del Ministerio del Interior. Le ruego que abra la

puerta.

El miedo puede desplegar el silencio y hacerlo vibrar. Y revelar, por fin, el sonido del universo que se mueve sosegadamente, preparándose para acogerte.

Los tres hombres no obtuvieron respuesta. Estaban de pie detrás de la puerta; el chico llevaba los zapatos de Dora en la mano y el ayudante empuñaba la pistola, apuntando al suelo. Tenían órdenes de capturarla viva.

—Frau Fabian —dijo Wieland hacia la puerta—, no puede ir a ningún sitio. —Hizo una seña con la cabeza al tirador—. ¡Apártese! —ordenó.

—¡No disparen! —La voz de Dora.

Cuando abrieron la puerta, ¿qué vieron? A una mujer menuda, un pajarillo de lustrosa cabeza negra. ¿Cuántos años tenía? ¿Veinte? ¿Treinta? Sentada sobre la mesa, los pies enfundados en calcetines y una piedra blanca y lisa en la hendidura del regazo. Intentaba encender una cerilla rasgándola contra la banda rugosa con unos dedos en carne viva de tanto morderse las uñas.

El hombre la apuntó con la pistola. El chico alzó los zapatos.

—Tenemos órdenes de arrestarla —dijo Wieland—. Es usted sospechosa de actos de traición contra el Reich.

—Trabajo para el señor Toller. —Hablabla con voz ronca, débil—. No estoy haciendo nada malo. —Ojos negros detrás del humo.

—Es la ley, señora.

—¿Una nueva ley?

—No, señora.

—Entonces, ¿un nuevo Reich? —Le sonrió.

—Sí, señora.

Dora apagó la cerilla de un soplo. Aquella gente no tenía sentido del humor.

El hombre hizo una seña a los otros para que la apresaran.

Ella levantó una mano.

—De acuerdo, caballeros.

El chico le tendió los zapatos sujetándolos por los cordones. De pronto aquellos retazos de piel y suela eran objetos íntimos, moldeados por su cuerpo, abiertos y deslenguados, reveladores. El chico la miró boquiabierto, como si nunca en la vida hubiera visto a una mujer meter un pie en un zapato. Dora saltó de la mesa.

De camino al coche, un pastor alsaciano, con la cara cubierta por un bozal que parecía una jaula, no se separó de su lado. Dora le rascó las orejas para reconfortarlo o para reconfortarse.

—Dentro de cada uno de nosotros ladra un perro de los hielos —dijo.

Cuando voy con las muletas por la calle, la gente desvía la mirada, un legado de sus madres, que les susurraban «¡No mires!» cada vez que se cruzaban con alguien con parálisis cerebral o una aparatosa marca de nacimiento, un exhibicionista o un enano.

O bien me sonríen con compasión, para animarme en los que suponen serán mis últimos y preciosos pasos. Me entran ganas de gritarles: «¡No tenéis ni idea de la suerte que tengo!». Estoy tentada de decir «bendición», pero me contengo. No soy una anciana patética que se aferra a su mente mientras su cuerpo echa el cierre. Soy una mujer que va a comerse un pastel.

Las tiendas de Bondi Road son una muestra de la transformación que ha sufrido este lugar. Las más antiguas fueron trasplantadas directamente desde Riga, Stettin o Karlovy Vary, pero ahora el verdulero se hace llamar «frutólogo» y el carnicero es «orgánico». En la pastelería húngara todavía tienen el mejor *Gugelhupf*.

Me encanta el *Gugelhupf*, desde que era pequeña: su consistencia y su olor a vainilla, los remolinos de negras semillas de amapola en la densa miga blanca. Pido en el mostrador, maniobro hasta llegar a un taburete y apoyo las muletas contra la ventana. Cuando me traen el pastel, lo encuentro menos amazacotado que otras veces. Levanto el tenedor y lo llevo con cuidado del plato a mi boca, una distancia que ha aumentado con la edad y que ahora está plagada de peligros. El pastel cae del tenedor justo antes de llegar a mis labios. Espero que nadie me esté mirando. «Lo que no me gusta es inspirar lástima a los transeúntes».

—¿Doctora Becker? —dice una voz cerca de mi oído—. ¿Doctora Becker?

A mi edad, todos creen que estás sorda o eres tonta. Que ya estás medio difunta.

Me giro todo lo que puedo sin levantarme del taburete y surge ante mí una cara; veo unas muelas y huelo un perfume que es como una avanzadilla de verbena.

—Sí —digo—. Hola. —Es una mujer de mediana edad con gafas rectangulares de carey y media melena con mechass rubias. Podría ser cualquiera. De vez en cuando una de esas criaturas se acerca a mí, dulcemente, con gratitud.

—Soy Trudy Stephenson —se presenta—. En la escuela me llamaba Trudy Winmore.

—Ah, sí. Trudy. —No tengo ni idea de quién es—. Claro. ¿Cómo estás?

Escudriño su rostro —amable, con los ojos hundidos y los incisivos un poco separados— tratando de evocar a la niña que hay debajo. Dicen que todos los recién nacidos se parecen, como los muy ancianos: cenicientos, asexuados y con la piel arrugada. Pero a mí me cuesta distinguir a las mujeres de mediana edad de los barrios residenciales del este. Todas están pulcramente construidas, con un cuerpo recio bajo la camisa de rayas con el cuello levantado y mechass en una cabellera de suavidad uniforme. Fui profesora de la escuela para niñas durante veinte años. Conocí a muchas, muchísimas niñas. Pero mientras miro a esta con los ojos entornados los años van desprendiéndose de ella hasta que es una cría de dieciséis años —seria, rechoncha, de rostro dulce— de mi clase de alemán.

—¿Se acuerda de mí? —me pregunta.

—Sí —respondo. Les gusta que me acuerde de ellas.

Trudy se ríe.

—¿Y se acuerda de mi padre?

Dios mío.

—Pues me temo...

—Usted nos enseñaba la poesía amorosa de Goethe. —Sonríe. ¿Se ha ruborizado?

—*O Mädchen, Mädchen wie lieb' ich dich!*—recito. «Oh niña, niña, cómo te quiero...».

—*Wie blickt dein Auge! / Wie liebst du mich!* —«¡La mirada de tus ojos! / ¡Cómo me quieres!». Lo recita como si fuera algo atesorado durante largo tiempo, un mantra que ha murmurado en momentos cruciales a lo largo de su vida, sin confesárselo a nadie—. *Wie ich dich liebe / Mit warmen Blut.* —«El amor que por ti siento / Me calienta la sangre». Se ríe, y de pronto los ojos se le llenan de lágrimas—. ¡Jamás habíamos oído nada parecido! Creíamos que no estaba permitido hablar de esas cosas.

—Bah —digo—. Australia en los años cincuenta.

«Esas cosas» —el amor, el deseo, lo más valioso— debían permanecer ocultas durante toda tu insignificante vida. Era como si aquellos anglos creyeran que los sentimientos estaban mancillados porque era necesaria la participación del cuerpo para expresarlos. Eso es algo a lo que nunca me acostumbé.

—Mi padre... —empieza a decir Trudy. Y de repente me acuerdo. Todavía lo siento dentro de mí. Su padre escribió una carta a la directora, la señorita Blount: «Además, ¿quién es ese tal Goethe? Sería mejor que las niñas aprendieran algo útil en lugar de esas porquerías».

—¡Ahora me acuerdo! —exclamo contenta—. «Esas porquerías», decía él, ¿verdad?

—Me temo que sí. —Trudy frunce los labios en un gesto de pena fingida y luego vuelve a sonreír. Las lágrimas han desaparecido—. Pero a nosotras nos encantaba. —Me toca el antebrazo—. Y la apreciábamos a usted por leérmolas.

—Gracias, querida.

Se marcha, con su trasero plano y muy pulcra, una caja de pasteles en la bolsa de plástico que lleva colgada del brazo como el hatillo de una cigüeña.

Las niñas sabían que yo había estado en una cárcel de Hitler por mis actividades políticas. Les hablé de la condena de cinco años, tres de ellos en aislamiento para que, como «política», no contaminara a las otras —abortistas, prostitutas, ladronas, pobres infelices— con ideas de justicia social. Pero a su edad, a las niñas les interesaba más el amor, por supuesto. Imaginaban que, dado que había estado casada y me había divorciado, tenía un grado de experiencia escandaloso. Creían que les leía los poemas de Goethe sobre el deseo como si pudiera dar fe de él. Ni ellas ni yo comprendíamos que una vida romántica imaginada puede sustentarse como posibilidad, como esperanza, y seguir siendo solo eso. Del mismo modo que los raíles paralelos del tren, discurre al lado de la vida que estás viviendo, pero nunca se cruzará con ella.

La Gestapo no tenía adónde llevarla. Todas las celdas estaban llenas. Además, querían que Dora estuviera sola para debilitarla. Decidieron meterla en un sótano del antiguo edificio de la policía, con el suelo sucio y los restos de un montón de carbón en un rincón. En otro rincón había dos cubos, uno con agua y el otro vacío. No había luz ni calefacción. Dora se paseaba a oscuras para entrar en calor. Solo tenía una manta del ejército y la compartía con los piojos.

Se realizaban detenciones a un ritmo tan acelerado que la alimentación de los prisioneros no estaba organizada; nuestra querida Mathilde Wurm se enteró de que tenían a Dora e inmediatamente le llevó cestas con panecillos, salchichas, plátanos, ropa interior y cigarrillos.

Retuvieron a Dora cinco días antes del interrogatorio; era lo máximo que permitía la ley. Cuando el guardia abrió el candado, ella le dijo: «¿Eres mi Orfeo y vienes a rescatarme?». El guardia se quedó mirándola sin comprender y ella se disculpó. En el patio Dora vio que tenía la ropa cubierta de mugre y las manos negras. Antes de dirigirse hacia el edificio de las oficinas, el chico señaló la frente de Dora.

—Quizá quiera... —Hizo como si se frotara.

—Gracias —dijo ella sonriendo—, pero esta suciedad no es mía.

La bombilla de la sala de interrogatorios colgaba de un cable forrado de tela marrón. Tras tantos días en la penumbra del sótano, Dora parpadeó varias veces. El interrogador no era un policía de los de siempre, sino uno de los nuevos, de los que llevaban uniforme negro. Le brillaba la cara y tenía los ojillos hundidos, como dos pasas. Le preguntó a Dora qué tenía que decir en su defensa.

—Que yo sepa —repuso ella—, no estoy siendo procesada.

—La han detenido por un delito de lesa majestad y sospecha de alta traición.

—¿En virtud de qué?

El interrogador miró la hoja que tenía delante. Dora sabía que la había estudiado detenidamente con antelación.

—En virtud de su militancia en el Partido Socialdemócrata Independiente y en el nuevo Partido de los Trabajadores Socialistas. Y por ser directora de esto... —Deslizó por la mesa un ejemplar de un periódico pacifista. Dora se quedó mirando su nombre, junto al de Walter, en la cabecera—. Por no mencionar —continuó el policía— ciertas declaraciones por escrito, como... —puso el dedo en otra hoja—: «El entusiasmo de las mujeres ante el Líder no es una señal de lealtad, sino de necesidad. Esa necesidad no será satisfecha por él, ni por los maridos que promete ni por ningún hombre».

Se quedó mirándola un rato antes de bajar de nuevo la vista hacia la hoja.

—Estas declaraciones están concebidas para desacreditar a las autoridades y calumniar al Líder. Ahora la militancia en el Partido de los Trabajadores Socialistas es un delito...

—¿Desde cuándo? —Quien no la conociera habría pensado que lo decía con verdadera curiosidad.

—Desde el martes. —El hombre bajó la vista hacia el dossier.

—Entonces, ¿antes del martes no lo era?

El interrogador levantó la cabeza.

—Usted ha continuado afiliada. Ha cometido un acto prohibido. —Se enderezó la correa de piel que descendía desde el hombro hasta la cintura—. ¿Dónde están los documentos que se llevó del apartamento de herr Toller? —Los preámbulos habían terminado.

—Los quemé. —De pronto Dora, cubierta de mugre bajo aquella luz demasiado intensa, pensó que daba igual lo que dijera, que no importaba que ya hubiera abandonado el partido. Habían llegado a un punto en que la ley no podía protegerla. Aquella discusión era una farsa: el gato jugaba con el ratón por el puro placer de oler su miedo.

»Quiero hablar con su superior —dijo. Era arriesgado, pero no tenía nada que perder.

—No está aquí. —El hombre le sostuvo la mirada.

—Estoy segura de que sí. —Dora esbozó una sonrisa—. Y exijo hablar con él.

—Me parece, doctora Fabian, que no está usted en posición de exigir nada.

Volvieron a encerrarla en el sótano.

Al día siguiente la subieron otra vez.

—¿Para qué me llevan ahora? —preguntó al guardia. Tal vez lo hicieran para conseguir cinco días más de detención.

—Va a venir el director.

Dora sintió alivio cuando lo vio entrar en la habitación, aunque dudaba que hubiera ido a ayudarla. Contempló aquel bigote puntiagudo tan conocido, el perfecto nudo de la pajarita, el anillo en el dedo meñique.

—Doctora Fabian —dijo él. Así pues, no habría muestras de familiaridad delante del guardia. Dora no iba a ponerlo en una situación comprometida; lo que quería era salir de allí.

—Doctor Thomas.

—Ya la han informado de los cargos de que se la acusa. —Dejó la carpeta marrón encima de la mesa y se sentó—. No sé muy bien en qué puedo ayudarla.

—Tengo derecho a un abogado. Y, que yo sepa —respiró hondo—, no pueden retenerme más de cinco días. —Le sostuvo la mirada—. Ya llevo una semana aquí.

El tío Erwin agachó la cabeza y cuadró las hojas de papel que tenía delante.

—Su padre habría estado orgulloso de usted. —A continuación Thomas sacudió la cabeza, como si, lamentablemente, no estuviera en su mano resolver aquella situación—. Pero las leyes han cambiado.

—Es posible que hayan ¡legalizado los partidos de la oposición —replicó Dora—, pero ¿un proceso penal?

Thomas miró brevemente al guardia.

—Todavía no —respondió—. Pero se hará. Las acusaciones son graves. Está

usted aquí, entre otras cosas, por haber destruido pruebas necesarias para la tramitación de un procedimiento judicial.

—¿Qué procedimiento judicial?

—Un procedimiento judicial contra el señor Toller.

Así que declaraban delincuente a quien se les antojaba y se incautaban de todos sus bienes. Dora no podía discutir acerca del fondo de todo aquello; con el tío Erwin tendría que limitarse a discutir sobre un tecnicismo.

—Están obligados... —Ella también miró al guardia y rebajó el tono—. Tengo entendido que según la ley deben ponerme en libertad al cabo de cinco días en espera del juicio. Si no, es que aquí no impera la ley.

Thomas apretó los labios y respiró hondo por la nariz.

—La primera señal de respeto por la ley que veo en usted —dijo al tiempo que se ponía en pie. Fue hacia la puerta—. «Una pudorosa hoja de parra que cubre el poder», si no recuerdo mal.

Dora no dijo nada.

Thomas le hizo una seña al guardia. En el umbral, volvió casi imperceptiblemente un hombro para detener a Dora cuando se disponía a salir. Le habló al oído.

—Hay una laguna jurídica —murmuró—. Se arreglará pronto. Las llamaremos las enmiendas Fabian. En tu honor.

La pusieron en libertad en espera de juicio.

Dora no fue a su piso a hacer el equipaje, sino al nuestro, tras comprobar que nadie vigilaba el edificio. Cuando entró, entendió por qué. Ya habían hecho trizas todos nuestros muebles: habían abollado las sillas cromadas y acuchillado el colchón del dormitorio; había crin y plumas por todas partes. Con el cristal se habían divertido mucho (les encantaba el cristal, ¿verdad? El cristal, las listas, el fuego); habían destrozado un carrito de bebidas, los marcos de las fotografías y el espejo del armarito del cuarto de baño. Alguien había dibujado una caricatura lasciva de Hans en el banco de la cocina y puesto el macillo de los mojitos en vertical como si fuera un pene.

Dora buscó una toalla para retirar de la bañera los cristales rotos y se lavó rápidamente con la ducha de mano. Luego metió en un maletín una muda de ropa que sacó de mi armario; llevar una maleta habría levantado sospechas. Habría sido una insensatez tratar de sacar las maletas de Toller del cobertizo del jardín. Se dirigió a la estación de Friedrichsstrasse y compró un billete para Suiza. Tenía que hacer dos transbordos.

Más tarde se enteró de que la habían esperado en su piso —«Fuera había tres coches, nada menos», dijo— para llevársela de nuevo detenida mientras se modificaba la ley. No habría vuelto a salir.

Durante años circularon rumores sobre su huida de Alemania. Eran enrevesados y magníficos y fueron deformándose como en el juego del teléfono hasta llegar a la versión en que Dora salía clandestinamente del país escondida en la maleta junto con

los documentos de Toller. A la gente le resultaba lógico, porque los cuentos nunca tienen un sentido práctico; una historia no es un manual de cómo hay que hacer las cosas. El sentido del cuento era que Dora era menuda, valiente y lista. Pero, como diría ella en broma más tarde, si se hubiera metido en la maleta, «¿Quién me habría llevado?».

Cuando le contó a Toller aquel rumor, él sonrió y dijo: «Pero ¿dónde habrías puesto mis documentos?».

El 26 de abril de 1933 Gringa aprobó la primera ley de la Gestapo. La policía política quedaba bajo su control personal, para que no pudieran aplicarse las leyes ordinarias de derecho penal. El tío Erwin redactó el borrador. Era su «enmienda Fabian».

Toller

Clara ha salido a buscar los cafés para esta mañana (aquí la infinidad solo dura un día, al menos por lo que se refiere a los vasos sin fondo). Unas nubes pequeñas oscurecen partes del parque, moteándolo como si fuera un paisaje submarino.

Si puedo evocar a Dora, creo que puedo salir de esta habitación y entregarle la nota a Christiane.

Mientras trabajaba para mí, Dora también trabajaba con la serena e impasible socialdemócrata Mathilde Wurm. Fue Mathilde quien me envió un telegrama al hotel de Ascona: «Pájaro llega 9-3-33». Los nombres en clave empezaron a usarse en esa época. Así pues, ella era Pájaro.

Pero cuando se apeó del tren Dora parecía más bien un espantapájaros con la ropa de Ruth, que le quedaba demasiado grande. Tenía los ojos hundidos y ojeras, y la piel tan fina que se le transparentaban las venas de las sienes. Sonrió de oreja a oreja mientras balanceaba un maletín. Algo dentro de mí que yo no sabía que estuviera tenso se relajó; me encontraba en casa.

No fuimos a mi habitación del hotel, sino que nos desviamos hacia el arroyo y acabamos debajo de un puente, donde estaba muy oscuro. En la orilla ardían unas pequeñas hogueras; desperdicios y hojas secas se convertían en columnas de humo que se elevaban rectas en el aire inmóvil. A veces hacer el amor es hacer el amor y a veces es otras cosas, un regreso a casa y un ataque; apuñalar para volver a la vida que a punto han estado de arrebatarte. Detrás de mí la piedra estaba fría, pero me hundí en Dora, mis manos bajo sus muslos y su boca en mi oreja, perdido y encontrado en su calor, en su apremiante necesidad. Dora exhaló. Se quedó un momento más con un brazo alrededor de mi cuello, la cabeza contra mi pecho.

—¿Dora?

Cuando se apartó de mí, tenía los ojos llorosos. Se había permitido sentir el miedo que debía de llevar días reprimiendo.

—Vamos a comer algo —dijo mientras metía un pie en una pernera del pantalón.

La luz dorada y sesgada del paseo del lago Maggiore alargaba las sombras hasta unas proporciones cómicas incluso por la mañana. Dora estaba en la pendiente de la orilla por donde se bajaban las barcas hasta el agua, ahora sobre un pie, ahora sobre el otro, bailando, esquivando a su propia sombra, mucho mayor que ella, y riendo. Lanzaba puñetazos al aire y gritaba: «¡Venid a cogerme!».

Se acercaron unos patos, curiosos y con aires de propietarios del lugar, por los adoquines. Sus cabezas eran de un verde y un morado fosforescentes tan fastuosos que, a su lado, nosotros parecíamos de una especie desgredada y desgarrada que huía de la ley y copulaba bajo los puentes.

Dora me cogió del brazo y buscamos un restaurante en los soportales que había al otro lado del paseo. La mayoría de los comercios habían echado el cierre hasta el mes de abril. Los plátanos que flanqueaban el paseo estaban podados y solo les quedaban

cuatro o cinco ramas retaconas que semejaban puños negros alzados contra el cielo. Algunos tenían lucecitas colgadas que se encenderían cuando llegara el verano. El lugar se recuperaba aprovechando la ausencia de turistas.

Pedimos café y pastas y nos sentamos en un rincón. Dora estaba de espaldas a la ventana, de cara a mí, en sombras. Empezó a contarme que había ido a mi piso la noche que ardió el Reichstag y que se había llevado el manuscrito de mi autobiografía.

—Fue una corazonada de Bertie —me dijo mientras desenrollaba su fular—. Seguramente estar en tu casa evitó que me pillaran. —Me contó que había dormido dos noches en el cobertizo de Ruth, con las maletas que contenían mi obra. Antes de ir a buscar mis diarios.

No pude darle las gracias. Darle las gracias habría sido patético, dados los riesgos que había corrido. Y tampoco estaba seguro de poder articular las palabras.

—Siento lo de los diarios —dijo. Se interrumpió mientras el camarero nos servía los cafés, el agua y unos cruasanes recubiertos de azúcar.

—Ojalá no hubieras... —empecé a decir. Pero no era verdad. Me horrorizaba pensar que habían estado a punto de descubrirla; la habrían matado. Pero estaba tremendamente agradecido de que hubiera salvado mi manuscrito. La vergüenza no me dejaba hablar.

—No me des las gracias todavía —repuso ella partiendo un cruasán. Blandió un cuerno en cada mano y ahuyentó mi aflicción—. Aún tengo que sacar las maletas del país.

—Por favor, no hagas ninguna...

—¿Estupidez? —Arqueó las cejas—. Lo procuraré.

Dora no quería que me sintiera incómodo. Cuando me contó cómo la habían sorprendido en mi estudio, se apresuró a añadir:

—Y ya me ves a mí como un bandido de película intentando huir. Pero, claro, no me acordaba de los barrotes.

Dora no podía saber lo de los barrotes. Me escocían los ojos.

A veces pienso que las peculiaridades físicas de una determinada situación producen extraños resultados. Si hubiera podido verle bien la cara, quizá no se lo habría dicho. Ahora pienso en las salas de interrogatorio: ¿por qué creen que la luz intensa ayuda a sonsacar la verdad a las personas? Deberían probar la seducción de las sombras, cuando no podemos ver cómo nuestras palabras dan en el blanco.

Le hice una seña al camarero para que nos trajera un cenicero limpio y cambié de postura en la silla. Me incliné hacia Dora.

—Desde que salí de la cárcel, siempre he escogido muy bien los pisos —dije despacio—. Tiene que haber una habitación pequeña. Y mando poner barrotes en la ventana.

Se quedó callada.

—Es una superstición —continué—. Para recordarme mi época más productiva.

Necesito... —Me miré las manos. Tenía los dedos entrelazados formando un arco inútil—. Contención.

Dora, ese pájaro libre, asintió con la cabeza. Se esforzó por entender mi necesidad de límites. La libertad que esos límites podían proporcionar a un alma como la mía, con su tendencia a la dispersión.

—La necesito para escribir. —Abrí las manos—. Mala poesía.

—No solo la poesía —dijo ella.

Me reí. La luz le daba en la espalda y mantenía su cara en sombra.

Cambió el tono de voz para decir:

—¿Por eso rechazaste el indulto?

Miré mi plato.

—Me siento fatal.

Dora sacudía la cabeza.

—No, en serio —dije—. Vuestra campaña a favor de mi liberación me ayudó enormemente a sostenerme. Pero... —Encogí los hombros—. Bueno, y no habría podido dejar a los otros allí, claro.

—Ya. —Asintió con la cabeza—. Pero yo puse de vuelta y media a Hans por aquello. Siempre le he echado la culpa de que hiciera que se te quitaran las ganas de salir de la cárcel. —Se rio—. Ya sabes, con ese gran encanto suyo tan insoportable. Te dio una idea de los aduladores, arribistas y babosos que te esperaban fuera.

Levanté la cabeza y la miré.

—Yo no lo encontraba tan desagradable.

—No, no lo es —musitó ella—. Lo que pasa es que es insufriblemente afortunado. Si yo hubiera sabido que querías quedarte en la cárcel, no habría... ¡Dios! —Apoyó la frente en la palma de la mano, sin dejar el cigarrillo que tenía entre dos dedos. Entonces se rio... su boca amplia y hermosa—. Ahora tendré que pedirle disculpas. Maldita sea.

En ese momento la deseé; deseé borrar esa conversación con un acto físico.

Nos quedamos ocho días en Ascona y durante ese tiempo notaba la garganta menos atenazada cuando la miraba en momentos de descuido. Intentaba verla como debían de verla los demás. La observaba cuando hablaba con los vendedores de los puestos del mercado en mal italiano y haciendo sin reparo gestos con las manos. O cuando ponía la cara al viento en la proa del ferry; o cuando salía, humeante y desinhibida, de la ducha. Cuando estás enamorado de alguien, no ves alrededor de esa persona, no puedes apreciar su medida humana. No entiendes cómo alguien que es tan inmenso para ti, tan milagroso e inconmensurable, puede caber, entero, en esa piel tan pequeña.

Los últimos días de nuestra estancia en el hotel prescindimos de la criada y por la tarde nos acostábamos, la habitación convertida en un revoltijo de ropa, papeles,

mapas y zapatos embarrados tras los paseos que dábamos, el ambiente cargado del rastro combinado de los dos.

A Dora le costaba dormir. Algunas noches tomaba Veronal; mezclaba aquellos polvos amargos con café. Una vez me desperté y la vi en el balcón, con la bata puesta. El cielo estaba abarrotado de estrellas. El lago era un inmenso hueco negro; la orilla opuesta solo estaba marcada por una hilera de diminutas luces centelleantes.

Me apoyé en la barandilla. Al cabo de un rato Dora dijo:

—Soy atea.

—Querrás decir «Soy atea, pero...», ¿no? —bromeé. El agua acariciaba barcos invisibles; las drizas hacían sonar los mástiles.

—Pero creo que mi padre velaba por mí. —Tenía la voz quebrada—. Aquel día. Con Erwin Thomas.

—No hubo nada sobrenatural. —Me volví para mirarla, pero ella seguía con la vista al frente—. Tu padre te enseñó la utilidad del derecho penal y tú te protegiste con él. Hugo habría estado orgulloso de ti.

—También se lo enseñó a él. —Empezó a llorar en silencio, sacudiendo un poco la cabeza.

—¿A Thomas? —dije—. Bueno, sí. —Le cogí una mano—. Pero él ya no va a necesitar mucho esos principios.

Entonces me miró, noble y destrozada.

—¿Crees que pueden tirarse por la borda tan fácilmente?

La penúltima noche dije:

—Marchémonos de Europa. Vayamos a África, a India. —Dora había hecho el doctorado sobre los derechos de los trabajadores en las colonias y tenía intención de traducir el libro de su amigo inglés Fenner Brockway sobre la India colonial.

—¿Crees que puedes huir de la política? —replicó. Yo estaba sentado en la cama. Se puso en pie delante de mí y me cogió la cabeza—. Si nos marcháramos, renunciaríamos a nuestra vida a cambio de cocos. —Me soltó y se sentó, con las manos abiertas sobre el regazo—. Nuestra vida nos es dada; no la elegimos del todo nosotros.

—¿Me quieres? —No nos mirábamos.

—Sí. —Lo dijo con toda franqueza. Pero no bastaba, no bastaba.

—Quiero decir si nos pertenecemos el uno al otro.

—Ya nadie «pertenece» a nadie. Es la primera regla, acuérdate. —Sonrió, consciente de lo ridículo que era ponerle reglas a la vida.

Pero no desistí.

—¿Y si te quedaras embarazada un día de estos?

La sonrisa se borró de sus labios. Me miró.

—No tendría el niño.

Escudriñé su rostro. Dora intentó explicarse.

—No me parece que eso forme parte de mi vida.

—Entonces, ¿ni India ni los bebés forman parte de lo que te ha sido dado?

—Puedo asumir estos riesgos yo sola. Pero no con un hijo.

No sé qué le estaba preguntando. ¿Algo tan sencillo como si podía anteponerme a todo lo demás? ¿O anteponerse a sí misma? Me acerqué a la ventana. Había salido la luna. Un remero solitario arrugaba la manta plateada del agua.

Cuando me volví, la determinación de Dora se había esfumado. Su rostro era una máscara de aflicción.

—No puedo... dejar... todo esto. —Agitó las manos señalando los papeles esparcidos por la habitación, señalando Alemania, señalando la tarea que le había sido encomendada. Tenía los ojos anegados en lágrimas, ciegos, atrapados.

Le puse las manos sobre los hombros y respiré hondo. Yo nunca sería suyo por encima de todo lo demás.

—Deberías seguir el ejemplo de tu prima Ruth. ¡Elige la belleza! —bromeé—. ¡Elige el placer!

Dora se sonó la nariz ruidosamente y luego me miró.

—Elijo el placer —dijo, y me tumbó en la cama.

A la mañana siguiente subimos al monte que se alzaba detrás del pueblo, donde había un fuerte del siglo XI. En la cima de todos los montes había fuertes, y más cerca del lago se encontraban las iglesias: la guerra y la paz a doscientos pasos. Bajamos a la iglesia. Estaba fría y vacía y olía a piedra. Desde el último banco vimos cómo los haces de luz entraban por las ventanas alargadas y descendían a tientas.

—¿Cómo está la pequeña? —me preguntó Dora con un tono de voz que daba a entender que hablábamos de un amigo común.

—Christiane —dije. Dora nunca la llamaba por su nombre. No podía—. Bien. Acaba de rechazar el papel protagonista en una película nazi sobre Horst Wessel.

—Bien hecho —dijo Dora, y dejamos el tema.

Dora había concluido que la atracción que yo sentía por Christiane se basaba en que me complacía su admiración. También había llegado a la conclusión, creo, de que aquella era una fantasía que tendría un sustento limitado. En su opinión, yo era un hombre que no necesitaba tales cosas.

Tal vez Dora tuviera razón respecto a por qué quería yo a Christiane. Pero Christiane poseía otros encantos aparte de los que saltaban a la vista. No tenía conciencia de que las cosas podían terminar, lo que supongo que es una buena definición de la juventud. Todo se extendía ante ella en un plano uniforme de asombro: toda la crueldad y la belleza de un mundo del que no asumía ninguna responsabilidad. Más que su cuerpo de ninfa o su fe en mí, yo quería lo que quiere cualquier hombre mayor: recuperar la ilusión de un mundo todavía por desvelar.

Desde Ascona intentamos hacer gestiones para sacar nuestras cosas de Alemania, y también el dinero: Dora a través de su madre, y yo, de mis editores. No teníamos ni idea de cómo sería el futuro, juntos o separados, ni de cómo íbamos a financiarlo. La economía de sociedades enteras siempre nos había parecido más fácil de organizar

que la nuestra.

Dora se marchó a París y luego a Estrasburgo a visitar a su amigo Berthold Jacob; desde allí viajó a Londres, donde estaban Ruth y Hans. Yo me compré tres camisas italianas de seda color crema y continué mi gira de conferencias hasta Palestina, libre ya de mis ataduras con Alemania y buscando un nuevo hogar.

Al abrir la puerta Clara, entran unos compases de música sueltos desde la habitación de enfrente. Creo que es Strauss. Empiezan y paran. Clara deja los cafés y me mira con extrañeza, porque estoy como soldado a mi butaca. Conozco esa mirada. Ha empezado a darse cuenta de que los famosos, sus mayores, somos tan volubles y tenemos tantas flaquezas como ella o cualquier otra persona, y de que eso no se supera con la edad ni hace que nos vengamos abajo. Sí, el milagro de la vida. Pero lo que me asusta es ver en su cara que esa percepción no la lleva a despreciarme, sino que la vuelve más cariñosa. «¡No pierdas el tiempo! —me gustaría advertirle—. Soy veneno para ti, niña».

En cambio, digo:

—¿Baila?

—Me encanta bailar.

Es joven y hermosa y está atrapada en esta habitación. No quiero que se enamore de mí. Y la forma más segura de impedirlo es pedirle que baile conmigo (¿a quién se le ocurriría tocar a un Minotauro encogido y arrugado?). Me pone una mano en el hombro y acerca su rasguñada frente a mi mejilla.

—Se lo advierto —digo—, la vida de los dos está en tus manos.

—Me arriesgaré —replica ella, y sonrío.

Al principio estoy un poco rígido. Pero a medida que nos movemos al compás de una música que ya no oímos me apoyo en ella y poso la mano, suavemente pero con aire de dueño y señor, en el hueco de su espalda. Ella accede a convertirse para mí en el cuerpo cálido que deseo. Me deja poseer su espalda en esta habitación.

SEGUNDA PARTE

*Espías en el cuarto, también en el tejado,
espías en el baño, eso está comprobado.
Espías en el jardín, entre las sombras más duras,
detrás del grosellero, que les da cobertura.
Espías en el portal y en el patio trasero,
ocultos tras una gabardina en el ropero.
Espías bajo la escalera, en un rincón oscuro,
espías en el sótano: llevan años, seguro.*

W. H. AUDEN, «Canción del espía», incluida en su traducción de la obra de Ernst
Toller *Nie Wieder Friede (No más paz)* (1935)

Ruth

Hans y yo buscamos habitación como seres itinerantes en Londres, en aquel nuevo mundo de laberínticas hileras de viviendas divididas en celdas individuales, donde las caseras tenían un enorme poder sobre nosotros. En la primera casa, en Coram Street, Bloomsbury, una mujer con una bata verde claro nos enseñó una habitación del sótano. Tenía una cama, una silla y una cómoda sobre la que reposaba un hornillo Primus. La única ventana era un pequeño rectángulo de luz gris al nivel de la acera.

Mientras la mujer hablaba del precio (una libra por semana, el baño aparte) y de las condiciones (teníamos que estar en casa antes de las diez de la noche, no podíamos hacer ruido pasadas las diez y media, el desayuno se servía entre las siete y las ocho, los arenques se cobraban aparte), yo veía los zapatos y los tobillos de la gente que iba al trabajo. Hans, con su inglés titubeante, le dijo:

—Solo tenemos visados temporales, pero...

—Mientras no sean irlandeses —lo interrumpió ella—, no me importa.

La segunda habitación que vimos estaba en Guilford Street. La mujer que nos recibió era flaca, tenía la mandíbula cuadrada, las manos agrietadas y enrojecidas y acento irlandés. Cuando Hans comentó lo de nuestros visados, sacudió la cabeza agitando sus rizos y se rio.

—Mientras no sean ingleses —dijo—, no hay ningún problema.

Le miré la cara: una vida entera comiendo pastel de carne, una piel que absorbía la luz y no reflejaba nada. Daba igual nuestra procedencia; éramos simplemente «extranjeros».

Al final alquilamos un pisito para nosotros solos en el número 12 de Great Ormond Street, en Bloomsbury. Estaba a solo unos pasos del hospital infantil y a una manzana de Coram's Fields, donde antaño se hallaba la inclusa. El conserje había vivido en él con su mujer, pero se habían trasladado al del sótano, que era más espacioso. Para llegar al nuestro entrábamos por la puerta de la calle, bajo un montante adornado con una cabeza de ángel. Subíamos por una espléndida escalera que se enroscaba en sí misma y que llevaba a los grandes pisos de las tres primeras plantas. Luego la escalera terminaba y comenzaban unos peldaños de madera, estrechos y desvencijados, que conducían al nuestro, justo debajo del tejado.

Los techos eran tan bajos que Hans se encorvaba sin darse cuenta nada más entrar. A la derecha del recibidor había dos habitaciones, ambas con ventanas que daban a la calle. Los cristales eran viejos e irregulares; la hilera de casas georgianas de la acera de enfrente se combaba y temblaba mientras andábamos. A la izquierda había una cocina donde podíamos comer, con una puerta al fondo que daba a un gran balcón de cemento, que era en realidad el tejado del piso de abajo. Junto a la cocina había una habitacioncita más y un cuarto de baño. Justo enfrente del recibidor había otra puerta. Hans la abrió y tiró del cordón para encender la luz. Era una despensa,

con estantes en tres de las paredes.

—Aquí podremos alojar a un refugiado muy pequeñito —comentó.

Como mi padre podía enviarnos dinero desde Polonia, vivíamos con cierta holgura en comparación con los otros exiliados, que no podían sacar dinero de Alemania. De modo que no éramos indigentes ni teníamos que pedir limosna a las organizaciones de ayuda a los refugiados ni a las de los cuáqueros, como la mayoría. Pese a que nuestro piso era pequeño, sus tres habitaciones ofrecían una gran ventaja. Si comíamos en la cocina, habría sitio para Bertie y quizá para Dora. A menos que Dora se quedara con Toller; pero nosotros nunca sabíamos cómo estaban las cosas entre ellos dos.

En la villa de mis padres, la criada vivía en una habitación contigua a la cocina, pero la cocinera y el resto del servicio vivían en casas a las que yo nunca había ido. En Berlín Hans y yo teníamos una chica, Rosalie, que venía todos los días a limpiar, pero vivía con sus padres y hermanos en un piso de dos habitaciones de Neukölln. Llevábamos años hablando de la clase trabajadora, pero mientras contemplaba aquel pisito de techos bajos y sin adornos, con sus habitaciones diminutas, comprendí que en realidad no sabíamos cómo vivía.

Y si bien habíamos hablado hasta el agotamiento de los derechos de los trabajadores, jamás se me habría ocurrido pensar que en la práctica pudiera pasar a engrosar sus filas. Cuando llevábamos dos semanas en Great Ormond Street, contratamos a la señora Allworth, que hacía la limpieza para la pareja de ancianos del piso de abajo. La señora Allworth vivía en el East End. Era delgada, de nariz respingona y muy enérgica, propensa a presentar rojeces que empezaban en el cuello y se extendían hasta detrás de las orejas, y que a veces le cubrían toda la mandíbula. Creo que no se debían a la timidez, sino más bien a su empeño en ocultar unas emociones que en ese momento no podía atender.

Durante la entrevista la miré a los ojos, que eran azul claro, y no presté atención a aquellas manchas rosadas, pero hicieron que me cayera bien. Consideré que era una señal de honradez que su piel transparentara la vida que había debajo. La señora Allworth, con las manos enlazadas sobre el regazo, miraba alrededor como si le maravillara que aquel sitio hubiera existido desde siempre, escondido en aquel edificio. Por un instante vi el piso con sus ojos: unas habitaciones destartadas con muebles regalados y dispares. Un diván verde desteñido que habíamos heredado del conserje y su mujer, un cajón de embalaje con un trapo encima a modo de mesilla de noche. En la despensa había artículos de escritorio y cinta de máquina de escribir en lugar de comida. No hizo comentario alguno, pero imaginé que ella debía de vivir en un piso mejor y sin duda más arreglado.

La señora Allworth llevaba el pelo, ondulado y castaño rojizo, recogido en un moño con una redecilla, un delantal atado a la espalda y las mangas enrolladas hasta los bíceps. Le cogí cariño por su forma de expresarse. «Echaba los hígados» e iba «como una bala»; las cosas «le hacían tilín» y las personas «le daban a la sin hueso»

o «armaban follón». Su «hombre» o «aquel» trabajaba en los muelles; tenían cuatro hijos, y todos ellos, la familia entera, morirían durante los bombardeos alemanes de Londres. Venía los martes y los viernes.

Tras el incendio del Reichstag y la persecución posterior, habían partido al exilio cincuenta y cinco mil alemanes, de los que unos dos mil eran escritores y artistas. Varios cientos de nosotros acabamos en Gran Bretaña. Un exiliado ingenioso nos llamó «la Emigrandezza»: los políticos cultos opuestos al régimen. La masa de judíos llegó más tarde. Pero no teníamos nada de grandes. Nos sentíamos desarraigados y lo pasábamos mal: sin nuestro idioma, muchas veces sin dinero, sin lectores y sin derecho a trabajar.

Los visados británicos estipulaban asimismo que no podíamos «realizar actividades políticas de ningún tipo». Pero nuestras vidas solo tendrían sentido si podíamos ayudar al movimiento clandestino alemán y tratar de alertar al resto del mundo de los planes bélicos de Hitler. Nos ofrecían asilo con la condición de que guardáramos silencio sobre la razón por la que lo necesitábamos. El silencio nos irritaba; hacía que sintiéramos que estábamos traicionando a los que habíamos dejado atrás. El gobierno británico se empeñaba en tratar a Hitler como a una persona razonable, como si abrigara la esperanza de que se convirtiera en eso.

El simple hecho de recibir correspondencia desde Alemania podía arrojar sospechas sobre nosotros, y en ese caso podían retirarnos el visado. Pero de una manera u otra nos llegaban noticias de lo que sucedía en nuestro país. Con cada carta cuidadosamente redactada y con cada rumor, la amenaza de que nos deportaran cobraba peso y se tornaba más aterradora.

Los muy salvajes empezaron con la venganza que más tiempo llevaban esperando: contra los revolucionarios de 1919. Al secretario de Toller, Félix Fechenbach, lo mataron de un tiro «cuando intentaba huir»; le dispararon en el pecho tan a bocajarro que la bala le reventó la espalda. Cuando los hombres de Hitler encontraron a Erich Mühsam, otro compañero revolucionario de Toller, le marcaron a fuego una esvástica en la cabeza y le dieron tal paliza que lo dejaron hecho papilla. Luego le obligaron a cavar su propia tumba, pero en el último momento decidieron no ejecutarlo y ofrecerle un anticipo del infierno. Al editor de Hans, el renombrado pacifista Cari von Ossietzky, se lo habían llevado prisionero y no se sabía nada de él. No ocultaban lo que estaban haciendo: querían meternos miedo a todos.

Cada tres meses suplicábamos respetuosamente a su majestad el rey de Inglaterra que nos permitiera quedarnos; los verdaderos motivos por los que no podíamos volver a nuestro país, todo lo que no podíamos mencionar en nuestra educada carta para solicitar el visado, inundaban nuestra mente. Era como someterse a un examen médico: te encuentras bien hasta que el propio examen evoca, con detalles minuciosos y atroces, la posibilidad de la enfermedad que se pretende confirmar o descartar. De pronto esos síntomas a los que no prestabas atención —la torsión del bazo, el dolor en el hígado y los pinchazos en el pecho— se convierten en la prueba

de un diagnóstico que cualquier idiota menos tú habría podido vaticinar.

A Hans le resultaba más duro que a mí vivir en Londres. El inglés que yo había aprendido en el colegio me permitía defenderme bien, mientras que el suyo era más rudimentario. Le costaba leer los periódicos, y aún más aceptar que su nombre no apareciera en ellos. Observaba a los británicos con la misma mirada perspicaz que antes dirigía hacia los alemanes, pero en Londres no tenía dónde contar lo que veía. Poco a poco perdió su personalidad pública y, con ella, su personalidad privada. Para él Londres era un lugar donde el viento arremolinaba los desperdicios alrededor de los buzones rojos y donde los parques estaban cerrados con candado. Los hombres de negocios con traje y sombrero hongo se vestían así para ocultar al ser humano que había debajo y los signos de individualidad se limitaban al estampado o el color de las corbatas. Las casas eran igualmente idénticas, ordenadas en hileras inexpresivas y con barandillas negras de hierro forjado, y solo se distinguían por el color de las puertas.

De hecho ni él ni yo nos acostumbábamos a los pequeños detalles de la diferenciación, no conseguíamos tomárnoslos en serio. Confundíamos la cortesía exagerada y el derroche de elogios con la cordialidad, cuando en realidad su intención era mantenernos alejados. Los buenos modales, bromeaba Hans, protegían las zonas prístinas e inexpugnables, como los parques.

Durante el día, mientras yo andaba ocupada trabajando con el Comité de Refugiados Judíos y con los cuáqueros y haciendo fotografías, él se iba solo a la sala de lectura del Museo Británico. Quería escribirse a sí mismo en una novela.

Las primeras semanas, me chocaba que no me reconocieran como siempre me habían visto los demás: una alemana, una burguesa, una judía. Los socialistas habíamos defendido una fraternidad internacional en que las clases y las razas fueran irrelevantes, pero nunca me había parado a pensar cómo sería en realidad. En Londres, por obra de la magia del exilio, categorías enteras de mi identidad quedaban anuladas.

Sin embargo, muy pronto se hizo patente que se me había concedido una libertad maravillosa. Era la libertad del observador autorizado, del turista; de alguien de quien no podía esperarse nada. Mientras el invierno dejaba paso a la primavera, yo pasaba largas horas concentrada fotografiando la ciudad: niños con gorros de lana de colores en el zoológico de Londres; fulleros de dedos ágiles en Oxford Street, encantadores y misteriosos; mujeres de semblante sereno abrazadas a sus bolsos en el piso de arriba de los autobuses. Hans, que no se lanzaba a conversar con los ingleses, hablaba de ellos de acuerdo con sus ideas preconcebidas; una nación de tenderos, de personas que bebían té, que cortaban el césped. Pero yo llegué a verlos de otra forma. Lo que al principio me había parecido una reticencia conformista resultó ser, al cabo de un tiempo, un innato e inefable sentido de la honradez. Ellos no necesitaban tantas reglas externas como nosotros porque habían interiorizado los principios de la decencia.

Y, de forma tácita, intentaban inculcárnoslos. La señora Eleonora Franklin, una

judía rica y bondadosa, organizaba todos los domingos recepciones para los refugiados en su residencia de Porchester Terrace, en Paddington. Llevaba pesadas piedras preciosas colgadas de los lóbulos de las orejas y un animalito blanco aparentemente sin patas en un bolsón de lona. Cuando íbamos a pasar a tomar el té, nos preguntó si queríamos lavarnos las manos. Ni Hans ni yo habíamos tocado el perro, cuya cabeza, con un llamativo prognatismo, oscilaba junto al codo de la anfitriona.

—No, gracias —respondí.

—Tengo las manos limpias, gracias —dijo Hans con educación.

La señora Franklin se inclinó hacia él y, vocalizando mucho, dijo:

—Me refiero, querido, a si desean usar el cuarto de baño.

Hans negó con la cabeza en silencio.

Cuando sonaron las campanadas de un reloj se anunció que la comida estaba servida. Se trataba de un té de media tarde, no de un ágape como a los que nosotros estábamos acostumbrados. La mesa estaba puesta con esmero; había bandejas de varios pisos con sándwiches de pan blanco rellenos de pepino, de salmón ahumado, de huevo con mayonesa, de gambas. En otras bandejas había pasteles: cuadraditos de chocolate colocados en papel rizado, tartaletas de frutos del bosque, palitos de coco de color rosa y blanco. En ambos extremos de la mesa relucían unos cuencos con mermelada, junto a otros con nata. La criada entró con unas fuentes de bollitos calientes y las dejó en la mesa. No sabíamos en qué orden teníamos que servirnos. Observamos lo que hacían los demás y los imitamos. Por lo visto era correcto comerse un pastel antes de un bocadillo o un rollo de espárragos, pero solo podíamos servirnos una cosa en el plato cada vez. Nuestra anfitriona permanecía de pie y servía el té con la tetera muy alzada. No lo tomaban con limón, sino con leche. Otra criada apareció con una bandeja llena de copas de champán.

Hans, sentado a mi lado, aguardaba y observaba mientras hablaba en voz baja con un cuáquero de mediana edad con el cabello engominado, al que durante un momento de silencio oí decir:

—¿Es así como se sientan en Alemania?

Mire rápidamente a Hans. Tenía la espalda muy erguida y las manos en el regazo. Hans inclinó educadamente la cabeza sin decir nada. El hombre estiró los brazos, atrayendo la atención de todos los presentes, y colocó las muñecas con parsimonia en el borde de la mesa.

—En este país —dijo con amabilidad— nos sentamos así.

Vi que Hans se sonrojaba y esbozaba una sonrisa. Yo sabía que, aunque se le ocurriera algo que decir, no se atrevería a despegar los labios por temor a tartamudear. Su silencio se intensificó.

Después del té dimos todos un paseo por el jardín, un jardín como yo nunca había visto: diseñado cuidadosa e inteligentemente para parecer silvestre, sus límites quedaban disimulados con árboles, espaldares y una maraña de cardos pinchudos y

asombrosamente altos. Las casas vecinas apenas se veían. Cuando volvimos a entrar, la gente se arrellanó en los sofás y los cómodos sillones; los hombres fumaban puros. Estaba de pie junto a la chimenea cuando me sobresaltó un ruidoso ronquido. Era nuestra anfitriona, sentada en el sillón orejero que tenía al lado. Por un instante se hizo un silencio, como si todos trataran de captar algo; luego, una vez comprobado que no había sido nada, se reanudaron las conversaciones.

En casa Hans y yo nos reímos recordando los ronquidos de la señora Franklin, pero él todavía estaba resentido. Encendió un fogón de la cocina y empezó a pasearse arriba y abajo. En Berlín había conseguido dejar de ser el hijo tartamudo de un pastor de pueblo para convertirse en un maestro de los matices del lenguaje, una persona encantadora, con un gran atractivo. En Londres volvía a sentirse como un don nadie provinciano al que había que enseñar los eufemismos que designaban las necesidades corporales y la forma correcta de sentarse a la mesa.

—¿De verdad ha pensado —dijo, con los brazos en jarras, la vista clavada en el suelo de linóleo— que a mi edad todavía no sé disculparme y preguntarle a la criada dónde está el lavabo? —Hablaba con voz aguda, crispada—. Nos tratan como si fuéramos críos.

Yo estaba sentada a la mesa clasificando y etiquetando carretes fotográficos. Cada vez se me daba mejor desviar aquellos arrebatos de orgullo herido.

—Estoy recogiendo eufemismos de «váter» —dije—. Baño, excusado, inodoro, servicio, tocador. La señora Allworth me ha enseñado «meadero» y «hacer un pipí», pero tuve que sacárselo con tenazas. Son muy tímidos para esas cosas —añadí—. Esta no es una cultura que se sienta cómoda con el cuerpo.

—Es más que eso. —Hans se sentó a la mesa y empezó a cortar una hogaza de pan de molde con un cuchillo. El pan era blando y se desmenuzaba; las rebanadas no servían para untarlas con mantequilla—. Es un código. Todas las conversaciones encierran un sentido oculto que hay que adivinar. Si lo adivinas, estás dentro; si no... ¡Mierda! —Se había hecho un corte en el pulgar. Brotó una gota gruesa y brillante de sangre. Hans hizo un ademán para que no me levantara a buscar una gasa—. Si no —continuó mientras sacaba su pañuelo—, aprovechan la ocasión para demostrarte que eres un bicho raro. Fingen que tartamudean..., a veces pienso que lo hacen para burlarse de mí. Dicen «Co... con todo mi... mi respeto» cuando están a punto de hacerte pedazos. Y fingen no saber nada de algo cuando en realidad son expertos en la materia, solo para pillarte y demostrar que eres un p... pretencioso. —Estaba untando mantequilla en un pedazo de pan con una sola mano—. O ridículo.

—Es el comedimiento británico —dije—. El *understatement*. Seguramente les parecemos groseros.

Hans dejó de pelearse con el pan y se sentó en el diván verde. Sacó su libreta del bolsillo.

—Son un pueblo sinuoso. Todo lo hacen solapadamente. —Pasaba las páginas con el pulgar. Entre aquellas dos cubiertas expresaba las réplicas que se le ocurrían a

posteriori, su desarraigo y su añoranza, pero las hojas no podían contenerlas.

Me arrodillé en el suelo entre sus piernas y le cogí las manos. Hans tenía los ojos anegados en lágrimas y la mirada perdida. Una cosa era que nos reinventáramos a nosotros mismos en nuestro propio país y en nuestro propio idioma, y otra muy distinta hacerlo en un país extranjero. Requería un acopio de energía que quizá no tuviéramos. Yo deseaba ser suficiente para él.

—Solo intentan que aprendamos a integrarnos —dije.

Hans sacudió la cabeza. La libreta cayó al suelo.

—¿Por qué dan por sentado —dijo con la voz quebrada por la vergüenza y la rabia— que queremos ser como ellos? —Recogió la libreta y se fue al dormitorio. Me senté en el diván. Luego acabé de clasificar los carretes. Cuando fui a la habitación, Hans dormía.

Poco después de que llegáramos a Londres me hice cargo de la correspondencia con Bertie, porque Hans creía que no tenía «nada que decirle». A mí me encantaban las cartas alegres e informales de Bertie sobre «esta especie de vida que llevo». No podía mencionar sus actividades políticas por si interceptaban nuestro correo, de modo que se veía obligado a escribir sobre la textura de sus días. A Bertie parecía sorprenderle que, observada de cerca, la vida más allá del trabajo pudiera contener tantas cosas, aunque él solo se relacionara con el panadero, el barman y el cartero. De todas formas, estaba animado y la soledad lo estaba convirtiendo en un mejor observador.

«Empiezo a ver las pequeñas cosas, igual que tú —me escribió, y yo sabía que no era un comentario ofensivo—. Veo rincones de belleza y pienso en tus fotografías». Bertie compartía conmigo pequeños detalles tontos: sobre sus dientes, «flojos de tanto comer crepes»; sobre los perros del parque, «tan pequeños que parecen pájaros con correa»; sobre la belleza de las mujeres, «que siempre caminan como si supieran que las observan». Eso último era algo que quizá le conviniera aprender, añadía en broma.

Pensaba en él y en su vida de pobreza, trabajo y exilio; en su cabello ralo y en sus dientes mal cuidados, en los viejos jerséis tejidos a mano de cuando todavía vivía su madre, y tenía la impresión de que el descuido de su propia persona era en cierto modo una señal de su férreo y entusiasta compromiso con el resto de nosotros. Mientras Dora estaba con Toller y Hans vertía su vida en las libretas, yo agradecía tener un amigo íntimo que me dejaba meterme dentro de su piel.

Toller

—¿Cree que es posible amar a una sola persona?

Clara parpadea y aparta la mirada. Su cuerpo se repliega. Baja la vista hacia el regazo.

¡Idiota! Primero bailo con ella y ahora he conseguido que tenga miedo de que quiera amarla. Su expresión delata que se siente traicionada. Su semblante dice: Creía que éramos amigos, pero lo que quiere es esto; creía que para usted era una persona, pero ahora veo que soy un pasatiempo. Estas sutilezas entre hombres y mujeres, sobre todo entre hombres mayores y mujeres jóvenes, son una trampa.

—No, no. Lo siento mucho. —Me inclino hacia ella; me lo pienso mejor y me aparto—. No era una pregunta personal. Es más, ni siquiera era una pregunta. No es que no me interese... Por favor, yo solo... —Junto las cejas.

Clara se relaja un poco. Quiere recuperar su versión de mí: un hombre magnífico y marchito, quizá, pero no un viejo verde.

—¿Por qué amó como amó? —Echa hacia atrás la silla y endereza la espalda. En su voz se percibe una pizca de irritación, el vestigio de una cicatriz.

—Creo —cierro los ojos— que intentábamos vivir según las nuevas reglas de nuestra «libertad», y eso implicaba amar... lo máximo posible. —Cuando abro los párpados, Clara todavía me mira.

—Pero ¿por qué amaba a otras mujeres cuando en realidad solo amaba a Dora?

Esta chica es valiente y no se rendirá.

Apago el puro.

—Porque no quería que ella me viera así —respondo señalando con el brazo toda la habitación, este derrumbe vital—. Si podía evitarlo. —Siento ascender las abrasadoras lágrimas de la autocompasión y las apago como he hecho con el puro.

Se filtran los ruidos de la calle: bocinas de coche y un vendedor de periódicos. «¡*Herald Tribune!* ¡Los Yankees pierden a Gehrig y derrotan a los Red Sox!». En el pasillo suena el suave tintineo argentino de un carrito, primero fuerte, luego más flojo cuando se aleja de la puerta de nuestra habitación. Y entonces, en lugar de dar por terminada la jornada o pretextar un recado para escapar, Clara coge el lápiz y el bloc.

—No disponemos de mucho tiempo —dice, y de su tono deduzco que estoy perdonado o, al menos, que se han hecho concesiones—. Tendríamos que acabar esto.

Debí decírselo a Dora en Ascona. Pero a veces la conversación se desvía de las cosas pese a nuestra intención, como un caballo mal domado. Preguntarle si querría tener un hijo mío era lo más cerca que había estado de proponerle matrimonio. No creía que me aceptara, pero necesitaba que Dora rechazara la idea para que, cuando Christiane volviera a Londres —estaba de vacaciones con una amiga en Saint Moritz —, pudiéramos reanudar nuestra vida triangular: Christiane como mi novia y Dora

como mi amor secreto, que había escogido voluntariamente permanecer en ese papel.

En Hampstead alquilé un piso en Constantine Road, cerca del parque, en una casa adosada de ladrillo con unos castos pájaros en la vidriera azul de la puerta principal y un pequeño jardín detrás. Cuando Dora llegó era primavera, pero el jardín todavía estaba enlodado, con algunas plantas escuálidas en los bordes que tal vez resucitaran o tal vez no. Al fondo había un comedero de cemento para pájaros abandonado. Que yo supiera, en aquella calle solo vivían psicoanalistas.

Estaba mirando por la ventana cuando llegó el taxi. Me quedé un momento quieto, observando. Era como espiar, o como un robo. Dora estaba inclinada hacia delante mientras el conductor terminaba de contarle una historia. Ambos reían cuando se apearon. El taxista ayudó a Dora a bajar el equipaje y, cuando ella le estrechó la mano, vi que la espalda del hombre se tensaba, de sor presa, de placer. Cuando ella se agachó para coger las maletas, su cuello, desnudo, blanco y fino, asomó del abrigo rojo.

Para mí era imposible renunciar a Dora; ninguna otra mujer alcanzaba la categoría de real. Ella me permitía acceder a cosas que de otro modo mi esforzada naturaleza no me habría dejado ver; cosas que mi vanidad me habría ocultado. Sin ella yo solo era medio hombre y medio escritor.

Corrí escaleras abajo, contuve la respiración y abrí la puerta. Dora señaló hacia donde antes estaba el taxi.

—Me estaba contando que una vez llevó a la duquesa de Kent en su taxi —dijo—. «En el mismo asiento donde está usted sentada, señorita, no le miento». — Imitaba a la gente casi igual de bien en inglés. Riendo, dejó un maletín y un estuche de máquina de escribir en el recibidor, donde la luz que entraba era azul—. Para ellos, un encuentro con un trasero real viene a ser una bendición divina. —Luego añadió—: Hola. —Dio un salto y me rodeó el cuello con los brazos y las caderas con las piernas.

La subí por la escalera y cuando paramos de besarnos la dejé en el suelo.

—¡Cómo pesas! —exclamé. Sonreímos ante aquella parodia tácita del novio que cruza el umbral con la novia en brazos. Bajé a buscar su equipaje.

Mis tres habitaciones se hallaban en el primer piso. La chimenea del dormitorio estaba encendida. Dora se quitó la ropa y exclamó: «¡Hogar dulce hogar!». Era un chiste sobre nuestra falta de hogar, pero creo que también expresaba lo que sentía por mí. Me encogí por dentro con la certeza de que iba a hacerle daño.

—Ah, casi se me olvida. —Abrió la maleta y sacó dos paquetes envueltos en un espléndido papel de regalo. Abrí el más pequeño. Era un grueso cenicero de plata de Christofle.

—Es magnífico —dije—, pero es una locura.

—Entonces es perfecto para ti.

Sonreí. Dora compraba muy pocas cosas para sí, más por falta de interés que por sobriedad. En cambio, carecía de moderación a la hora de hacer regalos.

El otro paquete era una gran caja de *macarons* de Angelina. Cada bola de pasta yacía en su propio compartimento sobre un lecho de suave papel de seda, como el huevo de un pájaro exótico. Dora hurgó un poco más en la maleta y sacó doce paquetes de Gauloises.

—Estimulantes —dijo sonriendo, y subió de un salto a la cama.

Dora y yo no hablamos de si pensaba quedarse unos días, unas semanas o hasta que se hubiera establecido, ni de si íbamos a vivir juntos.

Nunca habíamos vivido juntos. Incluso durante su breve y amistoso matrimonio con Walter Fabian, Dora había conservado su apartamento de Berlín. Su necesidad era visceral —el espacio de la hija única—, pero también una declaración política. Opinaba que las mujeres trabajadoras estaban atrapadas por unas exigencias domésticas ridículas que, según decía, «relacionaban su virtud con el estado de su piso».

Recuerdo muy bien un congreso socialista celebrado en Hildesheim donde Dora, en uno de sus discursos característicos, planteó al movimiento la necesidad de «liberar a media humanidad de las inacabables zarandajas que implica el cuidado de la casa». Se paseaba por el escenario como un gatito astuto. «Eso puede lograrse —se remangó la camisa— mediante innovaciones técnicas y cocinas comunitarias». Las mujeres que había entre el público aplaudieron y los hombres asintieron con la cabeza y movieron nerviosamente los pies. «Hasta que nos liberemos de la descabellada idea de que los hogares compartidos y las cocinas comunitarias “socavan la vida familiar”, no conseguiremos una verdadera vida familiar formada por personas libres e iguales que viven juntas, sino que una de ellas siempre será la esclava de la otra y llevará una doble carga».

Esperó un momento y luego abrió los brazos en aquel gesto de inclusión que utilizaba cuando realizaba una afirmación especialmente categórica. «Esta irracionalidad individualista —continuó— está consumiendo las mejores energías de las mujeres». Hubo risas y silbidos. Dora también rio un poco, como para demostrar que estaban todos en el mismo barco. «Existen valores más elevados que el trapo del polvo y los fogones, que el “hogar acogedor”, el cual, pese a las apariencias, convierte a la mujer en una esclava que debe mantenerlo en ese estado».

Hacia el final de la ovación Dora estaba jubilosa, desinhibida, embriagadora. Entonces miró fijamente a su auditorio. Parecía que me mirara solo a mí; fue como si el público desapareciera. «Por no hablar —ladeó ligeramente la cabeza— de una nueva forma de convivencia de los sexos. Hasta que cambiemos esas expectativas materiales, la valoración justa de la mujer seguirá siendo solo un sueño y una esperanza».

Así que, como es lógico, Dora no tenía intención de llevar una casa para nadie. La cuestión de cómo viviríamos flotaba en el aire de mi habitación; nos movíamos con cuidado para esquivar aquel tema del que nunca hablábamos. Estábamos tendidos en una cama de una casa que recordaba una rectoría, en una ciudad que parecía contener

un centenar de ciudades extranjeras, y de momento ya había suficientes interrogantes.

En el dormitorio solo había una cama; las maletas yacían abiertas en el suelo. Cuando nos levantamos al atardecer dije:

—Te diría que colgaras tu ropa, pero no hay donde colgarla.

—¿Cuándo vuelves a marcharte de viaje? —me preguntó. Se estaba subiendo una media por la rodilla hacia la liga.

—La semana que viene —contesté—. Voy al congreso del PEN, en Dubrovnik. —Me abroché el cinturón—. Si quieres puedes quedarte aquí. —Dora levantó la cabeza; yo no había dejado que lo diera por hecho—. Por supuesto —añadí.

Dora se puso la otra media. Apoyó las manos en los muslos y me preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo?

Me puse la chaqueta. En la habitación siempre hacía frío; la chimenea era demasiado pequeña.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por lo que te dije en Ascona. Sobre tener un hijo.

Nunca sé muy bien hasta qué punto mi subconsciente, buscando pelea, dirige ciertas conversaciones. Yo no quería tener aquella tan pronto. Teníamos trabajo pendiente —mi discurso para el congreso de escritores, por ejemplo—, pero no podía no decírselo.

—No estoy enfadado —dije. Tomé aire y desvié la mirada hacia un rincón—. Va a venir Christiane.

Dora clavó la vista al frente. Parecía más menuda.

—¿Por qué? —dijo por fin, con voz tensa y aguda—. No tiene por qué... —Se volvió hacia mí. Yo notaba los brazos vacíos e inútiles; no sabía qué hacer con las manos.

»Ya entiendo —añadió Dora—. Le has pedido que..., que...

—No le he pedido nada —dije. «¡Te lo pedí a ti!», quise gritar. «¡A ti!».

Como casi todo, eso encerraba su propia mentira. Si de verdad hubiera querido que Dora se quedara conmigo, no la habría ahuyentando hablándole de tener hijos. Me habría limitado a hablar de nosotros.

—Christiane viene para estar conmigo.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y eso la enojó.

—Yo creía que no... —empezó a decir, y se interrumpió. Se pasó el jersey por la cabeza y tiró de él hacia abajo. Se levantó y se abrochó el corchete de la falda—. Me voy. —Sacó el abrigo de debajo del montón de ropa que había en el suelo—. A dar un paseo.

—Tiene que salir del país —dije mirando su roja espalda junto a la puerta—. Por ese papel que rechazó. Los nazis querían saber si la novia de Toller estaba dispuesta a trabajar para ellos. Yo tengo la culpa.

Dora se volvió y dijo con voz queda:

—Deja de hablar de ti mismo en tercera persona. —Yo no sabía si dirigía su rabia

contra mí o contra sí misma—. Ya no tiene gracia. Quieres creer en el personaje público del Gran Toller y necesitas una novia que también crea en él.

Es cierto que me gustaba sentirme como el hombre que Christiane creía que era. Ignoraba cuánto tiempo duraría, pero si lograba mantener esa fachada ante una muchacha quizá no vinieran los meses de negrura.

—¿Qué hay de malo en querer ser...? —Quise decir «mejor» o «normal», pero no lo conseguí.

—¿El Gran Toller? —Eché la cabeza hacia atrás—. Tú no eres solo eso.

La seguí hasta el pasillo y ella empezó a bajar la escalera. A medio camino se volvió y levantó la barbilla hacia mí; su cara, afilada y pálida, flotaba en la oscuridad.

—¿Sabe la pequeña que necesitas barrotes en las ventanas?

Oí el portazo que dio al salir.

Al cabo de un rato oí pasos. Fui hasta la puerta. Era una mujer que subía por la escalera con una bolsa de red llena de paquetes envueltos en papel de estraza. Me fijé en su cabeza, rubia y con la raya muy bien hecha al lado. Alguien sin importancia, nadie.

Volví adentro. No podía ni acercarme a la cama. En el salón había una butaca. La arrimé a la ventana y me senté, quieto y desorientado. Pasé una hora sin poder moverme. Notaba la presión del vacío en las entrañas, un agujero negro dentro de mí que amenazaba con agrandarse y tragarme. Volvieron las supersticiones de mi infancia: si la tercera persona que pasaba por la calle era una mujer, el mundo estaría en orden; si Dora regresaba antes de que terminara el quinto cigarrillo, no pasaría nada.

Si Dora me dejaba, no habría nadie que pudiera sujetarme. Hasta que nos abandona la persona a la que amamos no nos damos cuenta de que la estaca ha desaparecido y de que donde antes estaba ella solo hay aire frío, sin nada que nos sostenga.

Cuando la vi entrar por la verja, el agujero que tenía dentro se cerró con un velo muy fino. Para humillarme a mí mismo, no me molesté en fingir que había estado haciendo algo en lugar de esperarla sentado. Dora tenía la nariz enrojecida, como irritada. Me miró fijamente, un hombre encorvado y desvalido en la butaca, y se dio cuenta de que estaba en caída libre. Su mirada se ablandó. Nuestro amor era como el nivel de un carpintero: cada uno lo sujetaba con fuerza por un extremo y se esforzaba por mantener a la vista aquella burbuja temblorosa.

Dora me contó que había estado sentada observando cómo unos descerebrados se arrojaban a la oscuridad desde un alto trampolín. La laguna estaba más negra que el cielo. Debía de haber decidido que sobrellevaría la situación del mismo modo que ambos habíamos sobrellevado otras relaciones en el pasado: como un símbolo de nuestra libertad.

—Tenemos trabajo, ¿no? —dijo, y se quitó los guantes, dedo a dedo.

La mano de Clara sigue moviéndose sobre la hoja unos momentos después de que

yo haya terminado de hablar. Debe de dolerle. Ya ha pasado un centímetro de páginas del bloc de taquigrafía, que ahora se amontonan bajo la cubierta.

—¿Hacemos una pausa? —le propongo.

—Por mí podemos continuar —dice, pero ha dejado el lápiz y abre y cierra con suavidad la mano derecha.

—Paremos un par de minutos. —Me levanto de la butaca y voy a la ventana.

—Aprovecharé para ordenar esas maletas —dice Clara a mi espalda. Es de esas personas que no saben estar sentadas sin hacer nada. La oigo mover con cuidado mis papeles y mi ropa.

Una vida metida en dos maletas. Clara se toma en serio mis planes de viaje y yo necesito que así sea. En cambio a mí me cuesta más creerlos. Aunque ya he concertado una cita con Spender para hablar de una traducción y he confirmado varias apariciones públicas en Oxford, Londres, Leeds y Manchester, tengo que dominar esa parte negra de mí que dice burlona: «¿A quién pretendes engañar?».

No puedo huir de eso en barco.

Los cerezos floridos que hay al otro lado de la calle son explosiones desmesuradas, confeti rosa que se desparrama al abrir una lata. Recorro el parque con la mirada buscándolos, pero debe de haber terminado. Su belleza parecía injustificada, desgarradora.

—¿Cuánto tiempo piensa pasar fuera? —me pregunta Clara.

Ya estoy fuera. Me vuelvo. Clara lo ha sacado todo de las maletas, como si quisiera verificar mis planes y equipar mi futuro.

Está contando camisetas y dividiendo el tiempo venidero por su número. Su blusa atrapa la luz y la esconde en sus profundos pliegues magenta.

—No estoy seguro. Tal vez indefinidamente. De momento.

Asiente con la cabeza, como si lo que acabo de decir tuviera lógica, y sigue con lo suyo.

—Entonces tenemos que meter todo lo que podamos.

Incluso reducida, quizá no sea fácil sacar mi vida de aquí en dos maletas. De pronto siento una lástima terrible por esta muchacha que tiene que tratar conmigo.

—Para lo insignificante que soy, mis cosas ocupan mucho, ¿verdad?

Clara hace una mueca y sacude la cabeza. Mi broma no ha tenido gracia.

—Lo siento. —Agacho la cabeza como si estuviera avergonzado—. No, en serio, yo no me preocuparía demasiado por el equipaje.

Me lanza una mirada severa.

—Bueno, quiero decir que quizá me guarden algunos documentos abajo, en la caja fuerte —añado—. Mientras estoy fuera. —Me acerco a ella como si fuera a tocarle el brazo, pero no la toco—. ¿Y si termina eso más tarde? —Me arrellano en la butaca—. Podemos seguir.

Tenía mucho trabajo que hacer en Londres, y Dora y yo nos pusimos manos a la obra durante las semanas previas a la llegada de Christiane. Mi intención era terminar

la autobiografía, pero los sucesos de Alemania me obligaron a dejarla para hablar de ellos.

El 1 de abril de 1933, Goebbels previno a los alemanes de tres elementos que representaban el «espíritu judío» que, según él, estaba minando la nación: la revista *Die Weltbühne* (ya habían encarcelado a su director, Cari von Ossietzky), el filósofo Theodor Lessing (que estaba a salvo en Checoslovaquia) y yo. «Dos millones de soldados alemanes —gritaba el pequeño histérico por la radio— se levantan de sus tumbas de Flandes y Holanda para condenar al judío Toller por haber escrito: “El ideal del heroísmo es el ideal más estúpido que existe”».

La sección alemana del PEN no tardó en expulsarme. Luego estudiantes universitarios entusiastas y sus cobardes profesores quemaron mis libros en pueblos y ciudades de toda Alemania. Convirtieron la ocasión en una fiesta del fuego, con música interpretada por las bandas de las SS y las SA, puestos de venta de salchichas y conjuros rituales mientras arrojaban los libros a la hoguera: «Contra la decadencia y la corrupción moral, en defensa de la disciplina y la decencia en la familia y el Estado, entrego a las llamas las obras de Heinrich Mann, Lion Feuchtwanger, Erich Kästner, Ernst Toller...».

Cuando llegué a Londres, H. G. Wells, que estaba indignado por lo que hacían los nazis, me invitó a asistir al congreso del PEN en Dubrovnik con la delegación inglesa. Yo sería el único alemán no nazi que hubiera allí. Notaba sobre mis hombros el peso de esa circunstancia.

Mientras escribíamos, yo me paseaba por la habitación o, si hacía buen día, por el jardín, y Dora, sentada con el bloc delante, iba pasando las hojas. Mucha gente necesita estar sola para reflexionar o escribir, pero estar con Dora no era como estar con otra persona. Casi nunca establecíamos contacto visual. Yo orbitaba alrededor de su silla y miraba sin ver su pelo corto sobre la nuca, su lustre. Estar con Dora me liberaba de la carga de mi propio ser. Ese es el truco del trabajo creativo: requiere un estado de éxtasis parecido al que proporciona el amor. Un estado en que te sientes más vivo y más tú mismo que nunca y, al mismo tiempo, menos seguro de tus fronteras y, por lo tanto, abierto a todo y a todos los que están fuera de ti. Los dos lanzábamos ideas y palabras a diestro y siniestro hasta que labrábamos para el mundo una nueva forma de avanzar, más clara, más segura y noble que cualquiera de las anteriores. Y entonces, eufóricos, nos íbamos a la cama, fuera la hora que fuese.

El gobierno alemán había silenciado a los escritores en Alemania y ahora intentaba silenciar a los que habíamos conseguido partir al extranjero. Los nazis presionaban al gobierno británico para que no nos permitiera aparecer en actos públicos. Amenazaban con tomar represalias contra los editores británicos que publicaran nuestras obras. No era solo una forma de privarnos del sustento; era el primer paso hacia el silencio.

—¿Qué te parece esto? —Me coloqué en la línea visual de Dora—. «Este es el primer paso hacia el silencio».

Se mordió la cara interna de la mejilla.

—Sentencioso —opinó—. Y, en tu caso, improbable.

—Está bien, está bien. —A veces solo se necesita el tono, la voz de determinada cosa, y luego llega—. ¿Y si empiezo diciendo que las SS fueron a mi piso la noche que ardió el Reichstag y no me encontraron allí? Que cuando fueron a buscar a Ossietzky, a Mühsam, a Renn y a todos los demás, esos hombres sí estaban en sus casas y ahora se encuentran en campos de concentración. ¿Qué te parece: «La libertad que yo he conservado por pura casualidad me obliga a hablar por aquellos que ya no pueden hablar»?

Dora asintió y anotó mis palabras. No hizo ningún comentario sobre el hecho de que era ella quien estaba en mi piso y a quien habían detenido. Yo sabía que no querría que escribiera eso.

—Me niego —continuó— a reconocer el derecho a gobernar de los actuales gobernantes de Alemania, puesto que no representan los nobles sentimientos ni las aspiraciones del pueblo alemán.

Cuando salí a hablar en Dubrovnik, hubo pitidos y abucheos por parte de las delegaciones alemana, austríaca, suiza y holandesa, que abandonaron la sala. Pero también hubo aplausos y, cuando terminé, una ovación con el público en pie. En la calle, la gente que había en los cafés se levantaba para aplaudirme. Mis palabras dieron la vuelta al mundo. Estaba contento; creía que cierta idea de la otra Alemania podría sobrevivir a aquella locura.

En estos seis últimos años he utilizado el discurso que escribimos aquel día para el PEN, o versiones de ese discurso, más de doscientas veces. Pero tengo que decir que la reverencia y la atención que yo ansiaba para salvarme de la soledad del escritor tampoco me procuraban ningún bien. Cuantas más causas apoyaba, más me preocupaba que no quedara nada de mí para verterlo en la hoja en blanco. Recuerdo que una vez Dora se arriesgó a hacer una broma a ese respecto. «¿Qué debe de haberte pasado —preguntó— para que necesites aprobación a una escala tan global?».

En la casa de Hampstead el correo llegaba por la mañana, a media tarde y al anochecer. Dora lo clasificaba y abría todas las cartas salvo las de Christiane, que dejaba a un lado sobre mi mesa, en parte por respeto y en parte como reproche. Un día, después de volver de Dubrovnik, llegué de mi paseo matutino y la vi levantarse de la mesa estrujando una carta en la mano.

—¿Malas noticias? —pregunté.

Ella asintió, consciente de que no había forma de ocultármelo. Alisó la hoja. «MUERE CERDO JUDÍO CANALLA», rezaba el mensaje, escrito a máquina en alemán.

Le quité el sobre que tenía en la otra mano. Iba dirigido a mí; la fecha era del día

anterior.

—El matasellos es de aquí —observó Dora—. Deben de estar vigilando la casa.

—¿Quiénes?

—Supongo que el grupo fascista local, que quiere sentirse importante —conjeturó—. Son unos exaltados, pero seguramente inofensivos. Se reúnen en el Club Alemán. Se rumorea que informan a Scotland Yard de las actividades de los refugiados con la esperanza de que nos expulsen, pero podría ser solo una forma de infundirnos miedo. —Me tocó el brazo—. A ti no te va a pasar —añadió—. Tú eres el Gran Toller y los británicos te adoran. —Lo dijo con dulzura, como si quisiera reconfortarme con la idea de que la fama podía protegerme. Pero últimamente siempre había un deje de ironía en su voz.

—¿Y tú? —dije.

—¿Yo, qué?

Compuse una sonrisa estúpida.

—¿«Canalla» es singular o plural?

—Bueno, la carta va dirigida a ti. —Ladeó la cabeza—. Pero si me estás pidiendo que comparta tu maravillosa vida, me lo pensaré.

La verdad es que ya había recibido otros anónimos amenazadores y sabía que me seguían por la calle.

La víspera de la llegada de Christiane, Dora todavía estaba en mi piso. Yo no sabía a ciencia cierta cuándo pensaba marcharse y no podía preguntárselo. Volví de mi paseo antes de lo habitual y la encontré en el cuarto de baño quitándose una aguja hipodérmica del brazo.

—¿Te duele?

Me miró; sus ojos eran castaños, enormes y vidriosos, y supe que el vacío la había vencido.

—Un poco —contestó.

Por la tarde ya se había marchado.

Clara se levanta para correr las cortinas.

—No, por favor. Déjelas así. Me gusta contemplar las luces por la noche.

Ata de nuevo el cordón verde y dorado de la cortina, se da la vuelta y empieza a recoger sus cosas para marcharse. Clara ya no hace ningún comentario sobre cómo he amado, pero sé que no me juzga. Lo sé por cómo deja las maletas a medio hacer en el suelo para que pueda acostarme en la cama, y por la serenidad y la firmeza con que dice: «Bueno, hasta mañana». Estamos haciendo juntos este trabajo; es importante y vamos a acabarlo. Siempre me han salvado personas con sentido práctico.

Ruth

Pago el pastel y desde Bondi Junction bajo por el agreste barranco de Trumper Park, con sus enredaderas, el canto de las ranas y la oscuridad que lo envuelve. Otros veranos usaba un palo para ahuyentar a las serpientes que encontraba en el camino, pero ahora me sirvo de la muleta. Encuentro los gastados escalones de arenisca y desciendo por ellos de costado, como una araña de cuatro patas. Salgo a New South Head Road, cojo el autobús y después de cinco paradas me apeo en Rose Bay.

Esta es la bahía más perfecta del planeta. Las embarcaciones de recreo cabecean ligeramente amarradas a sus boyas. Detrás de ellas, el hidroavión del servicio de enlace ameriza dejando un delicado surco de espuma en la superficie del agua. Más allá, el puerto está poblado de barcos con la vela desplegada, todo es azul claro y velas blancas a las que el viento da la misma forma y dirección, como la esperanza. ¿Cómo la esperanza? Mi trastornada, trastornada mente.

Me detengo en el paseo a contemplar el lugar. Al otro lado de la bahía, un ferry de líneas elegantes se desliza silenciosamente hacia el muelle. Sin esos aparatos en mis oídos, el mundo está mudo. Un joven con el torso desnudo corre hacia mí. Por la cinturilla de sus pantalones asoma un tatuaje con forma de araña; ¿será un signo de algún tipo? ¿Celta? ¿Rúnico? ¿«Ven aquí» o «Ten cuidado»? Bien sabe Dios que nunca he sabido distinguirlos.

A mis pies, un geco se mueve a sacudidas intermitentes. Un niño pequeño sube de la playa corriendo por la rampa con algo en las manos. No oigo lo que dice hasta que llega a mi lado. «¡Es una medusa azul! —grita, tan contento como si la hubiera creado él mismo—. ¡Mira! ¡Una medusa azul!». En sus manos se bambolea un animal marino perfectamente transparente. Es tan translúcido que veo debajo los dedos ahuecados del niño. ¿Cómo es posible que eso tenga vida? Necesito sentarme.

Esta es una zona residencial, con grandes casas antiguas y apartamentos de lujo. Excepto el edificio de la esquina, un hotel de color rosa con mesas y sillas delante bajo las higueras. Pulso el botón y espero. En lo alto de una farola se ha posado un pelícano enorme y esponjoso. Observo los cuatro carriles de la calzada, por donde los ricos circulan veloces en automóviles alemanes.

Cuando cambia el semáforo, bajo de la acera, pero no llego muy lejos. Mi tacón provisto de alza roza el bordillo, el otro no encuentra dónde agarrarse y el tiempo... se hace... pedazos. Me da tiempo a respirar, e incluso, mientras me precipito hacia el suelo, a preguntarme qué voy a romperme. Hay demasiado cielo, la tierra se cierra de golpe, mis extremidades son inútiles como cerillas.

Quedo tendida sobre el asfalto. Al principio me dan miedo los coches. Luego cierro los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos, todavía estoy aquí. Hay una mujer de pie a mi lado. El viento agita su rubio cabello. Detrás de ella, sobre la calzada, se encuentra mi peluca,

a la que está a punto de atropellar un 4 X 4. Un neumático la roza; la peluca se desliza como si tuviera vida y se detiene de nuevo sobre las líneas blancas que hay en el centro de la calzada.

Un día corrí siguiendo unas líneas blancas.

Miro a la mujer. Lleva a una niña de cuatro o cinco años cogida de la mano. Tiene la otra mano alzada para detener a los coches que circulan por este carril.

La niña me observa con curiosidad, sin miedo. No la asusta el desastre que tiene ante sí: una vieja esmirriada y medio calva con sangre en los ojos y una sola pierna hábil que, enganchada todavía a una muleta metálica, se debate sobre el asfalto sin poder levantarse. Los coches forman una cola detrás de mí. Me siento culpable del atasco. Alguien se apea de un vehículo y se pone a hablar por su teléfono móvil. Se le han salido los faldones de la camisa, que ondean movidos por la brisa que viene del mar.

La mujer se muerde el labio.

—¿Puede sentarse? —me pregunta—. ¿Quiere que la ayude?

La niña sigue mirándome, seria y distante como si este fuera tan solo uno más de los numerosos e insólitos sucesos que presencia a diario.

—Yo... yo...

Cuando despierto me encuentro en un hospital y me han dado algo que le quita importancia al mundo. Me siento increíblemente feliz. La enfermera es una mujer alegre, una fiesta en sí misma, con cintas, tarjetas con banda magnética y llaves tintineantes colgadas del cuello. Me dice que solo tengo que apretar un botón del gotero si creo que necesito más.

—¿Más qué? —Lo aprieto antes de que pueda contestarme y la sustancia se desliza, fría y agradable, hasta mi brazo.

—Petidina. —Me coge una mano—. De la familia de la morfina. No solo elimina el dolor —añade con una sonrisa—, sino incluso el recuerdo del dolor.

La miro de reojo. ¡Pero si yo todavía no he terminado con ellos! Soy un recipiente de recuerdos en un mundo de olvido.

Cuando se marcha me miro el brazo. Por encima de la muñeca llevo una cánula sujeta con esparadrappo a la piel.

Dora tomaba morfina de vez en cuando, con discreción, como quien bebe whisky para relajarse. Empezó a consumirla después del aborto, antes de casarse, pero siempre lo controló. No consideraba necesario esconderla. En Great Ormond Street siempre había unas ampollas en un estante del armario del cuarto de baño.

Estaba sentada en la cocina del piso de Bloomsbury, sin apenas respirar. Una mosca recorría el borde de una taza de té y arrojaba al interior una surrealista sombra de

largas patas. Yo la enfocaba cuidadosamente con la cámara; quería capturarla antes de que el ruido del obturador la ahuyentara. La mosca levantó las dos patas traseras y se las frotó con una especie de júbilo disléxico. Hans estaba en la biblioteca.

Sonó un timbrazo. La mosca desapareció.

Nuestro número de teléfono era Holborn 7230, pero no aparecía en el listín, de modo que nadie podía llamarnos a menos que se lo hubiéramos dado. Descolgué el auricular y solo oí el tono. Entonces caí en la cuenta de que lo que había sonado era el interfono de la puerta principal, que habían instalado para avisar al conserje si había que dejar algún paquete o si algún vecino se había dejado las llaves en casa.

—¿Diga?

—Soy yo —dijo ella.

—Voy a ver si sé abrir. —Hans y yo teníamos llave, de modo que nunca había utilizado el portero automático. Empecé a apretar botones.

—¿Por qué no bajas?

Dora estaba en el umbral, entre un maletín que yo sabía que era de Hans y el pesado estuche de una máquina de escribir. Vestía pantalones, un suéter de cuello vuelto y una chaqueta que parecía de hombre, aunque bien podía ser que sencillamente le quedara grande. Llovía.

—Necesito mi propio espacio —dijo—. ¿Puedo quedarme aquí? —Tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Eso ni se pregunta. —Le di un abrazo.

Dora no había dormido bien últimamente. Aquella primera noche tomó Veronal y durmió hasta la mañana. A la hora del desayuno entró en la cocina con un pijama color burdeos de Toller y se sirvió un café. Abrió otro sobre de medicamento y lo vació en la taza, golpeándolo con el índice para que cayera hasta el último grano de los polvos.

—Esta tarde ya estaré recuperada —dijo, y se volvió a la cama. Dominaba las dosis del medicamento a la perfección: si tomaba demasiado de golpe, se sumiría en un sueño permanente; por eso repartía la dosis en dos tomas.

Por la tarde despertó chispeante y con buena cara, y se marchó a una reunión de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Hans y yo fuimos al cine a ver *King Kong*, que acababa de estrenarse; vimos cómo el monstruo trepaba hasta lo alto del edificio y bramaba al mundo.

A partir de ese día vivimos los tres en el último piso del número 12 de Great Ormond Street, esquivándonos, rodeándonos y queriéndonos unos a otros, cada uno a su manera.

Cuando no estaba durmiendo o en compañía de algún hombre, Dora trabajaba. Hablaba inglés con fluidez —lo había estudiado en el colegio y había pasado temporadas en Gran Bretaña—, y por eso muchos refugiados venían a verla al piso para pedirle ayuda. Ella les traducía los documentos que certificarían su identidad ante las autoridades británicas y escribía cartas suplicantes dirigidas al Ministerio del

Interior. A través de Fenner Brockway conoció a otros miembros izquierdistas de la Cámara de los Lores, con uno de los cuales, lord Marley, que presidía el Comité de Ayuda a las Víctimas del Fascismo Alemán, trabó buena amistad.

Dora no tardó en convertirse en la refugiada mejor relacionada de la ciudad. Tenía fama de poder arreglar cualquier problema con la impenetrable administración británica. Bajo seudónimo, escribía artículos sobre prisioneros políticos y el rearme alemán para el *Manchester Guardian*. Trabajaba por la liberación de los presos políticos del Reich y en la campaña a favor de que se concediera el premio Nobel de la Paz a Cari von Ossietzky. Ayudaba a Toller a redactar sus discursos y su extensa correspondencia. La mayor parte de estas tareas no eran remuneradas, pero conseguía reunir algún dinero de los comités, de sus artículos periodísticos o de su trabajo con los pocos refugiados famosos que, como Toller, todavía podían pagar. A veces me pedía un cheque para salir de un apuro. Casi siempre se lo entregaba a alguien a quien consideraba más necesitado. El dinero simplemente pasaba por sus manos; ella vivía de aire, migas, humo y esperanza.

Pese a todo ese trabajo y a toda esa gente que reclamaba su energía, jamás la vi ponerse nerviosa. Como suele ocurrir con las personas que trabajan sin parar, daba la impresión de que, paradójicamente, siempre tenía tiempo. En su presencia los demás se tranquilizaban, el pánico parecía infantil, o cuando menos improductivo. Yo veía cómo refugiados desesperados y alicaídos recobraban en nuestra cocina su identidad perdida de activistas, políticos, poetas o periodistas mientras ella los escuchaba en silencio, con los dedos de los pies apoyados en un travesaño de la silla y un cigarrillo entre el índice y el pulgar. Se recuperaban gracias a la fe laica de Dora: su convicción de que siempre se podía hacer algo.

La hiperactividad de Dora nos ponía en evidencia a Hans y a mí. Si bien yo era feliz explorando la ciudad con mi cámara y realizando pequeños trabajos para los comités de ayuda, él estaba malhumorado y apático. Por eso le propuse que ofreciéramos nuestro piso para celebrar las reuniones del Partido de los Trabajadores Socialistas en el Exilio. Creí que así nos sentiríamos los dos más implicados, o al menos él. Otros miembros de nuestro pequeño partido habían acabado también en Londres, y les gustaba seguir viéndose. Empezamos a reunirnos los martes por la noche en nuestra cocina; yo redactaba las actas con la máquina de escribir de Hans. Descubrí que estar detrás de la máquina de escribir me gustaba casi tanto como estar detrás de la cámara; me proporcionaba un propósito y una protección.

El primero en cruzar la puerta siempre era Helmut Goldschmidt, un cajista de Mainz. Helmut era muy corpulento, e inflamable e impulsivo como un oso. Tenía el pelo rubio rojizo, pestañas incoloras y un grueso labio inferior que le colgaba si se le olvidaba cerrar la boca. Antes de la guerra había sido aprendiz de techador, pero después se aficionó a los libros y cambió de oficio. Cuando se hacía un silencio durante la reunión, cogía un libro, lo sopesaba como si fuera una granada y declaraba: «¡Una idea es un arma para cambiar el mundo!».

Hans me miraba y ponía los ojos en blanco ante aquellas exhibiciones de fervor, pero no podíamos ser exigentes con nuestros afiliados. Helmut siempre nos llamaba «camaradas» y se descalzaba nada más entrar en el piso.

También venía nuestra amiga Mathilde Wurm —la antigua jefa de Dora—, que a menudo traía un cesto con queso y pan moreno, infusiones de hierbas y su labor de punto. Mathilde había sido una política inquebrantable, pero viéndola de pie en el umbral, con sus zapatos cómodos y el cesto lleno de provisiones, daba la impresión de que lo que más necesitaba ahora nuestro movimiento era alimentarse y vestirse debidamente, tras lo cual la tarea de cambiar el mundo vendría por sí sola. También acudían a las reuniones Eugen Brehm, un callado librero con gafas de Berlín, y un chico rubio y bajito de cutis amarillento que siempre tenía hambre y cuyo nombre no recuerdo.

La directiva del partido se había instalado en París. Nosotros formábamos un destacamento con tres tareas asignadas. La primera era recaudar dinero que el partido enviaría a Alemania para los miembros en la clandestinidad que necesitaban alimentos, y para los que estaban en la cárcel o en campos de concentración y necesitaban una defensa legal. No estaba muy claro qué teníamos que hacer para recaudar ese dinero, aparte de plantarnos en una esquina con una lata (actividad por la que nos habrían detenido). De momento la mejor idea que se nos había ocurrido era crear un boletín donde contaríamos lo que sucedía en Alemania y cobrar a los suscriptores.

La segunda tarea consistía en tratar de alertar a la población británica de lo que sucedía en realidad en nuestro país. Gran Bretaña debía entender la amenaza que representaba Hitler, no solo para los alemanes, sino también para el resto de Europa. Pero esa era asimismo una «actividad de carácter político», por la que podían deportarnos y enviarnos a una muerte segura. Presionar a los parlamentarios, publicar artículos en la prensa británica, incluso nuestra relación con el partido británico hermano del nuestro, el Partido Laborista Independiente, entrañaban la amenaza de expulsión.

Nuestra tercera tarea era imprimir panfletos y conseguir introducirlos en Alemania. El chico era el que tenía mejores ideas sobre cómo hacerlo: podíamos imprimirlos, en letra minúscula, en papel de seda con el que forrar cajas de puros o en papel encerado para envolver pastillas de mantequilla inglesa, o, más osado aún, meterlos dentro de los panfletos nazis. Hitler podía haber amordazado a la prensa, pero nosotros creíamos que el pueblo, una vez debidamente informado, entraría en razón y preferiría su libertad. (Resultó que subestimábamos la liberación de la propia identidad que ofrecían los nazis, el atractivo de la pertenencia ciega y el objetivo común).

Todas esas tareas —publicar un boletín para recaudar dinero, alertar a los británicos y componer los panfletos— dependían de que tuviéramos fuentes dentro de Alemania que nos proporcionaran información actualizada. Pero no las teníamos.

Contábamos tan solo con que los refugiados que llegaban nos contaran lo que habían oído y con interpretar lo que aparecía en la prensa. Al final decidimos refundir esa mezcla en nuestro boletín y en los panfletos.

En las reuniones reinaba un miedo latente que nos volvía irritables e indecisos. Estallaban fácilmente peleas sobre el pasado; el presente y el futuro eran demasiado pantanosos para navegar por ellos. Perdíamos el tiempo discutiendo sobre qué facción izquierdista —los socialdemócratas, los comunistas o nuestro pequeño partido— era más responsable de la victoria de los nazis en febrero. El chico divagaba, incansable, sobre tinta invisible, buzones y perros con un barril colgado del collar. Pero nuestro principal problema seguía siendo cómo obtener información de Alemania. Sencillamente no contábamos con los contactos necesarios. Estábamos atascados. En las dos últimas reuniones, ni siquiera habíamos logrado decidir qué nombre pondríamos al boletín.

Dora no asistía a esas reuniones. Había abandonado el partido en enero, antes de las elecciones, argumentando que su existencia dividiría aún más el voto contra «ese pequeño bruto rabioso». Como siempre, tenía razón.

Y a mediados de 1933 participaba en algo de mayor envergadura. Dora lo llamaba «el contrajuicio», pero oficialmente se denominaba Comisión Investigadora del Incendio del Reichstag. Iba a ser un acontecimiento espectacular: un simulacro de juicio en Londres ante un tribunal de jueces ilustres de diversas nacionalidades. En apariencia se trataba de examinar las pruebas contra el pobre desgraciado de Van der Lubbe y los otros acusados de incendio con el fin de desacreditar su inminente juicio en Alemania y, con suerte, salvarles la vida. Pero el verdadero propósito era sentar en el banquillo a los propios nazis: demostrar los inicios terroristas del régimen con el incendio y la dura represión posterior. Creíamos que de ese modo Gran Bretaña no podría continuar haciendo la vista gorda con Hitler ni apoyándolo tácitamente.

Dora no podía hablar de su trabajo, pero yo sabía que estaba utilizando a sus contactos en la clandestinidad para sacar de Alemania a los testigos y llevarlos a Gran Bretaña. Una vez estaba tan emocionada que se le escapó que había conseguido convencer al exdirector de la policía de Berlín —que había supervisado la investigación del incendio— de que fuera a Londres. Se pasaba las noches traduciendo al inglés el testimonio de esos testigos para los jueces.

Gracias a su amistad con lord Marley, Dora se había asegurado de que el juicio obtuviera el apoyo de las altas esferas británicas. Lord Marley era atractivo, serio y perseverante, con grandes ojos oscuros bajo una frente prominente, bigote negro como el azabache y una corpulencia considerable. Su hoja de servicios durante la guerra era impresionante, si bien nunca hablaba de ella, y después se había unido a diversas causas difíciles, pero como si no lo hiciera por motivos de conciencia, sino simplemente porque había que «arrimar el hombro y hacer lo que se podía». Era un hombre de profunda tenacidad y profundos principios: había intentado cinco veces sin éxito salir elegido diputado (al final le concedieron el título de lord e ingresó en la

Cámara de los Lores, que él describía, con un destello en los ojos, como «un museo, con sus piezas disecadas»), y solo tras cuatro visitas a nuestro piso accedió a dejar de llamarme doctora Wesemann, pero a condición de que yo lo llamara a él Dudley. Debido a la ayuda que prestaba a los refugiados, últimamente los periódicos habían empezado a calificarlo de «amante de los judíos». «Como insulto no es gran cosa — me dijo un día con una sonrisa mientras desayunábamos—, ¿verdad?».

Una tarde de principios de agosto, Dora nos dijo: «Esta noche me quedaré en casa, así que podría asistir. A vuestra reunión. Si os parece bien».

Yo me alegré, pero a Hans no le hizo ninguna gracia. En Berlín él conocía a todo el mundo, estaba al corriente de las noticias y los cotilleos antes de que llegaran a los periódicos. En Londres, Dora tenía contactos excelentes, mucho mejores que los que él jamás llegaría a tener. Eso le hacía revivir la rivalidad de aquellas primeras reuniones en Munich. Y, peor aún: la inseguridad pueblerina que lo había perseguido durante la infancia, la sensación de que la vida real se hallaba siempre en otro sitio y se desarrollaba al margen de él.

—Se digna venir —masculló mientras se ataba los cordones de los zapatos en nuestra habitación—. Qué emoción.

—No seas antipático —dije—. No puede perjudicarnos.

Últimamente me había fijado en que Helmut empezaba a adquirir ese aspecto demacrado y grisáceo de quienes vivían a base de «té y dos rebanadas»: el pan y la margarina que repartían en los asilos de pobres. Incluso entre los exiliados socialistas había una especie de orgullo y todos fingíamos no reparar en que Helmut pasaba hambre. No obstante, Hans y yo decidimos que en nuestras reuniones habría comida. La última vez Mathilde había traído pastel de carne y ahora me tocaba a mí.

Yo nunca había cocinado. La señora Allworth me dio una receta que «hasta el más inútil» sabría preparar. «Se mete un pedazo de ternera en el horno —dijo—, a fuego medio, durante cuarenta y cinco minutos, se deja descansar diez minutos y se añaden las patatas. No puede fallar».

Hice lo que me había indicado, y cuando llegaron los demás percibieron en el piso un intenso olor que era nuevo para nosotros: el olor a carne de ternera inglesa.

Helmut apareció con un ojo a la funerala; tenía la cuenca de color berenjena, con los bordes amarillentos, y el párpado rojo e hinchado.

—Dios mío —dijo Matilde dejando a un lado la labor de punto.

—Un pequeño altercado —dijo Helmut, y retiró la silla de la cabecera de la mesa para sentarse. Un refugiado de su pensión lo había acusado de ser un tráfuga y le había estampado la cara contra el picaporte de una puerta—. Pero él está peor que yo, os lo aseguro —continuó Helmut mientras sacaba sus papeles de la cartera—. Además, seguramente el tráfuga es él. Muchas veces quienes acusan a los demás son los que se han pasado al otro bando, ¿verdad?

Miré a Dora, que tenía una rodilla apoyada contra el borde de la mesa y hacía girar un lápiz entre los dedos. No dijo nada. Nadie dijo nada. Habría sido fácil

ponerse paranoico. Corrían innumerables rumores sobre refugiados que, incapaces de soportar aquella vida de miedo y privaciones, se convertían en informadores de los británicos. O en algo peor. No teníamos pruebas de que la Gestapo ya estuviera actuando allí, pero la gente hablaba.

Entonces Mathilde posó ambas manos, regordetas y oscuras, encima de la mesa, la una sobre la otra.

—Creo que es importante —dijo con una voz tan serena que bien podría haber estado hablando de la distribución de la leche en las guarderías— que no dejemos que la desconfianza mine nuestra energía. Una desconfianza infundada, a buen seguro. —Miró directamente a Helmut por encima de sus gafas y añadió—: Y sin ninguna duda, perjudicial.

Nos sentamos a la mesa. Aunque estuviéramos en una cocina pequeña de una buhardilla en un miasma de carne caliente, no permitiríamos que nada nos pusiera en jaque. Dora se toqueteaba un padastro. Debido a su presencia, todos —excepto Mathilde, que era imperturbable— sentíamos que debíamos demostrar lo que habíamos estado haciendo. El chico empezó a comer pan. Hans fumaba y no paraba de mover la pierna arriba y abajo.

Saqué la bandeja del horno con una manopla con la Torre de Londres bordada que había comprado. La carne tenía el aspecto que debía tener. La saqué de la fuente y metí las patatas en el horno para que se tostaran. Nada más empezar a cortar la carne, vi que tenía un color rosa rojizo y una textura fibrosa que no había visto nunca.

Hans hizo una mueca.

—¿Qué le ha pasado a esa vaca?

—Es ternera en salmuera —dijo Dora levantando la cabeza.

—Ah. —Hans me lanzó una mirada de compasión. Me quedé contemplando el humeante pedazo de cecina: era un corte para hervir, no para asar.

—No importa —dijo Mathilde con firmeza, y su opinión se impuso. Corté la pieza de carne en hebras y la serví.

Helmut dio por iniciada la reunión. El primer punto del orden del día era el congreso internacional de sindicatos que iba a celebrarse en Brighton. Propuso que fuera alguno de nosotros, ya que la delegación alemana no podría asistir. Tal vez se presentara incluso la ocasión de instar a los sindicatos ingleses a ayudar a los sindicalistas alemanes, ahora en la clandestinidad. Helmut conocía a alguien de la Sociedad de Compositores de Londres que podía conseguirnos una entrada. Todos coincidimos en que debía ser él quien acudiera.

—Bien —continuó—, segundo punto del orden del día: la impresión del boletín.

—Comoquiera que se llame —farfulló Hans. Le lancé una mirada suplicante.

Me tocaba a mí informar. Comenté que el Partido Laborista Independiente había accedido, en principio, a dejarnos utilizar su imprenta, pero que de momento estaba estropeada.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones —intervino Hans—. Nuestro

principal problema es que no vamos a llamar mucho la atención si nos limitamos a hacer un refrito de la información que ya corre por ahí. Tenemos que encontrar nuestras propias fuentes.

—Creía que eso ya había quedado claro —replicó Helmut—. No tenemos fuentes; por eso decidimos que el boletín fuera una especie de recopilación. —Miró a Hans. No quería volver a hablar de un asunto que daba por zanjado—. ¿No es así?

Pero a Hans no le hacía gracia resumir noticias en lugar de publicar primicias. Y menos aún mostrarse conforme con eso delante de Dora. Helmut siguió hablando con su franqueza y naturalidad habituales, como si en efecto Hans hubiera olvidado lo acordado en la reunión anterior.

—El segundo problema, como recordaréis —decía Helmut, que iba levantando sus gruesos dedos para llevar la cuenta—, era que nuestros artículos para la prensa tendrían que estar redactados en inglés. Por lo tanto, alguien debería traducirlos. Y en tercer lugar, no podemos firmarlos, evidentemente, pero todos coincidimos en que un artículo anónimo no tendría tanto peso. Por eso...

—Yo podría ayudaros. —Dora habló por primera vez, sin mirarnos, con la vista fija en el pedazo de carne que tenía en el tenedor. No se le daba bien el trabajo en equipo. Al igual que a Hans, le impacientaban los quorums, los órdenes del día, las actas y las mociones. Pero, a diferencia de Hans, ahora podía hacer las cosas más deprisa sola.

Hans se incorporó.

—¿Tienes una fuente dentro de Alemania?

—Más o menos —respondió ella.

—Entonces podríamos trabajar juntos. —De pronto, ante la perspectiva de un objetivo, el rostro de Hans se iluminó—. Escribir los artículos.

Dora se metió el pedazo de carne fibrosa en la boca. Creo que nunca saboreaba la comida.

—¿De qué clase de material se trata? —preguntó Helmut.

—Bueno —dijo Dora respondiendo a Hans con la boca llena—, de todas formas tengo que traducirlo. Una vez que lo haya traducido, el artículo está prácticamente escrito.

Hans se recostó de nuevo en la silla.

—Es fidedigno —añadió Dora respondiendo a Helmut—. Ahora recibo mucha información sobre la nueva flota aérea del Reich. —Se quitó un pedacito de carne que se le había quedado entre los dientes.

Lo que no reveló fue de dónde obtenía esa información. Nadie se lo preguntó. Estábamos aprendiendo que, si bien la nuestra habría podido ser una relación de uno para todos y todos para uno, había entre nosotros una jerarquía tácita en lo referente a la información y la confianza.

—Y respecto a lo de los artículos anónimos —continuó Dora—, estoy de acuerdo. No deberíamos publicar nada sin firma si podemos evitarlo.

—Pero no podemos... —empezó a decir Helmut.

—Tenemos que encontrar a algún británico —lo interrumpió Dora— que acceda a firmar por nosotros. Eso nos protegería... y protegería a nuestras fuentes. Además — apartó su plato y se palpó los bolsillos de la chaqueta y los de los pantalones en busca de cigarrillos—, a los ingleses les resulta más fácil confiar en un compatriota.

—Y que lo digas —masculló Hans.

Dora no le hizo caso.

—Sería algo así como una tapadera, un caballo de Troya británico. —Se rio por lo bajo mientras encendía una cerilla—. Necesitamos un caballo de Troya británico para todo.

Hans se sentía humillado, pese a que Dora simplemente se mostraba tan chistosa, franca y práctica como siempre. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que desde que se había marchado del piso de Toller esas cualidades ya no eran las manifestaciones externas de una ternura más profunda. Eran más bien defensas.

Al final de la reunión, Dora hizo un aparte con Helmut cerca del balcón. Yo me puse a recoger los platos en un extremo de la mesa.

—En el congreso de sindicatos —le oí decir con cierto tono de autoridad—. Ten mucho cuidado con cómo te expresas cuando hables de apoyar al movimiento clandestino.

—Por supuesto —repuso Helmut. No supe distinguir si le molestaba un poco que una mujer que parecía un gorrión y a la que sacaba quince años le dijera lo que tenía que hacer.

Cuando todos se marcharon, Hans, Dora y yo nos sentamos en la cocina, rodeados de platos y ceniceros. La puerta del balcón estaba abierta. El cielo tenía ese color amarillo grisáceo de las ciudades donde se quema mucho carbón y era solo un poco más alto que nuestro techo, también gris amarillento.

El descontento de Hans se había acentuado durante la velada.

—Es Bertie, ¿verdad? —le preguntó a Dora. La rodilla se le había descontrolado—. Es él quien te envía material.

Dora estaba arrellanada en la silla, con los tobillos cruzados. Pronto se encerraría en su habitación y trabajaría hasta bien entrada la noche en traducciones y artículos. Algunos refugiados que conocíamos habían sido denunciados por realizar actividades políticas, traicionados por el ruido de sus máquinas de escribir, así que Dora solo la utilizaba durante el día, cuando los vecinos estaban en el trabajo.

—Sí. —Dora expulsó un anillo de humo.

—¿Te lo envía aquí? —pregunté.

—No, a las oficinas del Partido Laborista Independiente. Eso es lo bueno de que esté en Estrasburgo: sus cartas llevan matasellos francés.

Hans la miró de reojo sin levantar la cabeza.

—¿Y no nos confiaste esa información sobre Bert?

—No es por vosotros. —Dora apuntó con la barbilla hacia la puerta por donde se

habían marchado los demás—. Pero a esos casi no los conozco.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Hans—. Helmut es cajista, un hombre noble. Mathilde es tu antigua jefa, tu amiga, ¿no? Eugen es un miembro fundador del partido. El chico ese, como se llame, es solo un crío.

Dora permaneció callada. Parecía que Hans se hubiera quedado sin aire; sentado en el diván verde, parecía encogido.

—Bueno —dijo—, Bertie te ha escogido a ti y no a mí.

—No te preocupes, amor mío —dije—. No te lo tomes como algo personal.

—¿Hay alguna otra forma de tomárselo? —Tenía la voz quebrada. Doblaba de una en una las cerillas de una carterita, las arrancaba y las encendía.

—Yo no le daría demasiada importancia —apuntó Dora—. Era lógico que me escogiera a mí por mi dominio del inglés.

Hans se levantó del diván y fue hacia la puerta del balcón.

—Ni siquiera me lo comentó —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Salió a fumar y pasearse.

Sonó el timbre. Dora fue al recibidor y descolgó el interfono.

—Sube —dijo, apoyada contra la pared, un pie descalzo sobre la rodilla. Cuando se dio la vuelta estaba radiante.

Al cabo de un minuto Fenner Brockway entró por la puerta sonriendo y jadeando un poco. Lo vi con los ojos de Dora: un hombre alto de aspecto inocente, desgarrado como una regla plegable, con la cara alargada y una mata de cabello oscuro. Tenía las mejillas sonrosadas y ojos perspicaces y brillantes detrás de unas gafas redondas sin montura. Parecía cóncavo de tan largo como era su cuerpo; se diría que el cinturón lo sostenía. Fenner era el líder del Partido Laborista Independiente y un viejo amigo de Dora, que decía que era «un verdadero *gentleman* inglés». Yo había negociado con él para que el partido nos permitiera editar nuestro boletín en su imprenta.

—¿Me he perdido algo? —preguntó contemplando los restos de comida que había en la cocina.

—Ha habido reunión del partido —dije. Hans saludó a Fenner con la mano desde el balcón y siguió paseándose—. Y también —añadí— una ternera espectacular. En salmuera y asada.

Fenner hizo una mueca de asco exagerada y aspiró entre los dientes.

—Oh, cielos —dijo—. Se me olvidaba. —Sonrió—. Las planchas ya están arregladas, Ruth. Siento muchísimo lo de la carne.

—No te preocupes. Gracias. En cuanto nos hayamos puesto de acuerdo respecto al nombre, podremos empezar a imprimir.

Lavé los platos. Dora preparó más café y se retiró con Fenner a su habitación. Entonces salí al balcón para hacer compañía a Hans, que contemplaba la calle acodado en la barandilla. La gente que caminaba bajo las farolas no podía imaginar una vida como la que nosotros llevábamos allí, perseguidos y acorralados.

—Un caballo de Troya británico —dijo señalando con la cabeza hacia el

dormitorio de Dora—. Más bien diría que son ellos los que se le meten dentro.

—¡Hans! —En nuestro círculo de personas liberadas, nadie criticaba a nadie por los amantes que tenía—. Recuerda que está sola aquí —añadí—. Nosotros nos tenemos el uno al otro.

—Y ella tiene a quien quiere. —Me sorprendió su amargura.

Cuando fuimos al dormitorio siguió paseándose. Su imagen se reflejaba en los cristales de la ventana: una figura pálida que pasaba de un rectángulo a otro. Se desnudó y se metió en la cama. Apagó la lámpara de la mesilla de noche y se tumbó dándome la espalda.

En aquella ciudad de colas silenciosas bajo la lluvia —los cuerpos separados por la distancia adecuada—, de té con leche y café malo y pan lleno de aire, Hans no podía sentir que existía. Trataba de invertir sus días en una novela, con la esperanza de surgir algún día famoso y triunfante de entre sus cubiertas. Pero por las tardes volvía de la sala de lectura como alguien que se ha perdido a sí mismo.

Yo le servía de poco consuelo en un mundo que le estaba fallando. Aunque él nunca lo dijera, tenía la impresión de que a Hans le parecía ridículo que yo encontrara satisfacción y sentido en aquellas reuniones triviales, en dar de comer a la gente, en extender cheques; eran los pasitos ignominiosos de un soldado de infantería en aquella batalla. Lo abandonó el deseo. Cuando hacíamos el amor, tocaba mi cuerpo como si estuviera reparando una máquina. Yo tenía unos sueños aterradores. En uno abría las piernas y dentro de mí había una boca enorme con un paladar rugoso y una epiglotis roja en el fondo; una boca abierta en un grito silencioso de carencia.

Hans se incorporó en la oscuridad. Cogió la ropa que había dejado en una silla y su cartera de la mesilla de noche.

—Me voy a ver a Werner.

Últimamente Hans tenía un nuevo amigo, Werner Hitzemeyer, un alemán que se hacía llamar Vernon Meyer para integrarse entre los ingleses. Werner vivía con su hermano en Golders Green y era el representante en Alemania de los almacenes Liberty. Cuando Hans me contó que Werner todavía podía ir y venir libremente de Berlín, le dije: «Entonces es que es uno de ellos». Hans montó en cólera y me gritó que me había vuelto paranoica, que me había dejado vencer por ellos, que no todo en el mundo era política, que había sitios donde la vida continuaba. Yo suponía que esa otra vida incluía a un individuo pulcro y rubio con bigotito y una maleta llena de muestras de tela que por la noche salía con mi marido.

—Muy bien —dije, y Hans se marchó.

Me dolía, pero no lo suficiente para que intentara impedirselo. Pese al éxito y el encanto de Hans, en el fondo yo siempre había intuido que era la más sólida de los dos, un ancla de su ambición. Creía que Hans superaría aquello y volvería conmigo. Pero el precio de dejarlo marchar era que mi vida empezaba a parecerme mediocre, como si yo solo fuera una suplente en ella y alguien con muchísimo más carisma y talento fuera a ocupar mi lugar en cualquier momento. Quizá ya lo hubiera hecho.

Por la mañana Dora salió a preparar café. Yo estaba sentada a la mesa limpiando lentes con un trapito y alcohol, preparándome para empezar un nuevo proyecto: fotografiar a los trabajadores de los muelles. El marido de la señora Allworth era capataz y se había encargado de que me permitieran entrar. Dora llevaba una camiseta y unos pantalones de pijama. En el piso ya hacía calor.

—¿Se ha marchado Hans temprano?

—Sí —mentí. Seguí limpiando la lente.

—¿Qué pasa, Ruthie?

Dejé la lente y el trapo en la mesa. Tendría que mirarla.

—¿Por qué te empeñas en excluirlo? —dije—. ¿Por qué no le asignas alguna tarea?

—Está escribiendo la gran novela del exilio, ¿no? Ya tiene mucho trabajo.

—No seas cruel.

—No soy cruel —repuso ella, pero su tono se suavizó; sabía que burlarse de él significaba ser cruel también conmigo. Apartó una silla y se sentó en ella al revés—. Soy prudente. Por el bien de todos nosotros. Por el de Bertie, el mío y el de vosotros dos.

—Él solo pretende ser útil —afirmé.

—De acuerdo, pensaré algo. —Sin decir más, se llevó las dos tazas al dormitorio.

Cuando ya me iba, Dora asomó la cabeza por la puerta. Un solo hombro atezado desnudo.

—Acabo de acordarme. ¿Qué te parece «La otra Alemania» como nombre de vuestro boletín?

—Buena idea —dije.

—No es mía. Es de Toller. —Miró mi cámara y añadió—: Bueno, no pierdas el barco. —Su voz tenía una cadencia perezosa, una sensación que yo casi había olvidado. Me hizo un saludo militar y volvió a meterse en la habitación.

Más tarde comenzó a pasar a Hans parte del material que Bertie le enviaba y otras informaciones extraídas de publicaciones alemanas que podríamos usar en nuestro boletín. Se referían sobre todo a la creación de campos de internamiento para prisioneros políticos y al destino de conocidos nuestros que habían acabado allí. El noventa por ciento de los prisioneros de los campos pertenecían a la oposición política; todavía no había empezado la campaña contra los judíos y los demás.

Pero Dora se reservaba los documentos de alto nivel con objeto de intentar publicar artículos basados en ellos en los periódicos británicos. Yo suponía que provenían de los contactos que Bertie tenía en las fábricas de armamento; eran hojas de pedido de piezas y facturas dirigidas al gobierno. Dora se había propuesto mostrar esa información a la opinión pública y, al mismo tiempo, impedir que Bertie —y de rebote sus fuentes— fuera descubierto. Siempre había que buscar el equilibrio entre esas dos cosas: la información y su posible precio, que podía ser terrible.

Resulta difícil saber cuándo se inicia algo, cuándo su desenlace empieza a ser

posible. Y luego está el otro momento, el momento en que ya no podemos frenar lo que hemos puesto en marcha. «Aparta de mí este cáliz», dijo Jesucristo, ¿no? Pero entonces ya era demasiado tarde.

Toller

Son las ocho de la mañana. Últimamente da dos toques en la puerta y entra sin más.

Clara me tiende el *New York Times* con mano temblorosa. Su voz refleja zozobra.

—El barco de Paul ha llegado al puerto de La Habana, pero Cuba no lo deja atracar. El gobierno exige muchísimo dinero. ¿De dónde van a sacarlo? No sé...

Cojo el periódico. El titular reza «Barco de refugiados a la vista». Clara no puede esperar a que lea la noticia.

—Iban a quedarse en Cuba como turistas hasta que recibieran el visado para viajar a Estados Unidos. —Percibo su esfuerzo por controlar la voz, por convertir todo esto en un asunto racional de permisos de entrada comprados y pagados, por convencerse de que el mundo es razonable y de que sus temores tienen que ser infundados—. Paul tiene un documento de desembarque, mis padres lo compraron junto con el pasaje. Pero ahora el presidente cubano los ha anulado todos. No entiendo...

—Les darán el visado —afirmo—. O algún tipo de permiso.

Clara se aprieta la nariz con dos dedos, cierra los ojos y traga saliva.

—No pueden rechazar a todo el pasaje de un barco —digo—, ¿no le parece?

Sonríe un poco, como si, en efecto, fuera una idea absurda y catastrofista. Luego su rostro vuelve a ensombrecerse.

—Hay cartas al director —dice señalando el periódico— en contra de dejarlos desembarcar aquí si Cuba no los acepta. Dicen que no hay suficientes empleos para los de nuestra clase...

—¿Hay también cartas a favor?

—Creo que sí. —Se sienta y estira un hilo suelto que encuentra en la manga—. Los de nuestra clase —repite.

—No haga caso de esas cosas —digo—. Yo también escribiré una carta. Podemos hacerlo ahora mismo.

Leo el artículo por encima. Hay una fotografía del *Saint Louis* en el puerto de La Habana. Tiene un aire inesperadamente festivo, con una tira de banderines tendida de proa a popa. Pero está rodeado de un cordón de barcos de la policía. Detrás hay pequeñas embarcaciones desde las que los parientes y amigos que ya se han salvado saludan con la mano a sus seres queridos. Según el artículo, el Comité Conjunto de Distribución Judío Americano va a desplazarse hasta allí para tratar de negociar con el gobierno cubano una solución al problema de los refugiados. El gobierno de Estados Unidos guarda silencio. Los canadienses se han negado de plano a aceptar a los refugiados. Y en Europa Hitler saca el máximo partido a la situación y dice que si el mundo entero se niega a aceptar a los judíos, ¿cómo pueden culpar a Alemania de su destino?

Escribimos una carta abierta al presidente apelando a la fraternidad internacional

y a nuestra propia humanidad. Escribo: «Tener la oportunidad de salvar a alguien y negarse a hacerlo debe de ser, en cualquier religión, un pecado capital...».

Después de mecanografiarla Clara llama a un botones para que la lleve al periódico. Cuando vuelve a sentarse, respira hondo y se alisa la falda sobre las rodillas.

—¿Cree que las cartas sirven de algo? —me pregunta. En sus ojos se reflejan el dolor y la esperanza.

Extraigo tanta fuerza como puedo de algún lugar dentro de mí: del actor, del orador, del vendedor de esperanzas y del charlatán.

—Sí —respondo—. Sí, creo que sirven.

Ruth

Este botoncito, inofensivo como el de una manta eléctrica, me suministra la petidina siempre que quiero. A las personas de mi edad no se molestan en racionársela. *Après moi, le déluge!*, como dicen los franceses. La sustancia me hace entrar y salir de partes de mi vida que parecen más reales que esta habitación. Por lo que me ha contado Bev, un adicto puede perder diez años de su vida buscando exactamente esto: el presente constante. Después, los que no han muerto despiertan en un mundo que ha continuado sin ellos; es como si al drogadicto no le hubiera pasado nada durante esos años, como si no hubiera envejecido ni crecido, y ahora tiene que ponerse al día —en los estudios o con las personas que amaba—, solo que el tiempo ha llevado a los demás a otra parte.

A veces acompañaba a Dora en sus paseos. El destino y el ritmo de sus pasos me indicaban de qué clase de paseo se trataba. Por las mañanas solía caminar deprisa, sus pies avanzaban por una pista invisible: dejaba atrás Coram's Fields y Russell Square, rodeaba el Museo Británico y atravesaba Bloomsbury Square. No hablaba. Entonces yo sabía que estaba reflexionando sobre algún problema de estrategia o algún escrito. Creo que no se fijaba en nada de lo que había en la calle: ni en los colegiales que hacían cola para visitar el museo, ni en el hombre con la frente apretada contra el cristal de la cabina telefónica, ni en la mujer de la bicicleta con el cesto lleno que se tambaleaba y viraba bruscamente para esquivar a Dora, que había bajado del bordillo sin mirar.

Por las tardes, cuando ya tenía el trabajo hecho, paseábamos cogidas del brazo como dos hermanas y hablábamos de cualquier cosa que nos pasara por la cabeza, o no hablábamos. Esos paseos eran más lentos, más verdes: íbamos a menudo a Hyde Park o Regent's Park. Un día de verano nos tumbamos en la hierba de Primrose Hill, la espalda curvada sobre el espinazo de la tierra. El cielo era de un azul pálido y uniforme. Si apoyabas la cabeza sobre el blando suelo y cerrabas los ojos, la ciudad entera desaparecía. El aire olía a miel y estaba cargado de semillas de diente de león, mosquitos diminutos que no podían sino danzar. Los ruidos nos llegaban escindidos de quienes los producían: la risa de una mujer, el gimoteo de un bebé, el gruñido de un animal del zoo. Notábamos cómo giraba el planeta.

Algo húmedo me golpeó en la axila: una pelota, seguida del morro de un desmadejado cachorro rubio con demasiada piel para un cuerpo tan pequeño.

—¡Muy bien! —dijo Dora riendo. Se incorporó apoyándose en un codo. Una vocecilla gritó: «¡Digby! ¡Digby!», y una niña con trenzas rubias y sandalias se detuvo resollando ante nosotras. Le faltaban varios dientes y tenía trasquilones en el flequillo, con el que evidentemente había estado experimentando con las tijeras. La niña se agachó, cogió al cachorro por el collar con una mano y con la otra le tiró de una oreja.

—¡Lo siento! —se disculpó, evaluándonos con la mirada. Al ver que no

estábamos enfadadas, añadió con aires de importancia—: Es que lo estoy entrenando.

—Ya lo veo —repliqué. Satisfecha, la niña se dio la vuelta, lanzó la pelota y echó a correr.

—¡Críos! —Sonreí. Entrelacé las manos sobre el estómago y volví a tumbarme. Cerré los ojos. El sol estalló en mi interior: manchas rosas, naranjas y negras se deslizaban bajo mis párpados.

Entonces noté la mano de Dora, firme, en la parte baja de mi abdomen.

—¿Estás...?

Abrí un ojo. Dora me miraba con los párpados entrecerrados debido al sol. Dejó la mano sobre mi vientre.

—¿Qué?

—¿Que si...?

Era una pregunta de otro mundo, de otra vida. La miré a la cara. Estaba seria. Hasta parecía ilusionada. Volví a contemplar aquel cielo despejado y pensé en lo mucho que se había limitado mi futuro. Tener un hijo en medio de la locura que vivíamos me parecía inconcebible. Pero de pronto, en aquella tarde apacible de pelotas y perros y niñas desdentadas, los predadores, uniformados o no, conocidos aunque todavía secretos en la ciudad que se extendía fuera del parque, desaparecieron. ¿Por qué dejar que se llevaran eso también? ¿Por qué privarnos de hacer alguna adquisición para el futuro?

Dora seguía con la mano posada en mi vientre. Cuando volví a mirarla, tenía las cejas arqueadas y las comisuras de la boca hacia abajo en una parodia de gesto interrogante, y comprendí dos cosas: que ella no abrigaba esperanzas de salir de aquello y que sentía curiosidad por saber cómo sería el futuro sin ella. Ahuyenté la idea de mi mente.

Al ver que yo no decía nada, soltó una risita.

—Normalmente la respuesta es sí o no. —Apartó la mano.

—No —dije—. La respuesta es no.

Dora respiró hondo, como cansada de un tema tan trivial.

—Todo esto habrá terminado pronto. —Señaló con un ademán a su alrededor como quitándole importancia a nuestra situación—. Nos iremos a casa. Entonces podrás planteártelo.

Sonó la campana de un vehículo de emergencia, cada vez más fuerte conforme se acercaba. Me incorporé.

—¿Una ambulancia? —me pregunté en voz alta—. ¿Los bomberos?

—Algún honorable miembro del Parlamento se habrá olvidado la pipa. —Dora miró hacia el zoo—. O se habrá escapado algún animal afortunado.

La siguiente reunión del partido estaba programada para mediados de agosto. Le pregunté a la señora Allworth, como de pasada, si le importaría prepararnos una sopa.

—Estupendo —dijo. Estaba limpiando la superficie de hierro de la cocina con un trapo gris de franela. Volvió la cabeza—. ¿Cómo quedó la carne?

Confesé. Ella se volvió y me miró boquiabierta, como si de pronto viera confirmada su opinión sobre la incompetencia de las clases altas. Pero era una mujer bondadosa y allí estábamos nosotros, venidos a menos. Controló la expresión de su rostro y dijo:

—Sí, claro, puede pasar. —Su voz solo contenía un levísimo rastro de incredulidad.

Preparó una sopa de guisantes con jamón, verde, cremosa y aromática. Helmut estrechó la mano a todos, los hombros encorvados, su mata de pelo rojizo. El cardenal del ojo había adquirido un tono amarillo verdoso. Habían acudido Eugen, el chico y Mathilde, que entró por la puerta con un vestido negro de gabardina y una gran lata de galletas bajo el brazo. No esperábamos a Dora.

Acabábamos de sentarnos a tomar la sopa cuando la puerta principal se cerró de golpe y Dora irrumpió en la cocina. Llevaba el jersey puesto del revés.

—Mirad esto. —Sacó un telegrama del maletín y lo dejó encima de la mesa—. Están desnaturalizando a la gente.

—¿Cómo? —preguntó el chico. Yo tampoco la entendí.

—Es una lista de treinta y tres personas a las que Berlín ha convertido en apátridas por decreto. Por su oposición política —miró el telegrama— o por haber «vulnerado el deber de lealtad al imperio y al pueblo, además de perjudicar los intereses de Alemania». —Alzó los brazos; tenía la voz quebrada—. Se lo quedan todo (casas, pisos, coches), les quitan los títulos académicos, se incautan de sus cuentas bancadas, anulan sus pasaportes. Hacen que dejen de existir legalmente. —Le temblaban las manos. Se agarró al respaldo de una silla—. Toller y Bertie están en la lista.

¿Qué es de ti si las autoridades declaran que ya no existes y tú te empeñas en seguir existiendo?

Hans cogió el telegrama.

—¿Todos los que aparecen en la lista están fuera del país? —preguntó.

—Sí. —Dora vio que Hans repasaba los nombres—. Tú no sales —añadió.

Hans levantó rápidamente la cabeza. Se recuperó enseguida y compuso una sonrisa irónica.

—Qué raro. No sé qué habré hecho mal.

Dora comentó a los otros que a nuestro amigo Bertie, exiliado en Estrasburgo, le confiscarían sus pequeños ingresos provenientes de Alemania. El partido tendría que enviarle dinero desde aquella cocina.

—No es fácil —aseguró Mathilde—. Tampoco puede decirse que nos sobre. —Mathilde tenía la actitud sensata y práctica de una anciana niñera—. Debería venir aquí con nosotros. Tiene más posibilidades de encontrar apoyo en Londres que viviendo solo en Francia.

Dora se quedó mirándola.

—No me parece buena idea —dijo—. Además, su pasaporte ha caducado. No puede entrar ni salir de ningún sitio.

Dora no podía decir que, si Bertie iba a Londres, estaría demasiado lejos para obtener información del otro lado de la frontera alemana. La mejor arma contra los nazis quedaría silenciada.

Siempre había momentos en que teníamos que decidir si el trabajo que determinada persona desempeñaba para la causa compensaba el peligro que corría. Nos convertíamos en responsables del riesgo que dejábamos asumir a los demás. Es un síndrome que también debería tener un nombre.

En el West End un grupo de inmigrantes alemanes había creado un club de nazis y patriotas locales. Su líder, Otto Bene, era un vendedor de tónico capilar que había llegado a Gran Bretaña en 1927. Cuando se publicó la lista de los treinta y tres, ese grupo clavó en la pared del club fotografías de las personas que aparecían en ella. Sobre las fotos de Toller, Bertie y los demás, colgaron una gran pancarta escrita con letras rojas goteantes que rezaban: «SI VES A ALGUNO DE ESTOS HOMBRES, ¡MÁTALO! SI ES JUDÍO, ¡ANTES HAZLO SUFRIR!».

No sé por qué, pero nos resulta más difícil tener miedo de lo que podemos ver con nuestros propios ojos: en aquel caso, unos chicos con uniforme liderados por un furibundo vendedor de brillantina. El miedo crece mejor con lo que no puede verse, porque no nos gusta pensar que tememos algo que, al mismo tiempo, nos parece risible.

¿En qué nos convierte eso?

En ciegos.

Una mañana estaba en los muelles mirando cómo unos hombres descargaban sacos de amianto azul que pesaban más que ellos de un barco procedente de Wittenoom, en el otro extremo del planeta. Cuando los sacos les golpeaban la nuca, gruñían e intentaban afianzar los pies en el suelo. El polvo que escupía la arpillera formaba ondas en el aire alrededor de ellos. Me agaché con la cámara para fotografiar la escena a contraluz: la piel, el sudor, los tendones, las partículas suspendidas en el aire. Todas las mañanas, el amable señor Allworth me dejaba entrar en los muelles. Con el paso de las semanas, los hombres ni siquiera se fijaban en mí.

Cuando vi venir a Hans corriendo supe que pasaba algo. Recorrió todo el muelle sin detenerse. Cuando llegó a mi lado, estaba sin aliento.

—Han... matado... a Lessing —dijo entre jadeos.

Theodor Lessing, escritor, filósofo e iconoclasta, era famoso en la Alemania de Weimar. Su esposa Ada y él eran amigos de la familia de Dora.

—Le han disparado dos agentes. —Hans se dobló por la cintura y apoyó las manos en las rodillas—. En su casa.

Me quedé helada.

—¡Pero si se había marchado! Estaba en... —Se me quedó la mente en blanco.

—En Marienbad. Checoslovaquia.

Salí con Hans del muelle. Tenía la impresión de que debíamos movernos, de que debíamos hacer lo que fuera menos quedarnos quietos.

Cuando llegamos a la calle, una mujer con una estola de zorro nos preguntó educadamente cómo se iba a la mercería Redman's, pero no pudimos ayudarla. Le pedí disculpas mirando sus ojillos castaños, redondos y brillantes como los del animal que se mordía la cola alrededor de su cuello. Habría podido tocar su brazo enguantado, habríamos podido ir juntas a comprar cintas, tomar el té, hacernos amigas. Quizá habríamos llegado a contarnos historias de peatones desorientados, desengaños de alcoba y taxidermia, pero yo nunca estaría tan a salvo como ella.

Durante la guerra, cuando éramos niños, habíamos conocido las catástrofes de la fe: en Dios, en la nación, en nuestros líderes. Theodor Lessing, que era una generación mayor que nosotros, era quien les había arrancado el velo para mostrarnos a qué intereses servían. Decía que la religión era «la publicidad de la muerte». Últimamente examinaba el atractivo de lo irracional en la vida política, centrando su análisis en el fascismo. Los nazis lo odiaban por eso más incluso que por ridiculizar a Dios. Ada y él habían huido a Checoslovaquia cuando los nazis llegaron al poder.

Unas semanas antes del asesinato de Lessing, los periódicos alemanes habían anunciado que el gobierno ofrecía una recompensa de ochenta mil marcos imperiales a quien lo secuestrara y llevara de vuelta a Alemania. Dora se reía cuando nos enseñó la carta que Lessing le había escrito sobre aquella noticia. Con su mordacidad característica, decía que durante toda su vida había sido víctima de comentarios despectivos sobre su cabeza —cerebro, chiflado, cabezota— y que nunca había podido ganarse la vida con ella. «Quién iba a decirme —escribía— que al final tendría tanto valor».

Cuando llegamos a casa, la puerta del dormitorio de Dora estaba abierta. Vi los papeles de siempre alrededor de la cama y al pie de la mesa, y la oímos trajinar. Hans y yo nos miramos sin saber qué decir.

Dora salió con los brazos cargados de documentos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Es horrible —dije—. Lo siento.

—Esto no es más que el principio. —Pasó a nuestro lado y abrió con su llave la despensa del recibidor. Había trasladado nuestros artículos de escritorio al armario de la cocina y empezado a usar la despensa, que se cerraba con llave, para guardar los documentos. La abrió y dejó los papeles con fuerza sobre el estante. Algunos cayeron al suelo.

—El principio —repitió Hans con voz ausente mientras se agachaba para ayudarla a recogerlos. De repente se paró—. Supongo que el gobierno checo hará algo. Elevará una protesta internacional, ¿no?

—Lo dudo —repuso Dora cogiendo los papeles que Hans tenía en la mano—. ¿Y qué le importa a Hitler que el gobierno checo proteste? Están haciendo correr la voz de que el asesinato es fruto de las luchas internas, los izquierdistas.

Hans recogió otro papel del suelo. Era la lista de las personas convertidas en apátridas.

—Lessing ni siquiera figuraba aquí —comentó como si hablara solo.

La voz de Dora sonó cortante desde el fondo de la despensa:

—Supongo que para eso tienen otra lista, ¿no crees?

Hans abrió mucho los ojos. Se había sentido herido en su orgullo al no recibir el «honor» de la expatriación, pero de pronto lo aterraba la posibilidad de estar en esa otra lista secreta. Advertí cómo apartaba la idea de su mente. Dora siempre lo sorprendía pensando en sí mismo.

—Tenemos que sacar a Bertie —dijo Hans—, o él será el siguiente.

—¿Crees que no lo he pensado ya? —chilló Dora. Hans y yo nos miramos y, sin decir nada, decidimos dejar el tema para más adelante.

Durante los días siguientes conocimos más datos sobre la muerte de Lessing a través de amigos exiliados en Praga. Había sido un asesinato profesional. Un falso vendedor de biblias se había presentado en la casa para reconocer el terreno; un supuesto antiguo conocido con acento de Hamburgo, al que Lessing no recordaba, se le había acercado en una cafetería, presuntamente para asegurarse de que reconocería a su presa cuando llegara el momento. Después de cenar Lessing subió a su estudio del primer piso, en la parte trasera de la casa. Le dispararon dos tiros con dos pistolas diferentes a través de las ventanas. A la mañana siguiente se encontró una escalera de ocho metros apoyada contra la pared de la casa. Ada estaba en la planta baja cuando sucedió.

Mientras Lessing se desangraba sobre el escritorio, los asesinos huyeron al bosque, donde al día siguiente los perros perdieron su rastro. Debían de tener un coche esperando para llevarlos al otro lado de la frontera, donde los aguardaban sus jefes.

Ni siquiera recuerdo cómo se llaman las enfermeras, y agradezco que lleven un distintivo con su nombre. Pero sí recuerdo el apellido de los asesinos de Lessing: Eckert y Zischka. Los había enviado Ernst Rohm, el jefe de la policía política de Hitler, las SA. Tras la guerra encontraron a Eckert y lo juzgaron. Afirmó que su intención era secuestrar al filósofo, pero que, «como siempre se torcía algo, se cambió el plan». La orden de asesinarlo procedía directamente de Berlín.

A la mañana siguiente de recibir la noticia, Dora se levantó mucho más pronto de lo habitual y puso huevos a hervir. Tenía los ojos enrojecidos. Un hombre al que yo no había visto nunca estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo.

—Buenos días —me saludó, y reanudó la lectura. Al cabo de un momento se lo pensó mejor y cerró el libro. Sin mirarme, enderezó los cubiertos que tenían delante hasta colocarlos simétricamente y situó el salero y el pimentero a la misma distancia

de su plato y del mío. Cuando Dora le puso el huevo en el plato, el hombre le dio unos golpecitos con mucha cautela.

—Normalmente —anunció al ver que la yema se había solidificado— me gusta que cuezan tres minutos.

—Lo tendré en cuenta —dijo Dora con calma.

Tras enterarse de la muerte de Lessing, Dora había telefoneado a Fenner, que no había podido acudir. Luego llamó a aquel hombre, el profesor. No dudo que el profesor despertara el deseo de Dora, pero aquello no tenía nada que ver con el romance. Tenía que ver con la necesidad de aferrarse a la vida.

En Alemania yo había oído hablar de Wolfram Wolf, pero el hombre que tenía ante mí no era como había imaginado. Tenía la cara alargada, como de irlandés, y un bigote oscuro y muy bien recortado. Llevaba un cárdigan de mohair verde claro abrochado hasta arriba y unos pantalones con la cintura muy alta; su trasero cubría por completo el asiento de la silla. Wolf había sido profesor de derecho antes de obtener cierta fama como ministro de Justicia del breve gobierno de coalición entre comunistas e independientes en Turingia, en 1923, antes de que Berlín enviara al ejército para arrebatarse el poder a la izquierda. Quizá el dramático final de su única incursión en la política le hubiera hecho volver corriendo a la universidad, bajo las sábanas grises de la teoría. Su mujer, una pedagoga prominente, estaba en Dinamarca montando una escuela progresista. Wolf tenía unos cincuenta años.

—Dice Dora que eres fotógrafa. —Wolf dejó la cuchara en el plato y esbozó una brevísima sonrisa mirándome por encima de las gafas de media luna. En su afirmación detecté un desafío oculto a llamarme a mí misma fotógrafa, como si eso implicara la presunción de un conocimiento de la forma y la estética que era imposible que yo tuviera.

—No exactamente —repuse—. Estudié para maestra. La fotografía es un hábito. Bueno, ya sabes: un hobby. —Me aturrullé—. Algo que puedo hacer mientras estoy aquí. Cuando volvamos, daré clases.

—Claro —dijo Wolf. Hablaba en voz tan baja que había que inclinarse hacia él, como en señal de respeto a las delicadas perlas de sabiduría que, a su debido tiempo, pudieran desprenderse de sus labios. Miré a Dora en busca de solidaridad, o quizá de una risa, pero ella leía el periódico con detenimiento.

A medida que conocía a Wolfram Wolf —porque cada vez era más frecuente encontrarlo sentado a la mesa del desayuno—, su superioridad adquiría forma. Habríamos podido reservar una silla para su superioridad. Wolf hacía que sintiéramos que el grandioso e inexorable desarrollo de la historia apenas podía verse afectado por el reparto de panfletos, la recaudación de dinero, los artículos de prensa. De hecho, su teoría dejaba de lado nuestra realidad, hasta el punto de que parecía que la vida que llevábamos ya perteneciera al pasado.

Yo veía su superioridad como un intento de banalizar el coraje de nuestras acciones para no tener que dar cuenta de su propio apocamiento. Wolf escribía pero

no había publicado nada desde que estaba en Londres; su esposa lo mantenía desde Dinamarca... ¡él no corría ningún riesgo! Creo que tenía que armarse de valor para pasar las noches en nuestro piso en compañía de unos activistas que eran ilegales no solo en el Reich, sino también en suelo británico.

La siguiente vez que lo vi a la hora del desayuno, se puso a pontificar sobre «la falta de coraje de los líderes socialistas». Me pareció una desfachatez teniendo en cuenta que, con la simple mención de la señora Wolf, aparecían en su frente pequeñas gotas de sudor.

Cuando se marchó, empecé a fregar los platos. Se había comido un huevo y tres tostadas y había dejado el plato limpio.

—Ahora lo entiendo —dije delante del fregadero—. En teoría el profesor ama a toda la humanidad. Lo que pasa es que nosotros, como ejemplares individuales, resultamos muy decepcionantes.

—No te metas con él —dijo Hans sin acritud. Estaba poniéndose el abrigo para ir a la biblioteca—. Solo intenta salir adelante, como todos nosotros.

Dora sonrió y bajó el periódico que estaba leyendo. Había llegado a la conclusión de que por alguna extraña razón me roían los celos, y por eso se mostraba exageradamente paciente conmigo. Yo no estaba celosa. Lo que pasaba era que no quería que mi prima se dejara engañar con tanta facilidad.

—Es cierto que Wolfram —dijo—, aunque tiene una visión general, es muy particular.

Cuando Hans cerró la puerta del piso tras de sí, Dora me habló con el susurro guasón que a veces utilizaba para mitigar mi mal humor.

—Muy particular, la verdad. Después de tener relaciones sexuales se limpia el pene. —Volvió a levantar el periódico—. Desde la base hasta la punta.

Ninguna mujer puede estar locamente enamorada de un hombre y decir algo así de él, ¿verdad? Tras oír ese sórdido detalle no me pareció necesario seguir mostrándome diplomática.

—Dime —sacudí un poco la cabeza sobre el fregadero—, ¿qué te atrae de él?

Dora volvió a bajar el periódico y adoptó un tono respetuoso y serio. Me explicó que en su *magnum opus* Wolf había reinterpretado la teoría comunista para que Alemania no tuviera que seguir ciegamente a Moscú; para que una variante nacional y autónoma de una sociedad más justa pudiera echar raíces en suelo alemán. Los rusos gobernaban una nación de campesinos, y lo hacían con el látigo. Pero Alemania era el país más avanzado de Europa; nosotros necesitábamos una versión más compleja e inclusiva del socialismo. Según Wolf, el fascismo y el bolchevismo engañaban a la clase trabajadora, y educar a las masas era la única forma de protegerlas. Su obra demostraba que era un verdadero genio, me aseguró Dora, y muy sensible con los problemas del pueblo. Pero Moscú había castigado su apostasía obligándolo a dejar el partido.

—Ahora es un lobo solitario —concluyó—, igual que yo.

El padre de Dora, hombre paciente y brillante, le había inculcado lo emocionante que resultaba que alguien te explicara el mundo de nuevo. Los enamoramientos de mi prima por lo general implicaban la exploración intelectual: nuevos mundos revelados, la transformación del existente a base de imaginarlo distinto. Yo quería gritarle: «¡Pero si tú no estás sola!».

Ahora bien, ¿quién puede competir con las luces que brillan en nuestro interior?

Toller

—¿Seguimos trabajando? —pregunto. Clara tiene los hombros caídos. Parece confusa, lo cual es raro en ella—. Quizá prefiera estar con Joseph en estos momentos; lo entiendo —añado.

Niega con la cabeza. Clara conseguirá olvidarse por un rato de la preocupación por su hermano y seguir trabajando. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—La siguiente vez que vi a Dora fue después de que mataran a Lessing —continúo. Le cuento que Hitler, tras dejarnos sin patria y arruinados por decreto, empezó a enviar escuadrones fuera del país. Clara se sorprende; otra cosa que no sabía.

»Es lógico —digo—. Apenas se informaba de esas actividades, y solo en la prensa de los refugiados políticos.

A Lessing lo asesinaron en agosto de 1933. Al día siguiente Dora vino a nuestra casa. Le abrió la puerta Christiane. Cuando oí la voz de Dora se me aceleró el corazón; me recompuse y ordené los papeles que tenía delante.

Christiane la invitó a entrar y nos dejó solos. Estaba al tanto de que Dora trabajaba con los clandestinos y de que para quienes no participaban en esas actividades era más seguro no saber nada.

Además, pese a que mis crueldades privadas pudieran parecer ilimitadas, no incluían torturar a Christiane con el amor que sentía por Dora.

Era la primera vez que la veía desde que se había ido a vivir con su prima. Tenía la piel bronceada; llevaba el pelo más corto, despeinado por detrás, como si acabara de levantarse, y se le había vuelto un lado del cuello de la blusa hacia dentro. Se paseó por la habitación frotándose las manos y hablando muy deprisa, sin mirarme.

—Tú estás en esa lista —dijo—. Y Goebbels te nombró en su discurso. Tienen a Von Ossietzky en Oranienburg, encontraron a Lessing y...

Me levanté para acercarme a ella, para tranquilizarla, pero sabía que no vendría a mis brazos. Fui hasta la ventana en saliente.

—Mira. —Di unos golpecitos en el cristal—. Tengo mi propio séquito. No se separa de mí.

—Muy gracioso —dijo, pero vino a mi lado para verlo: un individuo de baja estatura, con sombrero, el trasero apoyado en el murete de ladrillo que había al otro lado de la calle, un periódico doblado en una mano. Cuando informé de que había recibido anónimos, Scotland Yard me asignó un policía para que me siguiera a todas partes. El hombre parecía al mismo tiempo tenaz e inútil. Yo empezaba a sentir un poco de lástima por él.

—No parece nada del otro mundo —dijo Dora. Y mirándome a los ojos añadió—: Creo que nos están lanzando amenazas, Ernst. En los discursos. Estoy tan...

—En Inglaterra no se atreverán a hacer nada. —Le puse los brazos sobre los hombros.

—No. Supongo que no. —Parpadeaba muy deprisa y le temblaba la barbilla—. Pero cada vez me cuesta más creer que lo que están haciendo tenga límites. En ocasiones —me miró fijamente y apretó los labios— creo que no los tiene. —La luz que entraba por la ventana le daba en la sien, en el pómulo, en la barbilla.

—Mira, yo soy el Gran Toller, como tú dices. Me adoran.

Me asió la cara con ambas manos, bruscamente.

—Ojalá te lo creyeras.

Ruth

El vagón del S-Bahn va vacío. Las ventanas están abiertas y el viento queda atrapado con nosotras, salvaje, e intenta salir. ¡Dora está aquí!

¿Por qué hace tanto tiempo que no la veo? ¿Décadas? Y solo somos unas crías; yo tengo trece años, así que ella debe de tener dieciocho. Dora se agarra a la barra y gira.

Todo está destilado, más claro que en la realidad. Hace calor. Mientras Dora gira, el pelo se le suelta de la trenza, mal hecha; tiene un mechón húmedo en la boca; sus negros ojos son enormes. En la estación de Schlachtensee bajamos corriendo por los escalones y salimos al lago. Está bordeado de árboles delgados y entusiastas que se inclinan hacia el agua. Una parte de mi mente sabe que en los múltiples recovecos y enramadas otras personas deben de estar haciendo picnics, leyendo o levantándose para ir a bañarse, pero yo no las veo. Dora y yo colgamos los vestidos y la ropa interior en las ramas. Esos fantasmas nuestros se agitan y esperan mientras nosotras, dos criaturas de carne y aliento desnudas, caminamos entre las raíces sumergidas y nos metemos en el lago.

Todavía hace calor, mucho calor, cuando salimos. Nos tumbamos en el suelo, las extremidades tersas y brillantes como peces. Dora me pone la palma de una mano, húmeda, firme, en la parte baja del abdomen.

—¿Está bien cerrado?

No puedo hablar. Me hundo en la tierra y en la mano de Dora; soy el lago derretido, un universo abierto y dolorido de riachuelos y piedras, animales y flores, y... ¡no! ¡no!

Suena un timbre de emergencia. Debe de ser del puesto de alquiler de botes, o una alarma antiaérea, o la sirena de un barco, o la alarma de un coche, o la desazón de las campanas de una iglesia...

En el hospital ha saltado una alarma; ahora llaman a mi puerta. Abro los ojos. Es la enfermera alegre.

—Buenos días, Ruth —me saluda. Lleva una bata blanca y zapatos cómodos que hacen un suave ruido de succión; se produce una síncope con el tintineo de las llaves y las tarjetas que lleva colgadas del cuello. Succión, succión, tintineo. Succión, succión, tintineo.

—Buenos días —respondo. No sabía que ya era de día. La enfermera, cuyo distintivo reza MARGARET PEARCE, aprieta un botón y la mitad de la cama donde yace mi torso se eleva. Ruth resucitada. Espero no haberlo dicho en voz alta.

Descorre las cortinas.

—¿Ha dormido bien? —me pregunta por encima del hombro.

—Sí, gracias. —Ya casi no noto la diferencia. El sueño parece más real que la vigilia.

Revisa mi historia clínica. No puedo por menos de pensar que tal vez contenga

información sobre mí que, dada la situación, podría resultarme útil. Quizá la evolución representada en un gráfico. O el tiempo transcurrido. O el tiempo restante. Pero les gusta reservarse esa información.

Las enfermeras de este país están muy bien preparadas. Tienen universidades, cursos de ampliación y una trayectoria profesional con ascensos, aumentos de sueldo y conferencias en centros turísticos de color salmón. Nada que ver con las aficionadas bien alimentadas y con buena voluntad de mi juventud. Pero estas mujeres también tienen algo que no se puede enseñar en un aula, algo que los médicos raramente consiguen. No hay nada que no hayan visto, ni cuña sucia, supuración o balbuceo que no conozcan. A diferencia de los médicos, para quienes soy un conjunto de síntomas que hay que tratar, las enfermeras están de mi lado contra los estragos de mi cuerpo —en esta ocasión, una cadera y una muñeca rotas, una herida en la cabeza, donde me han puesto una venda que me tapa un ojo— y de mi mente. Estamos juntas en esto, comoquiera que queráis llamar a lo que está pasando en esta cama. Y lo mágico es precisamente el carácter eficiente y profesional de las ternuras que me prodigan: sus atenciones, su respeto y su cariño me devuelven la dignidad, aunque ahora soy poca cosa más que huesos y piel ensamblados.

MARGARET PEARCE tiene el pelo áspero con unos rizos que antaño debieron de ser rojos y que se desparraman en espirales por su cabeza, y lleva gafas de media luna asentadas hacia la mitad de la nariz. Me sujeta la muñeca con el pulgar y dos dedos y mira su reloj mientras me toma el pulso. Anota algo con un bolígrafo en la historia clínica.

—Puede aumentar la dosis de esto, Ruth. —Señala la vía del gotero—. Pero solo si cree que lo necesita.

Digo que sí con la cabeza, y entonces se marcha y me deja soñar.

Una mañana, en la cocina, Hans y yo oímos a Dora discutir con Wolf en su habitación. Dora hablaba en voz alta y con tono imperioso. Entendí «solidaridad» y «predicar con el ejemplo». Wolf respondía con un murmullo débil y controlado, y sus palabras eran ininteligibles. Dora salió y dejó la puerta abierta. Tenía los ojos enrojecidos y se rascaba los antebrazos; fue derecha a la cafetera. El profesor se escabulló y salió del piso.

—Me importa un cuerno que no quiera que lo vean conmigo en público —dijo Dora, que plantificó la taza en la mesa con tanta fuerza que el café se derramó—. Por mí, puede hacer como si no nos conociéramos de nada. —Su voz delataba estupefacción—. ¡Pero ni siquiera piensa venir!

Dora llevaba meses trabajando para que la Comisión Investigadora del Incendio del Reichstag fuera un éxito. Iban a asistir a ella todos los refugiados alemanes de Londres, y todos los políticos, miembros de comités, clérigos y ciudadanos concienciados británicos que nos apoyaban. Excepto el profesor, por lo visto.

Solo Dora habría podido llevar a los testigos a Gran Bretaña. El Ministerio del Interior no se había mostrado dispuesto a admitir a «elementos izquierdistas extranjeros, entre ellos muchos israelitas, cuyo propósito es perturbar las relaciones con el Reich». Gracias a su amistad con lord Marley y a los contactos de su época de estudiante que tenía en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Dora había sorteado al Ministerio del Interior y conseguido visados temporales para quienes iban a declarar contra el régimen.

En algunos casos se habían utilizado incluso nombres falsos, cuando las represalias contra el testigo y su familia podían ser demasiado severas.

Recuerdo que Dora se rio y se abrazó el torso cuando terminó de hablar por teléfono con lord Marley. «Con la mejor circunspección británica —dijo con una sonrisa radiante—, el Ministerio de Asuntos Exteriores ha dicho a los alemanes que “no tienen poder legal para impedir una reunión de carácter estrictamente privado”. Y esto va a ser el acto más público que se pueda imaginar. —Extendió los brazos—. ¡Publicidad a escala mundial! ¡Qué gran lección para Berlín por parte de un país cuyo gobierno sabe cuáles son sus límites! Es espectacular».

Göring y Goebbels planeaban utilizar su propio juicio para justificar ante el mundo que los nazis se hubieran hecho con el poder y para grabar en la mente de la opinión pública la versión nazi: que los comunistas habían prendido fuego al Reichstag porque era una señal dirigida a sus células de toda Alemania para que empezaran a quemar los principales edificios del gobierno antes de pasar a tomar el país. Hitler había conseguido poderes extraordinarios para encerrar a todo sospechoso y «garantizar la seguridad del pueblo». La ejecución del pobre Van der Lubbe y los otros aterrorizaría a cualquiera que estuviera tentado de oponerse al nuevo régimen.

El contrajuicio había sido organizado cuidadosamente para que se celebrara una semana antes del juicio nazi. Un jueves de mediados de septiembre, Hans y yo tomamos el metro por la mañana para ir a Chancery Lane. El contrajuicio tenía lugar en la sala de la *Sociedad de Derecho* de Carey Street. En la calle se había concentrado una multitud que esperaba impaciente. Las mujeres sujetaban los bolsos bajo el brazo y los hombres protegían sus pipas de la brisa con las manos ahuecadas. Un tipo con una gorra de fieltro marrón empujaba un carrito pintado de colores llamativos ofreciendo café.

Con la emoción de los días anteriores, Dora parecía haber recobrado su equilibrio respecto a Wolf, o al menos haber puesto en cuarentena sus expectativas respecto a él. No estaba dispuesta a permitir que la cobardía de Wolf estropeará aquel gran acontecimiento. Metí la mano en el bolsillo y acaricié las entradas que me había dado.

La sala no era muy grande, pero sí magnífica, con un friso de madera oscura y un estrado. Éramos tantos, salidos de nuestras guaridas en pisos diminutos y pensiones, que la gente se apretujaba en el interior, se alineaba junto a las paredes y se arracimaba en los pasillos. Mientras Hans y yo avanzábamos hacia la parte delantera,

vimos caras conocidas de la Emigrandezza, nobles personajes con sombrero de fieltro y abrigos remendados que se saludaban como si estuvieran en un *bar mitzvah*. Vimos a Otto Lehmann-Russbüldt, Kurt Rosenfeld, Mathilde. Hans reconoció a viejos colegas de *Die Welt am Montag Die Weltbühne*. También estaban Fenner Brockway y lord Marley, la sufragista Sylvia Pankhurst y la anciana señora Franklin.

Además, la sala estaba plagada de miembros de la prensa británica e internacional. Dora nos había advertido de que no habláramos con nadie sin antes examinar bien su acreditación; podía haber espías entre los periodistas y entre los refugiados, personas reclutadas por Scotland Yard o por Berlín. Pero aquel día yo no podía tener miedo. Me sentía partícipe de algo público, protector y británico.

Ocupamos nuestros asientos en la tercera fila. Saqué la cámara y un alguacil golpeó el suelo con su vara. La gente se removió y guardó silencio, como un solo animal expectante.

Los jueces entraron en fila por una puerta lateral, magníficos con sus togas negras y sus chorreras blancas bajo la barbilla. Habían venido de Estados Unidos, Francia, Suecia, Gran Bretaña, Dinamarca y Bélgica, y había también una juez holandesa. Las cámaras dispararon los flashes. Quizá solo fuera un simulacro de juicio o, como decían los nazis, un «acto de propaganda marxista», pero cuando aquellas eminencias subieron al estrado y ocuparon sus asientos comprendí que, en manos de los británicos, el acto adquiriría una dignidad que difícilmente el mundo podría pasar por alto.

El famoso abogado inglés sir Stafford Cripps, consejero del rey, levantó una mano. Nos dijo que podíamos fotografiar a los miembros del tribunal, pero nos pidió que acto seguido guardáramos las cámaras. Mostró un ejemplar del *Volkische Beobachter*, con un gran titular que hacía referencia a los «traidores extranjeros».

—Los periódicos alemanes —prosiguió Cripps— reclaman la pena de muerte para todos los testigos llamados a declarar por la defensa. Es evidente que en semejante ambiente sería imposible llevar una defensa adecuada de los acusados en ese país.

Hans me rodeó la cintura con un brazo y me dio un apretón, como en los viejos tiempos.

Mis recuerdos de los cuatro días siguientes son como los recuerdos de un día en la feria o de una boda. O quizá de un viaje en barco, donde vemos a las mismas personas todas las mañanas a la hora de desayunar. Vislumbraba un futuro en el que aquellos meses de exilio solo serían una fase breve y extraña de nuestras vidas. El mundo pronto entraría en razón y retiraría su apoyo a Hitler y nosotros podríamos volver a nuestro país.

El segundo día citaron a Toller como testigo. La sala quedó en silencio en cuanto apareció, como si hubiera entrado una estrella de cine o un príncipe. Llevaba una elegante americana inglesa de espiga y actuó con suma parsimonia. Sin pronunciar una sola palabra, atrajo la atención de todos los presentes; sus ojos parecían fijarse en

cada uno de nosotros.

—No soy miembro del Partido Comunista —empezó diciendo con su magnífica voz de barítono—. Ni de ningún otro partido. Me he esforzado por hacer lo que considero mi deber como escritor en la causa de la justicia social. —Se inclinó hacia delante, con las manos sobre el estrado—. Al día siguiente del incendio, los soldados de las tropas de asalto entraron en mi apartamento para arrestarme...

Miré a Dora, que lo observaba sin parpadear, las manos abandonadas sobre el regazo.

—También visitaron el domicilio de otros escritores famosos —continuó Toller —, como Cari von Ossietzky, Ludwig Renn y Erich Mühsam, y los arrestaron. Los nacionalsocialistas querían relacionarlos con el incendio y destrozaron su reputación. —Extendió los brazos hacia el público—. Creo —prosiguió en voz muy baja— que el incendio fue un plan organizado. —Hizo una pausa.

No se oía ni un susurro, ni una tos. Toller tomó aliento.

—Ignoro de qué pensaban acusarme. Ahora mismo hay miles de personas recluidas en campos de concentración que no saben de qué se las acusa. Me niego —su voz adquirió un tono autoritario— a reconocer el derecho de los actuales gobernantes de Alemania a gobernar, pues no representan los nobles sentimientos y aspiraciones del pueblo alemán.

El público prorrumpió en una ovación. Algunos se levantaron aplaudiendo eufóricos. Al final estábamos todos en pie. Entonces comprendí por qué tantos lo habían seguido hacia la muerte en la guerra y hacia la revolución en Dachau. Y al ver cómo lo miraba Dora, comprendí por qué para ella nadie podía compararse a Toller.

El golpe maestro de Dora llegó el último día. Como siempre, se trataba de algo que nunca podrían atribuirle. Un anciano corpulento y muy erguido, medio calvo y con ojos saltones bajo las pobladas cejas, avanzó pesadamente hacia el estrado. Era Albert Grzesinski, el exdirector de la policía de Berlín. Grzesinski habló con la voz grave de un político veterano. Le contó al tribunal que, después de registrar las oficinas del Partido Comunista en Karl-Liebknecht-Strasse, los nazis utilizaron la lista de militantes que habían robado para conseguir las órdenes de arresto de las cuatro mil personas que figuraban en ella. Las órdenes, que incluían direcciones y, en muchos casos, fotografías, estaban listas y firmadas la víspera del incendio; solo faltaba añadir la fecha en que debía producirse la detención.

A continuación Grzesinski dijo que podía confirmar, pues lo sabía de primera mano, que había «un túnel que conectaba directamente el Reichstag con la residencia del ministro Göring».

Tras un momento de conmoción, se extendió un murmullo acalorado. A nadie le quedaba ninguna duda.

Al final, la comisión no encontró ninguna prueba contra los cuatro acusados. El presidente declaró que, como seguramente los que habían provocado el incendio habían accedido por el túnel de la residencia de Göring, y como el incendio

beneficiaba claramente a los nazis, «había razones concluyentes para sospechar que el Reichstag había sido incendiado por, o por orden de, personalidades destacadas del Partido Nacionalsocialista».

El público prorrumpió en vítores y gritos de entusiasmo y lanzó los sombreros al aire. Abracé a Hans, con los ojos anegados en lágrimas. Entonces me di cuenta del miedo que había pasado.

En Alemania, Hitler estaba que echaba humo. Más tarde escuchamos por la radio el discurso que pronunció ante el Reichstag, porque queríamos ver qué efecto había tenido el contrajuicio en él. «Un ejército de emigrantes lucha contra Alemania — bramó el líder—. En el extranjero se crean tribunales a la vista del público con el propósito de influir en el sistema judicial alemán... Se imprimen sin cesar periódicos revolucionarios que se introducen ilegalmente en Alemania, con llamamientos a realizar actos violentos. —Tras una pausa, añadió—: Los programas de la denominada “radio negra”, producidos en el exterior y emitidos en Alemania, incitan a cometer asesinatos».

No sabíamos que la resistencia hubiera montado emisoras de radio, pero la alusión al contrajuicio y a los periódicos nos hizo pensar que habíamos dado en el blanco, que nuestro trabajo servía para algo. No teníamos miedo.

Los nazis siguieron adelante y ejecutaron al pobre desgraciado de Van der Lubbe, el chivo expiatorio del incendio. Sin embargo, el parlamentario Torgler y los tres comunistas búlgaros que presuntamente lo habían ayudado se salvaron; con toda la publicidad mundial que había generado el juicio de Londres, era sencillamente imposible ejecutarlos a todos.

Más tarde tuvimos la impresión de que nuestra situación había cambiado, pese a que no se había modificado ninguna ley referente a nuestro estatus. Los artículos de la prensa de Londres, París y Nueva York reconocían que nuestro país natal estaba tomado por un régimen terrorista. Nuestra huida se consideraba legítima. Confiábamos en que pronto se relajarían las restricciones a que estábamos sometidos fuera de nuestro país y se nos permitiría hablar con toda libertad de lo que sucedía en Alemania, e incluso trabajar abiertamente contra el régimen.

Mientras nos arracimábamos junto a los escalones de la entrada del juzgado, alguien quiso tomarnos una fotografía. Nos apretujamos: un grupo variopinto de exiliados. Dora y Toller estaban un escalón por debajo del mío, a mi izquierda.

—Buen discurso —oí que decía Dora mirando al frente.

—Gracias a ti —repuso Toller con toda sinceridad. Ella lo miró.

—Sabes que no. El mérito es tuyo. —Dora sonrió. Entonces él volvió la cabeza y la besó en los labios. Fue la única vez que los vi expresar sus sentimientos en público. En algún sitio debe de haber una foto de aquel instante.

Dora, Toller y el resto de los organizadores se marcharon a cenar con los jueces. Hans y yo fuimos con Mathilde y Eugen Brehm a un pub que había cerca de los juzgados. De pronto teníamos la impresión de que podíamos ocupar más espacio en

la acera, hablar en voz más alta. El local estaba en penumbra y cargado de humo, y casi todas las mesas, ocupadas. Werner, el amigo de Hans, nos esperaba allí. Pedimos pintas de cerveza, vasitos de vodka y cuencos de frutos secos.

Hans nos obsequió con chistes sobre los juegos de disfraces, estimulados por la cocaína, que practicaba Göring: las pieles de oso con medallas colgadas, sus efebos; el gigante presumido jugando al tenis con una redcilla en el pelo. Bueno, en realidad no eran chistes, porque todo era cierto, pero nosotros reíamos y dábamos palmadas en la mesa. Werner se desternillaba y sacudía la cabeza. Como de costumbre, lo ridículo hacía que nos sintiéramos más a salvo. Hans se deleitaba con la lascivia de sus historias y con la atención que recibía. Tras contar un chiste, deslizó una mano por mi muslo y al llegar arriba me dio un apretón, contundente como un signo de puntuación.

Vi acercarse a Helmut entre la gente, avanzando de costado en la penumbra hacia nuestra mesa. Cuando llegó, se quedó plantado con la gorra entre las manos. Volvía a estar demacrado y pálido. Paramos de reír.

—Setenta y dos horas —dijo con un hilo de voz—. Tengo que presentarme en la embajada alemana dentro de setenta y dos horas. Scotland Yard me ha denunciado.

La victoria había terminado. Rompí a llorar. Los otros se apretujaron para dejar sitio a Helmut. Mathilde me ofreció un pañuelo. Helmut se sentó en el borde del banco, como si en cualquier momento fueran a agarrarlo de los codos para llevárselo, o como si no pudiera decidir, en sus últimos días de libertad, dónde quería pasar cada uno de los minutos. Tenía el blanco de los ojos amarillento y hablaba tan deprisa que la saliva se le acumulaba en las comisuras de los labios.

Nos contó que en el congreso de sindicatos, indignado por el asesinato de Lessing y convencido de que se encontraba entre amigos, no había podido callarse. Se había levantado en el pleno y había afirmado que la Alemania nazi no solo entrañaba una amenaza para quienes se hallaban dentro de sus fronteras, sino también para los de fuera.

—Tan solo dije que el movimiento sindicalista internacional —añadió alzando un puño— debía apoyar a todos sus miembros, sin importar dónde se encontraran. Nada más. —Clavó la vista en el centro de la mesa.

En el vestíbulo del edificio donde se celebraba el congreso, un agente de Scotland Yard vestido de paisano se presentó educadamente y le pidió a Helmut que le mostrara sus documentos de identidad y su permiso de residencia. El agente copió la dirección y le deseó buenas tardes. Tres días después, anularon el permiso de residencia de Helmut. Y ahora se lo entregaban a Hitler.

Sabíamos que sin pasaporte no había forma de sacar a Helmut del país. Seguramente lo seguían. Cualquiera que lo ayudara se arriesgaba a que lo echaran también. Miré a Hans. Lo más probable era que estuvieran allí, en el pub. Sin duda debían de haber vigilado nuestro piso.

Helmut se bebió dos vasos de vodka. Se pasaba las manos por el pelo una y otra

vez. No sabía a qué campo lo enviarían, nos dijo con ironía, «pero seguro que en cualquiera de ellos encontraré a muchos camaradas».

Tuve la impresión de que, debajo de la mesa con cercos de cerveza, se abría de repente un negro abismo entre los que quizá sobrevivieran y aquel hombre que, seguramente, ya estaba condenado.

Cuando Helmut llegó a Oranienburg, le rompieron la nariz y la mandíbula. Obligaron a un buen amigo suyo del sindicato de cajistas a hacer el resto. El amigo lloraba con amargura, pero lo golpeó hasta hacerlo sangrar. Lo último que supimos de Helmut fue que tenía cólera y limpiaba las letrinas del campo.

Cuando Hans y yo llegamos a casa aquella noche, la chaqueta de Toller estaba colgada en el respaldo de una silla de la cocina. Hans empezó a pasearse por la habitación, incapaz de sentarse.

—Ven a la cama —dije.

Pero él no podía parar de moverse.

—¡No podemos quedarnos aquí! —gritó. Tenía las manos abiertas, los dedos rígidos—. Aquí somos un blanco fácil. —Sus ojos estaban inyectados en sangre. Parecía a punto de romper algo—. ¡La guerra puedo soportarla! —vociferó sujetándose al brazo del diván verde—. Puedo soportar el barro, la oscuridad, la sangre, la batalla y la muerte. Pero esto, esta cosa invisible, esta espera... —continuó a voz en grito, y se dejó caer en el diván—. Somos inútiles. Los refugiados somos débiles. E inútiles.

Me acerqué a él, pero me lo pensé mejor y me senté en una silla. Cuando se emborrachaba, por lo general Hans era inofensivo, aunque en ocasiones pudiera ponerse sarcástico, y se reía fácilmente de sus propios chistes. Otras veces se debatía entre la autocompasión y el autodesprecio. Pero esa noche era diferente. El miedo hace que las personas se sientan más solas que nunca. Cuando las señala el dedo acerado de la muerte, se las separa de sus semejantes y se les muestra su particular final de los tiempos acercándoles a la cara una tarjeta que lleva su número anotado.

Se levantó de golpe.

—Nuestros esfuerzos son patéticos —estalló. Se precipitó hacia el recibidor e intentó abrir la puerta de la despensa donde Dora guardaba los documentos. Estaba cerrada con llave, como siempre—. ¿Lo ves? ¡Ni siquiera se fía de nosotros!

—No... —Fui a abrazarlo, pero me apartó.

—¿O debería decir de mí? —Sus ojos eran dos finas rendijas—. No se fía de mí. Lo que sea que guarda aquí dentro —golpeó la puerta de la despensa con el canto del puño— nos convierte a todos en objetivos. —Formó una pistola con dos dedos, la acercó a mi cabeza y luego a la suya—. Tú, Dora, yo, ¡paf!, todos somos objetivos.

—Vamos fuera. —Le tiré de la manga—. Por favor, vas a despertarlos.

En el balcón se quedó mirando la calle, de espaldas a mí. Cogí una silla. Al cabo

de un rato, el ambiente cambió a su alrededor. Se volvió y me levantó la barbilla con dulzura.

—¿Tú no tienes miedo? —Escudriñó mi rostro, como si yo ocultara mi temor para no alterarlo más.

—Sí tengo miedo. —Aparté la cara de sus manos. Debí consolarlo; en cambio, dije—: No podemos no hacerlo. No podemos hacer otra cosa.

Se acuclilló delante de mí, con los antebrazos sobre las rodillas, mirando el suelo.

—Eres tan... —Apretó los dientes y sacudió la cabeza. Me estremecí—. Tan buena. —Entonces sus rodillas golpearon el suelo y profirió un terrible sonido animal, entre espasmos irregulares. Le brillaba la cara por los mocos y las lágrimas, y sus ojos eran dos agujeritos ardientes. Me dejó abrazarlo. Al cabo de unos minutos, tomó aire para decir algo.

—¿Qué? —pregunté. Hans tenía la cabeza apoyada en mi pecho.

—No... soy... nadie.

Entró, se sirvió un whisky, luego otro, y se puso a fumar en la cocina. Cuando nos acostamos, controló el ritmo de su respiración y fingió que dormía. No quería que lo tocara. Al final me dormí antes que él, el sueño precario y solitario de media cama.

Toller

No estaba seguro de hasta qué punto el chico de Scotland Yard estaba allí para protegerme y hasta qué punto para informar de mis actividades «políticas». Un día me di la vuelta de improviso en la calle y lo agarré por el codo. El chico tenía los ojos azules y las pestañas negras y me miró aterrizado; supongo que no tenía miedo de mí, sino de que lo sorprendieran no haciendo debidamente su trabajo.

—Deberías buscar al equipo alemán —dije—. Llevan semanas siguiéndome.

Se limitó a pestañear.

—Mira —añadí—, si unierais vuestras fuerzas, seguramente podrías trabajar un día sí y un día no. —Ni siquiera sonrió.

La mañana que fui a testificar en el contrajuicio lo saludé llevándome la mano al sombrero. Luego lo dejé delante del edificio del juzgado, pululando entre refugiados y periodistas. Y sin duda con otros, uniformados o no, alemanes e ingleses, que nos vigilaban a todos.

El contrajuicio fue un éxito. Yo no me encontraba en Berlín cuando ardió el Reichstag, pero Dora me había contado todo lo que sabía y, como es lógico, yo me prestaba a ayudarla en sus esfuerzos siempre que podía. Ahora mi intervención me parece ridícula, porque a ella la habían arrestado en mi lugar. Si Dora trabajaba en la sombra, ¿qué era yo?, ¿algo así como su testafarro?

Más tarde, el maître de Claridge's me reconoció y nos dio mi mesa favorita. Comimos como reyes: foie-gras, ternera, vino francés y puros. Al final de la cena, un refugiado al que yo no conocía se acercó a nuestra mesa y susurró algo al oído de Dora, cuyo rostro se ensombreció de golpe, como una luz que se apaga. Scotland Yard iba a expulsar a un miembro del Partido de los Trabajadores Socialistas refugiado en Londres, debido a sus actividades políticas. Dora quiso marcharse inmediatamente a casa.

Su cama doble ocupaba casi toda la habitación, no había ningún otro sitio donde sentarse ni espacio para estar de pie. Había pilas de papeles a lo largo de la pared, bajo la ventana y al lado de la puerta, en lo que ella llamaba con ironía su «archivador». Normalmente trabajaba en la cama.

Dora se sentó en el borde del colchón mirando hacia la ventana y retorciéndose los dedos con rabia. Dijo que le había advertido a Helmut de que tuviera cuidado. Pero sobre todo parecía enfadada consigo misma, como si mediante una inteligencia y una previsión imposibles hubiera podido impedir lo que había pasado. Me acerqué a la ventana. Estaba oscuro y llovía. Un hombre de aspecto lamentable al que no había visto nunca se paseaba de un extremo a otro del edificio de enfrente, con el cuello del abrigo levantado bajo el sombrero.

—Hoy mi sombra de Scotland Yard se ha dejado el paraguas —comenté.

—¡Esto es el colmo! —gritó Dora alzando una mano hacia la ventana—. Ni siquiera tienen que enviar a la Gestapo. Whitehall le hace todo el trabajo Hitler.

La suya era una rabia que bordeaba el llanto. Yo no sabía qué hacer. A veces me sentía intimidado por Dora, como un niño que camina de puntillas para esquivar el malhumor de sus padres. Aparté de la cama un sobre de papel marrón y me senté. ¿Tocarnos o no tocarnos? Al final escogimos tocarnos, y encontramos alivio en esos minutos, en esa carne gastada.

Me quedé tendido boca arriba con la cabeza sobre la almohada mientras ella fumaba sentada en la cama. El techo de la pequeña habitación estaba agrietado y combado como algo vivo; parecía la palma de una mano blanquecina suspendida sobre nosotros. Me tumbé de costado. Junto al lecho había pequeñas notas clavadas en la pared: recordatorios, listas, citas, una fotografía de su padre esquiando. Reconocí parte de un discurso que habíamos escrito juntos y le quité la chincheta.

—«El miedo es el fundamento psicológico de la dictadura» —leí en voz alta—. «El dictador solo sabe que el hombre que ha superado el miedo vive al margen de su poder y es su único enemigo peligroso. Porque quien ha vencido el miedo ha vencido a la muerte». —Volví a mirar el techo—. No está mal —comenté—. Si yo lo digo...

Dora lanzó un aro de humo.

—Yo no veo que aquí estemos venciendo el miedo —dijo—. Ni a la muerte. — Estaba reclinada sobre la cabecera de la cama, con un brazo sobre el vientre y el otro codo apoyado en la muñeca. Tenía un pequeño lunar justo por encima de un pezón, un punto negro perfecto. Me miró—. Si he de serte sincera, nunca entendí esa frase. —La dureza había desaparecido de su voz.

Dora creía que a veces me dejaba arrastrar por mi propia retórica, que el sonido de mis palabras generaba otras sin que detrás hubiera ningún esfuerzo mental, como en el proceso de partenogénesis de los seres que se reproducen a sí mismos; su carácter exhortativo y enardecedor impedía cualquier análisis sintáctico. La tarea de Dora consistía en frenarme. Aquella no había sido una de esas veces.

Me tumbé apoyado sobre una cadera, con la barbilla en la palma de la mano. Dora tenía los ojos negros, vigilantes.

—No quiero decir que podamos vencer a la muerte literalmente —aclaré—. Lo que quiero decir es que, si no nos da miedo morir, Hitler no puede tenernos cautivos. No puede chantajearnos con nuestra vida para obligarnos a parar.

Dora asintió con la cabeza. Apagó el cigarrillo en la tapa del bote de mermelada que utilizaba como cenicero y se metió bajo las sábanas de cara a mí. Me puso una mano en la sien.

—¿No te da miedo morir? —Me miraba fijamente, primero un ojo y luego el otro.

—No quiero morir —respondí—, pero tampoco me da miedo. —Oímos que la puerta del piso se abría y se cerraba, y a continuación, las voces de Hans y Ruth. Dora despegó sus agrietados labios para hablar, pero se los sellé con dos dedos—. Sin embargo, en ocasiones es difícil no desearlo.

Dora no se levantó ni me exhortó a moverme, a revisar correcciones, a hacer algo práctico. No llenó aquel ambiente incómodo de palabras de falso consuelo. En eso

residía su valor: en ver lo que había. Entonces supe que ella entendía los momentos de negrura. Aparté los dedos de sus labios y las palabras salieron a borbotones.

—No me dejes —dijo.

Después hubo de nuevo ternura, el amor por el amor. Cuando terminamos, nos llegaron desde la cocina los sollozos de un hombre, desesperados e imprevisibles.

Ruth

Yo me desperté primero. Al ver la luz que bañaba la habitación supe que sería un buen día para ir a los muelles. Entonces el recuerdo de la noche anterior —de Helmut— cayó sobre mí como un golpe. No me moví, esperando a que Hans se despertara. Confié en que el sueño hubiera solucionado algo, en que la oscuridad hubiera alejado sus terrores. Pero cuando se incorporó en la cama, apartado de mí, vi que todavía llevaba aquel peso sobre los hombros.

Estábamos comiendo tostadas con mermelada cuando Dora salió de su habitación. Guardó unos documentos en la despensa del recibidor y vino a preparar café. No parecía haber descansado.

—Vaya noche —comentó—. ¿Estáis bien?

Asentí con la cabeza. Hans dejó el tenedor en el plato.

—Helmut se lo ha buscado, esa es la verdad —añadió Dora mientras echaba granos de café en el molinillo—. Aunque eso no es ningún consuelo para nadie. No debería haber hablado así en público. —Se expresaba como una persona realista, incluso insensible, pero me di cuenta de que estaba afligida.

—Como si eso importara —masculló Hans—. Seguramente ya iban detrás de él.

—Lo dudo —dijo Dora sin alterarse. Su serenidad era lo que más enfurecía a Hans.

—¡Ahora vendrán por nosotros! —Hans se levantó de golpe, volcando la silla, y empezó a agitar las manos.

—Cálmate —le dijo Dora—. No pasará nada. —Se dio la vuelta y puso la cafetera en el fogón—. A ti no te pasará nada.

Me estremecí. Dora siempre iba demasiado lejos.

Hans mordió el anzuelo. Bajó la voz.

—¿Cómo? ¿Crees que no soy un objetivo? —Estaba a la defensiva, preparado para ser insultado por no hacer lo suficiente contra «ellos» y a continuación culpar a Dora de que no pudiera hacer más, de que ella no compartiera la información más importante que recibía de Alemania.

—No —contestó Dora volviéndose hacia él. Hablaba en un tono comedido, como si se dirigiera a un niño que tuviera un berrinche—. Lo que quiero decir es que tú naciste con buena estrella, Hansi, y que a ti no te pasará nada.

Hans entrecerró los ojos.

—¿Y tú qué eres? ¿Una heroína?

—Relájate. No va a pasarle nada a nadie —dijo Dora. Extendió las manos—. Mira, de todas formas no podemos hacer gran cosa. Si pensamos en nosotros mismos, ganará el miedo. Tenemos que pensar en el trabajo.

—¿En qué trabajo? —gritó Hans, y se dirigió hacia el recibidor.

Dora me miró encogiéndose de hombros, como si preguntara: «¿Qué he dicho?».

Clavé la vista en el linóleo del suelo, en sus cuadraditos verdes sobre blanco.

El piso estaba en silencio. De pronto se oyeron ruidos en el recibidor. Hans se había metido en la despensa y estaba tirando los documentos de los estantes. Dora debía de haber olvidado cerrarla con llave. Hans daba vueltas y vueltas como un hombrecillo en una esfera de nieve. Las pilas de papeles se volcaban y caían, los sobres marrones arrojaban su contenido. Hojas de papel carbón azul descendían flotando lentamente.

Dora corrió hacia él.

—¡No! ¿Cómo te atreves? —Se detuvo antes de llegar a tocarlo. Algo se había desatado dentro de Hans. Giraba y daba vueltas, hasta que los estantes quedaron vacíos y el suelo desapareció.

Dora se volvió hacia mí.

—Vigílo —me ordenó—. Esta mañana tengo que ir al juzgado a recogerlo todo. Ya me ocuparé de esto —señaló el desorden— más tarde. —Cogió las tazas de café que había dejado en la cocina y regresó a su habitación.

Hans pasó a mi lado sin decir nada y cerró tras de sí la puerta de nuestro dormitorio. Entré de todas formas.

Estaba sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, desorientado.

—Siempre me hace lo mismo. —Hablaba en voz más baja, pero lloraba de rabia.

—Dora solo intentaba tranquilizarte —dije, aunque sabía que eso no era todo.

Hans no me hizo caso.

—Le encanta ensañarse —afirmó.

Hans pasó mucho rato en el cuarto de baño. Dora y Toller se marcharon sin comer nada.

Me aseé después de Hans. Cuando salí del cuarto de baño, lo encontré sentado en el suelo de la despensa, en bata, clasificando las pilas de papeles, aunque era imposible que supiera cómo los había organizado Dora. Se levantó.

—Lo s... siento —dijo agitando las manos junto a los costados en un gesto de impotencia. Del bolsillo de su bata asomaban unas hojas dobladas.

—Déjalo —dije—. Ya lo haré yo. —Pasó a mi lado. Señalé su bolsillo—. Esos también.

Miró hacia abajo como si estuviera sorprendido.

—Buscaba un sitio para dejarlos —dijo. Los sacó con cuidado y los puso en el suelo. Vi que todavía quedaba uno en el bolsillo.

—Ese también. —Lo señalé.

Hans se llevó la mano al bolsillo.

—Es mío.

Nos miramos. Lágrimas abrasadoras me anegaron los ojos.

—Enséñamelo.

—No.

¿Cómo había llegado a ese punto, a convertirme en policía de mi marido?

—Si no me lo enseñas, tendré que decírselo. —Me odié a mí misma.

—Es mío. —Se le crispó el rostro. De pronto tuve la inquietante sensación de que Hans decía la verdad. Me tapé la cara con las manos. Le oí sacarse el papel del bolsillo. Me lo ofreció; estaba llorando.

Era una hoja arrancada de su libreta, arrugada y gastada como si la hubiera llevado en la cartera, manoseada como un talismán. Estaba escrita, pero, cuando me fijé, vi que solo había tres palabras, repetidas línea tras línea. «Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien...».

—Lo siento —dije. Hans se metió en nuestra habitación. No tenía otro sitio adonde ir.

Cuando salió del dormitorio, vi que se había acicalado más de lo habitual, quizá para sentirse mejor. Llevaba un pañuelo en el bolsillo de su mejor traje; iba muy bien peinado, con una raya perfecta. Como si quisiera arreglar las cosas desde fuera hacia dentro. Se marchó diciendo que iba a dar un paseo para calmarse y que por la tarde iría a la biblioteca. No quedamos para comer juntos.

Estaba acostumbrada a verlo vestir bien. Habíamos hablado muchas veces del tufillo a desesperación que desprendían nuestros amigos que estaban al borde de la pobreza: las gracias exageradamente calurosas que daba un refugiado al estrechar la mano de un editor o benefactor en potencia, los ojos llorosos ante la posibilidad de que le encargaran una sola traducción, un solo artículo. A los hombres los delataban los puños rozados y las rodillas de los pantalones brillantes, la suela de los zapatos despegada y las solapas del abrigo levantadas para ocultar que estaban gastadas; eran señales reveladoras de que vivían en la indigencia. Nosotros no éramos pobres, pero Hans creía que, a fin de que los demás confiaran en él, tenía que impedir a toda costa que se notara su necesidad. «Debo ofrecer el aspecto que exige el papel», solía decirse a sí mismo.

En alguna que otra ocasión —de noche en la cama, o cuando quedábamos para comer en el salón de té—, Hans me había confiado sus sueños para el futuro. Por su complejidad, yo me daba cuenta de que llevaba mucho tiempo esculpiendo y atesorando esas posibilidades; eran como rollos de película que podía pasar en su cabeza siempre que quisiera para animarse. Cuando todo aquello hubiera terminado, publicaría su propia revista a color, una *Time* para una nueva Alemania. Hans se convertiría en una figura activa, ejercería su influencia en el nuevo amanecer de Berlín; los políticos y las celebridades buscarían sus acertadas opiniones. Tendríamos un chalet en el barrio de Grönewald, cinco criados con uniforme y un coche. Pasaríamos las vacaciones en un yate. Visitaríamos las pirámides. Yo no deseaba tener un chalet, sirvientes y un yate, pero no decía nada. Comprendía que él necesitaba una imagen del futuro y no quería privarlo de ella.

Sin embargo, con el tiempo sus fantasías quedaron gastadas y perdieron eficacia. Cuantas más atrocidades perpetraban los nazis, y cuanto más tiempo pasaba sin que

ningún país extranjero protestara, más le parecía a Hans que la historia iba a robarle la vida que se merecía. Entre sus sueños y la vida en Great Ormond Street se abrió una brecha mayor que las que hasta entonces había tenido que salvar. Una brecha mayor que la existente entre la casa del párroco de Nienburg y nuestra vida en Berlín, entre el soldado que había regresado del frente y el periodista famoso, entre el tartamudo y el hombre persuasivo, entre el ario y el judío. Era una brecha que, si una tarde Hans se deslizaba en un sueño, por la noche amenazaba con hacer que su vida le pareciera mísera, que se le convirtiera en polvo en la boca. Yo sabía, por el portazo que daba, por cómo tiraba la cartera, que regresar a aquel piso suponía regresar a una existencia que Hans consideraba indigna de él.

Pero aquel día, después del contrajuicio, algo cambió. Hans volvió pronto a casa, poco antes de la hora de comer. Yo todavía estaba allí, intentando ordenar la despensa. Hans entró en tromba.

—¡Ya lo tengo! —dijo. Venía con la camisa mojada, la cara radiante y el pelo alborotado—. Puedo ir a ver a Bertie. Es lo único que puedo hacer.

Mientras yo seguía sentada en el suelo de la despensa, dio vueltas y vueltas por el diminuto recibidor, sin mirarme. Su discurso era fuego graneado, los planes ya estaban trazados. Cuando lo miré a los ojos, vi que mostraban una vivacidad que había estado ausente desde hacía mucho tiempo: habían vuelto a prender en ellos diminutas llamas de esperanza. Dejaría de trabajar en la novela inmediatamente, afirmó. Bertie estaba aún menos protegido de lo que lo había estado Lessing, y Hans creía que debía ir a Estrasburgo para hacerle compañía y animarlo.

—Y después quizá pueda colocar aquí algunos artículos de su *Servicio de Prensa Independiente* y enviarle el dinero. —Si eso salía bien, conjeturó, quizá consiguiera ayudar a otros refugiados políticos vendiendo sus trabajos en publicaciones británicas—. ¿Qué te parece? —me preguntó por fin—. Ya que yo no puedo escribir artículos, al menos puedo hacer de intermediario.

No le encontré mucho sentido, pero entendía que Hans quisiera salir del piso. Sospeché que tal vez quisiera obtener información de Bertie, para no tener que seguir confiando en que Dora le proporcionara material. Y comprendí que con mi falta de fe lo había decepcionado. Eso fue lo único que pensé. *Gezwungene Liebe tut Gott weh*. Nadie puede obligar a nadie a amar.

Se marchó al cabo de una semana.

El día que cumplí veintiocho años Hans todavía no había regresado de Francia. La señora Allworth llegó con un cesto tapado con una servilleta de cuadros. Algo se movía debajo.

—Es para usted —dijo.

Retiré la servilleta y encontré una bolita de pelo blanco y negro. El gatito todavía tenía los ojos azules; era una vida diminuta y perfecta. Rompí a llorar.

—¡Ay, querida! —dijo la señora Allworth—. Creí que...

—No, no. Me encanta —dije. Yo no estaba acostumbrada a la amabilidad

gratuita, a la belleza en un cesto.

Lo llamé Nepo, por Juan de Nepomuceno, que se negó a revelar los secretos de una reina. Nepo se convirtió en un gato faldero cariñoso e imprevisible, y yo se lo contaba todo.

—Voy a contárselo todo —le digo a la enfermera.

—Así me gusta —responde ella. A esta no la había visto nunca; debe de hacer solo el turno de noche. Tiene la tez oscura; es un ángel nocturno con una piedra preciosa en la nariz—. Así me gusta, Ruth.

Toller

EN la fotografía del periódico aparece el *Saint Louis* en el puerto de La Habana por la noche, iluminado como un árbol de Navidad por los focos de los barcos de la policía y las lámparas que cuelgan de las cubiertas para impedir que los pasajeros salten. Leo mi carta, en la que exijo que «esta nación fundada por quienes huían de la persecución acepte ahora a estos refugiados que huyen de una barbarie que se ha propuesto declararnos la guerra a todos».

La historia de siempre. ¿Qué dijo Auden? Que ya no creía en lo mejor del ser humano. El rabino de ojos azules de Samotschin siempre me hablaba como si yo fuera un adulto, incluso cuando no era más que un niño. «Debemos creer en Dios — me decía—, porque, si no, tendremos que creer en los hombres y entonces nos llevaremos una decepción».

Cuando entra, viste la misma ropa, pero sé que es otro día. Lleva la cara un poco empolvada; el rasguño rojo de la frente ya casi no se aprecia. Está muy pálida. Deja mi billete encima de la mesa.

—En la compañía naviera dicen que ha habido suicidios en el barco —explica conteniéndose a duras penas—. No puedo enviarle un telegrama a Paul, no les dejan tener ningún contacto con sus familiares, así que no podemos saber...

Me levanto. La cojo por el codo y la llevo hasta la otra butaca.

—¿Ha visto el *New York Times* de hoy?

—No.

—Hay un nuevo plan: dejarlos desembarcar en la isla de Pinos. Establecer, tal vez, una colonia judía allí. —Veo el alivio y la esperanza brincando en su interior, y luego una oleada de desesperación—. Ya sé que es duro saber que está tan cerca. —Asiente—. Pero —le toco un hombro— quizá se resuelva todo.

—Quizá —dice. Se vuelve automáticamente hacia su bolso y coge la libreta y el lápiz.

—¿Había correo?

—¡Ay! Se me olvidó. Iré ahora.

Cuando vuelve —sigo sin tener noticias de mi hermana—, reanudamos el trabajo.

Después de que los británicos mandaran a aquel cajista al campo de concentración, el pánico se extendió entre los refugiados de Londres. Circulaba el rumor de que había informantes entre nosotros. Dora decía que algunos insensatos creían que pasar información a los británicos podría ayudarles a conseguir un visado, y que pasar información a los alemanes podría protegerlos de «ellos». En su opinión, no podíamos hacer gran cosa al respecto, aparte de ser muy cuidadosos con la información de que disponíamos.

Hans Wesemann vino a verme poco después del contrajuicio. Se mostró muy halagador y servil. Hablamos de la visita que me había hecho a la cárcel; ya habían transcurrido más de diez años. Bromeó diciendo que yo había sido un «público

cautivo» y luego se disculpó, creo que sinceramente, por haberme pedido que traicionara a mis compañeros revolucionarios. Dijo que, lamentablemente, él era de esos que piensan en salvarse —*Sauve qui peut*, dijo con una sonrisa irónica— y olvidan que hay personas que tienen prioridades más elevadas.

Mientras él hablaba, yo observaba su elegante rostro, tan ridículamente atractivo que podías perderte en él. Como si Wesemann poseyera el físico que los defensores de la eugenesia quisieran que tuviera nuestra especie y el resto de nosotros fuéramos meros ensayos.

Wesemann se ofreció a colocar mis manuscritos en las editoriales británicas a cambio de un pequeño porcentaje. Cuando le comenté que trataba directamente con mis editores, insinuó que quizá necesitara «material nuevo» y me invitó a viajar con él a Estrasburgo para visitar a Berthold Jacob. Dijo que con la información de Jacob y mi notoriedad podría escribir algo «absolutamente devastador» sobre Alemania y hacerlo llegar a un público lo más amplio posible. «Usted podría tener más influencia que nadie», me cameló. Dije que me lo pensaría.

Cuando se lo conté a Dora, puso los ojos en blanco.

—Pobre hombre, está desesperado —afirmó—. Busca otro éxito por asociación contigo. En cierto modo, no es culpa suya —añadió—. Este no es lugar para un satírico. Nuestras circunstancias no permiten la burla.

Cuando Wesemann me escribió una semana más tarde, rechacé su ofrecimiento.

Después de que mi discurso en el contrajuicio se divulgara por todo el mundo, mi editor decidió acelerar la publicación de algunos de mis ensayos.

Dora me ayudó a corregir las galeradas inglesas. Trabajamos en habitaciones separadas porque yo no soportaba el ruido de su lápiz sobre el papel. Normalmente sus correcciones consistían en cortes certeros; Dora conseguía que mis pensamientos resultaran más claros y disimulaba mi egocentrismo. Pero, como un paciente aprensivo, yo no quería oír las incisiones. Una vez vino a verme para mostrarme una doble página. Llevaba restos de goma de borrar en el pecho y los pies enfundados en unos calcetines.

—No sé muy bien si esto es lo que querías decir. —Me lanzó un vistazo antes de empezar a leer en voz alta—. «En ocasiones, a un hombre le sobreviene una enfermedad, física o espiritual, que le arrebatara toda su voluntad y determinación y lo deja perdido y a la deriva y anhelando la muerte, un anhelo que lo atrae irresistiblemente hacia la destrucción, hacia una caída en picado en el caos». — Levantó la cabeza y me miró con expresión neutra.

—¿Y? —pregunté. Es mucho más fácil escribir algo que hablar sobre ello.

—Pues que lo que viene a continuación es esto... —Dirigió de nuevo la mirada hacia la hoja.

—Ya sé qué viene a continuación.

Leyó en voz alta de todas formas.

—«La vieja Europa sufrió esa espantosa enfermedad, y con la guerra se lanzó al

abismo del suicidio».

No dije nada. Dejé que lo dijera ella.

—No estoy segura... —Desvió la vista hacia la ventana y luego volvió a mirarme. Respiró hondo—. No estoy segura de que tenga sentido aplicar tu psicología a un continente.

Yo estaba preparado.

—No es mi psicología.

—Bueno. —Dora siempre me hablaba como si los dos hubiéramos acordado que cada palabra que yo había escrito merecía estar allí; solo que quizá necesitara que la desenredaran. Ese es el don de un gran corrector. Me hablaba con amabilidad, como si solo tratara de entenderlo todo, mostrándome que no iba por delante, que de hecho quizá yo la hubiera llevado hasta allí—. La guerra —dijo con serenidad— no la provocó Alemania yendo perdida a la deriva y anhelando la muerte, sino actuando con determinación y anhelando poder y colonias.

—Tienes razón —admití—. Como siempre. —Me pasé los dedos por las comisuras de los labios—. Pero creo que deberíamos dejarlo.

Ella asintió lentamente con la cabeza. Había entendido que yo quería decir aquello. Y que jamás lo habría dicho públicamente de mí mismo.

Yo sabía que Dora había sido desgraciada; a veces yo la había hecho desgraciada. Pero dudo que sufriera nunca esa enfermedad en concreto, la que te arrebatara toda voluntad y determinación. Lo dudo.

Ruth

Una mujer con un pañuelo en la cabeza, como una virgen, reparte los periódicos por la planta con un carrito todas las mañanas. «Las noticias nuestras de cada día dánoslas hoy...». Veinte años en la escuela metodista y todas mis referencias son cristianas. Cojo los dos periódicos, aunque nunca los leo enteros.

Un día, tumbadas en la hierba en Regent's Park, Dora sacó de su bolso un ejemplar del *Times* y me lo dio.

—Mira —dijo.

—«Fred Perry: “Todavía llevo algunos Wimbledons dentro”.» —leí en voz alta de la contraportada.

—Dicen que tiene una aventura con Marlene Dietrich —comentó Dora—. Pero no es eso. Página tres.

Abrí el periódico por la página tres. El titular rezaba: «Versalles, burlado». Firmaba el artículo un periodista británico junto con «fuentes alemanas de primera».

—Yo —dijo Dora sonriendo.

—Menuda fuente de primera estás tú hecha —repuse.

Dora soltó una de sus sonoras carcajadas. Volví a mirar el periódico. El artículo contaba que, pese a que el ejército regular alemán quedaba limitado por el Tratado de Versalles a cien mil soldados, las organizaciones paramilitares controladas personalmente por Hitler contaban con millones de hombres. Solo las SA tenían ya dos millones y medio de miembros que armaban camorra en las calles con total impunidad.

—Son muchos hombres —reflexioné en voz alta—. Tendrá que buscarles algo que hacer.

—Se llama guerra. —Dora estaba sentada con las piernas cruzadas. Iba arrancando briznas de hierba, se acariciaba distraídamente la palma de la mano con ellas y luego las tiraba. Me comentó que Ernst Rohm pretendía que Hitler dejara que las SA absorbieran todo el ejército regular para que se convirtiera en un mero cuerpo de entrenamiento de los camisas pardas. El ejército se defendía amenazando con declarar la ley marcial—. Lo cual significaría el fin de Hitler —añadió Dora—. Pase lo que pase —dio unos golpecitos en el periódico—, el Tratado de Versalles es un chiste.

Celebramos aquel nuevo éxito de Dora en el Marquis of Granby, donde comimos y bebimos vino por media corona. Nos quedamos hasta tarde, sin preocuparnos de mirar hacia atrás ni en el pub ni en la calle. Al anochecer volvimos a casa a pie, cogidas del brazo, nuestros pasos sincronizados. La luna parecía un agujero practicado en el cielo, con la luz todavía encendida detrás.

Dora subió los escalones del portal dando saltitos y miró en el cesto de detrás de la puerta para ver si teníamos correo. Había una carta de su madre, otra de Bertie para mí y una invitación para las rebajas de Liberty dirigida a Hans.

—No creo que esta contenga nada siniestro —comentó.

—Yo no estaría tan segura —repliqué, y Dora rio.

Subimos por la escalera corriendo, eufóricas todavía. Yo iba detrás de Dora, que tarareaba una canción de moda en Inglaterra marcando el ritmo con sus pasos:

—«When my baby / comes to me / we will sit in the...».

La puerta del piso estaba abierta de par en par; la cerradura, destrozada y arrancada de la jamba. Dentro encontramos un mundo blanco, roto y hechos añicos. Papeles desparramados. La puerta de la despensa también había sido forzada; los documentos estaban esparcidos por el suelo. En uno de ellos vi la huella gris de un zapato.

Dora me indicó que guardara silencio llevándose un dedo a los labios. Entró despacio en cada una de las habitaciones para comprobar si se habían marchado. Después, sin decir una palabra, fue a la despensa y empezó a recoger sus papeles. Miré hacia abajo sin moverme del sitio y vi un documento de la fábrica textil de Zeulenroda y otro mecanografiado que llevaba la firma «S. A. Black Bear».

Entré en el dormitorio mío y de Hans. Todos los cajones estaban abiertos. Ropa interior, alhajas, mi diafragma... tirados en el suelo. La cama estaba deshecha, y nuestra ropa, esparcida encima: pantalones, chaquetas y vestidos con los bolsillos vueltos del revés. Habían vaciado en el suelo la caja de cartón donde guardaba mis fotografías. Salí.

En la cocina, el desorden era total. Habían arrancado los cajones, abierto todos los armarios y sacado la ceniza del fogón, la habían pisado y esparcido por todo el piso. Aquello era un insulto, una mofa: sabían que no podíamos llamar a la policía. Había un huevo roto sobre la encimera y Nepo lo lamía, tranquilo y pulcro como siempre. ¿Qué has visto, gatito? Habían sacado mis carretes de la nevera y expuesto las películas, que formaban espirales insólitamente festivas sobre la mesa.

Volví a nuestro dormitorio. Había libros abiertos y con el lomo roto sobre la alfombra; los extremos de la barra de la cortina habían sido desenroscados, como si dentro pudiera haber algo escondido, y yacían en el suelo cual orejas cortadas o signos de interrogación.

Dora estaba en el umbral. Seguía sin decir nada. La miré.

—Se han tomado su tiempo.

—O sabían dónde estábamos. —Dora tenía un documento en la mano—. Si han dejado esto, dudo que falte nada. —Le temblaba la mano. Era un documento de Bertie, obtenido a través de la fuente que tenía dentro del ejército. Era lo que había utilizado Dora para escribir su artículo del *Times*.

Señaló los papeles esparcidos por todas partes.

—Puede que hayan fotografiado algunos documentos. Y que hayan dejado todo esto aquí para emplearlo más adelante como prueba contra nosotros.

Entendí sus palabras, pero no pude hilvanar su significado.

—¿Quiénes?

Nos volvimos hacia la puerta del piso, que ya no podríamos cerrar.

—O los unos o los otros —me contestó dándose golpecitos en los labios con los dedos.

Yo no quería dormir en casa. ¿Y si volvían? Pero Dora dijo que no podíamos irnos; no podíamos dejar todo aquel material allí con la puerta abierta. Los vecinos, o cualquiera, podían encontrarlos. Llamó al profesor Wolf, que estaba en su habitación de Boswell Street. Llegó con su cárdigan peludo y su maletín, como si necesitara convencerse de que había venido por cuestiones de trabajo, o quizá para dar una clase particular nocturna. Parecía más asustado que nosotras.

Calcé una silla bajo los restos de la cerradura para atrancar la puerta. Luego puse un baúl lleno de libros detrás. Dora y Wolf se acostaron. Yo me sentía incapaz de meterme en la cama sola, así que pasé la noche guardando todas aquellas cosas manoseadas y esparcidas por mi habitación. Cuando amaneció, cambié las sábanas e intenté dormir.

Antes de que Hans volviera de Francia ya habíamos instalado una cerradura nueva en la puerta del piso y añadido un grueso cerrojo y una cadena. Además, pusimos cerraduras en todas las puertas de las habitaciones —el salón, la cocina, los dormitorios— y sustituimos la del armario del recibidor. Llevábamos manojos de llaves y nos convertimos en nuestras propias carceleras.

Dora negoció con los otros inquilinos del edificio para tapar con tablones el montante de la puerta de la calle. Les dijo que nos habían entrado a robar y que se habían llevado dinero y joyas; mencionó una racha de robos en Bloomsbury.

El señor Donovan, el agradable vendedor de seguros jubilado que vivía en el piso de abajo, estaba acostumbrado a evaluar los riesgos detenidamente.

—Pero no entraron por el montante, ¿verdad?

—No —respondió Dora—. Alguien les abrió la puerta, o forzaron la cerradura.

—Entonces solo es para disuadirlos, ¿no? —dijo el señor Donovan, pero no se opuso.

Creo que ni siquiera nosotras sabíamos para qué queríamos cegar el montante. No tenía mucho sentido. Tal vez ya prescindíamos del razonamiento y nos fiábamos de señales y presagios mientras luchábamos contra un enemigo invisible y fiero como Dios.

Después de que entraran en nuestro piso, Dora trabajó aún con más ímpetu. Yo le hacía recados, entregaba mensajes en mano a otros refugiados; llevé un par a Westminster. Compraba artículos de papelería, cigarrillos, comida. Celebramos en el piso algunas reuniones del partido sin un orden del día definido y yo redacté las actas. Pero buscaba cualquier excusa para salir de casa. Trabajaba en el siguiente número de *La otra Alemania* en las oficinas del Partido Laborista Independiente. Iba a los muelles siempre que podía.

Una tarde, Dora entró en la cocina con un texto que estaba mecanografiando. Yo lavaba los platos.

—¿Te importa que te lea esto? —Lo tenía en la mano—. Es de Toller. «En ocasiones, a un hombre le sobreviene una enfermedad, física o espiritual, que le arrebatada toda su voluntad y determinación y lo deja perdido y a la deriva y anhelando la muerte, un anhelo que lo atrae irresistiblemente hacia la destrucción, hacia una caída en picado en el caos».

Me miró.

—No puedes escribir esto si no lo has sentido —dijo—. ¿Verdad que no?

No supe si se trataba de una pregunta retórica.

—No —respondí—. Seguramente no se te ocurriría.

—Eso le digo yo. —Se sentó—. Le digo que su lucidez proviene de esa parte oscura que tiene. Si la niega, quedará separado de lo que nutre su escritura. —Nunca había visto una expresión tan franca en su rostro—. ¿Crees que si amas a alguien hay ciertas facetas de esa persona que deberías hacer como si no existieran?

Me volví, separando de los costados las manos mojadas. Pensé en las veces que Hans pasaba toda la noche fuera con Edgar, o examinando muestras de cachemira con Werner Hitzemeyer, alias Vernon Meyer. Me había convencido a mí misma de que cada uno de nosotros debía mantener una pequeña parcela de vida privada, incluso en el matrimonio. No creía que, pese a nuestros mejores esfuerzos, pudiera mostrarse absolutamente todo. Me quedé mirando la mesa con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Ay, Ruthie. Lo siento. —Se levantó, me abrazó y me besó dulcemente en el hombro—. Soy muy torpe para estas cosas.

Supongo que quería decir que no se le daba bien dejar nada por sobrentendido. Regresó a su habitación caminando descalza por el linóleo. Volvió a oírse la máquina de escribir.

Aquella noche no me acordé de cerrar las cortinas antes de desnudarme. Cuando levanté los brazos para pasarme el camisón por la cabeza, vi mi reflejo en el negro cristal de la ventana; mis costillas eran una jaula que encerraba a mi corazón. Recordé una de mis primeras citas con Hans.

Habíamos ido al *Rummel*, la feria del pueblo. Agosta, el Hombre Alado, estaba en su caravana, sentado en un falso trono. Tenía el tórax en embudo: unas alas de hueso le empujaban la piel del torso hacia fuera. Una sola división celular defectuosa en el gameto y una vida se trastorna, se convierte en algo que exhibir para que los demás nos sintamos normales. A sus pies estaba sentada Rasha, una africana nacida en Estados Unidos, con el pecho desnudo y un collar de conchas alrededor del cuello. Las conchas tenían pequeños labios ondulados que no llegaban a tocarse; parecían vulvas diminutas, blancas como la porcelana, que envolvían la oscuridad dentro de sí. Rasha no tenía ningún interés para Hans, pero Agosta lo fascinó, con sus elegantes ojos de poeta y su boca perfecta.

Fuera de la caravana se nos acercó un hombre disfrazado de mono. Por el agujero para la boca del disfraz salían nubes de vaho. Qué poco hace falta —unas pieles, un par de ojos de cristal, un hocico de goma— para convertir a alguien en otra cosa. Rascamos la cabeza del mono —uh, uh, uh—, aunque jamás habríamos tocado así a un desconocido. En esa época Freud estaba de moda, y Hans comentó que lo que se exhibía en aquella feria era nuestra verdadera bestia interior: queremos ver cómo la criatura se rasca el trasero o se hurga los oídos con los dedos en público para sentirnos más civilizados, aunque en el fondo sabemos que no lo somos.

Sin embargo, mientras le daba palmaditas a aquel pobre desdichado del disfraz, yo no pensaba que todos llevábamos dentro una bestia, que solo esperábamos la oportunidad de satisfacernos y que ocultábamos con esfuerzo y sublimación todos nuestros deseos animales. Me preguntaba si no sería al revés; si dentro de nosotros no habría una versión más limpia, más pura, más lampiña, demasiado desnuda para mostrársela al mundo.

Oigo una tos y me doy cuenta de que un enfermero ha entrado y me ha cogido la mano para tomarme las constantes vitales y anotarlas en esa tablita sabia que hay a los pies de la cama. Mantengo cerrado el ojo que llevo destapado. Cuando el enfermero termina, abro el párpado y lo veo marcharse. Con la cadera golpea el manojito de llaves que alguien ha dejado en el armario que hay junto a la puerta. Las llaves tintinean y oscilan.

Las llaves estaban colgadas en la puerta cerrada del dormitorio de Dora. Yo acababa de llegar a casa de los muelles, a media tarde, diez días después de que entraran en nuestro piso. Nepo saltó para tocar el llavero con la pata.

—¿Dora? —dije en voz baja.

No me contestó, así que fui a la cocina y preparé café. El bolso de Dora estaba encima del diván. No se oía la máquina de escribir. Quizá estuviera acompañada.

Encendí la luz y empecé a clasificar diapositivas, alzándolas hacia la pantalla de la lámpara. El piso estaba muy silencioso.

Un par de horas más tarde volví a llamar a la puerta de Dora; era raro que durmiera de día. Me asaltaron pensamientos espeluznantes: demasiado Veronal, demasiada morfina. Pero ella era la experta mundial en esas cosas.

—¿Dora? —Nada.

¿Estaba cerrada con llave?

Giré el pomo. No me parecía bien —¿y si no estaba sola?—, pero empujé la puerta. Al otro lado oí el susurro de papeles que se movían, uno de los muchos montones: toda una ciudad de papel, rascacielos torcidos ocupando el suelo, y yo entro como una obrera de demolición.

Dora estaba tumbada en la cama, vestida. Sola.

—¿Dee?

Tenía los ojos abiertos.

—¿Dora? —Me temblaba la voz.

Dora desvió la mirada hacia mí y sonrió sin ternura, sin levantar la cabeza.

—Ven aquí.

Me acerqué a la cama.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Túmbate. —Dio unas palmadas sobre la colcha, a su lado.

Me tumbé, miré hacia arriba y fue como estar de nuevo en Primrose Hill. En nuestra torre sentía el movimiento giratorio de la tierra. Dora me rodeó con un brazo y apoyó la frente en mi hombro.

—A veces, si estoy quieta demasiado tiempo, me quedo helada —dijo, sus palabras amortiguadas por mi cuerpo. Yo sabía que no era de frío.

Me puse a hablar para llenar la habitación de sonido, a pintar con palabras cuadros de cosas concretas, medidas y, sobre todo, que estaban vivas. Le dije que si miras las ramas desnudas de un plátano recortadas contra un cielo blanco ves que las vainas de semillas cuelgan rectas, festivas como adornos navideños. Le dije que Nepo se sujetaba la cola con las patas delanteras para limpiársela. Le dije que su oreja era una taza rosa para atrapar notas.

Dora respiraba acompasadamente, abrazada a mí.

—No te vayas.

Supongo que Dora creía que tal vez yo también me iría a Francia.

—No me iré —dijo.

A Hans no le había contado nada del robo en mis cartas porque él no podía hacer nada, aparte de preocuparse. Me envió un telegrama para anunciarme que volvía a casa antes de lo previsto. «Aquí todo bien», decía.

Corrí escaleras abajo para recibirlo. Se había dejado un bigotito estrecho y de pronto parecía muy francés. Señaló los tablones clavados sobre el montante y me miró con gesto interrogante. Le solté allí mismo lo del robo. Hans se llevó una mano a la boca. Por un instante creí que no iba a entrar.

—Podríamos poner una marca roja en el dintel —dijo.

Me animó pensar que todavía se sentía capaz de bromear.

—¿Para avisar de que los que vivimos aquí somos rojos?

—No. —Se mordió el labio superior y sacudió la cabeza—. Para que pasen de largo.

El relato de Hans y el de Bertie coincidían.

Todas las tardes iban juntos a pasear por las afueras de Estrasburgo, junto al río Ill. Los días eran cada vez más cortos y el suelo tenía la textura y la humedad del invierno. Unos niños que acababan de salir del colegio jugaban al fútbol en un prado. Marcaban las porterías en los extremos con sus carteras, y los límites del campo con jerséis colocados en las esquinas. Había tres en cada equipo, seguramente hermanos y amigos; el más pequeño tendría unos nueve años, y los otros, entre doce y trece. El

cuarto día, el mayor invitó a los dos desconocidos a jugar con ellos.

Hans y Bertie dejaron los abrigos en el borde del camino y cada uno se unió a un equipo. Hacía mucho tiempo que no corrían ni sentían el aire en los pulmones ni la alegría de chutar un balón. Hans sabía suficiente francés para charlar.

—Es de cuero auténtico —comentó haciendo girar la pelota sobre un dedo.

—Me la regalaron por mi cumpleaños —dijo el más pequeño, orgulloso como si la hubiera cosido él mismo.

—Es muy bonita —declaró Hans—. Yo aprendí a jugar con una de trapo. ¡Esta es mucho mejor!

Hans chutaba bien cuando recibía el balón, pero Bertie era asombrosamente ágil: esquivó a sus contrincantes y llegó con la pelota hasta el extremo del campo para que un chico con grandes rodillas la lanzara entre las dos carteras. «¡Bieeeeeen!». Los niños dieron saltos de alegría y alzaron los puños al aire, contentos con su nuevo jugador. Bertie sonrió y se quitó el chaleco.

—No está mal —dijo Hans. Se frotó las manos y sonrió a sus compañeros de equipo—. Ahora vamos a jugar en serio.

—No le hagáis caso, *mes p'tits* —exclamó Bertie—. Vamos ganando y así acabaremos el partido.

Seguían chutando, corriendo y riendo, manchados de barro, cuando empezó a ponerse el sol. Olía a humo de leña; se encendía el fuego de los hogares.

—¿No tenéis que volver a casa, chicos? —gritó Hans, jadeando desde un extremo del campo.

—Hasta la hora de la cena, no —contestó el mayor de ellos.

—Muy bien. —Hans sacudió la cabeza como si se disculpara por la derrota que se disponía a infligir—. Tú te lo has buscado.

La pelota estaba en el campo de Bertie, pero un chico flacucho y decidido del equipo de Hans consiguió hacerse con ella y abrirse paso entre la maraña de piernas hasta él. Hans, mimando la bola, recorrió todo el campo tratando de adelantarse a las piernecitas que lo rodeaban. Entonces dio una poderosa patada, seguramente antes de tiempo. Estiró demasiado la pierna y cayó de espaldas; el balón salió despedido a toda velocidad, pero no pasó entre las marcas de la portería, sino muy por encima de ellas, salió del campo y aterrizó al otro lado del río. Hans gruñía tumbado en el suelo.

—Lo siento —dijo—. Sacáis vosotros. —Se quedó quieto—. Creo que me he torcido el tobillo.

Los chicos se miraron unos a otros, indecisos. El más pequeño intentaba contener las lágrimas. Su hermano le puso un brazo sobre los hombros. Empezaron a recoger sus cosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertie—. Vamos a buscarla.

—No nos dejan —dijo el hermano—. El río es la frontera.

—¿Está vigilada? —preguntó Bertie.

—No, aquí no —contestó el chico—, pero más abajo sí.

—Bueno —repuso Bertie—. Ya voy yo. —Miró a Hans—. ¿Estás bien?

Hans se estaba aplicando barro en el tobillo.

—Creo que no es nada grave.

Bertie salió del campo y se deslizó por el terraplén hasta la orilla del río, donde encontró unas tablas para cruzarlo. El agua no era profunda, pero corría impetuosa. Se dirigió hacia donde había ido el balón, por debajo de las ramas de un par de sauces. Cielo, hierba, árboles y piedras se fundían unos en otros. Sin embargo, creyó que podría distinguir la pelota, una forma redonda y blanca. Al otro lado del río había un resalto por el que discurría un camino de tierra. La pelota debía de haber ido a parar allí; Bertie empezó a trepar.

Había un coche esperando. Un hombre sentado al volante y otro fuera, de pie. Con la pelota en las manos. Sonriendo.

Bertie sonrió a su vez, resollando, y empezó a acercarse. «Bonsoir», saludó. El hombre continuaba sonriendo.

Entonces comprendió, dio media vuelta y echó a correr, presa del pánico; su cuerpo hacía tanto ruido —su pecho, sus pies— que no oía si lo seguían. Se tiró por el terraplén, ofreciendo la espalda como diana. No sentía nada, ni los pies ni el agua.

Cuando llegó junto a los otros no podía hablar.

Los niños formaban un corro alrededor de Hans, que seguía en el suelo sujetándose el tobillo. Bertie se escondió detrás de ellos y se agachó, empapado y casi sin aliento.

—¿Has... oído... un coche? —fue lo primero que consiguió decir. Tenía los ojos desorbitados—. ¿Has...?

Hans levantó la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Un coche.

Entonces Hans comprendió. Los niños miraron las manos vacías de Bertie. El pequeño se enjugó las lágrimas con la manga.

—Iré yo —dijo Hans.

—¡No! —exclamó Bertie—. Solo es una pelota.

Hans se levantó con cuidado.

—No están aquí por mí —dijo.

Lo peor, me explicó Bertie en su carta, no había sido ver a aquellos hombres. Lo peor había sido esperar a que volviera Hans.

Era casi de noche cuando Hans regresó cojeando con la pelota bajo el brazo.

—Hablaban un francés perfecto —le dijo a Bertie en alemán.

»*Pardonnez-nous ce drame.* —Sonrió a los niños y le devolvió la pelota al más pequeño.

Los niños se marcharon corriendo a sus casas, sin duda con historias sobre alemanes paranoicos y asustadizos que contar a sus padres.

Bertie se puso el brazo de Hans sobre los hombros para ayudarlo a caminar hacia

las luces de la ciudad. Ambos eran conscientes de que el coche todavía no había encendido los faros ni puesto el motor en marcha.

—Que hablen un francés perfecto no significa nada —masculló Bertie—. Podrían ser ellos.

—Hay que llevarte lejos de la frontera —afirmó Hans.

Bertie asintió con la cabeza mientras caminaban y se alegró de que Hans no pudiera verle la cara.

Bertie tenía una radio en su buhardilla.

—Escucha esto —le dijo a Hans la última tarde que estuvieron juntos, mientras giraba el dial. Se oían fragmentos en francés, holandés y alemán de Suiza. Cuando encontró la emisora oficial de Hitler, murmuró—: Ajá.

Hans pensó que querría escuchar un poco de propaganda para tratar de averiguar qué ocultaban los nazis. Pero Bertie movió el dial una pizca más.

—Aquí está —anunció, y se sentó.

Solo se oía una voz, sin música de espacios publicitarios ni anuncios de la hora ni de la emisora.

—Este canal emite justo al lado del canal de Hitler para que la gente lo encuentre —dijo Bertie. Sacudió un poco la cabeza—. A ver si sabes quién es.

Una voz masculina decía: «¿Cómo podemos permitir que ese homosexual mofletudo y glotón, ese pedorrero que se muerde las uñas, represente a Alemania? En serio, dicen que el líder es abstemio, soltero y vegetariano y que no fuma, como si hubiera arrancado de sí nuestros deseos normales y más elementales y no le interesara satisfacerse. Solo le preocupa el bienestar de la nación alemana. Pero nosotros afirmamos que satisface su sed de sangre por otros medios. No hace falta leer al doctor Freud para saber que el deseo reprimido no desaparece sin más. Se retuerce y avanza como un río que, privado de su cauce, fluye inundando otros terrenos. Y, en el caso de Adolf Hitler, esos terrenos somos nosotros».

Hans escuchaba con atención. Diez minutos más tarde, la voz dijo: «Ahora me despido de vosotros, amigos, hasta mañana a las seis hora de Greenwich o las siete hora de Berlín».

Bertie compuso una sonrisa, mitad payaso y mitad enterrador, con su cabeza despeinada y sus dientes torcidos como lápidas.

—¿Qué, lo adivinas?

—Ni yo habría podido expresarlo mejor. —Hans sacudía la cabeza y sonreía—. ¿Emite desde Alemania? Sería un suicidio.

Bert negó con la cabeza.

—Esa voz me suena. —Hans se acarició el bigotito—. Me rindo.

—¡Rudi Formis!

A Rudi se le había ido la mano con un «problema técnico» en la emisora de radio

de Berlín y los nazis habían ido a por él. Cruzó la frontera hacia Checoslovaquia e inmediatamente empezó a montar en el tejado de una posada de Slapy un radiotransmisor clandestino con la antena desmontada y el resto del material que había llevado en una maleta. Y comenzó a emitir mensajes contra Hitler.

Bertie se recostó en el respaldo con las manos detrás de la cabeza.

—Increíble, ¿verdad? —dijo.

—Ese hombre es un genio —afirmó Hans. Le brillaban los ojos—. Debe de necesitar gente. ¿No podríamos escribir para él?

—No —respondió Bertie, tajante—. Toma muchas precauciones. No quiere revelar a nadie dónde está. Yo soy de las pocas personas que conocen su paradero. —No pudo evitar que el orgullo se reflejara en su voz—. A veces le envío información, pero siempre a través de un intermediario de Praga.

—Increíble —dijo Hans.

—¡Hola!

Hay una cortina colgada de una guía en mi habitación, para procurarme intimidad y para que la gente no se asuste al abrir la puerta y encontrarse de golpe con un espectáculo como el mío. Pero es imposible protegerse de todo. Una mano y una pelusa rosada aparecen por un borde de la cortina.

—¿Está visible? —Bev emplea un tono serio y afectuoso al mismo tiempo. Vaya, ¿también ella sabe cómo hay que comportarse en estos casos?

—Pase.

—Bueno —dice.

Aparta la cortina y aquí está, un recordatorio afanoso de mi otra vida, la vida exterior de galletas, bromas y paseos al sol. Bev viste unos leggings y una camiseta blanca y larga que cubre su fofo cuerpo. La camiseta lleva lentejuelas de colores alrededor del cuello, y por un instante solo puedo pensar en un cucurucho de helado de vainilla gigante espolvoreado con fideos de chocolate.

Bev va de aquí para allá, busca una silla y la acerca a mi cama, se pone en el regazo una bolsa llena del supermercado.

—Bueno, ¿qué se cuenta?

—No mucho —contesto, y sonrío.

Me devuelve la sonrisa.

—Le he traído algunas cosas de casa. —Saca mi neceser—. Champú, un cepillo de dientes, polvos de talco y esto. —Deja mi audífono, metido en una bolsita de plástico con cierre hermético, en la mesilla de noche—. Y también he traído el periódico de hoy. —Me tiende ese abominable tabloide que no leo nunca, y se desparrama toda la publicidad que lleva dentro—. Y —mete la mano en su bolso— esto. —Bev me muestra un cestito de mimbre. Dentro hay cuatro higos entre verdes y morados, los más suculentos que he visto jamás, sobre un lecho de paja.

»No es temporada —dice Bev con suficiencia—. A cuatro dólares la pieza. —Es lo más parecido a una declaración de amor que recibo en mucho tiempo.

—Exquisitos —digo—. Muchísimas gracias. —Bev sabe que me encanta la fruta, aunque se ría de mí porque a veces me la como con cuchillo y tenedor. Los toco. Estos preciosos higos de piel suave traen su belleza preñada a este lugar estéril. Le han costado casi lo que cobra por una hora de trabajo.

»Son perfectos —añado, y veo que Bev está muy contenta. Para disimular el placer que siente, coge el periódico.

—Los asesinos de árboles han vuelto a las andadas en Woollahra —dice golpeando el periódico con el dorso de una mano. Woollahra es un barrio residencial magnífico, donde ciertos constructores se dedican a salir por la noche para envenenar higueras de Moreton Bay de ciento cincuenta años a fin de que sus pisos tengan vistas aún más espléndidas del puerto. Como ocurre a menudo aquí, solo nos fijamos en el delito cuando sus autores niegan haberlo cometido—. Repugnante —añade Bev.

Miro el periódico y reconozco el sitio donde antes estaba aquel árbol magnífico. La cara oculta de la fecundidad de esta tierra es su avidez: de sexo, de dinero. Esta ciudad solo piensa en librarse de sus consecuencias. Si cierro los ojos veo la playa de Seven Shillings, cerca de donde estaba la higuera: una franja de arena blanca desde donde se contempla la ciudad al otro lado del agua, con un cobertizo para botes de color aguamarina en un extremo. Un pequeño letrero colocado en una puerta de tela metálica anuncia que es una playa privada, propiedad de las mansiones que hay detrás, más allá de la línea de la marea alta. Pero la puerta está siempre abierta y todo el mundo, tanto los dueños de las mansiones como la población general, se salta esa norma. Aquí estamos todos embelesados por la belleza; este es un mundo edénico donde la gente mata por las vistas, pero donde siempre se perdona todo.

—¿Cómo dice? —pregunto. Bev me está hablando.

—Si quiere que le dé un masaje en las manos. —Se inclina hacia su bolso y saca un tubo de crema—. Ah, sí —dice—, y aquí está su correo. —Deja las cartas en la mesilla de noche; son sobres con ventanilla carentes de interés que sé que no voy a abrir. Ahora me doy cuenta de que solo quedamos Bev y yo. Tendrá que hacer muchas cosas por mí.

Bev se quita los anillos y empieza a masajearme la mano izquierda. Es asombrosamente agradable: el olor a fresa, el tacto.

—¿Me he convertido en uno de sus vejstorios?

—¡Qué va! —dice riendo. Me masajea los tendones detrás de cada uno de los nudillos—. Usted es demasiado fuerte.

Miro mi vieja y nudosa mano.

—Eso es verdad. —Sigue con su tarea, la cabeza agachada, de modo que no puedo verle la cara, sino solo su pelo llameante, que nace, escaso y extraño, de un cuero cabelludo blanco como la cera. Me aporrea la palma de la mano y luego me tira de los dedos uno a uno. Contiene la respiración.

—Es usted... —me da un tirón— mi... —me da otro tirón— águila.

Fue por entonces, en la primavera de 1934, cuando empezamos a recibir cartas amenazadoras en Great Ormond Street. Siempre tenían matasellos local y solían contener una sola frase mecanografiada en medio de la hoja, dirigida a uno de nosotros. No podía decirse que fueran muy originales, pero sí eficaces. Una de las que recibió Dora rezaba: «PREPÁRATE PARA MORIR, PUTA». A mí me escribieron: «LOS COÑOS JUDÍOS MORIRÁN», y a Hans: «TÚ LO HAS QUERIDO». Hubo otras. Nos las enseñábamos y luego las quemábamos en el fogón.

Al cabo de un par de meses también empezamos a recibir llamadas por la noche. Descolgábamos el teléfono y no oíamos nada, ni siquiera una respiración. Las primeras veces, yo gritaba al auricular: «¿Quién es? ¿Quién es?». Dora ponía un dedo en la horquilla para cortar la comunicación. «No les des ese gusto», me decía. Hans no se molestaba en contestar.

Un día me quedé plantada en la acera de Farringdon Road, momentáneamente paralizada; la corriente de la vida sé abría y se cerraba alrededor de mí como un arroyo en torno a una roca. Me pregunté si quince pasos más atrás alguien que me seguía se habría parado también. Allí nuestro destino estaba determinado por unas fuerzas que en ocasiones se dejaban ver: en una amenaza anónima, una sombra, una llamada silenciosa, una plaga de papel blanco en el piso. Me sentía como un oso en el Coliseo que piensa que lo que tiene ante sí —un panorama sobrecogedor— es el mundo al que hay que enfrentarse, y sin embargo, debajo de él, un millar de esclavos que manejan poleas van cambiando el escenario y el final está predeterminado por fuerzas mucho más poderosas que la mayor capacidad de resistencia que él logre acumular.

En el centro de la calzada, un agente de tráfico subido a un podio movía los antebrazos como un títere. Un autobús rojo se detuvo junto al bordillo y arrojó a sus pasajeros, todos ellos con un sitio adonde ir. Pasaron en fila junto a un barrendero con una gorra de tela y un recogedor de mango largo y, como si se hubieran puesto de acuerdo, sortearon a un grupo de niños que salían de la escuela. La vida se movía alrededor de mí, pero yo no podía aprehenderla.

Aunque entonces sabía que había fuerzas reales que pesaban sobre nosotros, esta sensación me ha acompañado toda la vida, tanto en el bullicio de Londres como en la belleza de Sidney, en el agua y en tierra: que hay una compleja maquinaria en funcionamiento, que hay caminos invisibles en el mar y que todo esto tiene un sentido que, por más que me esfuerce, no logro descubrir.

Sin embargo, estábamos mejor en Londres que en Alemania. Aquella última semana de junio de 1934 hubo una matanza en nuestro país. La mayoría de los asesinatos se hicieron públicos. Los pregonaron a los cuatro vientos, así que ni siquiera tuvimos que recurrir a las fuentes de nuestro partido en Alemania. Los nazis

lo llamaron el «golpe de Rohm», como si hubieran actuado para sofocar un intento de golpe de estado. Nosotros lo consideramos una carnicería meticulosamente planeada y lo llamamos La Noche de los Cuchillos Largos.

El 30 junio, antes del amanecer, Hitler había volado de Berlín a Munich. Había convocado una reunión con Ernst Rohm en el hotel de Bad Wiessee donde este se hospedaba, a orillas del lago. Quizá Rohm creyera que el líder iba a ofrecerle por fin el control del ejército. Él y sus cabecillas de las SA dormían la mona. Hitler, su chófer y unos cuantos hombres armados de las SS recorrieron los pasillos del hotel Hanselbauer abriendo puertas y gritando a los hombres amodorrados que se levantaran, se vistieran y salieran. A algunos los encontraron juntos en la cama; Hitler fingió escandalizarse y ordenó que los ejecutaran inmediatamente en los jardines del hotel, pese a que hacía mucho tiempo que sabía que Rohm tenía debilidad por los jóvenes reclutas. A otros los metieron en coches, los llevaron a la cárcel de Stadelheim, en Munich, y los ejecutaron en el patio.

Cuando Hitler llegó ante la puerta de Rohm, mandó a los guardias que la abrieran sin llamar. Ordenó a Rohm que se vistiera. Rohm, adormilado, murmuró: «Heil, mein Führer», bajó y se sentó en una butaca del vestíbulo. Pidió café a un camarero. Luego lo hicieron subir a un coche y también se lo llevaron a Stadelheim.

Pero aquello era algo más que la aniquilación de una organización paramilitar excesivamente poderosa por parte de Hitler. Göring y él ya habían redactado una lista de «personas indeseables». Tras los asesinatos de Munich, Hitler telefoneó a Göring, que estaba en Berlín, y ordenó que las células de las SS diseminadas por poblaciones de toda Alemania abrieran sus listas selladas, la parte que les correspondía de la relación completa de personas indeseables. Y las células nazis se pusieron manos a la obra.

Al general Kurt von Schleicher, el anterior canciller, lo mataron en el estudio de su casa, junto con su esposa, que intentó protegerlo. Mataron al líder de Acción Católica, Erich Klausener, en su mesa del Ministerio de Transporte porque había criticado la violencia nazi. Mataron al padre Bernhard Stempfle, un sacerdote que había ayudado a Hitler a escribir *Mi lucha* en la cárcel y que sabía demasiado sobre él. Mataron a Karl Ernst, un líder de las SA de Berlín que tal vez hubiera participado en el incendio del Reichstag y al que había que silenciar. El primero de julio, antes del anochecer, ya habían ejecutado a más de doscientos asociados, acólitos y nazis comprometidos, así como a independientes, conservadores, militares y dirigentes políticos. Otros mil fueron arrestados.

Pero, según supimos, Berlín lo celebró. Hitler declaró festivo el día siguiente, 2 de julio. En un discurso a la nación afirmó estar por encima de la ley.

Para mí es un misterio por qué la gente llega a creer que la están protegiendo cuando los hechos demuestran claramente que no es más seguro ser un amigo que un enemigo y que en cualquier momento, por puro capricho, pueden pasarnos de una columna a otra.

Sin embargo algunos se daban cuenta de lo que era aquello: la consolidación de un estado asesino. Y dentro de ese estado, uno, al menos, desertó.

Han añadido algo al gotero. Hace que el tiempo se concentre. Veo cosas que he imaginado tantas veces que ya son hechos. Y otras las he sabido sin verlas.

El problema de la vida es que solo puede vivirse a ciegas, en una dirección. La memoria tiene sus propias ideas; va cogiendo elementos de la historia arbitrariamente e intenta juntarlos. Nos llega desde todos los ángulos, junto con todo lo que supimos después, y nos da la noticia.

Yo lo conocí. Tiene unas entradas muy marcadas y lleva gafas sin montura. Viste un traje elegante y en el dedo meñique lleva un anillo de sello con el emblema familiar. Su nuevo despacho es grande; unas gruesas cortinas rojas y doradas enmarcan las ventanas del Ministerio del Interior, en Berlín. La mullida alfombra amortigua sus pisadas cuando entra en la habitación. Erwin Thomas está demasiado desazonado para sentarse. Ayer mataron a Kurt von Schleicher, su querido amigo y mentor. Al pensar en Kurt y en Ada derrumbados sobre la mesa en su casa de Neubabelsberg con sendas balas en el cerebro, aprieta las mandíbulas y cierra los puños hasta que las uñas se le clavan en las palmas. En parte lo hace por rabia, y en parte para mantenerse firme en su determinación.

Suena el teléfono.

—Sí —dice—. Ya he redactado el borrador. —Escucha un momento por el auricular—. Es un solo artículo. —Mira el papel que tiene encima de la mesa—. No, señor, no preveo ninguna dificultad. Señor. Heil Hitler.

Sigue paseándose. Su secretaria llama a la puerta y entra para recordarle que tiene una cita a la hora de comer. Él le pide que la cancele.

—¿Su úlcera?

—Sí, gracias. —Es una muchacha atractiva.

Vuelve a levantar el auricular y lo cuelga. Encima de la mesa descansa el borrador de la ley que ha redactado, a petición de Göring, para justificar los asesinatos de esta semana. Aunque solo es un artículo, basta para anular toda su fe y su formación. La lee una vez más, todavía de pie.

3 de julio de 1934

Ley Relativa a las Medidas para la Autodefensa del Estado

Las medidas adoptadas para sofocar los ataques sediciosos y desleales del 30 de junio y 1 y 2 de julio de 1934 se declaran legítimas por ser medidas para la autodefensa del Estado.

Thomas sabe que eso de la autodefensa del Estado no existe. Solo existe el asesinato político. Pero ha hecho lo que le han ordenado. Una vez más.

Se sienta y saca una hoja de papel con membrete del cajón de la mesa. Es un hombre que domina el lenguaje, que sabe argumentar. Es uno de los más instruidos, el arquetipo de la cultura y la lealtad. Y mira adónde lo ha llevado eso. Coge una pluma estilográfica. La deja. Golpea un cigarrillo contra la pitillera de plata y lo enciende.

Y de pronto se le ocurre: es lo único que ella reconocerá. Empieza a escribir. Es una nota muy breve. La mete en un sobre sin dirección que se guarda en el bolsillo de la chaqueta. Coge su abrigo y su sombrero del perchero que hay junto a la puerta, tira sin pensar de los puños de la camisa, sale a Wilhelmstrasse, y bajo el calor del mes de julio se dirige hacia el Ministerio de Asuntos Exteriores.

El piso de Great Ormond Street había acabado pareciendo un lugar asediado por llamadas telefónicas, cartas y ojos que miraban por debajo del ala del sombrero en la calle. Procurábamos no pensar demasiado en eso; de lo contrario, nos habríamos vuelto locos.

Cada vez frecuentaba más los muelles. Los barcos iban y venían de todos los lugares intactos del mundo: Monrovia, Singapur, Fremantle... A través del señor Allworth trabé amistad con un encargado, el señor Brent, que me dejaba ir a donde quisiera siempre que tuviera cuidado. Estaba haciendo una serie de fotografías sobre los trabajos en el dique seco; había empezado con el *Muscatine*, un barco enorme con una quilla que recordaba un yunque, grandioso como un edificio. Descansaba sobre bloques de madera del tamaño de un automóvil. La cadena del ancla, de cientos de metros de longitud, colgaba de la proa y se enroscaba en el suelo como el intestino de una bestia majestuosa. Unos hombres con peto y gorra revisaban los eslabones, picoteándolos como diminutos pájaros limpiadores.

Una mañana un trabajador vino a avisarme de que una mujer me esperaba en las oficinas. Cuando llegué allí encontré a Dora, pálida como si acabaran de darle un puñetazo.

—¿Podemos ir a algún sitio? —me preguntó. La llevé a mi salón de té favorito de aquella zona.

Aquella mañana había llegado una carta después de que yo me marchara del piso. Dora la deslizó hacia mí por la mesa. No era un sobre normal y corriente como los otros: llevaba el emblema del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

—Ábrela —me dijo. Dentro había otro sobre con las palabras «Ministerio del Interior» grabadas en el lado izquierdo.

—El...

—Léela —me interrumpió Dora.

Era una nota muy breve, manuscrita y sin firmar. «Está terminado, y es una pudorosa hoja de parra que cubre el poder. Por favor, llama al primer secretario

Jaeger, Whitehall 7230».

El miedo era como electricidad estática en mi cerebro. Conocía la expresión «hoja de parra» de mi infancia, pero no entendía el significado de la nota.

Dora estiró los brazos sobre la mesa y cogió la carta. La dobló y la guardó en su bolso, entre otros documentos. Esperé a que hablara. Cuando lo hizo, su voz tenía aquel tono cortante y formal de cuando estaba asustada.

—¿Fue esto lo que recibió Helmut? ¿Una invitación a llamar a la embajada alemana?

—No —contesté—. Sus documentos los canceló el Ministerio del Interior británico. Se hizo todo a través de los ingleses. Después tuvo que presentarse ante la embajada alemana, porque dijeron que estaba ilegalmente en territorio británico.

—Ya. Ya. —Dora tomó aliento. Se mordió la cara interna de la mejilla que tenía apoyada en una mano. Miró alrededor. La gente tomaba sopa o sándwiches cortados en triángulos perfectos y bebía té.

—Podría ser una trampa —especulé. La idea de que le pasara algo a Dora me aterraba más que la posibilidad de que me pasara algo a mí. Mi mente iba a toda velocidad. ¿Para qué querían hablar con una periodista de la oposición exiliada si no para hacerle daño? La estaban señalando. A menos que tuviera algo que ver con su madre, que estaba en Berlín. Dios mío, ¿qué le estarían haciendo a Else? Conocíamos a otros refugiados cuyos familiares habían sido tomados como rehenes y encerrados en campos de concentración para obligar a regresar a los que se habían marchado.

—Sí —dijo. Se arrancó un padastro del pulgar con el índice y se lo puso entre los dientes. Bajó la mano con brusquedad.

—Podrías no salir —continué a mi pesar, con la voz tensa, esforzándome para no montar una escena—. Podrían enviarte a...

Dora me cogió las manos.

—Chist. No voy a ir, descuida. En eso estamos de acuerdo. —Forzó una sonrisa. Era como si su miedo se hubiera trasladado por sí solo a mí; tener que reconfortarme le dio fuerzas. Me soné la nariz. Dora me soltó e hizo girar el azucarero entre las manos—. Lo que pasa es que... —Miró por encima de mi hombro. Se había acercado la camarera. Pedimos té y sándwiches de jamón, y la chica limpió la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando se marchó la camarera.

—Sé de quién es la carta —dijo Dora. Dejó el azucarero.

—¿De quién?

No me contestó, pero dijo como si hablara para sí:

—Aunque eso no quiere decir que no sea una trampa. —No conseguí sonsacarle nada más.

Dora no quemó la carta, pero tampoco hizo lo que se le indicaba en ella.

Dos semanas después recibió otra, también en dos sobres. Esa vez le proponían celebrar la reunión en un lugar público que ella eligiera. Dora llamó a la embajada y dijo que acudiría.

La acompañé. La embajada estaba en Saint James's, en un edificio majestuoso en la esquina de Carlton House Terrace. Dentro había un atrio del que arrancaban unos largos pasillos. Nos sentamos en un banco de madera tallada. La había acompañado porque Dora quería que estuviera a su lado, porque ambas creíamos —sin fundamento alguno— que, si iban a hacerla desaparecer, quizá fuera más difícil estando las dos.

La secretaria que vino a buscar a Dora llevaba una esvástica de esmalte en la solapa. Hizo caso omiso de mi presencia.

—¿Qué hago? ¿Espero aquí? —le pregunté.

—Como quiera —me contestó la mujer sin mirarme a los ojos.

—¿Cuánto tardarán?

—Es imposible saberlo.

Sentí que me ahogaba, que me costaba respirar. Al levantarse Dora se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—No permitas que lo noten.

La espera hace que la mente se desboque y no controle la imaginación. Intenté concentrarme en cosas pequeñas: la pata en forma de garra de león del banco que tenía enfrente, el dibujo en zigzag de las baldosas, las pesadas lámparas de cristal esmerilado colgadas del techo por unas cadenas a intervalos regulares. Vi abrirse y cerrarse las puertas del pasillo, por las que unas veces salía el berrido de un teléfono y otras veces una persona. Pasaban ante mí secretarias con traje elegante y medias, bien peinadas y con los labios pintados, idénticas. Parecían capaces de reducir cualquier cosa a una decisión administrativa, un memorándum con párrafos numerados. Me sentí despeinada, desaliñada, indigna de un lugar en aquel mundo lacado y decidido, pese a que aquella mañana me había esmerado: llevaba mi único traje de falda y chaqueta, y una muda de ropa interior en el bolso. No habría sabido decir si me había vestido pensando que iban a detenerme o para conjurar tal posibilidad.

Al cabo de un rato dejé de pensar. Me puse a contar puertas. Enfocaba y enfocaba la vista. «Dora volverá conmigo». Esta estúpida oración laica, en parte esperanza y en parte ansiedad, protegería a Dora. «Dora volverá conmigo».

Se abrió una puerta del final del pasillo. Salió un hombre. Desanimada, lo observé, un paso desgarrado tras otro, para mantener mi mente ocupada. Se cruzó con una secretaria que lo saludó con la cabeza como si lo conociera. El hombre se dirigía hacia el otro extremo del pasillo, donde había una ventana, y cuando sus rodillas se doblaban, entre ellas aparecía y desaparecía un diamante de luz. Se me encogió el estómago: conocía aquellos andares. Por la laxitud de aquellas largas piernas supe que era Hans.

Creo que lo habría dejado marchar sin decirle nada.

Entonces se abrió una puerta enfrente de él, y por ella salió Dora.

Se hallaban a veinte pasos de distancia, y se reconocieron. Me levanté y corrí hacia ellos. Hans volvió y me vio acercarme, la tercera rueda, superflua, del

engranaje.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Dora cuando llegué a su lado.

—Hola, Dora —dijo él con calma. Llevaba su mejor traje—. Qué casualidad encontrarte aquí. —Se volvió hacia mí—. Hola, Ruthie. —Me besó con ceremonia en la mejilla, luego se sacó del bolsillo un bonito pañuelo con estampado de cachemira y se secó la frente—. He venido —dijo en voz baja— para intentar ayudar a Bertie. Con un pasaporte. —Sonrió, avergonzado, según me pareció—. No pensaba decir nada hasta saber si había salido bien. —Entonces miró a Dora y añadió—: Pero yo podría preguntarte lo mismo a ti. —La sonrisa seguía en sus labios, pero sus ojos miraban con firmeza, sin parpadear.

Fue la única vez que vi a Dora vacilar antes de responder; parecería insegura de sí misma. Carraspeó.

—Yo también —dijo—. Lo mismo que tú.

Fuimos a casa y Hans salió a comprar cervezas y patatas fritas. Dora no paraba de sonreír y no podía estarse quieta. Me dijo que ahora tenía una fuente muy arriba, nada menos que un asesor jurídico de Göring. Era una grieta en la gran maquinaria; era increíble. No podía revelarme quién era, por supuesto, porque eso lo pondría en peligro. Y a mí también, si «ellos» sospechaban que yo lo sabía.

Pero con el alivio de ver a Dora salir de la embajada sana y salva mi mente se había desatascado y volvía a funcionar. Recordé que de niña había visto, a través de la rendija de una puerta, una mandíbula contraída de rabia, y me vino a la memoria el comentario de Dora sobre la hoja de parra. Sabía quién era la fuente.

Oímos las pisadas de Hans en los escalones de madera. Dora bajó la voz y me puso las manos en los antebrazos.

—No te enfades —susurró. Intuí lo que iba a decirme. En ese momento sentí desvanecerse toda la alegría por aquella pequeña victoria—. No puedes contárselo a Hans. No puedes contarle nada.

—Eso no es justo —dije—. Siempre lo dejas al margen. Y él cada vez se siente peor.

—Mira —me dijo—, no sabemos qué hacía Hans en la embajada. —Si abrigaba alguna sospecha, Dora no iba a formularla.

—Lo mismo que tú, ¿te acuerdas?

Me soltó los brazos. Entonces mudó la expresión: de pequeño Napoleón pasó a amiga comprensiva.

—No se trata de eso. Lo que ocurre es que, cuantas menos personas lo sepan, menos posibilidades hay de que descubran a nuestra fuente. Ya sé que es difícil, pero esta vez tienes que hacerme caso.

Yo nunca había podido desobedecerla.

Aquella noche celebramos una fiesta los tres comiendo patatas fritas calientes envueltas en papel de periódico. Brindamos por el futuro de Bertie y dijimos que cada vez estábamos más cerca de ayudarlo a escapar.

—Por los genios —le dijo Hans a Dora cuando entrechocaron sus vasos.

Mi memoria tiene una lente de ojo de pez y nos veo a los tres desde un rincón alto de aquella pequeña cocina. Veo a la mujer morena y delgada que habla gesticulando, hace malabarismos con cigarrillos y cerillas, se muerde las uñas cuando habla otro. Se ha quitado los zapatos y tiene una rodilla apoyada contra el canto de la mesa. Me veo a mí, más callada, más quieta, sonriendo y dividida. Y veo a Hans, que bebe y bromea como un hombre salvado, un hombre que ha encontrado a su Dios o ha sido admitido en un club al que hacía tiempo deseaba pertenecer. En esa imagen parece que estemos los tres muy unidos.

Así era nuestra vida entonces, una alternancia de celebración y desesperanza, como si el mundo entero tomara drogas.

Cuando Hans y yo fuimos a acostarnos, no pude evitarlo. Llevaba todo el día conteniéndome.

—¿Por qué no me contaste lo que ibas a hacer? —le espeté.

Estaba sentado, a medio desvestir, el torso suave bajo la luz, algo que yo conocía bien, que quería tanto. Me senté a su lado.

—Solo quería daros una sorpresa —dijo con gesto apenado. Me besó—. Ni siquiera sé si saldrá bien. —Miró al suelo—. No puedo fracasar otra vez. —Quería decir «ante Dora».

Le puse una mano en la rodilla.

—La próxima vez, cuéntamelo —dije—. No me gusta nada esta sensación.

—Lo siento —dijo él asintiendo con la cabeza—. Ya lo sé.

Toller

Sonó el timbre de mi casa de Hampstead. Miré por la ventana. Allí estaba ella otra vez, ante la puerta, con un vestido de verano de color claro, el sol reflejándose en su negro cabello. Hacía un mes que no la veía. Tenía al lado una maleta, un rectángulo de color pardo con un asa de asta que me sonaba de algo.

Christiane había salido a comprar alimentos. Seguramente volvería antes de ir a comer con sus nuevas amigas del grupo teatral.

Abrí la puerta y hubo un momento de adaptación; el rostro de Dora no encajaba con la imagen que yo había mimado en silencio. ¿Era más alta? ¿Estaba más pálida? Tenía las cuencas de los ojos más oscuras. Una mancha de nicotina nueva en un colmillo. La mente hace unos retratos de muy mala calidad. ¿Por qué no podemos retenerlos mejor? Pero en menos de un segundo el retrato erróneo de la memoria quedó borrado por la realidad que respiraba y sonreía: ella está aquí.

—Tengo una cosa para ti. —Su voz era la misma, revelaba seguridad y soltura.

Miré la maleta: sí, era mía.

—Pasa, pasa. —Dora hizo ademán de trasponer el umbral, pero yo no me aparté; me incliné hacia ella y le di un beso de bienvenida. Su boca sabía a menta y a humo, y algo dentro de mí se fortaleció. Le puse la mano en la parte baja de la espalda y la apreté contra mí.

—Me alegro de verte. —Dora sonrió y se separó de mí—. ¿Puedes subirla?

La maleta pesaba mucho. En mi habitación desabroché las correas y la abrí, y vi mis propias palabras, mecanografiadas y sujetas con gomas elásticas. *Una juventud en Alemania* arriba, y debajo, *Cartas de la prisión*. Había poemas y unas cuantas notas de mi mesilla de noche metidas en los lados, pensamientos que no recordaba haber tenido y que jamás volvería a tener. Aunque aquello era mi pasado, parecía mi futuro: sentí que me devolvían a mí mismo. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo...? —Me asustó pensar que a ella o a alguien cercano a ella le hubiera costado algo terrible.

Dora pasó el peso del cuerpo de un pie al otro y me fijé en que llevaba unos zapatos de noche de terciopelo azul marino, que no le pegaban nada. Sonreía. Su alegría siempre era la alegría de otro.

—¡El tío Erwin Thomas! —dijo—. La otra maleta llegará pronto.

Estaba radiante. Se descalzó y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

Me contó que dos semanas atrás la habían llamado a la embajada alemana de Carlton House Terrace. Como allí regía la ley alemana, le aterrorizó pensar que ya no saldría del edificio. Pero fue con Ruth, y eso la ayudó.

—Ella estaba más asustada que yo —me contó mientras se colocaba la almohada detrás de la espalda—, así que tuve que conservar la sangre fría. Era todo muy ostentoso, pero olía a patatas hervidas. —Sonrió. Era como decir que olía a Alemania.

»Me concentré en eso hasta que me llevaron ante el primer secretario Jaeger. Alto, rubio, cuarentón, con cicatrices en el rostro. Me entregó una carta sellada. Lo primero que vi fue la firma. Cuando levanté la cabeza y miré a Jaeger a la cara, no supe si se trataba de una especie de prueba o de una trampa. Así que dije: “Un viejo amigo de la familia”, creyendo que quizá necesitara una razón para recibir una carta del asesor jurídico del sanctasanctorum de la oficina de Göring. Entonces Jaeger me dijo que se la había dado Thomas para que me la entregara en mano y que compartía las preocupaciones de este. “Aquí no todos somos nazis todavía”, declaró.

Dora me contó que tuvo que hacer un esfuerzo para imaginarse la angustia moral bien alimentada que se ocultaba bajo aquel traje elegante y aquel fular de seda. Debió de notarse que le costaba, porque Jaeger añadió: «Díganos qué podemos hacer para demostrarle nuestras intenciones».

Me cogió la cara entre las manos.

—Así que, señor enemigo público número uno —prosiguió—, le dije que quería que me trajeran esta maleta, intacta y cerrada, del cobertizo de los huertos de Bornholmer Strasse. La otra llegará más tarde.

Bajé la vista. Era una maleta normal y corriente. Dora se había jugado la vida dos veces por ella.

—Y otra cosa. —Hurgó entre los sobres marrones, las fichas sujetas con gomas elásticas y los periódicos doblados que llevaba en el bolso—. Esto. —Sacó un sobre y me lo dio. Contení una hoja de papel carbón de un memorando dirigido al ministro Göring. Era una lista del número de aviones de combate que estaban poniendo secretamente a disposición del Reich.

—¿Cómo demonios...?

—Ni siquiera lo pedí —aclaró—. El tío Erwin quiere ser mi fuente a partir de ahora. Para salvar su alma.

Quería que me quedara el papel carbón y las tres cartas que Thomas le había escrito, por si volvían a registrar su piso.

Hicimos el amor en mi cama y Christiane no vino a casa. Podría haber venido —me la jugué otra vez y dejé que el destino decidiera por mí—, pero no apareció.

—Qué zapatos tan bonitos —comenté cuando Dora se agachó a recogerlos.

—Me los ha dado Ruth. A ella le van pequeños. —De pronto mostró una timidez desacostumbrada. Se le pusieron las orejas coloradas. Se quedó agachada—. Pensé que te gustarían.

—Son zapatos de noche, Dee.

Dora levanto la cabeza y se incorporó.

—¿Y eso importa? —No era un reproche, sino una pregunta sincera.

Deslizó los pies, estrechos y huesudos, en los zapatos de terciopelo y se abrochó unos cuantos botones del vestido. Desde la ventana la vi marcharse. No llevaba enagua, y al caminar el vestido flotaba alrededor de sus rodillas y se le adhería a la curva de las nalgas.

Ruth

Era domingo. Principios de febrero de 1935. Dora irrumpió en casa, acalorada porque había subido la escalera corriendo.

—¡Esta vez, primera plana! —Tiró el periódico encima de la mesa.

El titular del *Sunday Referee* rezaba: «Soldados, tanques y aviones». Firmaba el artículo «un corresponsal anónimo».

Hans miró el periódico por encima de mi hombro y leyó el artículo conmigo. En él se detallaban la concentración secreta de tropas, la importación de materiales y piezas de tanque y, con una minuciosidad extraordinaria, el programa de construcción de la flota aérea militar del Reich, incluidos los tipos de aviones que estaban fabricando los alemanes y su número exacto, las armas que podían transportar, la autonomía de vuelo y hasta la ubicación de los hangares. Lo más increíble, decía el corresponsal, era que los documentos a que había tenido acceso el periódico demostraban que aquellos aviones de combate estarían listos para entrar en acción al cabo de tres meses. El artículo concluía: «Esto demuestra claramente que la intención del gobierno de herr Hitler es iniciar una guerra cuyo objetivo será la población civil de las grandes ciudades de Gran Bretaña y Francia. La acumulación de semejante poderío aéreo no tiene otra explicación».

Estábamos eufóricos. Hans le dio a Dora un abrazo espontáneo. Parecía que los riesgos que mi prima había corrido merecían la pena, que el mundo recibiría la advertencia y se salvaría, y nosotros con él.

Dora tenía motivos para estar tan contenta. Dos días más tarde, Seymour Cocks, miembro del Partido Laborista, se levantó en la Cámara de los Comunes blandiendo un documento que, según afirmó, «ofrece un informe pormenorizado de la actual organización aérea de Alemania». Cocks suplicó a la cámara que prestara atención a lo que tramaba herr Hitler. Más tarde, Winston Churchill, diputado conservador, también utilizó la información de Dora en un discurso ante el Parlamento. «Los poderosos alemanes —dijo—, esa nación tan avanzada tecnológicamente, quieren hacer una guerra y nosotros participaremos en ella». Pidió a Gran Bretaña que se tomara en serio aquella amenaza, que se armara el lugar de entregarse a «sueños pacifistas».

A la mañana siguiente de la publicación del artículo de Dora, me desperté al oír que llamaban a la puerta. El lado de la cama de Hans estaba vacío.

No habían llamado al interfono del portal, de modo que supongo que alguien les dejó entrar en el edificio. Eran dos hombres. Uno alto, uniformado, con chaqueta cruzada con botones del latón, y un detective bajito con traje marrón. No me dio tiempo a pensar. El que iba de paisano habló antes de que yo pudiera reaccionar.

—Scotland Yard —dijo abriendo una cartera de piel para mostrarme una reluciente placa de identificación—. División de Registro de Extranjeros.

Me recorrió un escalofrío de miedo.

—Tenemos una orden judicial para registrar esta vivienda en busca de pruebas de actividades incompatibles con su permiso de residencia.

Yo había retrocedido automáticamente y ellos ya estaban dentro del piso, con la gorra y el sombrero en la mano. Dora seguía en su habitación. El detective tenía la tez oscura como un minero de Cornualles; el agente de uniforme era rubio y estaba muy erguido. Todo ha terminado, pensé. Los armarios y los cajones estaban llenos de documentos que solo podían significar que realizábamos labores políticas. Por no mencionar los papeles que cubrían el suelo de la habitación de Dora.

Entonces Dora salió y cerró la puerta de su dormitorio.

—Buenos días —dijo. Estaba vestida, pero tenía la cara hinchada; acababa de despertarse. Iba descalza, en calcetines.

Tendió una mano hacia los hombres.

—¿Me permiten ver la orden de registro? Si no les importa.

—Por supuesto, señora. —El detective hizo una seña con la cabeza al agente, que entregó a Dora una hoja de papel mecanografiada. Por encima del hombro de mi prima vi el membrete: «Nuevo Scotland Yard». A Dora, le temblaba la mano cuando se la devolvió.

—Son alemanes —me dijo en alemán.

Había algo que me impedía respirar.

—¿Quiere que llamemos a un intérprete, señora? —preguntó el detective con un tono bastante amable. Hablaba un inglés impecable.

Dora siguió hablando en alemán, con voz gélida.

—No será necesario.

Mi mente iba a toda velocidad. ¿Sería una táctica dilatoria? Si iban a buscar a un intérprete, tendríamos tiempo de esconder el material más comprometedor. Al menos los documentos que delataran directamente a Bertie y al tío Erwin.

—Me gustaría hablar con su superior —continuó Dora con su alemán cortante.

La saliva se me acumulaba en la boca.

—Lo siento, señora —repuso el detective pronunciando las palabras muy despacio y con claridad—. No hablo alemán. ¿Tendría la bondad de hablarme en inglés, tal como ha empezado?

La voz de Dora tenía un deje de desdén que yo nunca había oído.

—¿Por qué no llama a su oficina ahora mismo? —Miró la orden de registro que el agente uniformado tenía en la mano—. El número debe de figurar ahí, ¿no?

El detective miró a su subordinado, que se encogió de hombros.

—En este piso no hay nada ilegal, señores —solté en inglés—. De hecho nos entraron a robar...

—¡Ya lo saben! —masculló Dora en alemán. A continuación, con una voz asombrosamente calmada y llena de odio, añadió—: *Sie wollen deine Furcht*. — Quieren tu miedo.

Se colocó frente al más alto.

—Bonito uniforme. Claro, a los de tu clase os gusta disfrazaros. ¿Será porque no os gustáis tal como sois? Apuesto algo a que en tu casa tienes unas botas preciosas. —Se volvió hacia el bajito, que no era mucho más alto que ella, y se dio unos toquitos en la nariz—. ¿Y a ti qué te ha pasado? ¿Temías que te tomaran por judío?

Los hombres permanecieron inmóviles, con gesto imperturbable.

—No te entienden... —empecé a decir.

—Cállate.

—Por favor, Dee...

—Basta, Ruth. —Miraba alternativamente a aquellos dos individuos—. ¿Sabéis una cosa, chicos? Esa educación que tanto os molesta tiene su utilidad. —Le quitó la orden de registro al más alto y la alzó.

—Aficionados de mierda. Ningún inglés firmaría como «lord Trenchard». Llevaos esto a Berlín y decidles de mi parte que los lores firman con una sola palabra. Trenchard.

El bajito tenía la espalda contra la puerta, que no habíamos cerrado. Pestañeaba muy deprisa.

—Largo de aquí —les espetó Dora.

—*Hure* —masculló el alto antes de cerrar la puerta. Puta.

Dora echó la llave. Oímos las pisadas de aquellos dos tipos en la escalera de madera, hasta que las absorbió la alfombra. El corazón me latía tan fuerte que me parecía que la sangre me zumbaba en los oídos. Fui al cuarto de baño y vomité.

Cuando salí, Dora estaba sentada a la mesa de la cocina.

—Lo siento. —Tenía la voz estrangulada y me escocían los ojos—. No me he dado cuenta...

—¿Cómo ibas a saberlo? —Dora ya no estaba enfadada—. Es una de esas manías de las clases altas. Y solo prescinden del «lord» en los escritos. Supongo que lo sé por Dudley. —Se llevó una mano a la boca en un gesto inconsciente de despreocupación. Luego la agitó y añadió—: No importa.

Pero me fijé en que le temblaba la mano, y también los brazos, los hombros, y que le castañeteaban los dientes. Me senté frente a ella.

—De todas formas, seguramente es mejor que nos persiga Prinz-Albrecht-Strasse que el verdadero Scotland Yard —reflexionó en voz alta.

—¿En serio?

—Bueno... —Posó las manos sobre la mesa para detener el temblor y me miró a los ojos—. Ellos no pueden mandarnos a casa.

—No, supongo que no —convine—. Madre mía, ahora me siento mucho mejor.

Dora sonrió un instante. Después se inclinó hacia mí y me cogió las muñecas. Tenía las palmas de las manos húmedas.

—No quiero que se lo cuentes a Hans.

Era una orden, una súplica y una invitación a la traición, todo a la vez. Me removí en la silla y esquivé su mirada. Dora deslizó las manos y tomó las mías.

—En serio, Ruthie. —Me tenía sujeta—. Quiero que me lo jures.

—Te equivocas con él.

—Eso espero. —Su miedo se manifestó en forma de ira—. Pero júramelo.

Me irritó su tono autoritario.

—¡Te equivocas, lo sé! —grité. Yo también había desconfiado de Hans una vez; ahora lo resarciría defendiéndolo. Retiré las manos—. No me gustan todos estos secretos, yo...

—¿Dónde está Hans? —Dora me miraba a los ojos y ya no había dureza en su voz.

—Me dijo que tenía una reunión por algo de un artículo.

Por favor, Dee, no me obligues a excluirlo. Lo está pasando muy mal.

—Todos lo pasamos mal. —Lo decía en serio—. Júramelo.

Después fue al armario del cuarto de baño y cogió lo que necesitaba. Y yo me dije que protegía a Hans no contándole, no espoleando su terror.

Ningún periódico de Londres mencionó el asesinato de Rudi. ¿Por qué iba a merecer atención el asesinato, en febrero de 1935, de un desconocido radiotécnico alemán exiliado en Checoslovaquia? Algunos militantes de nuestro partido se desplazaron desde Praga a la posada cercana a Slapy donde Rudi había vivido con el nombre falso de Otto Fenech. Reconstruyeron lo sucedido hablando con el dueño, la camarera y la policía checa.

Rudi llevaba seis meses alojado en aquel hotel. El personal lo consideraba una persona tranquila a la que le gustaba hablar pero que pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación. A mediados del invierno era el único huésped.

Un martes, una joven pareja alemana fue a cenar a la posada. Entablaron conversación con Rudi porque no había nadie más. El sábado siguiente regresaron con un amigo. Este se quedó en su habitación mientras los otros tres cenaban juntos. Después la muchacha discutió con su novio, que se excusó y subió a su habitación diciendo que había bebido demasiado. «Adiós, y no vuelvas», dijo la joven.

El dueño de la posada describió a la joven como una mujer refinada, rubia, delgada y hermosa. Contó que parecía que también ella hubiera bebido demasiado. En cuanto su novio se hubo marchado, se acurrucó junto a Rudi.

Rudi había subido a acompañarla a su habitación cuando el tercer hombre apareció en el bar; llevaba delante, a punta de pistola, a la camarera, que tenía los rulos puestos. Condujo a la mujer y al dueño de la posada al sótano, donde ambos oyeron dos disparos, seguidos poco después de un tercero.

Al día siguiente, cuando el repartidor de carne abrió la puerta del sótano, subieron al piso de arriba y encontraron a Rudi en el pasillo. Le habían disparado en el pecho y —el tiro de gracia— en la frente. Tenía arañazos en las muñecas.

Un reguero de sangre conducía desde la escalera hasta el lugar donde los

visitantes habían aparcado el coche. Más tarde Bertie supo por fuentes del gobierno que la joven había resultado herida; una bala debió de darle cuando estaba junto a Rudi. Era Edith Sander, contratada por la Gestapo para acompañar a los agentes Naujocks y Schoenemann. Los hombres la llevaron hasta el coche y se dirigieron a Alemania. Un policía que los paró por exceso de velocidad dijo que no había visto a ninguna mujer, solo un montón de mantas en el asiento trasero. Cuando llegaron al hospital de Leipzig y fueron a sacarla del automóvil, ya estaba muerta.

Curiosamente, el transmisor que Rudi había instalado en el tejado con el mayor cuidado seguía intacto. Bertie oyó decir que Göring estaba satisfecho con el éxito de la misión. A Naujocks, el supuesto novio, se le concedió un ascenso.

El asesinato de Rudi me conmocionó más que el de Lessing, y no solo porque lo conocía. Lo que más me repugnaba, después del hecho de su muerte, era el intervalo entre los últimos disparos, el tiempo que Rudi debía de haber pasado tendido en el suelo, atragantándose con su propia sangre, consciente de que había llegado su hora.

También me consternaba la lenta agonía de la muchacha en el coche que circulaba a toda velocidad, aunque fuera uno de ellos. Lo que me conmovía era que ella sabía lo que iba a suceder, sabía que iba a caer la fatídica cortina negra. ¿Pensaría «Y ya está»? ¿Pensaría «Esa fui yo»? Empecé a despertarme aterrada por la noche, y la mayoría de las veces encontraba vacía la otra mitad de la cama.

Hans, en cambio, parecía llevarlo mejor. Estaba ocupado buscando publicaciones para sus artículos sobre refugiados y consolándose con sus salidas nocturnas. Al analizar mis sentimientos respecto al asesinato de Rudi, comprendí que lo que me atormentaba era el esfuerzo teatral y minucioso que habían realizado los criminales. La primera visita, aparentemente inocente, de la pareja de enamorados a la posada, y la posterior artimaña de la borrachera y la discusión. La matrícula checa. El regreso a toda velocidad al otro lado de la frontera, donde les dieron palmadas en la espalda, cerveza e insignias. Y una joven muerta cuyo nombre tacharían de algún libro de pertrechos.

—¿Crees que lo ensayaron? —me pregunté en voz alta un día que paseaba con Hans bajo los plátanos cerca del Museo Británico—. No sé, ¿cómo crees que planean esas cosas? —Llevaba la cámara en una mochila. Movía las manos libremente dando forma a intrincadas preguntas en el aire—. ¿Crees que alguien...?

—Chist —dijo él sin levantar la vista del suelo—. No hables tan alto.

Bajé la voz.

—Me gustaría saberlo —insistí. Necesitaba quitarme de encima aquel miedo—. ¿Crees que se sientan en sus despachos de Prinz-Albrecht-Strasse y un listillo propone el plan, otro el diálogo, un tercero el vestuario...?

—En serio, Ruthie —me interrumpió Hans con tono despectivo, áspero. Sacudía la cabeza y respiraba ruidosamente, concentrado en sus pisadas sobre el pavimento. Si había algo que compartíamos, una actividad que siempre nos había unido, era la capacidad para ridiculizar las cosas. O como mínimo para ver juntos lo ridículo de

nuestra situación.

¿Por qué Hans ya no quería jugar a aquel juego, nuestro juego? Era una forma de rechazar la intimidad, el chiste privado de nuestro matrimonio.

Tal vez esté demasiado asustado para hablar de ello, me dije. De todos modos, era difícil saberlo, porque él actuaba como si nada hubiera pasado. Yo no sabía si era verdadera indiferencia o una fachada. Al final dejé de mencionar el tema. Por una parte no quería aumentar su temor; por otra, si estaba equivocada, no podía molestarme que él reaccionara mejor que los demás estando en la línea de fuego.

Fue Bertie a quien más le afectó. El asesinato de Rudi lo dejó destrozado. Perdió el poco equilibrio que había logrado recuperar tras el incidente de la pelota de fútbol, básicamente dejando pasar los días. El coraje necesario para continuar en Estrasburgo se basaba en el convencimiento de que allí estaría a salvo, y ya no podía contar con eso en un sitio donde los agentes de la Gestapo podían secuestrarlo con solo realizar un viaje de unas horas en coche. Hans no había podido conseguirle un pasaporte en la embajada, donde los funcionarios arguyeron que todos los pasaportes se expedían en Berlín.

Por si fuera poco, Bertie era más pobre que las ratas. Hans y yo hacíamos lo que podíamos. Una vez le enviamos un par de botas. Intentamos vender en Gran Bretaña suscripciones a su boletín, *Servicio de Prensa Independiente*, pero había muy pocos interesados. Bertie mandaba a Hans capítulos del libro que estaba escribiendo sobre el incendio del Reichstag, titulado *¿Quién? El arsenal de los pirómanos* —en el que responsabilizaba de lo ocurrido a una camarilla cercana a Göring—, con la esperanza de que pudiera publicarlos en algún periódico. De vez en cuando le enviábamos dinero diciéndole que provenía de la venta de su material e incluíamos una copia de algún artículo de un periódico o una revista británicos que abordaba un tema similar: un informe de un prisionero político no identificado, los métodos de entrenamiento de las SS. Pero la mayor parte de ese dinero era mío.

Una tarde, Hans volvió a casa más contento que de costumbre.

—¿Está Dora? —preguntó.

—No.

—Siéntate, Ruthie. —Se le había ocurrido una idea. Se le notaba en la cara. Me dijo que su amigo Werner conocía en Suiza a un diseñador gráfico que se dedicaba a falsificar pasaportes. Si le llevábamos a Bertie y cincuenta libras, le haría un pasaporte perfecto.

»¿Qué me dices? —Estaba radiante. Parecía tan feliz como si fuera a salvarse él mismo.

—Pero ¿cómo va a entrar Bertie en Suiza sin pasaporte? —le pregunté. No sabía cómo podía creer en semejante plan.

Hans me agarró por los hombros.

—En la frontera con Francia no son muy estrictos —dijo—. Mira, ya sé que es arriesgado, pero en Estrasburgo podrían secuestrarlo. —Me dio un apretón—. Ese hombre ha falsificado montones de pasaportes. Nunca han descubierto a nadie. Es la única oportunidad de Bertie.

Sentí una sacudida, y no supe si era de esperanza o de miedo.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no. —Me dio un beso en la frente—. Ah, y otra cosa —añadió—. No se lo cuentes a nadie.

—Claro que no.

—Ni siquiera a Dora —especificó. Me miró tiernamente con aquellos ojos azules—. Te lo he contado porque prometí contártelo todo.

Asentí lentamente con la cabeza. Me di cuenta de que Hans quería hacer algo útil, sacar un conejo de su chistera.

—Bertie tampoco se lo dirá a nadie —añadió.

Durante varias semanas ahorré todo lo que pude del dinero de mi padre. Teníamos que pagar al falsificador, el viaje de Hans a Suiza, sus gastos y los de Bertie allí y los billetes a Londres. Al final vendí un anillo y conseguí que mi padre me enviara más dinero. Le dijimos a Dora que Werner había invitado a Hans a hacer excursionismo en Suiza. Aquello se convirtió en otro engaño de mi vida en Great Ormond Street. Tenía siempre un nudo en el estómago.

A medida que se acercaba la partida de Hans, era cada vez más consciente de que no podría quedarme en el piso tras su marcha, desayunar y comer con Dora ocultándole los planes de mi marido.

Ella notó que me encerraba en mí misma. Un día, cuando volvíamos a casa por Theobalds Road, me dijo:

—Mira, si no fuera importante no te habría pedido que se lo ocultaras. Y no saberlo no le hace ningún daño.

Me di cuenta de que Dora creía que estaba resentida porque me había obligado a prometer que no le hablaría a Hans de la visita de los falsos agentes de Scotland Yard.

—No es eso —dije.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Me quedé completamente en blanco. Al otro lado del muro, en el patio del colegio, oía a los niños que cantaban saltando a la cuerda.

—Creo que necesito irme un tiempo —dije—. Salir del piso.

Dora pareció aliviada y entrelazó un brazo con el mío.

—Sé cómo te sientes —afirmó.

—Pero si Hans y yo nos vamos, tú te quedarás...

—No te preocupes —me dijo—. ¿Por qué no te vas un tiempo a trabajar con Walter?

El exmarido de Dora había escapado por los pelos de la Gestapo hacía poco y dirigía en París la sede del Partido de los Trabajadores Socialistas en el Exilio.

—Lo pensaré —dije.

Quizá no hubiera ido, pero resultó que Mathilde necesitaba una habitación, de modo que se quedaría con Dora durante mi ausencia. Y cuando Hans volviera a Londres con Bertie ya no habría secretos entre nosotros y podríamos vivir de nuevo todos juntos.

—Toc, toc.

«¿Quién es?», quiero preguntar. Es lo único que puedo decir, ¿no? Pero no lo digo porque han enviado a un asistente social del hospital para que me evalúe y en las personas de mi edad resulta difícil distinguir la línea entre la mordacidad y la locura, incluso a los profesionales expertos. Es una mujer alta y delgada, con una coleta rubia y gafas de color miel.

—Pase, pase —digo.

—Me llamo Hannah. Soy la asistente social del hospital.

—¿Es usted religiosa? —le pregunto.

—No. —Sonríe—. ¿Sería eso un inconveniente?

—Para mí no. —Sonrío yo también.

—Usted no se acordará de mí —dice Hannah, que se sienta al lado de la cama—, pero yo vi su accidente. Paseaba con mi hija cerca de la orilla y la vimos caer.

—Pues no...

—No. Es lógico. —Su voz es serena, su gesto, franco—. Vivimos en un bloque de pisos de aquí al lado porque queda cerca del hospital. Aun así, es una casualidad, ¿verdad? —Abre la carpeta y saca algo—. Sarah ha querido que le trajera esto.

Me tiende un dibujo hecho con lápices de colores vivos donde todo está en el mismo plano: el sol y la luna juntos en un cielo de color turquesa que limita con el agua azul marino en una línea perfecta, muchas velas triangulares y un pelícano de pico rosado más grande que un yate. En primer plano hay una calle. El dibujo está hecho concienzudamente; los trazos de lápiz hacen que parezca que todo se mueve, como si tuviera vida. Excepto una figura esquemática, con un triángulo rojo por vestido, tendida en la calzada. Los coches, con faros que parecen ojos, van a echársele encima. Pero a su lado hay una niña, también dibujada con trazos esquemáticos. Tiene una mano muy grande, con dedos que parecen cinco rayos de una rueda, y con ella agarra la mano a la mujer que yace en el suelo.

—Gracias —digo al cabo de un rato—. Siento mucho que viera..., que su hija viera...

—No se preocupe. —Hannah me tiende un pañuelo de papel que ha cogido de la mesilla de noche.

Entra un auxiliar a vaciar la papelera. Es un hombre mayor, vietnamita, y nos sonrío como si fuéramos una abuela y su nieta.

—El médico viene todos los días —digo cuando se marcha el auxiliar.

—Ese no era el médico. —En su voz hay ternura, pero también firmeza.

—Ya lo sé. —Debo esforzarme más si quiero volver a casa en lugar de que me lleven a una especie de cárcel asistida para los llorones y los desorientados—. Quería decir que el médico pasa a diario por todas las celdas.

Hannah me mira detenidamente. Me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Bueno, ya sabe, por cada compartimento.

Ella asiente con la cabeza.

—Me han dicho que era usted profesora de literatura.

—Sí. Francesa y alemana.

—¿Quiere que le traiga algo para leer? —Hannah mira mi mesilla de noche (ese objeto alto de hospital), que de pronto está comprometedoramente desprovista de cualquier material de lectura decente.

—Verá —digo en mi mejor tono de maestra—, he estado muy ocupada.

Ella abre un poco más sus ojos grises.

—Recordando —aclaro. Hannah asiente con la cabeza—. Ahora todo empieza a cobrar sentido —añado. Los movimientos de su cabeza se vuelven más lentos, su mirada, más atenta—. Y eso no puede ser una buena señal, ¿verdad? —Me río, y Hannah se ríe también. Creo que le alivia ver que estoy cuerda.

—¿Es consciente de lo que está pasando? —me pregunta. La miro y comprendo lo difícil que es su trabajo.

—¿En relación con el tiempo transcurrido y el tiempo que queda?

Asiente una vez más. Me coge la mano.

—No se preocupe por mí, querida —le digo.

Nos quedamos calladas, y esta desconocida tiene mi mano en la suya. El silencio se prolonga y quiero tranquilizarla, asegurarle que el final no me desasosiega. Hubo un tiempo en que lo deseé, y ahora puedo enfrentarme a él. Lo que me espera ahora es lo que sucedió en mi circo particular de tres pistas: los juegos de manos del títere, las bolas bajo los vasos y el poni traicionero, el hombre con traje de gorila y la nota en un bolsillo, la chica en el lago y las ciudades arrasadas. Pero no digo nada para no parecer una loca. Además, ¿quién se lo creería? No comprendemos a los demás, a veces ni siquiera nos damos los unos a los otros lo que necesitamos. Lo único que queda es la bondad.

Cuando se marcha, pasa por la enfermería de la planta. Oigo que una enfermera le dice:

—¿Sabes que estuvo en la cárcel en la época de Hitler? Era de la resistencia.

—Sí —responde Hannah, con tono un poco cortante—. A ver si no la enviamos otra vez allí.

Toller

Esta mañana caen chuzos de punta, la lluvia de principios de verano. Clara entra con el pelo mojado, la ropa mojada, y tardo un momento en darme cuenta de que está llorando.

—El *Saint Louis* vuelve a Europa. —Tiene los brazos caídos, mechones oscuros adheridos a la frente—. Los guardacostas les han disparado... —Se le quiebra la voz—. En la costa de Florida.

El presidente Roosevelt no ha dicho nada.

—Paul ha estado tan cerca y ahora, ahora... —Se sienta y llora, la cabeza caída sobre el regazo. Me inclino hacia delante y pongo las manos sobre las suyas hasta que también se mojan y Clara saca un pañuelo del bolso.

—El capitán parece buena persona —digo—. Intentará atracar en Amberes, en Lisboa o en otro sitio. Seguro que no vuelven a Alemania.

Vendedor de esperanzas, mercachifle de aceite de serpiente, ¿qué voy a saber yo? Ya no me acuerdo de cómo se consuela a otra persona. Clara me mira, sorbe por la nariz. Me cree porque la alternativa es impensable. Se enjuga las lágrimas mientras yo asiento con la cabeza, mentiroso, mentiroso, cara de oso.

Ruth

La semana antes de que Hans se marchara, la señora Franklin nos invitó a los dos, a Dora y al profesor Wolf a un baile de disfraces en su casa de Paddington.

—Me temo —anunció Wolf cuando hablamos de la fiesta durante el desayuno— que esa noche estoy ocupado. —Como si hacer malabarismos para compaginar diferentes invitaciones a bailes fuera la cruz de su vida en Londres.

A Dora no le importó; en casa de la señora Franklin encontraría a muchos amigos y tendría asuntos de los que hablar. Pero yo me daba cuenta de que todos la consideraban tan independiente que creían que no tenía necesidades, o al menos ninguna que pudieran satisfacer individualmente. Esa es la maldición de los competentes; los hace propensos a las bolsas de soledad, a caer en inesperadas trampas para elefantes.

Hans y yo nos vestimos juntos. Él llevaría el frac que tanto le gustaba y una batuta que se había hecho con una percha. Yo me puse mi mejor vestido —uno largo de seda color crema— y cogí una partitura: éramos un director de orquesta y su cantante. Dora se pintó tres rayas en las mejillas con mi lápiz de labios, cogió de la repisa de la chimenea una pluma que yo había estado fotografiando y se la puso en la cinta que llevaba en la cabeza.

Llegamos puntuales, es decir, demasiado pronto, y nos recibió el mayordomo. Entramos los tres arrastrando los pies y nos quedamos a un lado del vestíbulo de mármol, con las manos a la espalda, expectantes como si fuéramos miembros del servicio. Sin embargo aquella noche la casa había perdido la formalidad acartonada de las meriendas y de los relojes. Habían retirado los muebles para que pudiéramos bailar. Sobre las mesas había enormes jarrones panzudos con ramos de flores —hortensias, gladiolos, peonías y rosas— tan espléndidos y grandes que parecía que los hubiera hecho un gigante generoso y despreocupado. En una habitación adyacente alguien daba instrucciones de última hora, como antes de una actuación en directo. Al otro lado del vestíbulo, el cuarteto de cuerda afinaba los instrumentos.

La música debió de alertar a nuestra anfitriona. La señora Franklin apareció en lo alto de la inmensa escalera cubierta con una alfombra roja; parecía algo a medio camino entre un acorazado y un huevo de Fabergé.

—Hooooo, queridos —nos saludó agitando una mano, lo que hizo que se le moviera la papada. Llevaba una bolsa con el perrito bajo el brazo izquierdo.

Sonrió, asintió con la cabeza y comenzó el descenso. La falda verde esmeralda —una prenda enorme, rígida— se movía como una sola pieza. Asomó un pie para buscar el escalón y me sorprendió ver que calzaba una vieja zapatilla marrón con suela de goma. Cuando la señora Franklin llegó a nuestro lado, yo ya había comprendido que iba disfrazada de cortesana, pero de una cortesana que no estaba dispuesta a sacrificar la comodidad en su casa.

—Es maravilloso, absolutamente maravilloso. —Nos besó a Dora y a mí en

ambas mejillas y tomó la mano de Hans entre sus dos blandas manitas—. Que hayáis podido venir. He pensado mucho en todos vosotros desde ese terrible asunto de herr Goldschmidt. Creo que debería haber hecho algo más. Sí, mucho más. —Su cuerpo se desbordaba del corsé y se abría desde el oscuro canalillo arrugado del escote hasta la cara abundantemente empolvada. Encima del labio se había pintado un gran lunar negro.

—De ninguna manera, Eleanora —dijo Dora, zalamera—. Tus recepciones de los domingos son magníficas. Todos las agradecemos enormemente. Y Helmut también las agradecía.

Miré a Hans, que en ese momento cogía una copa de champán de la bandeja de un camarero. Entonces se volvió, miró a la señora Franklin a los ojos y sonrió. Le cogió una mano y se la llevó a los labios.

—Y usted debe de ser la señora... —De cerca, la belleza de Hans podía resultar abrumadora. La señora Franklin se rio como una niña.

—Madame de Staël —contestó, y sus dientes, ligeramente amarillentos, asomaron bajo el lápiz de labios carmesí—. Aunque supongo que nadie me reconocerá. —Se volvió a reír.

En aquel instante vi esa combinación de excentricidad, generosidad y discreta cautela que tanto me gustaba de los ingleses; el lujo de la señora Franklin y los de su clase consistía en una total despreocupación por cómo los percibieran los demás. En mi Silesia natal, en un baile como aquel, habríamos dispuesto las flores con un orden clásico y simétrico; nunca habríamos permitido que las alfombras se deshilaran con tanta elegancia, y a ninguna anfitriona se le habría ocurrido recibir a sus invitados con tierna inseguridad, los labios mal pintados y en zapatillas. Me di cuenta de cuánto habíamos avanzado desde nuestra primera visita a aquella casa, cuando nuestro desamparo nos llevaba a ofendernos por cualquier nimiedad. Si Hans recordaba haberse sentido desairado allí, lo disimulaba muy bien. Parecía encontrarse en su elemento.

La señora Franklin fue a saludar a un invitado que acababa de llegar, un hombre disfrazado de negro, con la cara tiznada, los labios pintados de blanco y un banjo bajo el brazo. Detrás de él, una Mata Hari con velo y el ombligo al aire se quitaba el abrigo. Las camareras, con uniforme negro y sin maquillar, llevaban bandejas con copas de champán y ginebra; ostras sacadas de su concha se mecían en cucharas de porcelana.

Hans había echado un vistazo a las habitaciones que había a ambos lados del vestíbulo en busca de caras conocidas. Tenía las mejillas coloradas y los labios entreabiertos. Cuando alguien empezó a tocar al piano el último éxito de Noel Coward, caminamos en dirección a la música hasta la habitación de la izquierda. Toller estaba cerca de la chimenea, de espaldas a nosotros, pero su cabeza era inconfundible. Movía las manos como un director de orquesta, con un puro a modo de batuta. La gente había formado un semicírculo alrededor de él, embelesada.

Christiane, más alta y esbelta, iba disfrazada de Charlot.

Dora se marchó en la dirección opuesta. Cogió una copa de champán de una bandeja.

En un rincón de la gran sala había un anciano alemán con un traje verde loden y un jersey de cuello alto. Estaba solo al lado de una palmera en un tiesto, con las manos sobre el bastón. Era Otto Lehmann-Russbüldt, el pacifista y activista proderechos humanos. En el exilio se había convertido en algo así como el tío de los refugiados más jóvenes. Melancólico, siempre con una tierna sonrisa en los labios, conseguía transmitirnos la sensación de que la situación, pese a no tener precedente en nuestras vidas y ser, al fin y al cabo, tan insólita, tenía sin embargo un final previsible. Si bien nunca llegaba a decirlo, nos daba a entender que algún día regresaríamos a nuestro país. Yo siempre me alegraba de verlo.

Hans y él enseguida se pusieron a hablar de las cuestiones que Cocks y Churchill habían planteado en el Parlamento. Hans presionaba a Otto para ver si él sabía quién era la fuente.

—Tiene que ser uno de nosotros —dijo sonriendo—. Hay alguien que no quiere dar la cara para que no le reconozcamos el mérito.

Tomé un sorbo de champán. Otto se encogió de hombros.

—Ya se sabrá la verdad —replicó el anciano—, de una forma u otra.

—¡Ajá! —exclamó Hans—. Aquí hay alguien que quizá pueda iluminarnos. — Lord Marley venía hacia nosotros, sin duda buscando a Dora. Era el de siempre: alto, sereno y magnífico. No supe de qué iba disfrazado; llevaba una chaqueta roja corta y botas negras de caña alta. Se quedó plantado ante nosotros, expectante, con los pies juntos, la mirada risueña.

Hans se dispuso a presentarlos. Mirando a lord Marley, abrió un brazo para acercarse al anciano alemán, que, inclinándose hacia delante, ofreció su oído bueno. Sobre su cabeza, las hojas de palmera se alzaban hasta el techo y descendían, inadvertidas.

—Permítame presentarle —le dijo Hans al inglés— a Otto Lehmann-Russbüldt. Quizá lo conozca ya, o al menos su reputación. —Otto hizo una leve reverencia.

Hans se volvió y, mirando al anciano, añadió:

—Y este es Marley.

El inglés dio un respingo, tan pequeño que yo no lo habría percibido antes de vivir en Londres. Era la sutil reacción, mezcla de consternación y desconcierto, ante una metedura de pata, y durante una milésima de segundo heló el ambiente.

Luego lord Marley sonrió y tendió la mano al anciano alemán.

—Puede llamarme Dudley —dijo.

Otto no se percató de nada.

—Encantado de conocerlo, Dudley.

Noté que la sangre se me agolpaba en el cerebro. Me disculpé y dejé la copa en un pequeño chifonier. El suelo se escoró. Mientras andaba, me llegaban fragmentos

de conversaciones, una risa cantarina. La gente convertía mi avance en una carrera de obstáculos.

En la habitación de enfrente encontré un sillón orejero cerca de una chimenea. Se me había quedado la mente en blanco. Era como si me encontrara en medio de un vendaval, o en una campana de vacío. Solo se me ocurría un sitio donde Hans, con su interés por dominar las costumbres de aquel país, pudiera haber aprendido que había que referirse a los lores con una sola palabra: el mismo sitio donde ignoraban que esa norma únicamente se aplicaba en los escritos.

El horror se apoderó de mí. Las llamas danzaban en la chimenea. Confiaba en que Hans no viniera a buscarme. Tenía que encontrar a Dora. Me temblaban las piernas. A mi derecha, una bailaora de flamenco con un vestido sin espalda y zapatos rojos bailaba con una momia o una víctima de alguna catástrofe.

Mientras contemplaba el fuego me vino a la memoria la brasa que había caído en la alfombra de mi madre. Sin duda Hans podía haber aprendido aquello de los títulos en cualquier lugar, y podía haberlo aprendido mal. Tal vez tuviera razón cuando decía que me había vuelto paranoica; tal vez mi cerebro hubiera quedado reducido a un cerebro de rata regido por el instinto de supervivencia, y por eso solo veía traiciones y amenazas por todas partes.

Un par de zapatos brillantes de elegante punta redondeada se hundieron en la mullida alfombra plateada. Hans puso una mano en el respaldo del sillón y me sonrió; era la sonrisa solícita y discreta que un marido atento pero no excesivamente preocupado dedica a su mujer en un salón de baile lleno de gente.

—¿Ruthie?

«No puede pasar nada», decía su voz. «Todo esto es inocente y tus ideas son indignas», decía.

—¿Bailamos? —me preguntó—. ¿O estás...? —Me di cuenta de que creía que tenía dolor menstrual o aquel dolor en la cadera que me daba a veces cuando llovía.

—No. Sí, sí.

Lo bueno de bailar es que permite una proximidad física extrema, de tacto y aliento, y al mismo tiempo se puede mantener toda una conversación sin establecer contacto visual. Por eso es un buen recurso para las intimidades iniciales, las más arriesgadas. Para hacer preguntas.

Fingí una despreocupación que me sorprendió.

—Se nota que has frecuentado las altas esferas —dije con la vista clavada en su solapa—. ¿Cómo demonios sabías que tenías que presentar a Dudley como Marley y no como lord Marley?

Saludó con la cabeza a alguien a quien no reconocí, un hombre rubio con un bigotito que llevaba traje y gorra de jockey.

—Ni idea —me contestó—. Supongo que lo sabe todo el mundo. —Se dio la vuelta con destreza. Vi a Dora enfrascada en una conversación con Fenner Brockway, que tenía la amplia frente parcialmente tapada por un sombrero de pirata hecho con

papel de periódico. Fenner se inclinó hacia atrás, se rio con ganas de algo que decía Dora y se enjugó las lágrimas—. Son cosas que se aprenden en los colegios privados, ¿no? —caviló Hans—. O quizá en el ejército. El caso es que sé que solo utilizan el apellido.

Asentí con la cabeza. Hans parecía tranquilo y seguro, y yo quería creer que se trataba de un error inocente.

No le dije nada a Dora, pero aquella noche, por primera vez en la vida, me emborraché tanto que después no recordaba cómo había vuelto a casa. Bebí para borrar aquella velada, para exigirle a Hans que fuera amable, para obligarlo a que regresara a casa conmigo y me metiera en la cama, aunque no le viera hacerlo.

Dora pasó las dos noches siguientes en casa del profesor Wolf. El jueves, cuando vino la señora Allworth, le pregunté, con la mayor naturalidad posible, por el uso de los apellidos y títulos en los colegios y en el ejército, y me dijo que ella sabía cómo funcionaban las formas de tratamiento por el tiempo que había trabajado en casa de una familia de alcurnia. Cuando le conté que lord Marley se había sorprendido de que lo llamaran Marley a secas, la señora Allworth sonrió. Me comentó que normalmente a los lores los presentaban como lord tal o lord cual, si bien los amigos del colegio, los compañeros del ejército y en ocasiones la esposa podían utilizar solo su apellido o su título.

Cuando volví a ver a Dora, ya había decidido que el incidente era exactamente lo que había parecido: una pequeña metedura de pata de Hans, comprensible dadas las complejidades del sistema de clases británico y las diferentes fórmulas de tratamiento verbales y escritas. A la semana siguiente Hans se marchó a Suiza para reunirse con Bertie y yo hice las maletas para ir a París.

Dora me acompañó a la estación, y más tarde me pregunté por qué lo habría hecho. Las escenas sentimentales de las bienvenidas y las despedidas no eran su fuerte. Se preocupó por las cuestiones prácticas hasta el último minuto: comprobó que tenía mi dirección de París, se aseguró de que yo había cogido el dinero que ella había conseguido reunir para Walter y me entregó una carta cerrada dirigida a Bertie que quería que echara al correo en París. Recorrimos el andén hasta que encontramos mi vagón y nos detuvimos ante los escalones. El tren humeaba impaciencia; una diada de luces rojas destellaba alternadamente al final del andén. Dora me puso una mano enguantada en la mejilla.

—Te echaré de menos —dijo, como si acabara de pensarlo Y añadió—: Cuando vuelva a verte ya será casi verano.

Asentí con la cabeza. Habíamos hecho planes para ir al Lake District en junio. Saqué del bolsillo del abrigo las llaves del piso de Great Ormond Street. Había hecho una copia de todas para Mathilde (¡un montón de llaves!, una para cada habitación, como si detrás de cada puerta hubiera un secreto o una celda) a fin de poder llevarme las mías a París. Las levanté y las hice tintinear.

—No te abandono —dije.

Dora se llevó el dorso de la mano a la frente en un gesto melodramático para evitar una escena.

—*Quel drame.*

Le di un largo abrazo, hasta que se separó de mí.

—Será mejor que subas al tren —dijo—. Tómate un *kir* a mi salud en La Coupole. —Se puso a saltar y a dar palmadas para entrar en calor: el sonido apagado de lana contra lana—. ¡Bueno!

Subí la maleta al vagón. Cuando me volví, Dora ya se había ido. Caminaba a buen paso por el andén, con los hombros encorvados. Luego giró y desapareció, un abrigo rojo tragado por una multitud gris.

En París alquilé un piso para mí sola en Neuilly. En Francia había muchos más refugiados que en Londres y tenía la impresión de que llamaba menos la atención. Quizá porque soy morena, o quizá porque los alemanes podemos hablar francés prácticamente sin acento, mientras que cuando hablamos en inglés el rastro de nuestra lengua materna nunca desaparece del todo. Trabajaba en la oficina del partido, ayudando en todo cuanto podía. Walter dirigía mis días.

En su primera carta, Dora me contó que Mathilde había convertido el piso en un hogar, con «grandes dosis de buen ánimo y una organización doméstica pasable». Mathilde y su difunto marido habían tenido servicio en su gran casa de Berlín, pero, gracias a cierta alquimia personal, ella sabía poner un poco de orden. Colocó ramilletes de junquillos en los vasos y colgó los utensilios de cocina de un estante que hizo atornillar al conserje en los ladrillos de detrás de los fogones, de modo que podían llenar de papeles hasta los cajones de la cómoda. Dora me contaba que la señora Allworth estaba encantada y que Nepo, después de pasar dos días acurrucado en mi cama en señal de duelo, se animaba poco a poco. A mí no me importaban aquellos cambios en el piso; no tenía excesivo afecto a aquellas paredes y aquellos suelos. Lo más importante era que Dora no estaba sola. No la había abandonado.

Hay un hombre en la puerta. La luz está apagada y solo veo una silueta sin rostro que se ha asomado a mirar. Oscila un poco, se toca algo que lleva en el pecho. Cierro el ojo y, con astucia, aprieto el botón para hacer desaparecer a ese hombre y para meter más hielo dentro de mí.

Sigue ahí. Es Walter. El conserje debe de haberlo dejado entrar en mi edificio de París y está plantado en el umbral. «Pasa», le digo, pero él habla antes de moverse. Siempre ha sido cariñoso conmigo; cariñoso y diplomático. Tiene los ojos pequeños, de color azul grisáceo, con los párpados gruesos, y lleva el pelo, escaso, peinado hacia atrás. En otra época habría sido un leal guerrero franco que protegía a su tribu y expulsaba a los traidores. Lleva un abrigo oscuro y la correa de la cartera le divide en diagonal el torso. Se quita los guantes. No sonrío. No entra.

—Tienen a Bertie —dice.

El hielo se colará en tus venas y detendrá tu corazón.
Coge los guantes con una mano y me mira a los ojos.
—Me ha parecido que tenías que saberlo.
No. No...
—¿Señora Becker? ¿Señora Becker?

Abro el ojo. El médico tiene unos veinte años. Debo de parecerle prehistórica. Como mínimo ciento cincuenta; una tortuga de párpados gruesos, una reliquia de la evolución superada hace mucho tiempo, arrastrada por la corriente tras algún espantoso desastre, escupida de la tierra y aparecida en esta moderna cama de hospital.

Levanto el cuello de la almohada y sé que se bambolea; es un cuello de reptil, cubierto de una trama de grietas profundas y secas. El joven doctor lleva alrededor de su terso cuello un estetoscopio con un tubo de plástico amarillo. Un juguete. Unas patillas inverosímiles se extienden por sus mejillas de bebé.

—Creo que tenía pesadillas —dice—. Estaba gritando. He venido antes, pero también estaba dormida. —Descuelga mi historia clínica y la examina sin esperar a que le responda—. Ya estoy terminando, pero antes de irme quería ver cómo estaba. ¿Duerme bien?

Me pregunto si se escucha a sí mismo, si escucha a alguien.

—¿Tiene dolor? —Me mira con el bolígrafo preparado, como un médico de serie de televisión, un actor menor de edad escogido para combatir la falta de fe. A continuación me exigirán que crea en mi propia recuperación, que salga de aquí por mi propio pie mientras aparecen los títulos de crédito del siglo que acaba de pasar, dispuesta a luchar de nuevo contra el terror en un mundo que no aprenderá nunca.

—Que yo sepa, no.

—¿Cómo dice? —Vuelve a colgar la historia clínica.

—Estoy bien. Tengo sueños muy vividos, nada más.

—Déjeme ver. —El niño peludo coge de nuevo la historia clínica—. A veces, a los pacientes... mayores les recomendamos un antipsicótico suave junto con el analgésico.

—No tengo alucinaciones.

—No. No, bien. Usted decide.

Pero de eso se trata, muchacho: no decido yo. Esta extensa vida —la vida real, la interior, en la que permanecemos vinculados a los muertos (porque el sueño que habita dentro de nosotros ignora trivialidades como la respiración o la ausencia)—, esta extensa vida no la controlamos nosotros. Todo cuanto hemos visto y todas las personas a las que hemos conocido se quedan dentro de nosotros y nos constituyen, nos guste o no. Estamos unidos en un dibujo que no podemos ver y cuyos efectos desconocemos. Un nudo aquí, un punto suelto allí, un bulto allá, y toda la tela será

diferente una vez tejida.

Miro sus ojos claros, de color caramelo. ¿Quién sabe qué rastro podría dejar yo dentro de ti, joven?

—Para mí son muy reales —me limito a decir. Todavía conservo una pizca de control.

Él me mira con extrañeza. Tiene una hendidura en la oreja izquierda, de donde se ha quitado un pendiente. Cuando se inclina sobre mí me permito preguntarme si tendrá tatuajes en la suave cara interna del brazo, quizá una cabeza de toro con cuernos en la dulce hondonada de la espalda, donde la camisa se pierde bajo la cintura del pantalón. La mente es muy interesante, se enrolla y se desenrolla.

—¿Me permite? —dice, y sin esperar a que le conteste me baja el párpado inferior—. ¿Y un poco de vitamina B doce? Voy a pautársela para mañana.

La verdad es que no me importa. Él todavía no sabe —ay, ¿por qué nos enseñan tan poco?, y eso que es algo muy básico— que nadie recuerda su propio dolor. Lo que nos desmonta es el sufrimiento ajeno.

Me incorporo apoyándome en un codo; es el máximo gesto de énfasis que permite mi ruinoso cuerpo.

—Me gustaría irme a casa.

Me mira como si fuera una idea que no le ha pasado por la cabeza como posible desenlace clínico, como si fuera una ambición que está muy por encima de mi situación. Aprieta los labios.

—Lo consultaré con el equipo médico —afirma—. Ya hablaremos de eso, señora Becker. —Se guarda el bolígrafo en el bolsillo de la bata y me sostiene la mirada, y entonces sonrío sin despegar los labios. Es una mirada compasiva: está preguntándose si yo sé lo que él sabe. Luego da dos palmaditas en la cama (una briosa señal de despedida) y se encamina hacia la puerta.

—Doctora Becker —murmuro mirando su firme y blanca espalda.

Al final se supo todo. Las piezas encajaron, se divulgaron, se documentaron en un juicio y en cartas que volaron por toda Europa. La memoria junta lo que supe entonces con lo que vino después. Plantado en el umbral de mi piso de París, Walter Fabian, el exmarido mujeriego, carismático, medio calvo, trabajador, exclandestino, trataba de leer en mi rostro lo que yo sabía.

—¡Bertie! —Mi mente trabajaba a toda velocidad y mis labios, temblorosos, trataban de seguirla—. ¿Está...?

—Por lo que sabemos, está vivo. Lo han llevado a Prinz-Albrecht-Strasse.

Me acordé del partido de fútbol con Hans en la frontera y del coche aparcado.

—¿Le tendieron una trampa para que cruzara la frontera? ¿Lo engañaron para...? —Debía de estar chillando; mis manos aleteaban como pájaros aterrorizados. Walter me cogió una.

—Espera un momento, Ruth. Siéntate.

Me acompañó por el pasillo y me ayudó a sentarme en el sofá. Me abracé la cintura. Walter entró en la cocina. Fuera, sobre los tejados de pizarra, flotaban unas nubes amoratadas e inertes. Walter volvió con dos vasos de whisky. El color del licor era el único color de la habitación.

—Empecemos por el principio —dijo. Se remangó los pantalones para sentarse y dejó a la vista una franja de blanca pantorrilla entre el calcetín y el dobladillo.

Comprendí —no fue un proceso neuronal, sino algo físico, un frío que se extendía por mi cuerpo— que aquello era un interrogatorio.

—Hans y tú le enviabais dinero a Bert —dijo despacio, escudriñando mi rostro en busca de algo, quizá sorpresa, fingida o real. O conformidad. Yo no sentí ninguna de esas cosas. Caminaba por el borde negro y carbonizado de un cráter: si Bertie no sobrevive, caeré en el cráter y arderé hasta quedar reducida a polvo.

—Sí.

—¿Para que comprara un pasaporte?

—Sí. Y para que pudiera vivir. —El whisky me abrasaba la garganta—. Hans y Dora intentaron conseguirle un pasaporte, pero ni siquiera los funcionarios de la embajada de Londres que no eran nazis podían hacer nada. Los pasaportes se expiden en Berlín, por eso...

Walter se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Me fijé en que llevaba una camisa verde menta y su nueva alianza. Vestía con elegancia, aunque con un estilo extravagante y despreocupado.

—Pero eso ya lo sabes —añadí.

—Sí. —Se removió un poco en el asiento—. Ya volveremos sobre eso. Déjame contarte lo que sabemos.

Me mordí el labio. Walter seguía escrutándome.

—Un amigo alemán de Bert —dijo—, un hombre en quien él confiaba, le tendió una trampa.

En ese agujero negro hay cosas. Cosas que me esperan.

—Bertie subió a su coche al salir de un restaurante de Basilea donde se había reunido con un presunto falsificador de pasaportes, y ese hombre lo llevó hasta el otro lado de la frontera. La Gestapo se había desplazado hasta allí desde Berlín.

Se recostó en el respaldo.

—Es lo único que sabemos de momento. Lo único que han podido decirnos nuestras fuentes. —Eché la cabeza hacia atrás para terminarse la bebida y dejó el vaso con cuidado en la mesita que tenía delante.

—¿Lo sabe Dora? —Intento pensar en más preguntas, hay más preguntas para dirigir este...

—Sí. —Se volvió hacia mí—. Ella me pidió que viniera a verte. Ruthie...

—Pero si él..., ellos... Siempre tenía mucho cuidado. —Avanzo con cautela alrededor de ese hoyo negro y humeante, y el miedo se enrosca en mis tripas.

—Ruthie. —Wolf me quitó el vaso de la mano y lo puso en la mesa—. El amigo era Hans.

Y entonces me caigo. Está oscuro, caliente y silencioso. Oigo una respiración, un ritmo caliente del que debo alejarme. Corro tambaleándome por el pasillo hasta el cuarto de baño y vomito. El whisky me abrasa otra vez. Busco en el armario, lo cierro, me agarro al lavamanos.

Cuando salí, vi a Walter, con su camisa verde menta, sentado en el sofá, más inocente de lo que yo jamás llegaría a ser.

Me miró mientras yo me sentaba.

—Lo siento —dijo—, pero tengo que preguntártelo. —Tenía esa mezcla de dolor y rabia del activista y había venido a enseñármela, a acercarse lo máximo posible al culpable. Yo no podía reprochárselo—. Dices que Hans fue a la embajada alemana en Londres...

—Sí, a por un pasa...

—Tú lo viste allí.

Asentí con la cabeza. Se me revolvió otra vez el estómago.

—Fue a recibir instrucciones —dijo Walter despacio, expresando lo que ambos ya sabíamos—. Y a entregarles a Bertie como prueba de que se había pasado a su bando. —Walter se frotó los ojos con el pulpejo de las manos—. Y también a Rudi Formis, si no estamos equivocados.

Yo gritaba, pero no emitía ningún sonido. Al cabo de un minuto Walter me puso una mano en el hombro.

—¿Hay algo más —dijo con mayor dulzura— que creas que deberíamos saber?

Negué con la cabeza. La pregunta me dolió.

—¿Estás segura?

No quedaba nada. Permanecimos unos minutos en silencio.

—Querrán saber quiénes son las fuentes de Bertie —dije tratando de recomponerme, de demostrar una pizca del pensamiento estratégico que evidentemente no poseía—. Pero él apenas tiene fuentes. Saca toda su información de...

—Lo que quieren saber es cómo la canaliza —me interrumpió Walter—. Quieren descubrir el vínculo entre Bert y los periódicos británicos.

Era como si estuvieran apuntándola con un fusil.

—Bert jamás les entregará a Dora —afirmé.

Walter respiró hondo, cerró los ojos y se pasó las manos por la cabeza.

—No hará falta que él se la entregue. —Logró controlar su voz—. Para eso ya tienen a Hans.

Al cabo de un rato me puso un brazo sobre los hombros y me dio un apretón. Debió de decidir que mi sentimiento de culpa, todo lo que había visto pero me había negado a ver, me castigaría sin necesidad de que él interviniera.

Se levantó y cogió su abrigo del respaldo de una silla.

—Dora tendrá que cambiar las cerraduras —comenté.

Walter asintió con la cabeza, pero ambos sabíamos que nuestro mundo —el de Dora, el mío y quién sabe el de quién más— había quedado abierto y que las cerraduras eran ahora tan inútiles como los tablones con que habíamos cegado el montante.

—¿No quieres preguntarme nada? —Estaba pasándose la correa de la cartera por la cabeza.

Lo miré. No podía pronunciar su nombre.

—Bueno, te diré lo que sabemos —prosiguió—. Hans salió corriendo del coche de la Gestapo en Weil am Rhein. Hicieron ver que le disparaban, pero no ha aparecido ningún cadáver. Mi hipótesis es que ha vuelto con sus amos a Berlín o se ha escondido. —Me puso una mano en el hombro—. Quiero que me prometas una cosa, Ruth —añadió—. Que si se pone en contacto contigo, me avisarás.

Asentí con la cabeza, humillada porque hubiera considerado necesario decirme lo que debía hacer.

En el recibidor, Walter me dijo con tono más afectuoso:

—Siento tener que dejarte sola. —Pero de todas formas se marchó.

La botella de whisky estaba en el banco de la cocina, bajo los armarios de un verde claro artificial con tiradores de hueso. Me serví otro vaso. Sonaron las cañerías del váter compartido que había en la escalera.

En el armario del cuarto de baño había una caja con dos sobres de somnífero. Yo nunca lo había tomado. No sabía si dos serían suficientes. Me planteé la cuestión con cierta distancia, como una hipótesis, incluso mientras estaba ante el lavabo con la caja en las manos. La verdad es que resulta increíble que en todos los armarios de los refugiados insomnes hubiera un medio para escapar: una cajita con las palabras «Veronal: Buenas noches» escritas en letra cursiva. Muchos de los nuestros, en esa época y más tarde, optaron por esa salida y tuvieron sus buenas noches: Zweig, Hasenclever, Tucholsky, Benjamín. Tenía que ir a buscar un vaso a la cocina. Sin embargo, al examinar mi rostro ceniciento en el espejo ni siquiera conseguí verle a mi vida un sentido lo bastante trágico para realizar aquel gesto.

Y no quería abandonar a Dora.

Ella tampoco me habría abandonado. No obstante, eso es lo más difícil: calcular mi peso neto, reducir todo lo que soy y darle un valor.

Me lavé la cara y fui a la oficina de correos para mandar un telegrama a Dora diciéndole que iba a Londres, y a continuación fui a comprar un billete de tren. Caminaba por la mediana de la calzada, entre los plátanos que separaban los carriles de dirección opuesta. Mujeres con traje de chaqueta y medias con costura paseaban a sus perros y llevaban a sus hijos a correr por el *bois*. Un niño con patines chocó conmigo para frenar y la madre se disculpó con tanto sentimiento que, no sé, era como si todos estuviéramos juntos en esto, ¿y cómo podía ella controlarlo? *Pardon, madame, je suis desolée. Desolée.* Aquí todos estamos desolados.

En el ferry no había plaza de butaca hasta dos días más tarde. Cuando volví al piso de Neuilly, bajé las persianas y me acosté.

Por la tarde recibí la respuesta de Dora; el conserje la deslizó por debajo de la puerta. «Aquí todo bien LX —rezaba el telegrama—. Viene investigador suizo. Utilizo tu habitación 1 semana para entrevistas. Por favor ven después. Te espero jueves am».

El hecho de que me llamara Loquax podía ser un gesto de perdón o una señal de que en realidad nunca había esperado mucho de mí. Me levanté de la cama y me preparé un cuenco de sopa instantánea. Haría lo que me indicaba Dora y me marcharía al cabo de una semana.

A la mañana siguiente recibí una postal de Suiza, fechada antes del secuestro. «Gruss aus Ascona», impreso en rojo sobre una fotografía del lago. «BJ más animado», había escrito Hans con su perfecta caligrafía. Sentí que su traición me destrozaba la vida. Llamé a Walter y confié en que los suizos detuvieran pronto a Hans.

Toller

Aquella última semana vi a Dora dos veces. La primera, cuando supuestamente salí para acudir a una sesión matutina con el psiquiatra. Dimos un paseo por Hampstead Heath. Dora ardía de rabia y esperanza, las dos cosas a la vez; tenía el resplandor concentrado de un cazador que se acerca a su presa. No había nada más que le interesara.

La primavera tardaba en llegar, solo se adivinaba en la atenuación de la escala de grises. Caminábamos a buen paso para entrar en calor y nuestras botas crujían al unísono sobre la grava. Dora hablaba sin parar, solo se interrumpía para ahuecar una mano y encender otro cigarrillo. Tenía las uñas mordidas y restos de tinta —nombres y números— en la piel; formaban varias capas, unas recientes, otras difuminadas por los lavados.

El secuestro de Berthold Jacob la consumía. Me contó que lo habían emborrachado, metido en un coche «para ir a cerrar el trato a la casa del “falsificador”» y llevado a toda velocidad al otro lado de la frontera alemana. La sencillez del plan era insultante, dadas las precauciones que Bert y Dora habían tomado a lo largo de aquellos dos años en que ambos habían tratado de anticiparse a los movimientos de la Gestapo. Sin embargo, según dijo Dora, aquel caso era muy distinto de los de Lessing y Formis, ya que los checos, intimidados por las amenazas de los alemanes, no habían protestado. En cambio los suizos estaban furiosos, indignados de que la Gestapo hubiera actuado en su territorio. Habían amenazado con romper las relaciones diplomáticas con Berlín y habían protestado ante la Sociedad de Naciones. Y habían enviado a un fiscal a Londres para que investigara el caso formalmente.

—¿Aquí? —Me paré—. ¿Por qué a Londres?

Me miró con frialdad, entrecerrando los ojos.

—Fue Hans. —Quizá fuera el sol, o el humo de su cigarrillo, pero en su cara vi repugnancia: hacia él, por supuesto, pero también hacia sí misma por no haberlo adivinado—. Nuestro Hansi le tendió una trampa a su mejor amigo.

—¿Ha cambiado de bando? —Era una pregunta estúpida, formulada en uno de esos momentos de conmoción en que nos volvemos iterativos y tratamos de expresar con una palabra tonta lo que deseamos que no sea verdad. Dora no se molestó en contestar.

»Ahora no estás a salvo aquí —dije.

—Los suizos lo han detenido. —Me puso una mano en el brazo—. En un restaurante junto al lago, en Ascona, nada menos.

El investigador suizo, Roy Ganz, ya había llegado a Londres. Dora me contó que Scotland Yard se mostraba poco dispuesto a colaborar, pues no le había proporcionado ningún sitio donde realizar las entrevistas ni ninguna información que pudiera tener sobre las actividades de los nazis en Gran Bretaña.

—Es indignante. —Apagó el cigarrillo pisándolo con la bota, como si tuviera parte de culpa—. Lo he arreglado para que Roy pueda realizar las entrevistas en mi casa. He convocado a todos, a todos, para que le cuenten lo que sepan sobre Hans y todas nuestras sospechas acerca de lo que esa gente ha estado haciendo aquí, en Londres. Ganz volverá a su país bien documentado. —Extendió las manos como si sujetara algo muy voluminoso—. Podemos relacionar directamente a Hans con la embajada alemana en Londres; Ruth y yo lo vimos allí con nuestros propios ojos, imagínate. Eso bastará para situar a los nazis en suelo británico, planeando el secuestro. Y quién sabe qué más. Este gobierno no podrá seguir haciendo la vista gorda. —Se paró y volvió a tocarme el brazo—. Y sacaremos a Bertie de allí.

Había un júbilo sereno bajo su furia, sus gesticulaciones y sus cigarrillos encadenados. Dora y ellos llevaban mucho tiempo librando una batalla táctica, cada uno camuflado y escondido, donde la única prueba de la existencia del otro eran misteriosos epifenómenos: muertes violentas, artículos de periódico, preguntas en el Parlamento. La espera había terminado y los dos bandos iban a enfrentarse abiertamente.

Entrelazó su brazo con el mío.

—Al final venceremos, estoy segura —concluyó.

No era una esperanza en la que se esforzara por creer. Su seguridad era genuina. Bertie se había convertido en un señuelo al final de un largo hilo rojo, y cuando Dora y ese tal Ganz tiraran de él y lo sacaran a la luz del escrutinio internacional, la bestia aparecería en la orilla. Pero yo no quería pensar en Ganz.

—¿Cómo está Mathilde?

—Bien. Por lo visto no se altera por nada. Hace un pastel muy bueno. Reina con serenidad, sin parar de hacer calceta. Pero no se le escapa nada.

Se apartó un mechón de pelo que el viento le había metido en la boca.

—Ruth llegará la semana que viene, y entonces seremos tres. Es curioso, pero Ruth nunca me había dejado sola. —Se rio un poco.

—A mí no me parece que por eso vayas a estar más segura.

—De hecho, de momento no podría estar más segura —repuso—. Ganz se queda en el piso conmigo. Es mi propio investigador privado.

Se me escapó, no pude evitarlo:

—Ah, pero ¿estáis..., estás...?

¿Qué demonios le estaba preguntando? ¿Si estaba enamorada? No tenía ningún derecho a preguntárselo.

Dora se metió las manos en los bolsillos.

—Es muy... simpático —dijo, en un tono por el que ambos comprendimos perfectamente las limitaciones del asunto—. Mira, mientras él esté en el piso dudo mucho que se atrevan a hacernos nada. Los británicos no tendrían más remedio que protestar a voz en grito, como los suizos. No pueden actuar en sus propias narices.

—¿Y cuando él se vaya?

Ladeó la cabeza y me miró.

—He pensado que podría plantarme ante tu puerta. Con una maleta. —Sonrió con los labios cerrados—. Otra vez.

Agaché la cabeza. A veces nuestra vida parece una montaña de decisiones erróneas.

—¡Lo digo en broma! —Se echó a reír. Volvió a entrelazar su brazo con el mío, por encima del codo. Echamos a andar—. Mathilde y yo estamos pensando en irnos a la casa de campo de Dudley. Nos llevaremos a Ruth. Siempre hay opciones.

No supe si lo decía para animarme o para animarse a sí misma.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a la laguna a la que Dora había ido la noche que le dije que iba a venir Christiane, cuando se sentó a mirar a unos hombres que saltaban en la oscuridad hacia las negras aguas. Ambos sabíamos que refugiarse en la casa de campo de un barón no era más que una forma de ganar tiempo. No había ningún sitio en todo el planeta adonde Dora pudiera ir y estar fuera de su alcance.

Nos sentamos en un banco. Pensé en la carpa que a veces entreveía en el estanque de la casa de mi madre, manchas doradas bajo el hielo, como algo vagamente recordado o todavía por llegar, un *déjà vu* o una promesa. Miré aquellas aguas; alrededor la tierra estaba sucia y desnuda. Unos narcisos oscilaban sorprendidos; cabezas desproporcionadas que brotaban de la tierra, anhelosas de color en un mundo pardusco. Me costaba respirar. Sentía cernerse sobre nosotros algo inevitable. Contemplé el espacio entre mis piernas.

—Para. —Me cogió la barbilla y me obligó a volver la cabeza hacia ella. Dejé que me besara. Cuando nos separamos, Dora apoyó su frente en la mía—. Ernst. Esta decisión ya la tomamos hace mucho tiempo.

—¿Ah, sí? —Me aparté conteniendo los sollozos—. ¿En serio? No me acuerdo.

De pronto apareció un pato y se lanzó al agua. Lo siguieron dos polluelos, que solo tenían ojos para su madre. Dora me puso una mano en el pecho.

—Tú la tomaste por tu cuenta. —Aspiró entre los dientes—. Y yo por la mía. —Apartó la mano—. No soy imbécil. Sé que hay muchas posibilidades de que me cojan. —Desvió la mirada hacia el agua—. Pero no... —A ella también empezaba a quebrársele la voz. Se palpó los bolsillos con enojo buscando los cigarrillos, hasta que los encontró. Encendió uno. Vi que trataba de contener aquello en lo que no podía pensar, aquello que la vencería si lo soltaba. Echó la cabeza hacia atrás para ahuyentarlo—. No voy a ponérselo fácil.

Nos quedamos sentados sin tocarnos. Al cabo de unos minutos saqué el pañuelo y me enjuagué las lágrimas.

—¿Y si te marcharas a India? ¿A África? —dije sin esperanza.

Dora negó lentamente con la cabeza.

—No sería yo.

Y entonces creció en mi interior una furia que me nubló la vista. Quería agarrar a Dora por los hombros, delgados y obstinados, y zarandearla; quería llevármela a

rastras, encerrarla en una torre. No soportaba saberlo de antemano, no soportaba que ella también lo supiera. Quería gritarle que si la cogían tampoco sería ella misma. Pero eso habría sido un golpe bajo. Y además, por supuesto, todavía había esperanzas. No dije nada.

La última vez que la vi fue en el piso de Great Ormond Street, un viernes. Fui para entrevistarme con el investigador suizo. Wolf, el académico, se marchaba cuando llegué. Dora mantenía la puerta abierta con el cuerpo mientras tapaba el auricular del teléfono.

—Entonces te devolveré las llaves —oí que le decía Wolf, que se despidió con un gesto de la mano. Al volverse, le sorprendió verme allí. Tenía mala cara, el bigote bien recortado como siempre. Se tocó el sombrero y salió disparado.

Me quité el abrigo mientras Dora terminaba de hablar por teléfono.

—Tenía mucha prisa —comenté señalando la puerta.

—No te lo vas a creer. —Dora sonreía mientras sacudía la cabeza. Me contó que, cuando Wolf había llegado aquella mañana y se había dado cuenta de que Ganz ya estaba en el piso, se había metido corriendo en el dormitorio de Mathilde y había cerrado la puerta—. Se ha pasado todo el tiempo escondido allí. —El investigador suizo había salido a dar un paseo, y Wolf había aprovechado la ocasión para huir. Dora puso los ojos en blanco.

»La verdad es que lo suyo es una huida permanente —añadió. Wolf le había dicho que había llegado demasiado lejos llamando tanto la atención con aquellas entrevistas y con la “agitación pública” contra el Reich. Que Ganz se quedara a pasar la noche con ella había sido la gota que había colmado el vaso—. Dice que nuestra relación ya no tiene arreglo. —Dora se encogió de hombros ante los misterios del orgullo masculino, aunque dudo que para ella fueran misterios—. ¿Cómo puede alguien romper con otra persona —dijo— si en realidad nunca han estado juntos?

Dora no estaba enamorada de Wolf. Era plenamente consciente del escaso atractivo de aquel hombre, de la fragilidad con que estaban construidas sus teorías para cambiar el mundo sin haberlo pisado. Wolf era de la peor clase de revolucionario de salón: altanero y prudente hasta la cobardía; internacional y teórico hasta la irrelevancia. Durante nuestra revolución, tan real, no se le había visto el pelo. Lo que tenían que entender todos los amantes que Dora escogía —es más, lo que hacía que se sintieran tan atraídos por ella— era su necesidad de independencia. Ella no les pedía nada más. Y, desde luego, no le pedía nada más a Wolf.

Todavía nos estábamos tomando el café cuando regresó Ganz.

Era un hombre alto y rubio, de rostro agradable y equilibrado, perfecto como un maniquí, y fácil de olvidar. Cuando empezó a hablar, quedó de manifiesto que era imparcial, honrado e inteligente, e inmediatamente me cayó antipático. Le conté que en Londres me perseguían, que había recibido amenazas de muerte por correo, que Hans me había propuesto que viajara con él a Estrasburgo y que quería ver lo que yo estaba escribiendo.

Cuando me marché, Dora ya estaba recibiendo al siguiente entrevistado en la puerta. Le puse una mano en la espalda, mitad caricia y mitad despedida, y ella me dijo adiós con una cabezada. Lo nuestro era continuar, siempre.

Ruth

Cuando llegué a Great Ormond Street procedente de París dejé la maleta en el portal y subí corriendo por la escalera. El edificio olía como siempre, a una agradable mezcla de tostadas y limpiador de pino. No sabía nada de Dora desde su último telegrama, pero tampoco esperaba tener noticias suyas. Sabía que había estado muy ocupada con la investigación.

Llegué a los escalones de madera y contuve la respiración. Quizá todavía estuvieran haciendo entrevistas. Llevaba siete días preparando mi confesión por si alguien quería oír el relato de todo lo que no había sabido ver. El partido de fútbol, la embajada, Hans en la despensa donde guardábamos los documentos, la Gestapo haciéndose pasar por Scotland Yard y el detalle de que Hans creía que a los lores se los presentaba nombrando solo su apellido. El plan para conseguir un pasaporte. Estaba dispuesta a contarlo todo. Me alisé la falda y llamé a la puerta.

No hubo respuesta.

Saqué el manajo de llaves. Suponía que la vieja no abriría, pero de todos modos lo intenté. Ni siquiera entraba en la cerradura. Volví a llamar. Pegué una oreja a la puerta. Nada.

Entonces oí maullar a Nepo.

Bajé y me senté en la maleta. Debí de pasar una hora allí sentada. No pensaba. Confiaba en que la situación se resolvería por sí sola, que Dora o Mathilde aparecerían antes de que hubiera tenido que tomar una decisión. No podían andar muy lejos si Nepo estaba en el piso. Luego se me ocurrió mirar en el buzón. Había correo de tres días.

Una llave giró en la puerta de la escalera y abrió mi corazón. Pero era el vendedor de seguros jubilado, el señor Donovan, que llegaba a casa. Le conté que había vuelto de Francia pero que no tenía llave. Él dijo que creía que las mujeres se habían marchado. Dijo que la semana anterior habían tenido muchas visitas, pero que no las veía desde el fin de semana. Era jueves.

El señor Donovan me dejó utilizar su teléfono. Solo se me ocurrió llamar a una persona. Contestó Christiane y me presenté. «Ya sé quién eres», dijo ella con amabilidad, y me pasó a Toller. Él conjeturó que quizá Dora y Mathilde hubieran ido a la casa de lord Marley en Sussex. Dijo que él no tenía la llave nueva, que nunca había tenido llave.

Cuando el señor Donovan volvió a la habitación, llevaba una bata encima de la ropa. Me ofreció té y fue a la cocina. Me quedé sentada, inmóvil, en el sofá.

Dora sabía que iba a llegar ese día, esa mañana. Era normal que no hubiera ido a recibirme a la estación, pero me extrañaba mucho que no estuviera esperándome en el piso.

Volví a llamar a Toller.

—Dora sabía que yo llegaba hoy —dije.

Se presentó en Great Ormond Street al cabo de una hora. Sus movimientos eran rápidos y nerviosos, y tenía unas marcadas ojeras. Fuimos a pie hasta la comisaría de Gray's Inn Road y Toller no paró de hablar. Dijo que teníamos que entrar en el piso, que ya repararíamos la puerta antes de que ellas volvieran a casa. Creía que seguramente la policía local no tendría ninguna relación con Scotland Yard y que no sería difícil evitar que miraran en la despensa. Teníamos que entrar. Yo no decía nada. Tenía un pozo de ansiedad en el estómago.

El agente Hall nos acompañó a Great Ormond Street. Nos detuvimos los tres en el umbral, bajo la cabeza de ángel y el montante cegado. El policía llamó al timbre del piso. Esperamos pacientemente en el silencio que siguió al timbrado. Luego abrí con mi llave.

El agente Hall llamó a la puerta del piso con los nudillos y abrió su maletín. El miedo me helaba el cerebro: miedo a lo que pudiéramos encontrar, a la violencia de encontrarlo. Sin apenas esperar respuesta, el agente forzó la puerta con una palanqueta.

La madera crujió y se abrió. Las dos cerraduras quedaron intactas en la jamba mientras la puerta se astillaba y se separaba de ella.

Nepo salió corriendo de la cocina, tan vivo, tan agradecido, y dio vueltas alrededor de mis pies. Lo cogí en brazos. El piso estaba en silencio, limpio y ordenado. En los cuencos de Nepo, en la cocina, había leche y comida recientes; no podían estar muy lejos. Toller y el policía entraron en las otras habitaciones. Nepo ronroneaba como un motor en mis brazos.

El agente Hall volvió a la cocina.

—Esa está cerrada con llave. —Señaló hacia fuera.

Toller no dijo nada. Supongo que esperaba que hablara yo. Al fin y al cabo, era mi casa.

—Es la habitación de Dora. —Dejé a Nepo en el suelo.

Los momentos de mayor intensidad de mi vida siempre han tenido un carácter mecánico, una sonoridad opaca, como si se desarrollaran bajo el agua. Una cosa lleva a la otra y fuerzas una puerta, te sientas en una silla, bebes té, te quemas la lengua, se te hiela el corazón. Recurras a unos polvos somníferos —ansias la inconsciencia, pero también estás triste, porque cada noche la aleja un poco más de ti— y vas entrando en un futuro no compartido. El alma que se ha ido deja la tuya más sola y pequeña, encogida dentro de un cuerpo convertido en una cáscara para el dolor. El agente Hall volvió a coger su palanqueta.

Estaban tendidas en la cama, cara a cara, tapadas con la colcha hasta la barbilla. Toller se abalanzó sobre Dora, le puso los dedos en el cuello y luego hizo otro tanto con Mathilde. Se apartó como si se hubiera quemado, se apoyó contra la pared y resbaló por ella hasta el suelo. El agente Hall se quedó a un lado.

Posé los labios sobre la frente de Dora y la noté fría. Tenía los labios de un azul grisáceo, entreabiertos; los ojos cerrados, hundidos en las cuencas.

Mathilde parecía cansada. Se había formado una costra que iba desde su nariz y su boca hasta la almohada.

Retiré la colcha y la sábana. Dora llevaba el viejo pijama de color crudo que yo le había regalado, y tenía manchas de café en la camisa. Mathilde estaba vestida —un vestido de seda negro, medias—, pero descalza. Tenían las manos entrelazadas y las cabezas juntas.

¿Murió primero una, mientras la otra la observaba, esperando, sola, a que llegara su momento?

No había nada que hacer. Dora estaba muerta. Pero estaba allí. Un pajarillo frío. El agente Hall no me lo impidió: deslicé un brazo por debajo del cuerpo de Dora y la rodeé con el otro. Apoyé la mejilla sobre su frente y mecí y abracé a mi niña valiente, mi amor rebelde, exánime. El policía desvió la mirada. Su perplejidad era la perplejidad del mundo entero.

¿En qué creía que me convertiría cuando creciera? Ya había crecido. ¿Por qué creía que quizá todavía pudiera convertirme en algo más? Todo había terminado.

TERCERA PARTE

Tú, que eres escritora, no estabas cuando las enterramos en un horrible cementerio judío de East Ham. Un puñado lamentable de dolientes, y Toller concediendo entrevistas sin parar. Habrías visto en qué consiste la emigración... la espléndida parte intermedia de una novela deprimente que nadie escribirá.

Carta de un amigo de Dora a otra amiga, 24 de mayo de 1935

Toller

Pasé dos días sentado en la butaca junto a la ventana en saliente donde la había esperado la noche que se fue sola al parque. He visto morir a muchos. Me obligué a reconocer la muerte de Dora. Pero el corazón no admite órdenes. Estaba deseando que me venciera el sueño, pero si cerraba los ojos mi mente se desbocaba e imaginaba que ella volvería en cualquier momento, que entraría pisando fuerte, fría y enojada, por aquella puerta.

—Debió de ser duro para Christiane —comenta Clara—. Verlo destrozado por la muerte de otra persona. —Cierra la primera de mis maletas con un fuerte chasquido. Hace bien en pensar en Christiane.

Le cuento a Clara que aquellos días Christiane cuidó de mí en silencio. Me llevaba tostadas y café. Sin embargo, yo apenas reparaba en su presencia, hasta la tarde del segundo día, cuando vi que me observaba, deshecha en llanto, desde el umbral. No lloraba por Dora. Lloraba por mí.

El dolor puede transmutarse en ira, y esa ira puede mantenernos vivos. La semana siguiente empezó la investigación judicial, y la ira que sentí me ha mantenido en marcha estos últimos cuatro años. Mientras hubiera una injusticia por resolver, yo resistiría para luchar.

—Todavía está por resolver. —Clara se ha sentado cerca de mí. Tiene los ojos muy grandes, y el surco ha vuelto a aparecer entre sus cejas.

—Es verdad. —Asiento con la cabeza en señal de aceptación. Pero la otra cosa que me quedaba por hacer era escribir sobre Dora para devolverla a la existencia. Y esa parte ya está hecha.

Frente al juzgado había gente con taburetes plegables, como si fueran a las carreras. Yo contenía la furia en mi interior. Seguramente también llevaban sándwiches y termos en las carteras. Era un día despejado y luminoso; una atrocidad. Eran las once menos diez de la mañana.

Sin embargo, al acercarme vi que la actitud de quienes entraban para ocupar los asientos no tenía nada de festivo. Eran refugiados, con un nudo en la garganta, miraban de soslayo y esperaban obtener protección. Hacía seis días que habíamos encontrado a Dora y a Mathilde, y durante ese tiempo los periódicos no habían dejado de hablar de «las muertes de Bloomsbury». Dos mujeres solteras, extranjeras, envenenadas en una cama, juntas, en el centro de Londres; aquello vendía mucho. Los titulares de la prensa sensacionalista proclamaban: «¡Los secuaces de Hitler se hallan entre nosotros!». Otros periódicos más serios se limitaron a declarar, los primeros días, que las muertes se habían producido «en circunstancias misteriosas». Citando a «ciertos amigos que preferían permanecer en el anonimato», comentaban las veces que les habían entrado en el piso sin que les robaran nada, las amenazas de

muerte que habían recibido por correo. Los mejores artículos relacionaban las actividades de Dora para ayudar a descubrir los contactos nazis de Wesemann en Londres y los peligros a que se enfrentaban, incluso fuera del Reich, los refugiados sin pelos en la lengua como Berthold Jacob o la propia Dora.

Circulaban muchas teorías. Como casi todas las teorías, no solo permitían hacerse una idea sobre la situación que describían, sino también sobre los prejuicios de quienes las sostenían. Había insinuaciones ridículas acerca de que Dora y Mathilde habían sido «amigas íntimas» (como si las lesbianas, por naturaleza, se expusieran al asesinato simultáneo). Según otros, Dora, burlada por un inglés que había prometido casarse con ella, había decidido suicidarse y se había llevado consigo a su amiga. (¿Por qué en el caso de las mujeres siempre se da por hecho que en el fondo de cualquier asunto hay un problema, una vulnerabilidad exclusiva de su sexo, como si no hubiera en su vida nada tan relevante como la relación con los hombres? Cómo habría detestado ella esa teoría).

Al cuarto día corrió el rumor de que había una nota de suicidio. Ni Ruth ni yo habíamos visto ninguna en el piso. No me tomé muy en serio aquellas habladurías, pero a partir de entonces los periódicos sensacionalistas empezaron a desarrollar abiertamente la nueva teoría del suicidio romántico. Los «amigos “anónimos”» comenzaron a flaquear, pero insistieron en que, aunque no pudiera demostrarse la intriga política, había que seguir atribuyendo las muertes a los nazis. Sin su maldito régimen, aquellas mujeres no habrían tenido que exiliarse, decían; no habrían vivido con apuros económicos, temiendo que les cancelaran los visados y las enviaran de vuelta a Alemania; no habrían caído en «aquello». Observé con alivio que casi todos los periódicos serios se mantenían en sus trece e insinuaban que se trataba de una acción criminal de «la banda de Wesemann-Göring».

En el metro, de camino al juzgado, había oído a dos mujeres hablar del «pacto de asesinato y suicidio de Bloomsbury» y del carácter excitable de nuestra raza. Se creían con derecho a hacer comentarios salaces, como si la tragedia ajena confirmara la profunda satisfacción de vivir libre de amenazas. La verdad se había desconectado de Dora y se había convertido en un tema de debate público sobre el que cualquier idiota podía expresar su opinión. Y ese día un jurado calcularía el sentido de la vida de Dora basándose en la «probabilidad razonable». Un rasero que, en mi opinión, había dejado de aplicarse a nosotros hacía mucho tiempo.

En el juzgado, mezclados entre el público, había sin duda miembros de la «banda de Wesemann-Göring» disfrazados de funcionarios de la embajada, de reporteros, de refugiados. Habían ido a regodearse, a comprobar el efecto atemorizante de sus asesinatos en la comunidad de exiliados. Vi a los amigos ilustres de Dora: lord Marley con su esposa; Fenner Brockway, blanco como la cera; Sylvia Pankhurst, Churchill y otros parlamentarios a los que reconocí pero cuyo nombre ignoraba. Había mucha prensa, hombres con sombrero de fieltro que hacían malabarismos con sus cámaras con flash de platillo.

Vi a Ruth sentada en un banco, en primera fila. Tenía el bolso sobre las rodillas, sujeto con ambas manos, y miraba con rigidez al frente, flanqueada por desconocidos. De pronto sentí la necesidad de sentarme con ella. Pero no había sitio, así que tomé asiento cuatro filas más atrás. Me fijé en su espalda recta, en los rizos que escapaban de su sombrero verde. En los últimos días había empezado a pensar en ella de una forma que hacía que me avergonzara de no haberle prestado la atención que se merecía.

Después de que la ambulancia viniera para llevárselas al depósito de cadáveres, el agente Hall nos había acompañado a los dos a la comisaría para que nos interrogaran sus superiores. El dolor es tan egoísta como el amor. Se apodera del cuerpo y de la mente y los suplanta: te conviertes en el elemento encarnado, y ya no queda «yo» que pueda pensar en nadie más. Pero cuando miré a Ruth, que caminaba a mi lado, mi sufrimiento quedó desplazado. Ruth, pálida y destrozada, era la viva imagen de la ruina. Creo que ni se enteró de cómo fuimos del piso hasta la comisaría de policía; dudo que se creyera capaz de realizar ninguna acción, de imaginar futuro alguno.

Nos llevaron a cada uno a una habitación. Mi sala de interrogatorios era pequeña, sin apenas muebles, y tenía colgado en la puerta un plano de evacuación en caso de incendio. Eran dos; empezaron preguntándome qué motivos podían tener las mujeres para sentirse desgraciadas. Les dije categóricamente que no eran desgraciadas. Les dije que sabía que Dora estaba muy contenta el viernes, pese a que era consciente, por supuesto, de que ellos podían matarla. Me preguntaron quiénes eran «ellos» y contesté que los mismos individuos —agentes de Hitler— que habían matado a Lessing y a Formis y secuestrado a Bertie.

Se quedaron callados un momento, concentrados en tomar notas. Me di cuenta de que a aquellos policías sensatos y normales la historia que estaba contando —tan corriente para nosotros, pues constituía la base de nuestra vida— les resultaba extravagante como una historia de capa y espada. Tendría que haber ido más despacio, haber empezado por el principio. Tendría que haberme remontado a la guerra, a la revolución, al delicado espíritu de pacifismo y libertad que había surgido en Alemania y que las fuerzas nacionalistas se habían propuesto aniquilar. Cuando miré el rostro joven e inexpresivo de aquellos dos hombres me sentí impotente.

Me preguntaron educadamente si mi teoría también era aplicable a la señora Wurm.

No me gustó la palabra «teoría»: les estaba ofreciendo en bandeja la solución del crimen. Aun así, mantuve la calma. Les dije que Mathilde había sido diputada socialdemócrata, y que, si bien consideraba que Dora había sido el objetivo principal, Mathilde apoyaba el trabajo que realizaba su compañera de piso, y habían tenido que asesinarla también a ella, como a tantas esposas o secretarias de otros objetivos que se habían puesto en la trayectoria de la bala. Les dije que hasta el viernes Mathilde había estado muy tranquila.

Pero al parecer daba igual lo que yo dijera; sus preguntas giraban cada vez más

alrededor de la solución fácil, la solución femenina, del suicidio.

—¿Cómo explica —me preguntaron— que la habitación estuviera cerrada por dentro, que la llave estuviera en el estante?

Llegados a ese punto, no se me ocurrió ninguna otra forma de contestar: admití ante ellos mi vergonzosa experiencia.

—Señores —dije—, conozco la oscura atracción de la muerte. —Estaba empezando a alzar la voz, pero me controlé—. Y puedo asegurarles que la doctora Dora Fabian no la sentía.

Se quedaron mirándome. Mis logros personales, todo cuanto había conseguido en esta vida, se evaporaron. Era lo que ellos veían: un extranjero enigmático, un judío, un histérico de una nación que poco tiempo atrás había sido enemiga. Tomaron más notas y me dieron las gracias educadamente.

Esperé a Ruth más de una hora en la entrada de la comisaría, sentado en un banco. La puerta giratoria escupía continuamente a gente que iba a ocuparse de sus asuntos como si fuera un día cualquiera. Cuando Ruth apareció al final del pasillo, sus ojos parecían más pequeños y tenía los labios grises. Se sentó a mi lado.

Ruth era más alta que Dora, larguirucha, con piernas desgarbadas de potrillo. Tenía los dedos delgados y afilados y no llevaba alianza. Ruth no era la primera persona en la que te fijabas al entrar en una habitación llena de gente; seguramente tampoco la segunda, ni la tercera. Pero mientras estaba sentada a mi lado tratando de serenarse sentí su humildad. Era una mujer sin pretensiones de ningún tipo —ni de belleza ni de talento—, sin ningún interés por llamar la atención. Creo que eso le permitía comprender profundamente a sus semejantes, lo que constituye una cualidad poco frecuente.

Se abrazó el torso y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

—Les he dicho que Dora jamás habría permitido que yo la encontrara así —dijo—. Jamás lo habría hecho sin dejarme una nota.

—No —dije. Ni a mí, pensé. Ruth buscó un pañuelo en el bolso.

—No paraban de repetir que la habitación estaba cerrada por dentro, que el caso parecía muy claro. Les he dicho que Dora estaba investigando las actividades que Hans realizaba en Londres para la Gestapo...

Ruth se interrumpió y se llevó el pañuelo a la cara.

—Hay tantas cosas que no vi... —Se inclinó hacia delante. Cuando volvió a hablar, su voz era un tenso aullido—. Yo habría podido prevenirla.

Le puse un brazo sobre los hombros.

—Dora no vio que Hans se había pasado al otro bando. Ni Bertie. No seas tan dura contigo misma.

Cuando por fin salió, su voz sonó terrible.

—Yo estaba más cerca —afirmó.

—A veces —dije sujetando sus inquietas manos— eso hace que sea aún más difícil.

Rompió a llorar, y entonces las palabras le salieron a borbotones. Dijo que había visto a su marido en la embajada, que Hans había ensayado el secuestro de Bert en la frontera francesa. Comentó que después del contrajuicio parecía de pronto más contento, como si se sintiera salvado.

—Tendrás ocasión de explicarlo todo en la investigación judicial. —Me levanté y le ofrecí una mano—. Ahora tenemos que irnos.

Fue como si no me oyera. Entonces dijo algo que no entendí. Me agaché y le puse una mano bajo el codo. Ruth me miró con los ojos empañados por el dolor y repitió:

—Era yo. La que tenía que haber estado con ella.

Dudaba que Ruth pudiera levantarse.

—Esta noche deberías quedarte conmigo y con Christiane.

Negó con la cabeza. Quería volver al piso. Las autoridades ni siquiera lo consideraban el escenario de un crimen.

—Pero la puerta está destrozada —protesté—. Tendrás miedo.

Su respuesta llegó de algún lugar lejano.

—No volverán —aseguró—. Tengo que vaciar la despensa.

Debieron de fotografiarlo todo y dejarlo allí para que Scotland Yard lo encuentre y lo utilice contra nosotros. —Cuando me miró, vi que algo cristalizaba en sus ojos, una decisión tomada en silencio—. Además, ya lo hemos hecho otras veces. Solo hay que poner una silla contra la puerta.

En el juzgado de instrucción, los miembros del jurado estaban sentados formando varias filas en el lado derecho de la sala. Cuando entró el juez todos nos pusimos en pie. S. Ingleby Oddie era un hombre de unos sesenta años, con pelo entrecano, cara estrecha y surcada de arrugas y cejas oscuras y circunflejas: un rostro que expresaba sorpresa permanente para no revelar sorpresa alguna. Sacó sus documentos de un maletín y los puso encima de la mesa. Ante él había una mesa para el abogado que había contratado la familia de Mathilde. A Dora no la representaba nadie. Más tarde me enteré de que a Else, su madre, la habían llevado a un campo de concentración, como solían hacer los nazis con los familiares de sus víctimas.

Fijé la mirada en la nuca de Ruth. Entonces se me ocurrió que quizá hubieran reservado los bancos de las primeras filas para los testigos. Pero seguro que me llamarían a mí, porque era una de las personas que habían descubierto los cadáveres, porque conocía muy bien a Dora, porque... bueno, porque tenía muchas cosas que decir.

El agente Hall fue el primer testigo que subió al estrado. No llevaba casco; desde el jueves se había cortado el pelo, castaño claro, por lo que destacaban las orejas, rosadas. Sentí que, pese a no conocerlo de nada, había tenido una experiencia muy íntima con aquel hombre, como ocurre en las guerras. El agente Hall declaró que había forzado la puerta del piso y, a continuación, la del dormitorio, que estaba cerrada con llave. Dijo que encontró a las mujeres tumbadas en la cama, cara a cara y con las manos entrelazadas. Estaban tapadas con la colcha y la sábana y «sin vida».

Había cogido de la mesilla de noche una taza que contenía un líquido oscuro al considerar que podía ser una prueba y había llamado a una ambulancia. El agente añadió que la habitación estaba ordenada, aunque junto al armario había dos maletas a medio hacer. Explicó que la llave de la habitación estaba «cuidadosamente» colocada en un estante junto a la puerta. Me fastidió que se permitiera el lujo de añadir un adverbio.

—Gracias, agente —dijo el juez.

Noté cierta tirantez en el pecho, algo que burbujeaba y se me enroscaba en el esternón. Todo por lo que Dora había luchado podía suceder en aquella sala. En aquella sala —así como en los periódicos o en el Parlamento— se podía prevenir a la opinión pública del peligro y del feroz alcance de los métodos hitlerianos. Ella lo habría demostrado con su vida. Cuando cerré los ojos la vi en el banco del parque, con el cuello estirado hacia atrás, pestañeando para ahuyentar el miedo. Ahora aquel bello cuerpo que yo conocía tan bien yacía en una caja en el depósito de cadáveres del cementerio de East Ham, a la espera de que lo enterraran aquella tarde. Miré al juez, un representante de la famosa justicia británica. Carraspeó.

—Dice usted, agente, que todas las puertas del piso estaban provistas de cerradura.

—Así es, señoría.

—Y que la habitación donde murieron las dos mujeres estaba cerrada por dentro.

—Sí.

—¿Se ha formado usted una opinión de por qué había cerradura en todas las puertas?

—Eran refugiadas, señoría. —Hall trasladó el peso del cuerpo de una pierna a la otra y la luz se reflejó en la doble hilera de botones de su uniforme—. Compartían el piso. Quizá alquilaran las habitaciones...

—¡Eso no es cierto! —gritó alguien. Se oyeron murmullos en la sala. En la primera fila, Ruth se levantó abrazando su bolso. El juez, impassible como un cirujano, la miró desde su asiento.

—¿Su nombre, señora?

—Ruth —contestó ella. Y con voz más débil añadió—: Wesemann, señoría.

El juez recorrió la hoja que tenía delante con la punta del lápiz.

—Figura usted como testigo, doctora Wesemann. Le agradecería que esperara su turno para hacer su aportación.

Ruth tanteó el aire a su espalda en busca del borde del banco, y por la torpeza de sus movimientos comprendí cuánto le había costado hablar. Confíe en figurar y también en aquella lista.

El siguiente testigo era el doctor Taylor, un forense de voz suave con una rociada de cicatrices de acné en la cara. Había realizado las autopsias y determinado que la causa de la muerte había sido una insuficiencia respiratoria provocada por una sobredosis de Veronal. Especificó que el medicamento se había mezclado con café.

La diferencia entre una dosis letal y una dosis no letal se reducía a unos veinte granos, es decir, una cantidad ínfima.

—¿Y en este caso, doctor? —preguntó el juez.

—La concentración hallada en la taza era muy alta. Me atrevería a opinar, señorita, que era una dosis intencionadamente mortal.

El juez dejó el lápiz e inclinó ligeramente la cabeza hacia el testigo.

—Y en su opinión, doctor, ¿el sabor del café habría delatado la presencia de Veronal?

—Desde luego, señorita. Una solución con una concentración tan alta tendría un sabor muy amargo y una consistencia granulosa. Es imposible que el medicamento pasara inadvertido.

—¿Ha traído usted la taza, como prueba?

—No, señorita. —El juez aguardó—. Me temo que fue destruida por descuido. —El forense agachó la cabeza y se miró las manos—. Las limpiadoras, señorita.

—Entiendo. —El juez anotó algo.

A continuación el médico explicó al tribunal que, en su opinión, las mujeres habían fallecido el domingo por la noche o el lunes anteriores al descubrimiento de los cuerpos.

A veces sentimos cosas antes de poder pensarlas. Allí se estaba trazando un relato a partir de hechos seleccionados: la historia fácil. Y yo soñaba despierto que me ahogaba, un cachorro en un cubo de estaño, burbujas silenciosas salen de mi boca mientras floto inútilmente hacia la superficie. Cada vez que intento protestar, trago agua.

Subió al estrado la señora Allworth, la mujer de la limpieza. Llevaba un traje de chaqueta gris claro que yo le había visto puesto a Ruth. Le quedaban los hombros anchos. Sus nudillos se movían como tabas bajo la piel de las manos, que agarraban con fuerza la madera. Sus palabras sonaban a palabras de segunda mano, como si hubiera estado practicándolas.

—El martes —contó ante la sala— fui al piso como de costumbre, a limpiar. Al entrar me sorprendió no encontrar a las señoras. Siempre que se iban me dejaban una nota para decirme cuántos días estarían fuera y para pedirme que pasara a dar de comer a Nepo aunque no tuviera que ir a limpiar. También me pagaban por eso, por supuesto —añadió sobre la marcha—. Eran muy consideradas. —Detrás de una oreja empezó a aparecerle una mancha roja que avanzó lentamente por la cara—. Nepo es el gato..., lo siento. —Respiró hondo. Había perdido los papeles.

—Tómese todo el tiempo que necesite, señora —la tranquilizó el juez.

Era sumamente extraño, prosiguió la señora Allworth, que no le hubieran dejado ninguna nota. De todos modos, dedujo que se habían marchado.

—No encontraba otra explicación, señorita. —Y se había puesto a limpiar. Limpió la cocina y el cuarto de baño, la habitación de la señora Wurm y la de invitados—. En la de la doctora Fabian no entré porque estaba cerrada con llave —añadió—. Eso

también era muy raro, porque la doctora nunca cerraba con llave el dormitorio. Cuando terminé mi trabajo salí del piso, hacia las doce y media.

El juez asintió con la cabeza.

—Ah —añadió la señora Allworth—, y di de comer a Nepo, claro. —Su rostro se arrugó como un papel arrojado al fuego—. Y todo ese tiempo las señoras, las señoras...

—Gracias, gracias... —El juez miró la hoja—. Señora Allworth. Solo quiero hacerle una pregunta. —Esperó mientras ella se sonaba la nariz discretamente—. Aparte del hecho de que la puerta del dormitorio de la doctora Fabian estuviera cerrada con llave, ¿dice usted que no apreció nada extraño, ningún desorden, en el piso?

La mujer tenía la cara y el cuello colorados.

—No, señorita. Ningún desorden, señorita.

—Gracias, señora Allworth. —El juez miró al abogado de Mathilde—. Puede interrogar a la testigo.

El abogado formuló una serie de preguntas que no recuerdo y luego la señora Allworth se sentó.

Se levantó el secretario.

—El tribunal llama al profesor Wolfram Wolf —anunció.

Wolf se levantó en la primera fila. ¿Por qué demonios lo llamaban a él? ¿Qué podía saber el papanatas que no supiera yo? Llevaba un traje con chaleco y tenía el cuello inclinado hacia delante como para esquivar lo que pudiera avecinarse. Pensar que un hombre tan implacablemente superficial, tan gangoso y puntilloso, pudiera levantarse y hablar de Dora mientras yo permanecía sentado y callado hizo que me hirviera la sangre. Estaba furioso con Dora por haberse muerto, pero seguramente más por haber estado con aquel hombre.

El juez pidió a Wolf que describiera su relación con Dora. El profesor habló con voz nasal, apenas audible.

—Éramos buenos amigos.

—Entiendo. Profesor Wolf, ¿podría decirnos si la semana pasada pasó algún día o alguna noche en el piso de Great Ormond Street?

Wolf masculló su respuesta sin levantar la vista del suelo. El juez se quedó mirándolo un momento y pareció comprender algo.

—¿Está usted casado, profesor?

—Sí.

Hubo un ligero movimiento, una brisa humana que recorrió la sala.

—Está bien, no insistiré —dijo el juez—, pero me gustaría saber si en los últimos quince días pasó alguna noche en el número doce de Great Ormond Street.

Wolf empezó a responder con frases largas y deshilvanadas. Si hubiera tenido que darle un papel en una obra, habría sido el de un personaje cómico, un Polonio ridículamente verboso, un charlatán puntilloso e impertinente. Pero allí estaba,

hablando, mientras yo estaba callado. Comentó que a veces Dora y él se pasaban horas conversando, que ella siempre estaba muy atareada, que trabajaba por la noche además de durante el día, y que en ocasiones, cuando se les hacía muy tarde, él se había quedado a dormir en el piso. No podía precisar cuándo había sido la última vez que eso había ocurrido.

El juez esperó hasta que Wolf hubo agotado todos los circunloquios posibles.

—No deseo hacer que se sienta incómodo, profesor Wolf —le aseguró—. Lo único que quiero es que el jurado sepa la razón por la que fue usted, según tengo entendido, quien recibió la nota de suicidio de la difunta.

Se me erizó el vello de los brazos. De pronto fue como si el ambiente de la sala se solidificara.

—¿Podría decirnos cuándo la recibió? —preguntó el juez.

Wolf se miró las manos.

—El lunes por la mañana. Con el correo del lunes por la mañana.

—¿Sería tan amable de leérsela a este tribunal?

Todos los miembros del jurado tenían la cabeza vuelta hacia él. Wolf se sacó del bolsillo de la chaqueta un pedazo de papel doblado. Tosió acercándose un puño a la boca y empezó a leer:

Te he fallado demasiado, te he hecho demasiado daño. No encuentro la forma de volver a ti, ni a mí misma ni a la vida. No pienses que mi muerte es la consecuencia de estos últimos días, aunque hubieras vuelto no habría seguido viviendo. Te he querido demasiado. Lo siento. Adiós. Me llevo conmigo a la única persona para la que mi vida significaba algo.

El silencio se tornó más profundo. Hicimos una pausa, colectivamente, para asimilar aquello, las palabras de la difunta, las últimas palabras que uno elegiría. Entonces se oyeron unos sollozos solitarios, incontrolables, en la primera fila.

Mi corazón se había detenido, pero mi mente conservaba la lucidez. La falsedad de la nota era evidente.

—¡No puede ser! —De pronto me encontré de pie, gritando—. ¡Eso es mentira!

Dos guardias se separaron de la pared. El juez alzó una mano para detenerlos.

—Señor —dijo con calma dirigiéndose a mí—, comprendo que algunas de las pruebas presentadas aquí resulten dolorosas, pero le pido que se abstenga de interrumpir el proceso, o tendré que expulsarlo de la sala.

—¡Quiero prestar declaración!

—¿Su nombre?

—Ernst Toller.

El juez asintió y examinó su lista.

—Me temo, herr Toller, que su nombre no aparece en mi lista. Estoy seguro de que comprenderá que hemos tenido que restringir los testimonios a los de las personas directamente relacionadas con las difuntas.

—Pero si yo soy... Éramos... —Christiane se hallaba en Hull, trabajando en una compañía de repertorio, pero la sala estaba llena de periodistas y yo no podía hacerle aquello—. Éramos viejos amigos.

—Lo siento, herr Toller, pero solo vamos a oír el testimonio de personas estrechamente relacionadas con las difuntas. —Volvió a echar un vistazo a su lista—. El de la doctora Wesemann, creo. —Mientras él examinaba las hojas, miré a Ruth. Ella había vuelto la cabeza para mirarme, como muchos otros.

»Usted prestó declaración a la policía —continuó el juez levantando un documento que había encontrado—, y sobre esa base se decidió qué testimonios se presentarían ante el jurado. Puede estar seguro, herr Toller, de que su declaración ha recibido la consideración debida. Ahora tengo que pedirle que se siente.

Los guardias se retiraron hacia la pared. Me senté. El juez se bajó las gafas de media luna hasta la mitad de la nariz y de nuevo dirigió su atención hacia Wolf, cuyo rostro reflejaba un profundo alivio. Habría estrangulado a aquel desgraciado.

—Cuando la doctora Fabian habla de «la consecuencia de estos últimos días» —dijo el juez—, ¿a qué cree usted que se refiere?

Wolf volvió a toser.

—Habíamos discutido, señorita. Dor... La doctora Fabian quería... —Tiró de la chaqueta hacia abajo—. Yo había decidido poner fin a mi relación con la doctora Fabian, señorita. Ella estaba muy consternada por ese motivo. Estaba asustada. Temía que las autoridades británicas se enteraran de sus actividades políticas. Pretendía que yo me instalara en la habitación de invitados de su piso. Debo decir que reaccionó muy mal cuando rechacé esa propuesta.

—¡Mentira! —exclamé, y fue como un grito de dolor.

El juez de instrucción habló con tono pausado, ensayado.

—Se lo advierto, herr Toller. Por última vez. —Se volvió de nuevo hacia Wolf—. ¿Le sorprendió recibir esa nota?

—He de decir que Dora había amenazado con suicidarse otras veces, señorita. Si la abandonaba. A veces pienso que trabajar tanto y dormir tan poco, y la morfina, le pasaron factura...

Un murmullo de comprensión recorrió la sala, como si Dora hubiera sido una drogadicta, como si las palabras de Wolf ofrecieran alguna explicación. Yo me ahogaba en el aire, trataba de llamar la atención de Ruth, quería que se volviera de nuevo hacia mí.

—¿Y qué hizo usted cuando recibió esa nota el lunes por la mañana?

—Llamé por teléfono al piso. Como no contestó nadie, decidí ir. Tampoco contestaron al timbre. Di un paseo de una media hora y volví, pero seguía sin responder nadie.

—¿Cómo es que, habiendo recibido esa nota, que usted interpretó como una nota de suicidio, no llamó inmediatamente a la policía?

Wolf palideció un poco y se tocó la corbata. Pero estaba preparado para la pregunta.

—Estaba casi convencido de que ella se había marchado de Londres, a Sussex o a algún otro sitio, y no quería entrometerme y enseñar a la policía su residencia y todo lo que había dentro, porque habría podido perjudicarla.

—Desde luego —dijo el juez—. Volvamos a la nota de suicidio. ¿Me permite verla?

Wolf le entregó la nota al secretario, quien se la pasó al juez.

Y entonces todo empezó a moverse a cámara lenta.

—Está en inglés.

—Sí, señoría.

—¿Dónde está el original?

Wolf miró al suelo.

—Creo que se ha perdido, señoría. Scotland Yard la llevó a la embajada alemana para que la tradujeran. Tengo entendido que el personal de la embajada la destruyó por descuido después de traducirla.

Se oyeron murmullos.

—Entiendo. Bien, entonces, por lo que usted recuerda, profesor Wolf, ¿reconoció la letra de la doctora Fabian en la nota que le envió?

—Estaba escrita en taquigrafía, señoría.

Otro murmullo de sorpresa, más sonoro, recorrió la sala. Wolf habló *motu proprio* para sofocarlo:

—Solíamos utilizar la taquigrafía en nuestra correspondencia.

Aquello fue demasiado para el juez.

—Tratándose de algo tan breve y tan importante como una nota de suicidio, ¿no cree que habría sido más normal que hubiera utilizado palabras?

—No, señoría. Teníamos esa costumbre.

—¿Y reconoció usted la letra de la doctora Fabian en el sobre?

—Estaba mecanografiado. Según recuerdo.

—De modo —dijo el juez lentamente— que no tuvo tiempo para redactar una nota de suicidio de tres líneas con escritura común, pero sí para poner un sobre en la máquina de escribir y mecanografiar la dirección.

Wolf estaba muy quieto, con las manos entrelazadas con fuerza.

—No estoy seguro, señoría. Quizá fuera la fuerza de la costumbre..., siempre estaba muy ocupada.

Aquello era intolerable. Volví a levantarme. Noté que esa vez el público estaba conmigo.

—¿Qué clase de amor es ese? —grité. No tenía nada que perder: tanto si me echaban como si permanecía sentado en la sala, me obligarían a callar. Alcé las

manos; ya no controlaba del todo la voz—. ¡Dora estaba contenta! ¡Estaba realizando la obra de su vida! ¡Estaba desenmascarando las actividades de los nazis en suelo británico!

El juez volvió a hacer una seña a los guardias. Solo disponía de unos segundos. Señalé a Wolf.

—¿Por qué no pidió ayuda? ¿Por qué no las buscó, como hice yo? Porque... —sabía que esa vez sería capaz de decirlo, así que hablé más despacio para recalcar las palabras—... ¡sabía que ya estaban muertas!

Seguí mirando fijamente a Wolf mientras los dos guardias me cogían cada uno por debajo de un brazo y me arrastraban hasta el pasillo. Volví la cabeza y busqué a Ruth. Ahora todo depende de ti, quería decirle, tú decides.

Ruth

Por el pasillo pasa una camilla, pero cuando levanto la cabeza solo veo los pies que asoman por debajo de la sábana. No recuerdo cómo las sacaron del piso.

Volví a ver a Toller el día de la investigación judicial. Sus pies no tocaban el suelo cuando se lo llevaron por el pasillo; volvió la cabeza buscándome. Yo sabía qué quería.

Y estaba dispuesta a hacerlo. Había ensayado lo que iba a decir ante el investigador suizo y no había tenido ocasión de decirlo. En mi declaración ante la policía me había contenido porque no quería que miraran en la despensa antes de haberla vaciado. El sábado le había entregado a Otto Lehmann-Russbüldt todos los documentos que pudieran incriminar a alguno de los que estábamos allí o en Alemania. Ahora ya podía decirlo todo. No me importaba que me enviaran a Alemania. Le contaría a aquel tribunal, a la prensa, al mundo entero, los preparativos para la guerra de Hitler. Les hablaría de las amenazas de muerte y del registro de nuestro piso. Les diría que habían matado a Dora porque querían silenciarla. Dejé mi bolso en el banco.

Cuando bajé la mano después de prestar juramento solo vi un mar de piel, pelo y ojos. No conseguía juntar las facciones. La sala oscilaba un poco, convertida en una mancha borrosa de caras irreconocibles.

—¿Podría decirnos qué relación tenía con las difuntas, doctora Wesemann?

—Dora era prima mía, señoría. Su padre y el mío eran hermanos. A Mathilde la conocí en Berlín.

—¿Y vivía usted en el número doce de Great Ormond Street, Bloomsbury?

—Sí, señoría. Pero había pasado una temporada en Francia. Acababa de regresar cuando...

—Ya llegaremos a eso. ¿Puede explicar al tribunal a qué fue a Francia, doctora Wesemann?

—Yo... —Respiré hondo y empecé de nuevo—. Mi marido, señoría. Se había marchado y yo... necesitaba cambiar de aires. Era temporal.

—Entiendo.

—Mi marido trabajaba para ellos, para el gobierno alemán, y él..., yo no vi...

De pronto el juez adoptó un tono autoritario.

—Creo que debo dejar claro desde el principio, doctora Wesemann, que no podemos mezclar la política con el caso que se investiga en esta sala.

Se me heló la sangre. Todo estaba mezclado con la política: la vida, la muerte.

—Ni introducir cuestiones que conciernen a otros estados soberanos, especialmente las que podrían estar *sub iudice* en este momento. Por lo tanto, le ruego que limite su aportación al asunto que estamos tratando, es decir, a las muertes de la doctora Fabian y la señora Wurn en el piso de Great Ormond Street. —Hizo una breve pausa y me observó por encima de las gafas—. De hecho, me gustaría empezar

—prosiguió— con el asunto de la habitación cerrada. ¿Había cerraduras en las puertas del piso cuando su marido y usted lo alquilaron?

—No, señoría. Las mandamos poner nosotros. Nos entraron en casa y..., y no nos robaron nada. Buscaban documentos que teníamos de Alemania, documentos que demostraban los planes de Hitler para...

—Doctora Wesemann —me interrumpió el juez con tono glacial—, se lo repito: no permitiré que se hable de política en este tribunal. Y no es necesario que la prevenga de las consecuencias que puede tener para los refugiados acogidos por este país que siguen participando en la agitación política, del tipo que sea, que tiene lugar en su país natal.

—Lo siento —dije automáticamente.

Pero el juez se había equivocado de amenaza conmigo. Y en ese momento vi entre el público una cara que sí pude componer: ¡Fenner! Estaba hacia la mitad de la sala, en un extremo. Aquella semana Fenner le había dicho a los periódicos que Dora era «la persona más valiente» que había conocido. Tenía que seguir hablando. No se me presentaría otra oportunidad. Carraspeé.

—Señoría, es precisamente ese miedo a ser enviados de vuelta a nuestro país lo que llevó a mi marido a trabajar para ellos, a entregarles a Berthold Jacob y a traicionar a Dora para demostrarles...

El juez golpeó la mesa con el mazo y la sala se sobresaltó. A continuación habló con una calma calculada:

—La he avisado, doctora Wesemann, de que en este país no permitimos que los tribunales se conviertan en foros de insinuaciones políticas no fundamentadas. Le he preguntado por la habitación cerrada con llave. Específicamente. Y le agradecería que su respuesta se ciñera en exclusiva a ese asunto. Y ahora, ¿sería tan amable de decirme quién más tenía una llave, o llaves, del piso?

Esa era la pregunta que yo quería que me hiciera.

—Yo tenía llaves. Y Dora y Mathilde, por supuesto. Y el profesor Wolf.

Hubo gritos de indignación en la sala. El secretario golpeó la mesa con su mazo.

—Gracias, doctora Wesemann —dijo el juez cuando disminuyó el ruido—. Puede abandonar el estrado.

Pero yo todavía no había terminado. Me agarré al borde del estrado.

—¡Señoría, recibimos amenazas de muerte antes de que pasara esto! Cartas, llamadas telefónicas...

—Basta, doctora Wesemann —me cortó el juez con aspereza, como si se dirigiera a un niño que se porta mal—. Gracias.

Los ordenanzas, vigilantes o lo que fueran avanzaron hacia mí. Me retiré antes de que pudieran completar mi humillación.

Volvieron a llamar a Wolf. Negó rotundamente tener llaves del piso.

A la una y cuarto el juez de instrucción recapituló: dos vidas merecían exactamente una hora y cuarenta minutos de su tiempo. Le dijo al jurado que la nota

taquigráfica de Dora —«si ella escribió la nota, y si se tradujo correctamente»— indicaba que se había suicidado a causa de un «amor no correspondido». En sus deliberaciones, el jurado debía tener en cuenta el hecho de que la puerta de la habitación —una habitación en el último piso del edificio, inaccesible de cualquier otra forma— estaba cerrada por dentro. Añadió que la situación en el caso de Mathilde era «mucho menos clara» porque era improbable que una mujer de su edad y su carácter se dejara dominar por una compañera de piso más joven. Sin embargo, cabía la posibilidad de que Mathilde «sufriera ese desequilibrio mental conocido como depresión» al que eran vulnerables muchos refugiados acogidos por Gran Bretaña. Dijo que la doctora Fabian podía haber administrado el veneno a la señora Wurm antes de bebérselo ella, aunque «eso, por supuesto, tienen que decidirlo ustedes».

El jurado tardó veinte minutos en tomar su decisión. Su presidente volvió a la sala y todos nos levantamos.

—El jurado ha concluido que en ambos casos —leyó el hombre— las difuntas se suicidaron, teniendo perturbadas las facultades mentales, mediante la ingestión de una sobredosis de narcóticos.

La sala quedó en silencio. Luego se oyeron algunos ruidos, pero ninguna protesta. Los presentes se habían contagiado del terror de lo que les había sucedido a Dora y Mathilde, un terror magnificado por lo que acababa de suceder en la sala: no había ninguna autoridad terrenal a la que apelar, nadie que los creyera y los protegiera.

El juez salió por una puerta lateral, y el jurado, por otra de la pared opuesta. Yo me quedé sentada mientras la sala se vaciaba. El mundo se cerraba sobre Dora. Ella no dejaría ningún rastro.

Toller

ME quedé fumando a la puerta del juzgado, paseando arriba y abajo como un colegial castigado. Vi a la gente salir y bajar los escalones. El ambiente era peor que en un funeral, pues el miedo es más terrible que la tristeza. Ruth no salió.

Entré. La sala estaba vacía. ¿Se la habrían llevado? Entonces vi la curva de su espalda en la primera fila. Estaba inclinada hacia delante, meciéndose. Cuando llegué a su lado vi que tenía la boca abierta en un grito silencioso. Me vio.

—Lo he intentado...

La ayudé a levantarse. El funeral se oficiaba una hora más tarde, a las tres. Teníamos que coger el metro y luego un autobús hasta el cementerio judío de East Ham.

Eran dos sencillos ataúdes de madera, ambos cubiertos con una tela oscura. Calculo que seríamos unos doce en total, reunidos en la sinagoga. El oficio fue breve. Ruth estaba sentada en un banco, sollozando. Cuando me puse sobre el hombro una esquina del ataúd de Dora lo encontré espantosamente liviano. El rabino iba delante. El cielo estaba encapotado, la lluvia me daba en la cara. Habían cavado dos tumbas, una al lado de la otra, al final del cementerio.

—No temerás el terror nocturno ni la flecha que vuela por el día —recitó el rabino. Ruth se tambaleaba bajo un paraguas, pero se mantenía erguida—. Él te cubrirá con sus plumas y bajo sus alas encontrarás refugio.

Cuando bajaron los ataúdes, Fenner, lord Marley y yo cogimos unas palas. Lo más difícil es darse la vuelta, marcharse a tomar el té.

Al otro lado de la verja de hierro se habían congregado los periodistas, de *News Chronicle*, *Daily Express*, *News of the World* y *Jewish Daily Post*. Me subí al estribo del coche fúnebre. Alguien me tapó con un paraguas y empecé a hablar.

—Hoy hemos enterrado a una mujer valiente —dije—. Murió luchando por todos nosotros, por los alemanes que sufren bajo el dominio del tirano y por los pueblos de Europa a los que ese tirano está decidido a declarar la guerra. —Hablabla por encima de un corrillo de paraguas negros—. Personalmente, tengo con Dora una enorme deuda de gratitud...

Los paraguas se separaron. Entre sus segmentos negros se movía algo blanco y encorvado. Seguí hablando.

—Dora Fabian arriesgó la vida para sacar clandestinamente de Alemania mis manuscritos... —Seguí moviendo los labios, pero Ruth atraía toda mi atención—. Y hoy puedo afirmar categóricamente que no existe ninguna relación entre esa supuesta nota dirigida al profesor Wolf y la muerte de Dora...

Ruth se había quitado la chaqueta y había tirado el bolso al suelo; tenía la camisa blanca adherida al torso y la falda roja surcada de manchas oscuras de lluvia. Caminaba hacia la verja del cementerio. Cuando llegó, la vi volver la cabeza, mirando a uno y otro lado de la calle. No conocía aquella zona, no sabía qué

dirección tenía que tomar. Empezó a cruzar la calzada y se detuvo en las líneas blancas del centro. Se quitó los zapatos. Llovía a cántaros; el cielo había soltado amarras. Ruth echó a correr. Los coches, que llevaban los faros encendidos, tocaron la bocina para que se apartara de la calzada. En algunas casas, la gente descorrió las cortinas para mirar: una imagen descompensada de sufrimiento, un toro que corre en el ruedo intentando dejar atrás su dolor.

Ruth

El funeral no quiero ni recordarlo.

Después Toller recorrió las calles en un taxi, con mi bolso y mis zapatos. Cuando me encontró, me llevó a Great Ormond Street. Nos sentamos en el borde de la cama de Dora; no podíamos sentarnos en ningún otro sitio. Yo no había tocado la cama. Las almohadas todavía conservaban la huella de sus cabezas. Nos quedamos mirando por la ventana; yo, empapada, y él con mi bolso entre las manos. El dolor nos convertía en un club de dos únicos socios.

—¿Crees que estarás bien? —me preguntó al cabo de un rato.

Era una pregunta dirigida a mí, pero también a sí mismo. Esa fuerza que había encontrado no sé dónde para hablar a los periodistas lo había abandonado. Rompió a llorar. Luego se dio la vuelta, puso una mano sobre la almohada donde Dora había apoyado la cabeza e hizo ademán de acercar la mejilla a aquella concavidad. Algo se quebró dentro de mí.

—Tienes que irte a casa. Con Christiane.

Me tumbé en la cama, donde había estado ella. Y allí lo planeé.

No recuerdo que le contara a nadie lo que pensaba hacer, pero eso no significa que no se me escapara. Estaba desesperada, actuaba de forma irreflexiva. Tres semanas después del funeral fui a Polonia a visitar a mis padres. Mi madre dijo nada más verme: «No estás en tu sano juicio». Dedujo que era a causa del dolor, pero yo dudaba que alguna vez hubiera tenido un juicio sano.

El plan consistía en entrar en el Reich y llegar a Berlín. Sacaría del cobertizo del huerto de Bornholmer Strasse la otra maleta de Toller. Nadie más sabía que estaba allí, aparte del tío Erwin, y él no se habría arriesgado a enviársela directamente a Toller. Aquella parecía la única parte del trabajo de Dora que quizá yo estuviera capacitada para terminar. Mientras estuviera realizándola, podría mantener mi vínculo con ella, con nuestro proyecto común. Y si me descubrían, me lo habría merecido.

Me llevé los panfletos de *La otra Alemania* que habíamos impreso. Ciento cincuenta panfletos, envueltos en papel de seda, pegados al vientre transversalmente. Una vieja amiga del colegio que se parecía a mí me dejó su pasaporte polaco y cogí el tranvía para ir a la estación.

Estaban esperándome allí. Dos agentes de la Gestapo y una mujer que se encargó de registrarme. Me pidió que me desvistiera y encontró los panfletos. Supongo que me estaban vigilando. Me hicieron subir al mismo tren de Berlín para el que yo tenía billete y montaron guardia junto a la puerta del compartimento. Esa detención me ha proporcionado el único acto heroico que he podido contar una y otra vez a lo largo de mi vida, y en el que no creo, por supuesto. Tras haber fracasado en el intento de castigarme a mí misma, dejaba que ellos me castigarán.

En un sótano de Prinz-Albrecht-Strasse me ataron a la pared con las piernas y los brazos abiertos, como una estrella de mar, y empezaron a disparar en el sentido de las

agujas del reloj; las balas hacían saltar el yeso entre mis piernas y mis manos y por encima de mi cabeza. Llevaban orejeras, como si realizaran prácticas de tiro. El interrogador quería información sobre las reuniones de nuestro partido en Londres; quería saber quién le pasaba a Dora los documentos del despacho de Göring. Después del último disparo, dijo: «La próxima bala es para ti». Cuando volví la cabeza para mirarlo, comprendió que no me importaba y decidió no darme ese gusto.

Mi padre contrató al mejor abogado nazi que encontró. Los jueces —doce, nada menos— llevaban el uniforme nazi, pero cuando entró en la sala mi padre —un anciano judío con una herida de guerra y las medallas colgadas en el pecho—, se levantaron en señal de respeto. En aquella época todavía amaban la guerra más de lo que odiaban a los judíos. La acusación quería condenarme a doce años. Si lo hubiera conseguido, me habrían matado en algún campo, como a todos los demás. Pero el dinero puede comprar muchas cosas. Solo me condenaron a cinco.

Estuve casi todo ese tiempo en régimen de aislamiento. Sola en mi celda, me obligaban a hacer ciento cuarenta y cuatro crisantemos de papel todos los días; debía pasar un utensilio metálico por el papel para rizar cada uno de los pétalos. Tenía dolorosos calambres en los dedos. Confeccionar ornamentos para los salones de la burguesía de Berlín era un trabajo tan estúpido que, si las otras prisioneras no tenían ideas políticas cuando entraron en la cárcel, seguro que las desarrollaron rápidamente. Mis pensamientos giraban casi siempre alrededor de un reducido círculo personal, alrededor de todo lo que no había visto y todo lo que no había dicho. Giraban alrededor de Hans, de Bertie, de Dora y de mí.

Cuando mi padre murió de un infarto al tercer año de mi condena, mi madre se ofreció a pagar una escolta policial privada de seis hombres armados para que yo pudiera asistir al funeral. Me negaron el permiso.

Quedé en libertad en octubre de 1939. Había estallado la guerra. Hubo a quien le extrañó —otro golpe de suerte inmerecida, decían sus miradas veladas— que me soltaran en lugar de enviarme a una cámara de gas para luego quemarme, como al resto. Pero, a diferencia del resto, yo contaba con la ventaja de una sentencia dictada con arreglo a la ley, y esa sentencia exigía que, una vez finalizada la condena, se me pusiera en libertad.

Los nazis la cumplieron al pie de la letra, pero añadieron un ingenioso ultimátum. Cuando salí por la puerta de la cárcel me dieron veinticuatro horas para abandonar el Reich: si transcurrido ese plazo me encontraban en territorio alemán, me enviarían a un campo de concentración. Era un urogallo al que echaban a volar ante los cazadores. Me acordé de la vez que nos dieron a Hans y a mí veinticuatro horas para marcharnos. En esta ocasión se aseguraron la apuesta confiscándome el pasaporte.

Tomé un tren para ir a la villa de mi madre en Königsdorf. Cuando pasó el revisor me escondí en el lavabo, y cuando pasó la policía militar fui a la plataforma exterior que había al final del último vagón. Mi hermano se había marchado a Suiza y la cocinera se había ido a vivir con mi madre para hacerle compañía. Cuando entré, la

cocinera me cogió la cara con ambas manos y me miró sin decir nada mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. En el recibidor había una carta con mi nombre en una bandeja de plata; el matasellos era de tres años atrás.

«Sabía que vendrías a buscarla», dijo mi madre. Esa breve frase llevaba la carga de toda una vida de amor no declarado.

Tengo que irme a casa. Están esperándome en el salón.

Confío en no haber dicho eso en voz alta.

Le digo a Margaret Pearce, la enfermera simpática, que quiero marcharme. Me responde que verá lo que puede hacer. Cuando vuelve me dice que al médico no le hace mucha gracia, pero que ella le ha recordado —y su tono insinúa que esos médicos jovencitos necesitan que los guíen— que «existe un nuevo protocolo para dar el alta a los pacientes, siempre que se puedan organizar los cuidados paliativos». Es la primera vez que alguien me habla de «cuidados paliativos».

¿Tengo a alguien que me cuide?, me pregunta tintineando y sonriéndome detrás de sus gafas de media luna. Seguro que la pregunta forma parte de dicho protocolo. No hay nada de que preocuparse, simplemente se ciñe a las normas.

Bev viene a recogerme al hospital. Abre los cajones que hay junto a la cama sin preguntarme nada, saca mis cosas y las mete en mi neceser. Me someto a esta invasión de mi vida privada porque a mi edad necesitamos que nos mimen de nuevo. Mientras ella va de aquí para allá haciendo ruido, contemplo el triángulo suspendido sobre mi cama, del que antes debían de colgar los ganchos de un carnicero, y pienso que hemos de aceptar de nuevo esos cuidados, vengan de donde vengan. Esta vez también tengo la cabeza vendada. He quedado reducida a un ojo que contempla el mundo, una única rendija.

Observo a Bev, que trajina con una amabilidad brusca; sé que más tarde construirá con estos momentos una historia para honrarse a sí misma. Lleva varios anillos dorados y baratos en las manos, cubiertas de manchitas. Me pregunto si sería capaz de comerse su propio puño para hacerme reír.

En la cocina de mi casa Bev me prepara unos fideos instantáneos y pone mis pastillas en un recipiente fluorescente y chillón que me ha comprado. Tiene compartimentos para cada día de la semana, mañana, mediodía y noche. Las pastillas descansan ahí con sus colores y sus formas, preparadas para empujarme, a incrementos recubiertos de plástico, hacia mi futuro. Antes de marcharse, Bev me coge una mano y dice: «Ay, querida, querida». Y llora.

Después de la guerra vine a este lugar soleado. Es un país glorioso que no aspira a ningún tipo de gloria. Su gente busca algo a la vez más elemental y más difícil: la decencia. Al principio no supe verla, pero ahora la veo por todas partes, discreta y fundamental. Está en el ángel de la sesión de hidroterapia y en la sonrisa de Melnikoff; en Trudy Stephenson, mi alumna, y en la mujer con el pelo alborotado que

detiene el tráfico; en las enfermeras y en el niño médico. Hasta me atrevería a decir que está en Bev.

La carta que había en la bandeja de plata era de Bertie. La he conservado, ha vivido conmigo todo lo que vino después. Debo de haberla leído un centenar de veces. Tiene cinco páginas. La última, en la que se despide y me desea lo mejor, está enmarcada y colgada en mi cocina. Ahora la descuelgo y la pongo en el banco, junto a las pastillas.

Las protestas del gobierno suizo dieron su fruto: los nazis pusieron a Bert en libertad tras tenerlo seis meses detenido. Bert volvió a Francia, mientras Hans se consumía en una celda de Basilea. Hans suplicó al gobierno alemán que hiciera el mismo tipo de protestas para que lo soltaran, pero los nazis dejaron que se pudriera en la cárcel.

Bert quería que supiera que él tampoco había visto lo que se avecinaba. Quería que supiera cómo había ocurrido. Me contó que se había encontrado con Hans en el restaurante de Basilea. Hans estaba sentado a una mesa con dos hombres, el falsificador y otro al que presentó como Mattern. Bertie no se lo esperaba, pero Hans le contó que aquellos dos hombres trabajaban juntos. Bert sacó la fotografía que había llevado para el pasaporte y el falsificador anotó su fecha de nacimiento, su estatura y el color de sus ojos en un pedazo de papel. Sin preguntarle nada, escribió también: «religión: judío».

Pasaron una hora y media bebiendo sin parar. Luego el falsificador dijo que «para lo del dinero» prefería que fueran a su piso de Riehen. Bert miró a Hans, que asintió con la cabeza tranquilamente; debía de formar parte del plan. Los esperaba un coche fuera. «¿Qué falsificador que se precie no tiene un coche con chófer?», se preguntaba Bertie en la carta.

Bert y Hans se sentaron en el asiento trasero, y Mattern y el falsificador, delante, junto al conductor. Bert no sabía dónde estaba el barrio de Riehen. Pasaron por una estación de ferrocarril en las afueras de la ciudad y luego se adentraron, de noche, en una zona despoblada. El coche circulaba deprisa. Bertie miró a Hans, que se encogió de hombros como diciendo: No tengo ni idea de cómo se hacen estas cosas. Bert había ingerido suficiente alcohol para descartar sus primeras impresiones y convencerse de que no había nada que temer.

Hasta que llegaron a una garita de la que pendía la bandera suiza. ¡La frontera! Cuando el centinela salió, el coche aceleró en lugar de reducir la velocidad. El centinela tuvo que apartarse de un salto para que no lo atropellaran. Entonces Bertie se puso a gritar, y Hans también. Mattern y el falsificador se dieron la vuelta y apoyaron los cañones chatos de sendas Mausers en el respaldo del asiento.

—¡Gestapo asqueroso! —gritó Hans. Mattern le dio un fuerte golpe en la cara con la pistola. Cuando el coche llegó a la barrera alemana, esta ya estaba levantada.

En Weil am Rhein recorrieron a toda velocidad la Adolf-Hitler-Strasse hasta la

comisaría de policía y se detuvieron en la parte de atrás. Unos hombres salieron gritando del edificio. Hans estaba encorvado en el asiento, con una mano en la manija de la puerta. Bert también estaba encogido, pero pese al alboroto y al movimiento que había alrededor se sentía extrañamente sereno. Al fin y al cabo, decía en la carta, todos sabemos que algún día llegará nuestra hora, y la suya había llegado. Y Hans estaba con él.

Entonces, sin despegar los labios, Hans se dio la vuelta y abrió la puerta. Al cabo de unos segundos no era más que una camisa blanca que desaparecía en la oscuridad. «No me dijo ni una sola palabra».

Mattern se tomó su tiempo para apuntar y disparar una sola bala. «Abatido de un tiro cuando intentaba huir», dijo alguien. Se oyeron risitas. La coreografía de la escena los delataba. «Al principio ni siquiera me enfadé —escribía Bert—. Solo sentía una especie de vacío, como si me hubieran arrancado el alma».

Bert pidió que le enseñaran el cadáver de Hans, pero se negaron, claro está. Lo interrogaron en la comisaría provincial hasta pasada la medianoche. Luego se lo llevaron en tren a Berlín.

Bertie decía que Dora había muerto intentando salvarlo. Decía que estábamos atados unos a otros como escaladores en una montaña, y que si liquidaban a uno, caían los demás. Respecto a Hans escribió: «A mí me tuvo engañado hasta el final, de modo que ¿cómo no ibas a estar tú engañada?».

Pero Bert no sabía todo lo que yo sabía. He tenido su carta colgada en mi cocina para recordarme lo cara que salió mi supervivencia.

Bertie añadía una posdata sobre Wolfram Wolf. Los británicos, decía, aprovecharon la versión de Wolf para evitar cualquier conflicto con Berlín, pero no se la creyeron. Poco después de la investigación judicial lo expulsaron del país. Wolf no realizaba ninguna actividad política, pero los británicos sabían que era la tapadera de las acciones de los nazis. Una tapadera que ellos mismos habían utilizado.

Mi madre mandó que me hicieran dos vestidos idénticos con las cortinas azules y blancas del vestíbulo de casa. Se quedó allí hasta que, después de la invasión, los alemanes requisaron la villa para utilizarla como cuartel general de nuestra región. Luego mi pobre y orgullosa madre huyó hacia el este. Más tarde me enteré de que se había suicidado arrojándose a las vías en Varsovia antes de que el tren partiera hacia los campos de concentración.

En Königsdorf conseguí coger un tren para ir a Génova, donde los muelles estaban llenos de alemanes y polacos, rumanos y estonios, una gama variada de seres humanos que huían del cataclismo inminente. En la ventanilla compré un pasaje de tercera clase para Shanghai, el único puerto que aceptaba a refugiados sin pasaporte. La gente dormía en los muelles. Los niños dormitaban sobre bolsas o se removían en los brazos de sus madres. Los hombres, sentados en el suelo, jugaban a las cartas con

cerillas. Tuve que esperar tres días.

La mañana de mi partida estaba lavando mi vestido de recambio en una tina que había en una rampa cerca del agua cuando lo vi. Todavía había barcos que ofrecían pasajes de primera clase. Personas bien vestidas, con equipaje decente y documentos, embarcaban pausadamente, con ceremonia, ante la tripulación, dispuesta en fila para recibir las, y un corneta que tocaba su instrumento. A la vista de todos nosotros, los desechos humanos. Solté el vestido.

Hans —era él, sin ninguna duda— llevaba un traje claro y un fular dorado alrededor del cuello. Caminé hacia el barco despacio, luego eché a correr. La gente se apartaba para dejarme pasar. Tropecé con una cuerda enrollada, una bolsa o una persona. Cuando llegué junto al barco, el revisor desplazó el cuerpo hacia la pasarela para cerrarme el paso.

—*Biglietto, signora?*

—¿Adónde...? —Fue lo único que se me ocurrió decir mientras trataba de mirar por encima de su hombro—. *Dove...?*

—Venezuela —me contestó—. *Biglietto?*

El hombre sabía que no tenía billete; estaba desnutrida y no llevaba equipaje, tenía el vestido mojado y las muñecas enrojecidas. Estiré el cuello intentando ver algo. Hans se había vuelto de espaldas y hundía la mano derecha en el abrigo de piel de una mujer morena con moño. Se perdieron entre la multitud de la cubierta inferior.

Desde entonces lo he visto muchas veces, de esa manera en que atisbamos a una persona a la que amamos en el pasado o a alguien que murió al ver la forma de una cabeza en el ferry o unos andares desgarbados a lo lejos. Siempre me produce la misma sacudida en el estómago, aunque no es de amor. Me siento desechada. En otras ocasiones se ha dejado ver en mis sueños. Entonces siento rabia. A veces, algo peor: deseo. Deseo merecerle buena opinión, lo deseo a él. Despierto asqueada por no haber sido capaz de liberarme del poder sobre mí que le cedí a los dieciocho años y recuperarme a mí misma, completa.

En Shanghai los extranjeros vivimos bajo la ocupación japonesa. Como Alemania era aliada de Japón, no nos internaban, pero nos hacinábamos en una zona delimitada y sometida a toque de queda. Compartía una habitación dividida por una mampara con una conductora de tranvías de Berlín, y estuve a punto de morir de hambre. Me quedé embarazada de un filósofo polaco autodidacta que se había exiliado. El médico me dijo que, si apenas podía alimentarme yo misma, era imposible que pudiera llevar a término el embarazo. Le pagué el aborto con una lata grande de Nescafé, que en el mercado negro valía una fortuna. Se me cayó todo el pelo. Cuando volvió a crecerme, todavía lo tenía moreno, pero más fino, y si me lo recogía se apreciaban zonas blancas de cuero cabelludo. La pena que me produjo aquel aborto ha empeorado con el paso del tiempo en lugar de mitigarse.

No recibí la noticia hasta 1944. Fenner me envió la carta a la Universidad Baptista de Shanghai, donde entonces daba clases. Me la llevé al parque a la hora de

comer y me senté en un asiento de hierro que rodeaba un árbol. Hacía calor. Cerca de allí, un anciano desdentado tocaba su *erhu* de dos cuerdas. Había jaulas con pájaros colgadas en los árboles; la gente los sacaba para que tomaran el aire. En la parte de la ciudad donde yo vivía no había pájaros: nos los habíamos comido todos.

Los nazis nunca llegaron a descubrir la relación entre el tío Erwin y Dora. Nunca consiguieron explicarse cómo viajaba la información sobre su fuerza aérea secreta desde la mesa de Göring hasta el Parlamento británico y los periódicos. Se contentaron pensando que Bertie se las había ingeniado de alguna manera, a través de sus misteriosas fuentes, para proporcionar esos datos a Dora.

Después de que la asesinaran, Fenner siguió en contacto con Bertie, que vivía en París. Cuando los alemanes invadieron Francia, recluyeron a Bertie, pero el Partido Laborista Independiente de Fenner lo ayudó a huir a Portugal, que era neutral. Lo instalaron en Lisboa, en un piso encima de una pajarería de la rua do Ouro, mientras intentaban conseguirle un visado para Estados Unidos. En la carta Fenner decía que Bertie no tenía escolta, pero que el partido cuidaba de él. Le aconsejaron que no paseara por la calle; de hecho, que no saliera del piso. Una mujer le llevaba la comida. Sin embargo, a Bertie debió de parecerle muy improbable que lo siguieran hasta allí, desde el campo de internamiento de Le Vernet, al otro lado de los Pirineos, hasta las callejuelas de Lisboa. Solo quería un periódico. Veía el quiosco desde la ventana. No tardaría ni cinco minutos.

En la limusina iban tres hombres. Pescaron a Bertie en la calle, lo llevaron a Berlín y lo encerraron en una celda de Prinz-Albrecht-Strasse. Allí, durante meses que se convirtieron en años, los otros prisioneros lo vieron adelgazar y enfermar. Pero siguió siendo una fuente inagotable de esperanza, porque nunca flaqueaba: estaba absolutamente convencido de la victoria aliada. «Mantén la cabeza bien alta —le dijo a uno—, no dejes que esos cerdos vean lo reventado que estás».

A principios de 1942 a Bert tuvieron que arrancarle los dientes. Fenner sostenía que los alemanes lo mantuvieron con vida porque creían que podían utilizarlo en algún intercambio con los aliados. En febrero, después de una paliza, lo llevaron a la enfermería de la prisión, donde murió. Pesaba treinta y dos kilos. Según el registro, había fallecido de tuberculosis.

Fenner decía que estaba muy triste y lo lamentaba mucho. «Os he fallado a todos», añadía.

Así pues, ya estaba. Habían matado a Dora; Toller había muerto poco antes de la guerra. Y ahora, Bertie.

En cambio Hans andaba suelto en un país de mojitos donde era fácil ligar con muchachos, y seguramente todavía estaba a sueldo de los alemanes. Yo no quería compartir con él la supervivencia.

En 1947 había reunido dinero suficiente para comprarme un pasaje para Australia. En

Sidney trabajó en una fábrica de pantalones situada en un barrio donde no crecía ni un árbol y donde la previsión del tiempo siempre indicaba uno o dos grados más de temperatura.

A veces le daba a Dora otra vida, una vida con un final diferente. El cerebro humano no admite la ausencia total. Como ocurre con el infinito, sencillamente es algo que ese órgano no puede asimilar. El espacio que deja una persona debe llenarse, y por eso seguimos soñando con los que ya no están. Nuestra mente los hace vivir de nuevo; la pobre intenta explicar el vacío que el propio cerebro no alcanza a comprender.

Cuando estalla la guerra, Dora sigue trabajando desde Londres. Mathilde compra los artículos de papelería en Cohn's, como siempre, y Dora, que olvida comerse los platos que le prepara Mathilde y se pasea por el balcón dejando una estela de humo, termina su libro sobre la atracción psicológica que el fascismo ejerce en las mujeres. En él cuenta que a las mujeres les enseñan a querer un hombre ideal, un modelo que siempre queda muy lejos de la realidad, y por eso son vulnerables a cualquier líder que afirme conocerlas y les prometa ser «auténtico». Él puede seguir siendo ideal, la realidad de las mujeres puede seguir siendo decepcionante, y en el espacio intermedio ellas viven solo con el deseo, que es un placer en sí mismo, independiente de su satisfacción. El libro de Dora tiene mucho éxito. Se convierte en una De Beauvoir alemana: menos sexo, pero más política. Deja de ver a Wolfram Wolf, pero sigue amando a otros como pasatiempo, como diversión inofensiva. Su victoria consiste en disociar la fantasía femenina y el placer instantáneo llamado Fenner Brockway, lord Marley y los demás: ingleses, estadounidenses, un checo exiliado. Se mantiene en contacto con Toller, quien, pese a los esfuerzos de Dora, se ha instalado permanentemente en un pedazo de su corazón e impide que entre nadie más.

Quizá él también sobreviva. Esas cosas son contagiosas.

Después de la guerra, Dora cubre el juicio de Nuremberg para el *Manchester Guardian*, reúne esos artículos en un libro y se lo dedica a Bert. Lo titula *Lo que nosotros sabíamos*. Comparte un premio literario en Estados Unidos con Hannah Arendt, que no se enteró de todas estas cosas hasta más tarde.

Entonces Eleanor Roosevelt, a propuesta de Toller, la invita a ir a Estados Unidos. Dora se convierte en rectora de una universidad de élite para mujeres, publica en *The Nation* y condena las guerras de Corea y Vietnam. Aparece en el programa de televisión de Johnny Carson con los labios pintados. Tiene manchas de carmín en los dientes.

Me gusta pensar en Dora, pero también es verdad que esas fantasías me producen muy poco placer. Si pienso en ella es para intentar medir las dimensiones de la pérdida. Como si algún día pudiera tener límites.

En 1952 llegó a Bondi Junction una caja con pertenencias mías. Los socialdemócratas

en el exilio las habían empaquetado y guardado en Londres. La caja contenía dos álbumes de fotos, mi cámara, el tarro de porcelana rosa con el cerdito (;quién iba a imaginarlo!), mi título de doctorado. Por fin podía demostrar la titulación que había obtenido en Alemania y enseñar idiomas en un instituto. Poco a poco empecé a fotografiar este país, lo que me ayudó a verlo mejor.

Ese mismo año recibí la carta de Jaeger —el contacto de Dora en la embajada alemana en Londres—, que buscaba a Ruth Wesemann. Hacía mucho tiempo que yo había recuperado el apellido de soltera. Le escribí y mantuvimos una breve correspondencia.

Seis meses después de la muerte de Dora, concluyó la misión de Jaeger en Londres. Regresó a Berlín y continuó en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante los años previos a la guerra, la guerra y la posguerra. Decía que haber pasado información entre Erwin Thomas en Berlín y Dora en Londres, pese a no haber sido iniciativa suya, era la única prueba que tenía de su decencia. Cuando terminó todo, pidió, a modo de expiación, que lo trasladaran al Departamento de Indemnizaciones del Ministerio de Hacienda de la República Federal de Alemania.

Jaeger, a quien nunca conocí en persona, quería asegurarse de que recibía mi pensión por el tiempo que había pasado en la cárcel. La acepté, por supuesto, porque el sueldo de maestra era exiguo y la villa de mis padres y todo su contenido se habían perdido al otro lado del telón de acero. Jaeger también trataba, educadamente, de atar cabos sueltos. «Supongo que ya sabrá —escribió— lo que le sucedió a mi estimado colega Erwin Thomas». Yo no tenía ni idea. Me contó que Thomas nunca olvidó a Dora. El día que Jaeger regresó a Berlín, Thomas fue a verlo a su despacho. «Yo era el único colega al que podía acudir». Con lágrimas en los ojos, Thomas le dijo que recordaba el día que una niña, plantada sobre una alfombra roja, le soltó un sermón.

El tío Erwin no tenía ningún otro contacto en la resistencia. Sobrevivió varios años metido en el ministerio de Göring. Si se hubiera marchado, habría levantado sospechas. En 1944 le llegó su oportunidad cuando Von Stauffenberg y otros oficiales planearon el asesinato de Hitler, el atentado de la bomba en el maletín. Erwin Thomas era el contacto del grupo en las altas esferas del Ministerio del Interior; él sería quien daría las órdenes provisionales en lugar de Göring cuando hubiera muerto el líder. Después de que estallara la bomba, durante unas horas del único día en que los conspiradores creyeron que Hitler había muerto, Thomas dio la cara, dictó órdenes y empezó a reparar sus años de criminalidad estrechamente vigilada. A las cuatro de la tarde llegó la noticia de que Hitler seguía con vida. Al día siguiente llevaron al tío Erwin, junto con Von Stauffenberg y los demás, a la parte trasera del cuartel general del ejército y los ejecutaron.

Jaeger también consideró que yo merecía conocer lo que el Ministerio de Asuntos Exteriores sabía de Hans. Por supuesto, añadió educadamente, yo ya debía de estar al corriente. Pues no, no lo estaba. Hans había dejado de existir para mí; solo aparecía en mis sueños.

En Venezuela Hans había intentado congraciarse con la embajada alemana en Caracas pasando información sobre otros refugiados políticos. Eso dio lugar a que los funcionarios de la embajada decidieran vigilarlo. Hans se casó con una mujer adinerada y empezó a criar una especie local de rata de agua por sus pieles. Cuando contrajo la malaria, se convirtió al catolicismo creyendo que iba a morir. El matrimonio no duró mucho y el negocio fracasó. Desesperado por conseguir dinero, intentó entregar al sacerdote que lo había cuidado cuando estaba enfermo y que lo había convertido, acusándolo de espionaje. Pero los alemanes no querían saber nada de él, así que se marchó a Estados Unidos.

Hans estaba en Texas cuando Estados Unidos entró en la guerra. Los estadounidenses lo recluyeron por considerarlo un extranjero enemigo. Al terminar la contienda, los miembros del Partido de los Trabajadores Socialistas que volvieron a Alemania pidieron su extradición para que se le juzgara por los crímenes que había cometido contra ellos. Hans contrató a un abogado de poca monta del Lower East Side de Nueva York especializado en inmigración y eludió las denuncias. No había más información de esa época.

Jaeger adjuntaba una copia del primer informe sobre Hans que la embajada alemana en Londres envió al Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín. Estaba fechado el 21 de septiembre de 1933, mecanografiado en papel con membrete y rotulado como «Confidencial».

De: Rüter, Embajada Alemana, Londres

Para: Ministerio de Asuntos Exteriores

c.c.p.: Reichsmarschall Göring

Un tal Hans Wesemann, que anteriormente trabajó como periodista en Berlín, se ha presentado hoy sin cita previa y ha solicitado una audiencia con el embajador. Herr Wesemann parecía sumamente nervioso, por no decir desesperado. Hablaba con un acusado tartamudeo. Lo han traído a mi despacho.

Quizá le suene el nombre de herr Wesemann, como me ha sonado a mí: es militante del Partido de los Trabajadores Socialistas y el periodista que escribió aquellos artículos difamatorios sobre el Führer y herr Dr. Goebbels.

Herr Wesemann me ha dado a entender que la distancia que le proporciona el exilio le ha hecho comprender que sus actividades conspirativas, así como las de sus socios y colegas actuales y anteriores, tanto en el Reich como en Gran Bretaña, eran actos reprobables contra la patria. Ha expresado su opinión de que la distancia no puede romper la relación que uno tiene con su país, y que incluso puede fortalecerla. Afirma que no se ha dado cuenta de esto hasta que se ha encontrado lejos de Alemania. También dice que teme verse arrastrado a ese mundo de traición si no recibe nuestro apoyo.

A cambio de nuestra protección y de alguna recompensa económica (véase más abajo), herr Wesemann afirma que, gracias a su relación con el Partido de los Trabajadores Socialistas en el exilio, posee información y contactos que podrían resultar útiles para proteger a la patria. Wesemann ha mencionado concretamente que goza de la confianza de Berthold Jacob y de Ernst Toller. Además asegura que la prima de su esposa, una tal doctora Dora Fabian, antigua secretaria de herr Toller, es el conducto de Jacob para introducir en Gran Bretaña informes secretos del gobierno del Reich y publicarlos en la prensa.

A fin de corroborar sus afirmaciones, Wesemann me ha mostrado un documento, presuntamente del despacho del Reichsmarschall Göring, donde se detalla la capacidad aérea del Reich (adjunto). De ser auténtico, ese documento indicaría que en el despacho del Reichsmarschall hay un infiltrado que pasa información, quizá a través de Jacob o de otra fuente, a la doctora Fabian en Gran Bretaña. Le ruego confirme:

- 1. Origen y autenticidad del documento, y*
- 2. Qué medidas deben tomarse con relación a herr Wesemann, B. Jacob y la doctora Fabian.*

Herr Wesemann dice que el padre de su esposa le envía dinero desde Silesia, pero que está buscando una fuente de ingresos alternativa. Propone recibir una paga semanal a cambio de los servicios y la información ofrecidos. Le he entregado diez libras; solicito aprobación para asignarle una remuneración regular.

*Heil Hitler
RÜTER
Primer secretario*

Verlo en negro sobre blanco, ver cómo nos vendió por dinero y protección, es, cada vez que lo leo, como una puñalada.

Más tarde me enteré de otras cosas a través del sucesor de Jaeger. En 1956 detuvieron a un europeo de elevada estatura en Oaxaca, México, por un delito contra la moral de un menor de edad. Dijo llamarse Ernst Toller, pero una semana más tarde la Interpol reveló que se trataba de Hans Wesemann, nacido en 1895.

Luego los detalles se volvieron más vagos. Hans intentó trabar amistad con los fugitivos nazis afincados en México, pero ni siquiera ellos confiaban en él. La última información databa de 1961. Hans compró carne de conejo seca a una mujer en el mercado de Ciudad Juárez y le dijo que se iba al desierto de Chihuahua con un burro y algunas provisiones. Quería forrarse vendiendo la carne en las aldeas próximas a la frontera de Estados Unidos.

Confío en haberle sobrevivido.

Toller

En esta butaca del hotel, ancha y baja, puedo recostarme del todo. Soy un hombre pequeño, más grande por dentro —o eso quiero pensar— de lo que cabría esperar que pudiera albergar mi cuerpo. Mi pecho sube y baja por sí solo. Observo mi vientre y mis caderas, mi ingle, mis piernas, mis pies. De niño los pies me daban mucha vergüenza porque cuando me sentaba siempre quedaban colgando, nunca tocaban el suelo. Pero la verdad es que este cuerpo me ha prestado un buen servicio, ha sido fiel en el placer y ha hecho lo que ha podido en el dolor. Levanto las manos. Sé cada palabra que han escrito, las armas que han empuñado, las caricias que han dado.

Cuando ella murió, Londres quedó vacío para mí. Christiane y yo nos fuimos al Nuevo Mundo. En Hollywood no me quisieron, pero espero que este país sea más amable con Christiane.

Cierro los ojos. Estoy cansado. Pero tengo trabajo por hacer; ella siempre dice que lo que importa es el trabajo, y no yo. «Sumamente exagerado», dice, y la arena cruje bajo su codo. Fuera, campanas. Un repique de vida que ordena las horas del día. ¿Quién iba a pensarlo? Le ha crecido el pelo, pero es el mismo pelo, con deliciosas ondas negras. El mismo cuello. Qué ridiculez haber estado tan triste durante tanto tiempo, si está aquí, delante de mí. Y hay mucho que explicar. Todas las cosas que se ha perdido, todo el trabajo que nos queda por hacer. Para el que de pronto, misteriosamente, tengo energía. No le preguntaré dónde ha estado, porque se reiría de mí. Su libertad, no lo olvidemos. Lo importante es que está aquí, con los pies en el travesaño de esa silla, los bronceados antebrazos suspendidos, los dedos con las uñas mordidas sujetando el bloc de taquigrafía. ¡Pero no te des la vuelta! Ese pelo por el que he pasado los dedos, tensos en momentos de comunión.

No te des la vuelta.

Y estos cuatro años que he vivido con un agujero en el corazón que el viento atravesaba con un susurro..., ¿para qué? Ella tiene razón. «Una descomunal pérdida de tiempo». Ahora tenemos que ponernos manos a la obra. El mundo nos necesita; juntos podemos hacerlo, podemos encontrar la manera de burlar a Franco. Su estúpido desfile de la victoria de hace dos días. ¿Sabe ella que Berthold Jacob está a salvo en Francia? ¡Con él podemos conseguirlo!

Y ahora siento otra cosa, algo que hace que la pena que tengo dentro parezca ridícula y pequeña, un capricho personal en un mundo del que me había despegado. No. Es incluso más que eso. De pronto soy otro hombre. Esa cosa me atraviesa y quedo suspendido por encima del mundo; he abierto una brecha en una membrana que nos impide ver y sentir lástima, y me invade, me invade por completo en esta butaca la certeza serena y visceral de que todos nosotros somos susceptibles de ser perdonados. Y de que al final todos nos salvamos. Es una paz que se extiende por mi interior como el calor. Es un regalo, una última dicha inexplicable. Si fuera creyente,

lo llamaría gracia. Los reproches de alas negras son irrisorios comparados con esta verdad. Me río.

Se da la vuelta. Esta chica que no es ella.

La habitación es pequeña, de color crema. Estoy vacío. He hecho volver a Dora recordándola. Pero resulta que era mejor vivir pensando que algún día me reuniría con ella. Ahora que la he hecho aparecer y le he dado vida en el papel, está más muerta que antes. ¿Soy el único que la lleva consigo? ¿Olvidará el mundo cuánto nos esforzamos para salvarlo?

No sé si su prima todavía vive.

Clara está de pie y me mira con gesto interrogante. Debe de haberme preguntado algo.

—Lo siento, ¿cómo dice? —pregunto. Y lo siento. La bondad de Clara lo es todo para mí.

—¿Lo mismo de siempre? —Su voz no delata impaciencia. Clara ha superado conmigo estas semanas y esta mañana, ante mis confesiones y mis lágrimas, y se ha limitado a esperar, sin miedo, a que saliera la historia. Ha sabido no consolarme para que no se rompiera el hechizo de mi Dora. Y, ahora que ha terminado, sabe (¿cómo sabe eso una persona tan joven?) que mi Dora se ha ido. Ahora debemos ocuparnos de asuntos prácticos. En este caso, de los *bagels*.

—Creo que hoy prefiero el de centeno, por favor.

—Muy bien.

—Ah, ¿y te importaría llevarle esto a Christiane? —Le doy la nota.

—Claro que no.

Pero no va hacia la puerta.

—¿Algo más? ¿Café?

—Sí. Café, gracias. —Sonrío para asegurarle que todo va bien, que ya puede marcharse.

Pero ella no me cree.

—¿Por qué no viene conmigo? —Se saca el pelo del cuello de la chaqueta—. Así estira un poco las piernas.

—Prefiero quedarme aquí sentado.

Y entonces, lo inesperado. Creo que Clara se sorprende tanto como yo. Apoya una mano en el brazo de la butaca verde y dorada, se inclina hasta mi mejilla y me besa suavemente, un beso bastante largo. Se me cierran los ojos.

—Lo ha hecho muy bien —me dice al oído. Se ha terminado.

No puedo hablar.

Al llegar a la puerta se vuelve.

—Tardaré media hora, como mucho. ¿De acuerdo? Usted... —No le salen las palabras—. Usted espéreme.

La puerta se cierra detrás de ella. De pronto ya no hay vida en esta habitación. No soy nada. Soy un ojo sin nada detrás, un ojo que mira el bloc de taquigrafía cerrado

sobre la mesa que tiene dentro mi amor, y al lado, las fotografías de los niños españoles muertos a los que también he fallado. El periódico sigue doblado: en su interior, el principio de esta guerra que no hemos impedido y un barco lleno de judíos a los que devuelven a esa guerra. Y las cortinas que hay detrás de la mesa... Por primera vez me fijo en que hay un estampado de flores encima (¿o es debajo?) de las rayas, como un relieve. Están recogidas con el cinturón de la bata de Christiane.

Solía pedirle a mi mujer que metiera un pedazo de cuerda en mis maletas. Dios. Dios. Hedor a pájaro, el destello azul acerado de un pico. Esa bestia me atraparé, no saldrá de aquí hasta que haya conseguido lo que quiere. En la puerta del cuarto de baño hay un gancho. No sé si aguantará.

Me levanto para escribirle una nota a Ruth. Si todavía vive, ella, la otra persona que también la quiso y sin embargo le falló, debería ser el primer público de mi obra. Debería tenerla en sus manos antes que ningún editor. Si algo tuvo siempre esa oyente amable y descompensada, fue la capacidad de ponerse en la piel del otro. Creo que eso llegaba a trastornarla. Clara la encontrará.

La mano me tiembla sobre el papel. No hay nota introductoria que pueda transmitir esta vida —la vida de Dora— de una persona a otra. Noto que me faltan las palabras. Así que escribo «Para Ruth Wesemann» y dejo la nota encima del bloc de taquigrafía de Clara, que reposa sobre el libro. Clara ha insertado en el libro las partes que ya ha mecanografiado. Voy a la ventana y desato el cinturón. En la calle, a un cachorro se le ha enredado la correa alrededor de un parquímetro; dos jóvenes negras con sombreros de color pastel, uno verde y el otro violeta, pasan por debajo de la marquesina con flecos de la entrada del hotel y salen, como era de esperar, al otro lado. El cordón se desliza fríamente entre mis dedos: resbalará bien. Esta vez no fallaré.

En el cuarto de baño no hay nada, solo una luz parpadeante. No hay tiempo para pensar; por una vez no tiene sentido buscar las palabras para recrear esto después: ¡no hay después! Ese pensamiento me alivia. Esto también es un asunto práctico. Hago un nudo corredizo, firme, alrededor del gancho de la puerta, y luego otro, más amplio, para pasar la cabeza. Mis pobres manos protestan temblando, pero me paso el cordón y me coloco de espaldas a la puerta.

Siento exactamente lo mismo —vacilación y determinación ciega— que antes de zambullirme en una piscina de agua fría. La caída desde el trampolín.

Nada más...

Ruth

Cuando Bev se marcha, me levanto de la cama y recorro el pasillo hasta el salón. Me falla un poco el equilibrio, así que deslizo la yema de los dedos por la pared. Le doy al interruptor, pero la oscuridad ha entrado. El techo está negro, velloso y aterciopelado. Bev debe de haber dejado una ventana abierta; las polillas bogong han hecho aquí una parada en su viaje migratorio y lo han cubierto por completo. La habitación titila llena de una vida breve y extraviada.

«Soy un recipiente de recuerdos en un mundo de olvidos».

Me siento bajo el dosel de polillas. Fuera está muy oscuro. Todo lo que hay ahí — las casas achaparradas y descoloridas por el sol y los franchipanes, la sinagoga con su cúpula y la escuela de ladrillo rojo, las tiendas destartaladas y los acantilados con el océano detrás— se ha desvanecido. El mundo se ha encogido hasta quedar reducido a una pequeña zona alumbrada por la farola. Ráfagas de lluvia atraviesan su cono luminoso. Aquí las polillas son bien recibidas.

Cojo el libro de Ernst. Ahora me doy cuenta: debió de pensar en mí durante sus últimas horas en aquel hotel.

Toller siempre fue amable conmigo, pero era evidente que habitaba en otra esfera. Yo no era ni lo bastante hermosa ni lo bastante importante para ocupar un lugar en su mundo. Pero no me envió esta restitución de su vida con Dora porque yo fuera su prima. Me la envió porque teníamos a Dora en común. Nosotros orbitábamos alrededor de Dora y su fuerza nos mantenía en movimiento.

Abro su libro al azar y encuentro esto: «La mayoría de la gente no tiene imaginación. Si pudieran imaginar el sufrimiento de los demás, no los harían sufrir tanto».

Eso creíamos todos. Supongo que él también lo creía, hasta que no pudo seguir creyéndolo.

Imaginar la vida de otro es un acto de compasión verdaderamente sagrado. Nosotros redactábamos los panfletos, ciclostilábamos la verdad. Contábamos las historias en papel de envolver mantequilla o en cajas de puros y las introducíamos de manera clandestina en Alemania. Nos jugábamos la vida para ayudar a nuestros semejantes —en nuestra patria y en Londres— a imaginar. No lo hicieron. Pero Toller, pese a toda su grandeza, no tiene razón. No es que a la gente le falte imaginación. Lo que pasa es que dejan de utilizarla. Porque, una vez que hemos imaginado semejante sufrimiento, ¿cómo podemos seguir sin hacer nada?

Ahora, con una distancia de setenta años, imaginar ya no es peligroso, porque no se va a exhortar a nadie a actuar. No se va a responsabilizar a nadie. El baile de disfraces no se interrumpirá. En mi caso, el fracaso es más profundo, por supuesto. Yo no supe imaginar la necesidad que Hans tenía dentro ni supe ver que se pasaba al otro bando.

Y aquí estoy ahora, esta semana en la que me han entregado un manuscrito. He

ido a nadar, he ido a comprarme un pastel y me he caído, me han recompuesto y me han enviado a casa. Pero en realidad he estado con ellos todo el tiempo. Imagino que soy otras personas hasta que entro y salgo flotando de ellas, hasta que la imaginación se fija y se convierte en recuerdo. ¿De qué otra forma podemos conocer a alguien, amar a alguien, sino imaginándonos en la piel de esa persona?

Veo la habitación con toda claridad. Con la misma claridad que cuando la encontré.

Entraron armados —se distinguía claramente el bulto de las pistolas en sus caderas—, pero sin uniforme. Eran cinco y todos llevaban sombrero. Se colaron sigilosamente en el edificio utilizando las copias de las llaves que les había entregado Wolfram Wolf. Sus agentes habían estado vigilando el piso a la espera de que se marchara el investigador suizo y las dos mujeres se quedaran solas. Tuvieron que esperar una semana. Era domingo por la noche.

La operación se había preparado en Berlín y en Londres. Habría sido más sencillo matarlas de un disparo, desde luego, como habían hecho con Lessing y Rudi. No había necesidad de secuestrar a Dora porque ya tenían a su fuente. Solo había que silenciarla. Pero un tiroteo en Bloomsbury habría disgustado a los ingleses, y los ingleses ya estaban bastante molestos. Además, ella tenía contactos en las altas esferas. De modo que descartaron matarlas de un disparo; por eso necesitaban a cinco hombres: dos para cada mujer y uno para dar la orden.

Abordaron a Wolf en la panadería adonde había ido a comprar los panecillos del desayuno. Wolf los miró como si de pronto se encontrara ante la encarnación de todos sus temores. Se sentaron con él en un banco de Russell Square y le hicieron una propuesta. No le estaban pidiendo nada del otro mundo, dijeron: solo tenía que prestarles unas llaves, escribir una carta, nada más. Wolf tartamudeó que no podía ser; habría una investigación, se descubriría su relación con Dora y su mujer se enteraría. Entonces ellos mencionaron a su hija, que vivía en Dinamarca, y comentaron lo práctico que era que pudiera ir andando al colegio. Mencionaron a otros familiares de Wolf que vivían en Alemania y que todavía estaban en libertad; lo aterrorizaron recordándole lo que podía sucederles en ciertas circunstancias que no acabaron de precisar. Cuando Wolf alegó que no sabría imitar la letra de Dora, supieron que lo habían convencido. Dijeron que estaban en posición de afirmar que Scotland Yard entregaría la nota a la embajada alemana para que la tradujeran y realizaran un examen grafológico. Ellos se encargarían de todo. Wolf propuso escribir la nota en taquigrafía, una precaución adicional.

Redactó la nota de suicidio el domingo por la mañana y mecanografió su propia dirección en el sobre. La echó al buzón de la esquina del número 12 de Great Ormond Street, se alejó rápidamente pasando por delante del hospital infantil, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero calado por si Dora o Mathilde salían de casa, y solo aminoró el paso en cuanto hubo doblado la esquina.

Por sus anteriores visitas al piso sabían cuánto Veronal podía haber en el armario

del cuarto de baño, pero no habían estado allí durante la estancia del suizo, de modo que compraron el suyo por si acaso, además de unas cizallas. Era de noche. Entraron con sus llaves; la puerta no tenía echada la cadena. Encontraron a Dora en pijama; Mathilde todavía estaba vestida. El piso olía a café. No hubo discusiones ni jaleo. Era un plan concebido y aprobado en las altas esferas, bien ensayado, y ahora iba a llevarse a la práctica. No se quitaron los guantes.

Amordazaron a las dos mujeres y las ataron, cada una a una silla en la cocina. Dora contaba mientras ellos vaciaban tres sobres en cada taza. Así iba a ser: una muerte hecha a su medida.

El cabecilla aprovechó esos momentos para echar un vistazo al famoso armario del recibidor que se mencionaba en los informes. Cuando volvió a la cocina, hizo una seña con la cabeza al hombre que estaba de pie junto a Mathilde, y este le puso el frío cañón de la pistola en la sien. Se dirigió a Dora. Si no bebía, matarían a Mathilde. Y nada de gritos. ¿Entendido?

Mathilde movió los ojos, la cabeza, casi imperceptiblemente, para decir que no. No quería que Dora bebiera. Era absurdo pensar que fueran a dejarla libre después de aquello. Dora gritó cuando le quitaron la mordaza para que bebiera. Recibió un guantazo en la boca y la nariz; volvieron a atarle la mordaza, esa vez más fuerte. Lo harían al revés: la obligarían a mirar.

Le quitaron la mordaza a Mathilde, que miraba sin pestañear a Dora; todavía estaban allí las dos, juntas. Abrió la boca cuando se lo ordenaron. Dora conocía aquel sabor amargo y granuloso. Mathilde tuvo que tragar tres veces. Volvieron a amordazarla. En sus ojos no había miedo. Seguía siendo Mathilde, seguiría siéndolo el tiempo que durara aquello. A Dora se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Mira lo que has hecho», le dijo el cabecilla.

¿De dónde sacan a esos asesinos tan impasibles? El cabecilla hizo una seña al que estaba a la izquierda de Dora, que le inclinó la cabeza hacia atrás agarrándola por el pelo y le tapó la nariz. El otro le quitó la mordaza y Dora abrió la boca. Le vertieron aquella solución amarga por el gástrico. Unas gotas le mancharon el pijama.

Las dejaron atadas en las sillas. Las mujeres se miraban; los ojos era lo único que tenían. En ellos estaba toda la vida del mundo. Una eternidad de miradas condensada allí, en no estar solas en aquel momento. Mathilde fue la primera en perder el conocimiento. Al cabo de quince minutos, su cabeza se desplomó sobre el pecho. Dora no apartó la vista de su amiga. Por nada del mundo quería mirar a aquellos hombres. No quería darles el gusto de que vieran los ojos de su presa en el íntimo momento de la muerte.

Cuando la cabeza de Dora cayó también, las trasladaron al dormitorio. Retiraron la sábana y la colcha y tendieron los cuerpos, que todavía respiraban, en la cama. Le quitaron los zapatos a Mathilde y los dejaron cuidadosamente junto a la pared. Las colocaron cara a cara en un último abrazo, entrelazaron los dedos de la mano izquierda de Dora con los de la mano derecha de Mathilde, en una escena ficticia de

pesar compartido. Luego las cubrieron con la sábana y la colcha. Si no, ¿cómo se explica que estuvieran tan bien tapadas, hasta la barbilla, por amor de Dios? Dos personas no se acuestan tan pulcramente, no mueren tan pulcramente, tan bien arropadas.

Dejaron la llave de Dora en el estante junto a la puerta del dormitorio y cerraron con la suya después de salir. Pusieron las sillas de la cocina en su sitio. Un gato atigrado los observaba desde un rincón, cerca de la estufa, moviendo la punta de su blanca cola. Cerraron con llave la puerta del piso y se guardaron los guantes en el bolsillo. Si los vecinos vieron algo, no fue nada que no hubieran visto antes: cinco alemanes que salían de una reunión en el ático.

Toller sigue abierto entre mis manos. Cierro el libro.

Es hora de dormir. Tengo la lengua seca como un lagarto. Creo que me quedaré aquí.

A las nueve, cuando llega Bev, Ruth todavía está en la butaca del salón. Hay unas cuantas polillas en el techo, pero la mayoría yacen inmóviles en el suelo formando una gruesa alfombra de un negro grisáceo. Bev no le dice nada, se inclina a tocarle la mano y acto seguido se lleva la suya a la boca. Mientras se tranquiliza, un libro viejo y unos papeles amarillentos resbalan del regazo de Ruth y caen al suelo. Ya los recogerá más tarde. Vuelve a inclinarse despacio. Le coge la mano y la mantiene entre las suyas.

Luego va a la cocina y pone agua a hervir para prepararse una taza de café. Olfatea la leche de la nevera, porque Ruth siempre deja el recipiente abierto demasiado tiempo.

Sentada en un taburete, Bev contempla las baratijas, los recuerdos y los utensilios que hay en la cocina. Se da cuenta de que nunca se había sentado ahí desde que aceptó ese empleo, tres años antes. Aquel día la anciana había señalado con sus manos, todavía magníficas, el desorden y el polvo que la rodeaban y había dicho: «Como verá, no puedo hacer esto yo sola».

«Sí, ya lo veo», había dicho Bev.

En la repisa de la ventana que hay sobre el fregadero, una violeta de hojas vellosas sobrevive a base de vapor de agua. Un cerdito de porcelana tumbado boca arriba ríe contento mientras mira por encima de su cola enroscada y de su pene, un pene con todos sus detalles anatómicos; demasiados detalles, piensa Bev. Seguro que no es australiano. Sobre la mesa hay una fotografía desvaída de dos jovencitas en una feria, y en la puerta de la nevera, una tarjeta con una cita con el profesor Melnikoff. Debajo de la tarjeta hay un imán igual que el que Bev tiene en su nevera, con el número de teléfono de Crime Stoppers, por si ve en el barrio a alguien con una pinta que no le guste, como esa portuguesa. Esos objetos solo tenían sentido para Ruth; Ruth los mantenía unidos en una constelación narrativa: la violeta, el cerdo, la

fotografía, la tarjeta y el imán. Ahora solo son trastos.

Bev tira el líquido negro de la taza en el fregadero. Descuelga el auricular del teléfono de pared, marca el número que hay que marcar y empieza a limpiar.

Fuentes

Cuando Hitler llegó al poder el 30 de enero de 1933, mi amiga Ruth y sus amigos huyeron del país. Desde el exilio intentaron derrocar al dictador. Esta es su historia, o como la he interpretado yo. La he reconstruido a partir de fragmentos fósiles, del mismo modo que alguien recubre con piel y plumas un armazón de huesos de dinosaurio para ver la bestia entera. Estos son los huesos que he encontrado.

Casi todos los nombres de los personajes son auténticos, pero he cambiado algunos. La secretaria de Toller en Nueva York era Ilse Herzfeld; mi personaje del tío Erwin Thomas, miembro de la élite nazi atormentado por los cargos de conciencia, está basado en Erwin Planck, hijo del físico y premio Nobel Max Planck. Erwin Planck fue asesinado en enero de 1945 por su participación en el complot de Von Stauffenberg para asesinar a Hitler. El equivalente de Jaeger en la embajada alemana de Londres era el diplomático (no nazi) herr Zu Putlitz. Wolfram Wolf es un nombre inventado.

Para estudiar la vida de Dora me he basado en *The Strange Case of Dora Fabian and Mathilde Wurm: A Study of German Political Exiles in London During the 1930s*, de Charmian Brinson (Peter Lang, Berna, 1996). El discurso de Dora sobre la necesidad de «liberar a media humanidad de las inacabables zarandajas que implica el cuidado de la casa» proviene básicamente de Brinson, p. 111, donde cita artículos de Dora en *Jungsozialistische Blätter* (5, n.º 5, mayo de 1926, p. 156) y *Kulturwille* (3, n.º 9, 1 de septiembre de 1926, p. 179). Sobre el pasaje en que un miembro de las SS coge en brazos a Dora en un mitin de Hitler, véase Brinson, p. 120, n. 76, donde se cita una carta, fechada el 9 de enero de 1991, en Berlín, que Pieter Siemsen envió a la autora.

Dora afirmó que las mujeres desesperadas que asistían al mitin de Hitler estaban sometidas a un «hechizo milenarista» en un artículo publicado en *Sozialistische Arbeiterzeitung* el 14 de abril de 1932 (Brinson, pp. 119-120 y nn. 75 y 76).

Para los allanamientos del piso, sobre todo después de las revelaciones de Seymour Cocks en el Parlamento, véase el reportaje publicado tras la muerte de Dora y Mathilde en el *Manchester Guardian*, el 6 de abril de 1935 (Brinson p. 103, n. 239). Se dice que Dora le comentó a su amiga Ellen Wilkinson: «La gran baza de los agentes nazis es que nadie, ni la policía ni nuestros amigos, *creerá* que alguien pueda hacer aquí cosas de las que nosotros tenemos pruebas». (Brinson pp. 131-132, n. 150; la cursiva es del original). Sobre la intervención de Seymour Cocks en el Parlamento, véase *Hansard*, 5.ª serie, Parliamentary Debates, House of Commons, vol. 285, cols. 1019 y ss., Brinson pp. 130-131. Para la intervención de Winston Churchill sobre el rearme alemán, véase, por ejemplo, *Hansard*, 5.ª serie, Parliamentary Debates, House of Commons, vol. 286, cols. 2061-2070. Al parecer Dora le dijo a (Antón). Roy Ganz: «Supongo que me espera un final parecido al de otros que han estado trabajando en diferentes partes del continente». (Brinson, pp. 168-169, cita el *Evening*

Standard, «Refugees' Death Premonition», 5 de abril de 1935, pp. 1 y 5.)

Las actas de la investigación judicial ya no se encuentran en los Archivos Nacionales de Kew. Solo queda una carpeta ajada que contiene unas cuantas hojas y una fotografía de pasaporte de un amigo de Dora cuyo nombre no puede mencionarse por motivos legales. Las referencias que aparecen en la tapa de la carpeta indican que había otros documentos que probablemente se destruyeron. Para el testimonio de la señora Allworth, véase Brinson, p. 164, n. 54: Public Records Office Kew, MEPOL 3/871, 3G, p. 1. Para la «nota de suicidio» de Dora, véase Brinson, p. 160, n. 36: Public Records Office Kew, MEPOL, 3/871, 3A, p. 4. Brinson reproduce las palabras que el juez de instrucción dirigió al jurado: «“Si ella escribió la nota, y si se tradujo correctamente”, eso indicaba que se había suicidado a causa de un amor no correspondido» (p. 181). El juez también aparece citado en «Tragedy of German Woman's Unrequited Love», *Daily Mail*, 11 de abril de 1935, p. 21 (Brinson, p. 181, n. 151).

Brinson menciona descripciones contemporáneas del funeral en las pp. 182-183. El epígrafe de la tercera parte de *Todo lo que soy*, «Tú, que eres escritora, no estabas...», está extraído de la carta de Rudolf Olden a G. Tergit, fechada el 24 de mayo de 1935 (Brinson, p. 183, n. 165). Fenner Brockway afirmó ante la prensa que Dora era «una de las personas más valientes que he conocido», según recogió el *New Leader* el 12 de abril de 1935, p. 3 (Brinson, p. 120).

Para la vida de Toller me he basado sobre todo en sus propios relatos de *I Was a German: The Autobiography of Ernst Toller* (William Morrow, Nueva York, 1934. Hay traducción castellana: *Una juventud en Alemania*, Muchnik, Barcelona, 1987 y *Look Through the Bars: Letters from Prison, Poems, and a New Version of «The Swallow Book»* (traducción de R. Ellis Roberts, Farrar & Rinehart, Nueva York, 1937. Hay traducción castellana: *Cartas de la prisión*, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1942), de donde está sacada la dedicatoria a Dora («Recuerdo a una mujer a cuyo acto de valentía...»), p. xv. Para la locura del doctor Lipp con el Papa y los claveles, véase el relato de Toller en *I Was a German* (pp. 161-163). También he recurrido a *He Was a German: A Biography of Ernst Toller*, de R. Dove (Libris, Londres, 1990), de donde he extraído la cita del discurso de Toller en el Congreso de Escritores celebrado en París: «El miedo es el fundamento psicológico de la dictadura» (p. 245), y las palabras de Goebbels sobre Toller (p. 200), y que me permitió conocer los poemas de Auden «Spy Song» (p. 227) e «In Memory of Ernst Toller» (p. 265). *Die Göttin und ihr Sozialist: Christiane Grautoff-ihr Leben mit Ernst Toller* (Werner Fuld y Albert Ostermaier editores, Weidle Verlag, Bonn, 1996) me ayudó a entender el mundo privado de Toller.

Para la vida y la obra de Berthold Jacob he recurrido sobre todo a *Der Fall Jacob-Wesemann (1935/1936): Ein Beitrag zur Geschichte der Schweiz in der Zwischenkriegszeit*, de J. N. Willi (Peter Lang, Berna/Frankfurt, 1972).

Para la vida de Hans Wesemann, véase *Nazi Refugee Turned Gestapo Spy: The*

Life of Hans Wesemann, 1895-1971, de James J. Barnes y Patience P. Barnes (Greenwood Publishing Group, 2001), y concretamente: la visita de Hans a Toller (p. 6); su «visita» a Hitler (*Die Welt am Montag*, 19 de noviembre de 1928, Barnes, p. 14); las críticas de Goebbels sobre su «cerebro enfermo». (*Der Angriff*, 10 de marzo de 1931, p. 1, Barnes, p. 18); su «visita» a la madrina de Goebbels (*Die Welt am Montag*, 20 de octubre de 1930, Barnes, pp. 17-18). También Charmian Brinson, «The Gestapo and the German Political Exiles in Britain During the 1930s: The Case of Hans Wesemann and Others». (*German Life and Letters*, vol. 51, n.º 1, 1998, pp. 43-64).

Asimismo estoy profundamente en deuda con *The Corning of the Third Reich*, de Richard J. Evans (Penguin, Londres, 2004), sobre todo por la explicación sobre los manifestantes que avanzaban en círculos la noche que Hitler tomó el poder (p. 310) y el desmoronamiento de los intelectuales (p. 424). El artículo de Ian Buruma «Faces of the Weimar Republic», en el catálogo *Glitter and Doom: German Portraits from the 1920s* (del Metropolitan Museum of Art), edición de Sabine Rewald (Yale University Press, 2006), fue mi fuente para las descripciones de las prostitutas de Berlín. Los retratos *Agosta el «Hombre Alado»* y *Rasha la «Paloma Negra»*, de Christian Schad (1929), están reproducidos en ese catálogo.

El primer epígrafe de la página 9 procede de «En memoria de Ernst Toller», de W. H. Auden, Copyright ©1976, 1991, The Estate of W. H. Auden. Tanto ese epígrafe como la cita de la página 205 están reproducidos con permiso del Estate of W. H. Auden. La letra de la canción del segundo epígrafe de la página 9 está reproducida con permiso de Nick Cave y Mute Song Ltd. El tercer epígrafe es la traducción de Simón Leys de Antoine de Rivarol en *Other People's Thoughts*, Black Inc., Melbourne, 2007, p. 11, reproducido con permiso de Simón Leys y Black Inc.

Agradecimientos

Debo el mayor de los agradecimientos a mi amiga Ruth Blatt (1906-2001), cuyo humor y humildad he admirado casi tanto como su valor. «¿Quién soy? —solía preguntarme—. No soy nadie». Un día Ruth llamó a mi puerta. «¡Mira! —dijo con una mezcla de orgullo e incredulidad—. Escriben sobre mí». La profesora Charmian Brinson le había enviado un artículo sobre su vida. Más tarde leí el libro de la profesora Brinson *The Strange Case of Dora Fabian and Mathilde Wurm*, en el que aparece Ruth. Doy las gracias a la profesora Brinson por su generosidad en nuestras charlas y por compartir conmigo gran parte del material y las fuentes que reunió para realizar su doctorado. También agradezco a Richard Dove, un experto en Toller, que accediera a reunirse conmigo en Londres. Mi historia, por supuesto, parte de los hechos tal como se conocen; he establecido relaciones y he hecho suposiciones, y he creado una trama y unos personajes que no pueden justificarse únicamente mediante la referencia a los documentos históricos, de lo que asumo toda la responsabilidad.

Cuando Ilse Herzfeld, la secretaria de Toller en Nueva York, era ya anciana, un hombre llamado John Spalek la encontró en un apartamento con vistas al Hudson. Spalek estaba escribiendo una biografía de Ernst Toller. Ella le habló de aquella primavera de 1939 junto al genio de ojos oscuros en el hotel Mayflower. Cuando terminaron sus charlas, Ilse mencionó que toda su vida había recordado a Toller cada vez que, al girar un picaporte y empujar una puerta para abrirla, esta se atascaba. Doy las gracias a John Spalek por su generosidad en las conversaciones que mantuvimos sobre Toller y por ofrecerme los detalles de los que surgió el personaje de Clara Bergdorf. También quiero dar las gracias a los inquilinos del último piso del número 12 de Great Ormond Street, por dejarme entrar a verlo.

Personalmente estoy en deuda con el Australia Council y la Fundación Rockefeller, la Universidad de Tecnología de Sidney y la profesora Catherine Colé, cuyo apoyo ha sido inestimable. Por dejarme sitios para trabajar doy las gracias a la Varuna Writers House, a mis amigos Jane Johnson y Brian Murphy, Bernadette y Terry Tobin, Hilde Bune, Alex Bune y John Chalmers. Hilary McPhee, Diana Leach y Craig Allchin leyeron el manuscrito y me hicieron acertadas sugerencias, al igual que Meredith Rose, de Penguin Australia. El libro debe mucho a la esmerada atención de sus editores, Venetia Butterfield, de Penguin UK; Terry Karten, de HarperCollins USA, y especialmente Ben Ball, de Penguin Australia. Mi agente Sarah Chalfant ha sido una fuente maravillosa de energía durante años. Nuestros hijos Imogen, Polly y Maximilian han sido más pacientes y más inspiradores de lo que de momento saben. Pero mi mayor agradecimiento es para mi marido, Craig Allchin, cuya sabiduría y lucidez son imprescindibles para la vida y el trabajo.



ANNA FUNDER (Melbourne, Australia, 1966). Es una escritora australiana graduada en las Universidades de Sidney y Berlín. Ha trabajado como abogado especialista en Derecho Internacional, y como relaciones públicas de una emisora televisiva alemana.

Stasiland, su primer libro, recibió el premio Samuel Johnson de la BBC para obras de ensayo del 2004.